PROCOPIO DE CESAREA

HISTORIA DE LAS GUERRAS

LIBROS I-II
GUERRA PERSA

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
FRANCISCO ANTONIO GARCÍA ROMERO



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 280



Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por ANTONIO GUZMÁN GUERRA.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2000.
www.editorialgredos.com

Depósito Legal: M. 40214-2000.

ISBN 84-249-2276-X. Obra Completa.
ISBN 84-249-2277-8. Tomo I.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2000.

INTRODUCCIÓN

I. El autor y su obra

1. *Datos biográficos y actividad literaria*

Procopio de Cesarea puso por escrito las guerras que Justiniano, el emperador de los romanos, llevó a cabo contra los bárbaros de oriente y occidente, recogiendo cómo vinieron a desarrollarse los acontecimientos en cada una de ellas, para que el largo curso de los siglos no reduzca a la nada los hechos sobresalientes, por estar faltos de un relato, ni los abandone al olvido, ni los deje desvanecerse del todo. Y es justo el recuerdo de tales hechos lo que consideró que sería algo importante y sumamente provechoso para los hombres de hoy y para los del futuro, por si acaso el tiempo los pusiera de nuevo en un trance similar. Pues a los que vayan a entrar en guerra o se dispongan a combatir en cualquier otra circunstancia algún beneficio puede depararles la exposición de un episodio histórico parecido, que les revele cuál vino a ser para anteriores generaciones el resultado de una contienda semejante y les haga adivinar, al menos a los más avisados, qué final probable tendrán los incidentes que ellos estén viviendo. Además el autor sabía bien que estaba más capacitado que nadie para escribir sobre esto, y no por ninguna otra razón sino porque, al haber sido nombrado consejero del general Belisario, le tocó es-

tar presente en casi todos los hechos. Entendía él, por otra parte, que a la oratoria le corresponde el rigor, a la poesía las invenciones fantásticas y a la obra histórica la verdad. Por eso, desde luego, no trató de encubrir las acciones más desafortunadas ni siquiera de ninguno de sus mejores amigos, sino que escribió con exactitud cada una de las cosas que les sucedieron a todos, tanto si lo que pasó fue que obraron bien, como si fue de otra manera [1].

Procopio de Cesarea poseía, sin ninguna duda, notables cualidades para acometer una obra histórica [2] y, además, era consciente de su inmejorable situación para llevar a feliz término su tarea, como él mismo confiesa en las líneas que escribió al comienzo de la *Guerra persa* y que nosotros traducimos para encabezar estas páginas. Hechos contemporáneos, acciones bélicas (con noticias geográficas concomitantes), la *autopsía* como método, todos estos elementos encuadran a nuestro autor dentro de la llamada «historia pragmática» [3], en la que constituye un eslabón más de esa cadena formada por Heródoto, Tucídides, Polibio y, más tarde, Amiano y Teofilacto Simocata, ya en el siglo VII d. C. No hay más que leer ese interesante prólogo para reparar en las similitudes en expresión y contenido con los de Heródoto y Tucídides [4], modelos evidentes de Procopio [5].

---

[1] Procopio, *Historia de las guerras* I 1, 1-5 (en adelante, al citar la *Historia de las guerras*, se suprimirá el nombre del autor y de la obra).

[2] «Un escritor juicioso, de buena formación clásica», escribe R. GRAVES, *Count Belisarius = El Conde Belisario* [trad. J. PEDRAGOSA], Barcelona, 1992 (1982), pág. 11.

[3] Cf. el clarificador estudio (con abundante bibliografía) de J. M. CANDAU MORÓN, «El universo referencial de los historiadores griegos tardíos», en M. BRIOSO, F. J. GONZÁLEZ PONCE (eds.), *Las letras griegas bajo el imperio*, Sevilla, 1996, págs. 151 s., y n. 2.

[4] Cf. las notas correspondientes que acompañan a nuestra traducción.

[5] «Algo modificados por las convenciones de la Segunda Sofística» (J. A. S. EVANS, «Christianity and Paganism in Procopius of Caesarea»,

En una sociedad muy alejada de la época clásica, no sólo cronológicamente sino también, por supuesto, desde el punto de vista de lo ideológico y lo espiritual, nuestro historiador ha escrito «conscientemente en un lenguaje que pudiera ser entendido por los ciudadanos de la Atenas de Pericles»[6]. Incluso cuando debe usar un término que pertenece a su mundo y que es, por tanto, «no clásico», recurre como a una aclaración, utilizando una especie de «máscara clásica», cual si se tratara de un griego del siglo v que desconoce aquello y que le habla de oídas a un contemporáneo de Tucídides[7]. No es sino un procedimiento puramente literario[8] de un autor que está fijando su mirada en modelos de los que lo separan diez siglos.

Procopio[9] nació en Cesarea de Palestina entre los años 490 y 507. Se ha defendido que su padre se llamaba Estéfa-

---

Greek, Roman and Byzantine Studies 12 [1971], 84). Para cualquier cuestión acerca de nuestro autor es indispensable la consulta de B. Rubin, «Prokopios von Kaisareia, Mitarbeiter Belisars und Historiker», *RE* 23-1 (1957), cols. 273-599. Acerca de Heródoto y Tucídides en Procopio, cf. *ibid.*, col. 306. En las notas a la traducción de la *Guerra persa* hemos intentado dejar constancia de los lugares más sobresalientes (por las expresiones, construcciones sintácticas, etc.) en los que puede comprobarse la conexión de Procopio con ambos historiadores, en especial con Tucídides.

[6] Evans, *Gr., Rom. and Byz. Stud.* 12 (1971), 84; Rubin, *RE* 23-1 (1957), cols. 357 s. (también se estudian aquí las características de las cartas incluidas en la obra, así como de los discursos, en los que Procopio se sirve, con maestría y sin abuso, de su preparación en el arte de la retórica). Sobre el aticismo de Procopio podríamos, no obstante, añadir estas palabras de Dewing: «But the Greek which he writes is not the pure Attic, and we find many evidences of the influence of contemporary spoken language» (cf. ed. Dewing, pág. XIII, cit. en II. 2. *Ediciones)*. Sobre las características de su prosa, cf. H. B. Dewing, «The accentual cursus in Byzantine Greek...», 417-461.

[7] Por ejemplo: «... hasta el templo al que llaman iglesia» (II 9, 14). Cf., asimismo, I 7, 5 (y n. 57) y 22; I 25, 31 (y n. 226); III 10, 18.

[8] Cf., de nuevo, Evans, *Gr., Rom. and Byz. Stud.* 12 (1971), 83 s.

[9] Sobre la persona y obra de Procopio, cf. Rubin, *RE* 23-1 (1957), cols. 296 ss.

no[10], un amigo de Procopio de Gaza[11], a quien pudo confiar la educación de su hijo, una educación encaminada a la oratoria y la carrera legal[12]. Sabemos que el año 527 fue nombrado *xýmboulos*[13] de Belisario y durante la guerra contra los vándalos en África (533-534) sirvió como *páredros*[14] de este general. En Cartago pasó la Pascua de Resurrección del 536 y desde allí zarpó hacia Siracusa para encontrarse con Belisario[15]. Posteriormente estuvo en Italia hasta el 540, cuando terminó la primera campaña contra los ostrogodos con la entrada de las tropas bizantinas en Rávena[16]. Y él mismo vuelve a informarnos de que se hallaba en Bizancio durante la célebre y devastadora epidemia de peste que asoló la entonces capital del Imperio Romano en el 542[17]. En esa estadía, que pudo durar hasta el 545, compuso seguramente la mayor parte de su *Historia de las guerras*[18].

---

[10] Que era *astynómos* de Cesarea en el 526: cf., por ejemplo, CORICIO, *Epital.* 22; ENEAS DE GAZA, *Ep.* 11. Al respecto cf. J. HAURY, *Zur Beurteilung des Geschichtschreibers Procopius von Caesarea,* Progr., Múnich, 1896, págs. 14 ss.

[11] Aunque el hecho de que nuestro Procopio fuera «alumno» de la escuela de Gaza no está en absoluto demostrado: EVANS, *Gr., Rom. and Byz. Stud.* 12 (1971), 98, n. 30.

[12] Los términos que emplean las fuentes (aparte de *historikós* o *syngrapheús)* aluden a esto: *rhḗtōr* (EVAGRIO, *Hist. de la Igl.* IV 12; AGATÍAS, *Hist.* I 11; FOCIO, *Bibliot.* 63); *rhḗtōr kaì sophistḗs (Suda,* s.v. *Prokópios); dikḗgoros* (Menandro *Protector*, *Fr.* 35, *apud* Müller, *FHG* IV 238).

[13] «Consejero»: I 1, 3; I 12, 24; *hypographeús* lo llama *Suda,* (s.v. *Prokópios).*

[14] *Assessor,* asistente o consejero: III 14, 3.

[15] Cf. IV 14, 39 ss.

[16] Cf. VI 29, 32.

[17] Cf. II 22, 9.

[18] Concretamente, con respecto a los libros que aquí nos interesan, en estos años Procopio habría escrito I-II 28, 11; III-IV, a excepción de los

Es muy probable que llegara a desempeñar cargos de importancia[19], quizá el de prefecto de Constantinopla (similar al *praefectus urbi* de Roma) en las postrimerías de su vida. En relación con esto cabe apuntar que en alguna de las fuentes se le llama «patricio» y «gran dignatario»[20], y *Suda* escribe *Prokópios Illoústrios*. También desconocemos la fecha exacta de su muerte, pero debió de fallecer pocos años después del 560[21].

Como escritor, Procopio no deja de asombrarnos. La *Guerra persa* constituye el asunto de los dos primeros libros de los ocho[22] que componen su *Historia de las guerras (Hypèr tôn polémōn lógoi)* y se centra en los enfrentamientos de bizantinos y persas (bajo los reyes Cabades y Cosroes) entre los años 527 y 549. El III y el IV versan sobre la *Guerra vándala* en África, desde el 532 al 548. La segunda tétrada de la obra incluye en los libros V al VII la campaña contra los ostrogodos *(Guerra gótica)* en Sicilia e Italia, entre el 536 y el 551, para extenderse en el libro VIII, como en un suplemento, hasta el año 553.

últimos pasajes de ambos *lógoi:* cf. RUBIN, *RE* 23-1 (1957), cols. 354 s. (basándose en los estudios de Haury).

[19] Jugando con la etimología de su nombre (del verbo *prokóptō),* diríamos que no dejó de «progresar» o «prosperar». No es seguro que nuestro Procopio pueda identificarse con otro que, según alguna fuente, era *praefectus urbi* en el 562: cf. RUBIN, *RE* 23-1 (1957), col. 300.

[20] En la crónica árabe de Ioannes de Niciu (cf. la traducción francesa de H. ZOTENBERG, *Notices et extraits,* tom. 24, París, 1883, pág. 517).

[21] Justiniano y Belisario murieron en el año 565.

[22] FOCIO *(Bibliot.* 63) escribe: *Historikòn en biblíois oktṓ: ... prós te Pérsas..., pròs Bandḗlous kaì Gótthous.* NICÉFORO CALISTO *(Hist. de la Igl.* XVII 10), por su parte, nos dice que Procopio escribió *Persiká* en cuatro tomos *(en tmḗmasi... téssarsi,* donde es evidente que está incluyendo la *Guerra vándala)* y *Gotthikà.*

Procopio trata estas guerras de forma separada en cada grupo de libros, si bien, dado que durante no pocos años las tropas bizantinas estuvieron peleando en varios frentes al mismo tiempo, el historiador se ve obligado a referirse a los otros conflictos bélicos que se desarrollaban simultáneamente (sobre todo cuando era Belisario el que acudía a uno u otro campo de batalla)[23]. Llama la atención que el tono ecuánime (aunque siempre más favorable a Belisario que a Justiniano) de estos ocho libros se transforme tanto en sus otras dos obras.

La *Historia secreta (Anékdota;* lat. *Historia arcana)* fue compuesta probablemente antes del 558[24], pero sería difícil admitir su publicación antes de la muerte de Justiniano en el 565, con lo que estaríamos ante una obra póstuma. Es lógico que se haya dudado incluso de la autoría procopiana; y no por su estilo menos cuidado, que puede achacarse a la falta de una última revisión, sino por el contenido de sus páginas. Se diría, a veces, que estamos ante una nueva *Historia de las guerras* contada con tintes sombríos sin temor a la censura imperial. Y lo cierto es que el cúmulo de acusaciones y vituperios[25], algunos inexplicables o infundados, contra Justiniano y, sobre todo, contra Teodora, pero también contra Belisario y su esposa Antonina, sorprende al lector.

Sin embargo, su tratado *Sobre los edificios (Ktísmata* o *Perì ktismátōn),* quizá de los años 558-560[26], es un auténti-

---

[23] Por ejemplo, en la *Guerra persa* se hace referencia a la campaña contra los vándalos en I 21, 2; 26, 1; II 2, 8. Y a la campaña de Italia contra los ostrogodos en I 12, 22; 25, 11; II 1, 1; 2, 1; 3, 52; 4, 13; 6, 1; 14, 8; 19, 25; 21, 34.

[24] En repetidas ocasiones se habla del año trigésimo segundo del reinado de Justiniano. Para la opinión de Haury cf. RUBIN, *RE* 23-1 (1957), col. 354 s.

[25] Contiene *psógous kaì kōmōidían:* cf. *Suda,* s.v. *Prokópios.*

[26] Cf. RUBIN, *RE* 23-1 (1957), col. 355.

co panegírico en alabanza del emperador. Dividida en seis libros de corta extensión, la obra registra prácticamente todos los edificios públicos construidos hasta su fecha a lo largo y ancho del territorio bizantino durante el imperio de Justiniano y proporciona interesantes datos, con mucha probabilidad sacados de fuentes oficiales, sobre la administración interna del nuevo estado romano. Podría pensarse que Justiniano encontró aquí todos los aplausos que Procopio le escatima (en beneficio, aunque muy moderado, de Belisario) en la *Historia de las guerras*.

Así pues, nos hallamos ante un escritor de bastante riqueza biográfica y amplio bagaje cultural, que, sin embargo, no hace gala de sus conocimientos. Ya advertía Haury que el de Cesarea cita autores antiguos, pero pocos (en concreto, Heródoto, Arriano, Estrabón, Aristóteles, Homero y Esquilo), y que, al menos en algunos lugares, aprovechó como fuente la *Historia bizantina* de Prisco de Panium[27]. El pensamiento de Procopio[28] o la religión que profesaba tampoco quedan manifiestos con absoluta claridad. No es extraño, por tanto, que persista el debate sobre sus ideas en materia religiosa. Entre las diferentes opiniones[29], preferimos seguir a Evans[30]. Procopio habría sido, aunque no estemos del todo seguros, un cristiano ortodoxo[31] (pero no estrictamente calcedoniano) y podrían tomarse como su *credo* unas pala-

---

[27] Cf. ed. HAURY-WIRTH (cit. en II. 2. *Ediciones), Prolegomena*, págs. VII-XXII: Prisco también sirvió de fuente a Teófanes y Nicéforo Calisto.

[28] Acerca de la noción de *týchē* cf. EVANS, *Gr., Rom. and Byz. Stud.* 12 (1971), 93 ss. (y cf. también I 14, 22, y n. 118; II 9, 13, y n. 66).

[29] Pagano, agnóstico, fatalista, cristiano escéptico, judío o sirio: cf. *ibid.*, 82 s.

[30] Cf. *ibid.*, 82 s. y 90 ss.

[31] De lo contrario habría tratado con mayor indulgencia a la emperatriz Teodora, considerada prácticamente como santa en la tradición monofisita: cf. *ibid.*, 91.

bras de la *Guerra gótica* (V 3, 7 s.): Dios es para él bueno y omnipotente, y es una locura intentar definir su naturaleza.

2. *Contenido de la «Guerra persa»*

Procopio ha reflejado de manera fidedigna las difíciles relaciones entre Persia y la «Nueva Roma» (Constantinopla o Bizancio), «sus fracasos y triunfos»[32] respectivos, desde el emperador Arcadio hasta sus días[33]. La historia del cesariense se convierte así en una extraordinaria muestra de las luchas entre persas y romanos por los territorios limítrofes más ricos, como los de Mesopotamia, o por el dominio sobre pueblos cristianos como los de la Iberia asiática o los de Lácica, la antigua Cólquide[34], entre el Mar Negro y el Cáucaso, con toda su importancia estratégica y comercial. Se advierte, pues, en el conjunto de la obra aquel anhelo de Justiniano de recobrar, con la ayuda de Dios, el territorio del antiguo Imperio Romano[35].

Debe subrayarse que el propio autor declara en todo momento su imparcialidad y en sus páginas demuestra ser poco propenso a los elogios. A pesar de las victorias bizantinas, Procopio no oculta que la paz la consiguió siempre Justiniano a fuerza de dinero y a condición de quedar redu-

---

[32] Cf. I 1, 17.

[33] Lo que sólo constituye, diríamos, un capítulo de la larga historia del enfrentamiento entre romanos y persas: «La enemistad con los persas, herencia sangrante que Constantinopla había recibido de la Roma antigua, se mantendrá en un primer plano hasta la dinastía heracliana (610-717). A partir de esta fecha declinará el poderío sasánida y será el Islam el más encarnizado antagonista de Bizancio» (J. Valero Garrido, *Poema e Historia de Belisario*, Barcelona, 1983, pág. 48).

[34] Cf. I 11, 28.

[35] Anhelo expresamente recogido en las *Novellae Constit.* XXX 11.

cido, en la práctica, a tributario del rey persa. Pero el historiador no olvida tampoco aquellos otros hechos trascendentes que tuvieron en jaque a la capital del imperio como la sedición «Nika» o la gran epidemia de peste del 542.

El primer libro contiene los sucesos que acontecieron entre el 527 y el 532, año en el que se firma la «paz eterna», «indefinida» o «perpetua» *(apérantos eirḗnē)*[36], y concluye con el relato de la sedición «Nika»[37], con las maquinaciones de Teodora contra Juan de Capadocia[38] y con el nuevo nombramiento de Belisario como general de Oriente.

El segundo abarca la segunda campaña persa entre el 540 y el 545, y se alarga hasta el 549 con la tregua que se firmó por un lustro[39]. Se narra, pues, la ruptura del tratado de «paz indefinida» y cómo ambas naciones invadieron una y otra vez los dominios de sus enemigos. Hacia el final, Procopio se detiene en la mencionada epidemia de peste de Bizancio en el 542[40]. Por último, durante esa tregua de cin-

---

36 Cf. I 22, 17.

37 Cf. I 24, 1 ss. *Níka,* «¡vence!» (cf. I 24, 10). En las causas de esta sedición se mezclan los impuestos que agobiaban al pueblo y los abusos del prefecto Juan de Capadocia y del cuestor Triboniano, pero también el fanatismo de las facciones del circo (cf. I 24, 2, y n. 190), la rivalidad política y religiosa entre ortodoxos y monofisitas, y hasta puede que un problema de daltonismo (cuando el prefecto ordenó ahorcar a varios individuos, dos del partido verde y uno del azul, como nos relata en un buen resumen de aquellos acontecimientos VALERO GARRIDO, *Poema e Historia...*, págs. 63-71).

38 Sólo con mirar el índice se observará el considerable número de personajes que se llaman «Juan». Se sabe, en efecto, que era el nombre más común, puesto que lo solían escoger muchos de los que se convertían a la fe cristiana. Recuérdese, por ejemplo, que el propio Hermenegildo, al bautizarse en la Bética en el año 579, tomó este nombre.

39 Cf. II 28, 11.

40 Cf. II 22, 1 ss.

co años, muere la emperatriz Teodora[41] y, con esta noticia, nuestro historiador acaba refiriéndose a la misma pareja con la que puso término al libro primero: Teodora y Juan de Capadocia.

En el siguiente resumen y con indicación de los capítulos de cada libro apuntamos los episodios y personajes fundamentales de la guerra, los pueblos y naciones que se vieron afectados por el conflicto, así como el principio y el fin de las diversas invasiones.

Libro I

1. Propósito y utilidad de la obra. Los arqueros del ejército moderno.
2. Arcadio, Teodosio II e Isdigerdes. Invasión persa.
3. Persas (Peroces) y los hunos blancos (eptalitas).
5. Cabades. Persas y armenios.
7. Invasión persa de la Armenia romana. Cabades y Anastasio.
9. Paz de siete años.
10. Nísibis y Daras.
11. Justino emperador.
12. Los iberos del Cáucaso. Invasión romana (Sitas y Belisario) de Persarmenia. Procopio nombrado consejero de Belisario.
13. Justiniano emperador. Batalla de Daras.
15. El ejército persa entra en la Armenia romana.

17-18. Los persas en territorio romano. Victoria «pírrica» y retirada de Cabades.

21. Campaña contra los vándalos. Cosroes rey persa.
22. La «paz eterna».
24. Sedición «Nika».
25. Teodora y Juan de Capadocia.
26. Belisario se apodera de Libia.

[41] Cf. II 30, 49 ss.

Libro II

1. Cosroes intenta romper el tratado de paz.
2. El godo Vitigis. Armenia. El armenio Basaces y su discurso sobre el imperialismo de Justiniano. Ruptura del tratado de paz.

3-5. Declaración de guerra y primera invasión persa.

8. Antioquía.

10-12. Concepciones de Procopio acerca de la actuación divina. Diversos acontecimientos relacionados con lo religioso: el *Lignum crucis* de Apamea. La tradición de Abgaro, rey de Edesa, y su correspondencia epistolar con Jesús.

13. Fin de la primera invasión persa.

16. Belisario llega a Mesopotamia e invade tierra persa.

17-19. Segunda invasión persa.

20. Tercera invasión.

21. Cosroes toma Calinico y se retira. Belisario enviado a Italia.

22. La epidemia de peste en Bizancio.

24. Invasión romana en territorio persa.

26. Cuarta invasión persa.

28. Nuevo tratado de paz por cinco años.

30. Muerte de Teodora. Teodora y Juan de Capadocia.

Para el comentario sobre los libros III y IV remitimos al lector a las líneas introductorias que encabezan la versión de la *Guerra vándala*.

3. *Procopio como modelo. La posteridad*[42]

Procopio ha sido considerado por sus continuadores, y en particular por los historiadores bizantinos, un modelo de

[42] Cf. RUBIN, *RE* 23-1 (1957), cols. 587-599; y cf. también el capítulo «Belisario y su proyección en la literatura» en VALERO GARRIDO, *Poema e Historia...*, págs. 107-118.

estilo ático[43]. Y, del mismo modo, gracias a su prestigio se convirtió en fuente primordial también para los cronistas y para los historiadores de la Iglesia.

En efecto, a Procopio[44] lo citan, a menudo con innegable admiración, Evagrio, Agatías, Teofilacto Simocata, Simeón Metafrastes, Constantino Porfirogeneta, Focio, *Suda*, Zonaras, Jorge Cedreno o Nicéforo Calisto, entre otros.

Además, nuestro historiador no sólo ha escrito las páginas indispensables para conocer el reinado de Justiniano desde distintas perspectivas (desde la visión que ofrece la *Historia secreta* hasta la del tratado *Sobre los edificios)* y en sus diversos campos (desde las cuestiones militares con sus ocho libros de la *Historia de las Guerras* a los asuntos civiles y los internos de la corte con las dos obras antes citadas), sino que también ha transmitido, de manera directa o indirecta, a toda la literatura posterior de oriente y occidente personajes de la talla del propio Justiniano y la emperatriz Teodora, o de Belisario[45] y su esposa Antonina.

En nuestro Siglo de Oro Mira de Amescua *(Exemplo mayor de la desdicha y Capitán Belisario)*, Lope de Vega

---

[43] Evagrio (IV 12) y Nicéforo Calisto (XVII 10) opinaban que Procopio había escrito su obra *kompsôs kaì logíōs*. Agatías *(Hist.*, Proemio), por su parte, elogiaba su *akríbeia (... es tò akribès anagégraptai...)*. También, por ejemplo, Sinesio de Cirene fue para Bizancio un modelo en la forma, por su estilo ático: cf. F. A. García Romero, *Sinesio de Cirene. Himnos. Tratados*, Madrid, BCG, 1993, págs: 19 s.

[44] Cf. ed. Haury-Wirth, Prolegomena, págs. LXI-LXIII.

[45] La figura del gran general, a partir de los testimonios históricos (de Procopio o Agatías), recibirá un tratamiento legendario plasmado ya en Tzetzes *(Chiliades* III 339 ss.) en el siglo xii. El poema sobre Belisario conocido como la *Diégesis (Diēgēsis hōraiotátē... Belisaríou)*, cuya composición data de finales del xiv, es un singular ejemplo de fusión entre historia y leyenda: cf. la edición y traducción de esta obra en el completísimo trabajo ya citado de J. Valero Garrido, *Poema e Historia de Belisario*, Barcelona, 1983.

(sólo de pasada en su pieza *El despertar a quien duerme:* «... Marios y Belisarios, / Césares y Pompeyos...») y Quevedo (en su soneto sobre Belisario, *Viéndote sobre el cerco de la luna)* se hacen eco de la leyenda de Belisario.

Por otra parte, no cabe duda de que la novela *Count Belisarius* de Robert Graves, con ediciones y múltiples reimpresiones en español[46], ha servido para que Procopio se acercara un poco más al lector contemporáneo. El famoso autor inglés ha sabido bordar las escenas novelescas sobre el firme bastidor de la historia procopiana[47].

II. Códices, ediciones y traducciones. Nuestra versión

1. *Códices*[48]

Los principales manuscritos que incluyen la *Guerra persa* y la *Guerra vándala* pertenecen todos al siglo XIV y provienen de un arquetipo perdido *(x* para Haury), del que derivaron otros dos *(y, z),* también perdidos. De éstos procedieron otros códices perdidos, origen a su vez de estos

---

[46] Londres, 1938: *El conde Belisario,* Buenos Aires, 1981 (Ed. Sudamericana); Barcelona, 1982 (Edhasa).

[47] No nos resistimos a anotar un curioso dato que relaciona a Procopio con la ciudad de Jerez de la Frontera, donde redactamos estas páginas. Parece que puede afirmarse que el techo de palio, del año 1882, de uno de los más bellos pasos de Dolorosa de la Semana Santa jerezana, el de Nuestra Señora de la Piedad, está inspirado en la exquisita encuadernación realizada por Tomás Maioli (s. XVI) para *Procopius. De bello Persico* (que suponemos contiene la traducción latina de R. VOLATERRANUS, Roma, 1509: cf., más abajo, II. 3. *Traducciones).* Agradecemos esta información al profesor D. José Ramón Fernández Lira.

[48] Cf. un detallado estudio en ed. Haury-Wirth, págs. XXII-XL.

manuscritos fundamentales que a continuación anotamos (y_1 > *O, P; z > V; z_1 > G).*

— Siglo XIV:

G = Vatic. graec. 1001 (I 7, 23-II: ff. 51-87^v).

O = Vatic. Ottobonianus graec. 82 (III 4, 38-IV: ff. 85-145).

P = Paris. graec. 1702 (I-IV: ff. 1-190).

V = Vatic. graec. 152 (I-IV: ff. 1-141, con muchas lagunas).

Existen otros manuscritos menores, de los que citaremos los siguientes:

— Siglo XIV:

k = Marc. Venet. 398.

— Siglo XV:

c = Paris. Mazar. 4462.

e = Paris. graec. 1699.

— Siglo XVI:

d = Monac. graec. 513.

γ = *Scorial.* Y I 8[49].

2. *Ediciones*[50]

1607 D. HOESCHELIUS, *Bella,* ed. princeps, Augsburgo.

1662 CL. MALTRETUS, *Procopii Opera Omnia,* vol. I, París (Corpus Byzantinae Historiae; con traducción latina).

1729 Reimpresión en Venecia de la ed. de Maltretus.

---

[49] Cf. CH. GRAUX, *Essai sur les origines du fonds grec de l'Escurial,* París, 1880 = *Los orígenes del fondo griego del Escorial* [ed. y trad. G. DE ANDRÉS], Madrid, 1982, pág. 273 (y también págs. 377, 386, 534).

[50] Consúltese RUBIN, *RE* 23-1 (1957), col. 274.

1833 G. DINDORF, *Procopii Opera Omnia*, vol. I, Bonn (Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae).

1905 J. HAURY, *Procopii Caesariensis Opera Omnia*, vol. I, Leipzig (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana). Reedición (add. et corrig. G. WIRTH): 1962 (cit. «ed. HAURY-WIRTH»).

1914-1916 H. B. DEWING, *Procopius*, vols. I-II, Londres-Cambridge (Mass.) (The Loeb Classical Library), que sigue la ed. de Haury de 1905. Reimpresiones manejadas: 1961(vol. I), 1979 (vol. II) (con traducción inglesa; cit. «ed. DEWING»).

1961 O. VEH, *Prokop-Werke*, Múnich (con traducción alemana).

1977 M. CRAVERI, *Procopio de Cesarea. Le guerre Persiana, Vandalica, Gotica*, Turín (con trad. italiana).

3. *Traducciones*

Aparte de las ediciones bilingües incluidas en el apartado anterior, contamos con las siguientes versiones de estas obras de Procopio[51]:

U. ALBINI, E. V. MALTESE (eds.), *Bisanzio nella sua letteratura*, Milán, 1984 (antología de textos; los pasajes de Procopio traducidos por A. Pontani).

A. CAMERON, *Procopius. History of the Wars, Secret History, and Buildings*, Nueva York, 1967.

D. COSTE, *Wandalenkrieg*, Leipzig, 1885, 1913[3] (esta traducción sirve de base a la obra de A. HEINE - A. SCHAEFER, *Der Vandalenkrieg...*, Essen, 1985).

H. GROTIUS, *Historia Gothorum (mit Wandalenkrieg)*, Amsterdam, 1655 (en latín).

A. HEINE, A. SCHAEFER, *Der Vandalenkrieg. Der Gotenkrieg*, Essen, 1985 (v. D. Coste).

[51] Cf. *ibid.*, cols. 274-276.

F. KANNGIESSER, *Kriegsgeschichte I-IV*, Greifswald, 1827-1831.
C. REICH, *Goten und Vandalen im Kampfe gegen die Römer*, Bamberg, 1933.
P. REINHARD, *Geheimgeschichte*, Erlangen-Leipzig, 1753.
D. ROQUES, *La Guerre contre les Vandales: Guerres de Justinien, livres III et IV*, pref. de Ph. Muray, París, 1990.
J. VALERO GARRIDO, *Poema e Historia de Belisario*, Barcelona, 1983. En esta obra se reproduce el texto de J. Haury (Teubner) y se traducen los siguientes pasajes: *Guerra Persa* I 14, 1-27 (págs. 168-175); I 24, 1-58 (págs. 176-193); I 25, 11-30 (págs. 200-205); *Guerra Vándala* I 15, 18-30 (págs. 194-199); II 9, 1-16 (págs. 206-211).
J. VARA DONADO, *Procopio de Cesarea. Historia de las guerras I-IV*, Madrid (en prensa).
R. VOLATERRANUS, *Perser-, Wandalenkrieg*, Roma, 1509 (en latín)[52].

4. *Nuestra versión*

Para esta traducción, que pretende ser, ante todo, fiel, nos hemos basado en el texto de Haury-Wirth (reed. de Haury, 1962), si bien en ciertos pasajes, como aclaramos en las notas pertinentes, hemos seguido algunas apreciaciones de Dewing (reimpr. 1961 y 1979)[53].

---

[52] Se trata de la primera traducción latina de la *Guerra persa* y la *Guerra vándala*. Anteriores a ésta son las versiones de la *Guerra goda* de LEONARDO BRUNI y CHR. PERSONA (editadas en 1470 y 1506 respectivamente).

[53] No hemos podido consultar la versión del profesor VARA DONADO, todavía en prensa cuando entregamos los originales de nuestro trabajo.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Citamos algunas monografías generales sobre el período bizantino y sobre las figuras de Justiniano y Belisario, además de los estudios particulares sobre Procopio y su obra. En las notas a la traducción se podrán leer otros títulos que no se incluyen aquí, por tratar sobre cuestiones más concretas o no directamente relacionadas con nuestro autor [1].

H. G. Beck, *Kaiserin Theodora und Prokop. Der Historiker und sein Opfer,* Múnich, 1986.

H. Braun, *Procopius Caesariensis quatenus imitatus sit Thucydidem,* Diss. Erlangen, 1885 *(Acta seminarii Erlangensis* 4 [1886], 161-221).

D. Braund, «Procopius on the economy of Lazica», *Classical Quarterly* 41 (1991), 221-225.

P. Brown, *The World of Late Antiquity = El mundo en la Antigüedad Tardía (De Marco Aurelio a Mahoma)* [trad. A. Piñero], Madrid, 1989.

F. Bücheler, «Procopiana», *Rheinisches Museum* 63 (1908), 152-155.

[1] Puede también consultarse, para ampliar esta bibliografía (sobre todo en el caso de trabajos más antiguos), la que añadió G. Wirth en ed. Haury-Wirth, págs. LXXVII-LXXXVII; así como la completísima recopilación de Rubin, *RE* 23-1 (1957), cols. 276-284.

A. M. Cameron, «The 'Skepticism' of Procopius», *Historia* 15 (1966), 466-482.
—, *Procopius and the Sixth Century*, Berkeley-Los Ángeles, 1985.
A. M. Cameron, A. D. E. Cameron, «Christianity and Tradition in the Historiography of the Later Roman Empire», *Classical Quarterly* 24 (1964), 316-328.
J. M. Candau Morón, «El universo referencial de los historiadores griegos tardíos», en M. Brioso, F. J. González Ponce (eds.), *Las letras griegas bajo el imperio*, Sevilla, 1996, págs. 151-163.
S. Claramunt, *El mundo bizantino. La encrucijada entre Oriente y Occidente*, Barcelona, 1987.
L. R. Cresci, «Ancora sulla μίμησις in Procopio», *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica* 114 (1986), 449-457.
—, «Lineamenti strutturali e ideologici della figura di Belisario nei *Bella* procopiani», *Serta historica antiqua* XV, (1986), 247-276.
B. Croke, A. M. Emmet (eds.), *History and Historians in Late Antiquity*, Sidney-Oxford-Nueva York, 1983.
L. M. Chassin, *Bélisaire, généralissime byzantin (504-565)*, París, 1957.
A. Christensen, *L'Iran sous les Sassanides*, Copenhague, 1944[2].
H. B. Dewing, «The accentual cursus in Byzantine Greek prose with special reference to Procopius of Caesarea», *Transactions of the Connecticut Academy of Arts and Sciences* 14 (1910), 417-461.
Ch. Diehl, *L'Afrique byzantine. Histoire de la domination byzantine en Afrique (533-709)*, París, 1896.
G. Downey, «Paganism and Christianity in Procopius», *Church History* 18 (1949), 89-102.
—, «The Persian campaign in Syria in a. D. 540», *Speculum* 28 (1953), 340-348.
A. Duwe, *Quatenus Procopius Thucydidem imitatus sit*, Progr. Jever, 1885.
M. A. Elferink, «Τύχη et Dieu chez Procope de Césarée», *Acta Classica* 10 (1967), 111-134.

J. A. S. Evans, «Procopius of Caesarea and the Emperor Justinian», *Canadian Historical Assn. Historical Papers 1968*, págs. 126-139.

—, «Christianity and Paganism in Procopius of Caesarea», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 12 (1971), 81-100.

A. Freixas, «El lenguaje de Procopio», *Anales de Filología Clásica* 4 (1947-1949), 125-150.

—, «Temas de Procopio de Cesárea», *Anales de Historia Antigua y Medieval*, Buenos Aires, 1949.

—, «Otros temas de Procopio de Cesarea», *ibid.*, 1952, págs. 45-67.

D. Frye, «Athalaric's health and the Ostrogothic character», *Byzantion* 65-1 (1995), 249-251.

C. D. Gordon, «Procopius and Justinian's financial policies», *Phoenix* 13 (1959), 23-30.

A. W. de Groot, *Untersuchungen zum byzantinischen Prosarhythmus (Procopius von Caesarea)*, Groninga, 1918.

G. C. Hansen, «Griechische und lateinische Geschichtsschreibung in der Spätantike», *Klio* 66 (1984), 605-614.

J. Haury, *Procopiana*, Progr. Augsburgo, 1891.

—, *Procopiana II*, Progr. Múnich, 1893.

—, *Zur Beurteilung des Geschichtschreibers Procopius von Caesarea*, Progr. Múnich, 1896.

—, «Prokop und der Kaiser Justinian», *Byzantinische Zeitschrift* 37 (1937), 1-9.

Chr. Holdsworth, T. P. Wiseman, *The inheritance of historiography 350-900*, Exeter, 1986.

S. Impellizzeri, *La letteratura bizantina. Da Costantino a Fozio*, Milán, 1975.

M. Isambert, *Histoire de Justinien*, 2 vols., París, 1856.

W. E. Kaegi, «Procopius the military historian», *Byzantinische Forschungen* 15 (1990), 53-85.

K. Krumbacher, *Geschichte der byzantinischen Literatur von Justinian bis zum Ende des Oströmischen Reiches (527-1453)*, Múnich, 1897[2].

A. D. Lee, «Procopius, Justinian and the *kataskopoi*», *Classical Quarterly* 39 (1989), 569-572.

J. N. Ljubarskyj, «Neue Tendenzen in der Forschung der byzantinischen Historiographie», *Klio* 69 (1987), 560-566.

P. Maas, «Die Rhythmik der Satzschlüsse bei dem Historiker Prokopius», *Byzantinische Zeitschrift* 21 (1912), 52-53.

L. Mahon, *Life of Belisarius,* Londres, 1898.

A. Müller, «Das Heer Justinians nach Prokop und Agathias», *Philologus* 72 (1912), 101-138.

K. Proudfoot, *Byzantine Women in the sixth Century,* Melbourne, 1982.

B. Rubin, *Prokopios von Kaisareia,* Stuttgart, 1954 = «Prokopios von Kaisareia, Mitarbeiter Belisars und Historiker», *RE* 23-1 (1957), cols. 273-599.

—, *Das Zeitalter Justinians I,* Berlín, 1960.

G. Scarpat, «Leggendo Procopio di Cesarea *(bella* 2, 22, 6 ss.)», *Paideia* 44 (1989), 57-58.

R. Scott, «The Classical Tradition in Byzantine Historiography», en M. Mullett, R. Scott (eds.), *Byzantium and the Classical Tradition,* Birmingham, 1981, págs. 61-74.

E. Stein, *Geschichte des spätromischen Reiches I: Vom römischen zum byzantinischen Staate, 284-476,* Viena, 1928.

—, *Histoire du Bas-Empire II: De la disparition de l'Empire d'Occident à la mort de Justinien, 476-565,* publ. por J. R. Palanque, París-Bruselas-Amsterdam, 1949.

LIBRO I
(GUERRA PERSA I)

SINOPSIS

1. Propósito y utilidad de la obra. La admiración infundada que algunos profesan a la antigüedad. El ejemplo de los actuales arqueros y su maestría en el manejo del arco. — 2. Arcadio, antes de morir, pone a su hijo Teodosio bajo la tutela del rey persa Isdigerdes. Tras morir éste, Vararanes, el nuevo rey, invade el territorio romano sin causar ningún estrago. — 3. Guerra del rey persa Peroces contra los hunos blancos o eptalitas. Los persas caen en una emboscada y el jefe de los hunos les ofrece la salvación si Peroces se arrodilla ante él. El persa evita esta deshonra siguiendo el astuto consejo de los magos. — 4. Peroces, no mucho tiempo después, invade la tierra de los eptalitas para vengarse. Éstos derrotan a los persas valiéndose de una estratagema. Mueren Peroces y sus hijos, a excepción de Cabades, quien por su juventud se quedó en su patria. Historia de la valiosísima perla que lucía Peroces, del tiburón y del pescador que la consiguió. Los persas quedan sujetos al pago de un tributo a los eptalitas durante dos años. — 5. Cabades, ya rey, introduce en el régimen algunos cambios que no agradan al pueblo, uno de lo cuales era la comunidad de mujeres. Destronan a Cabades y eligen a Blases. Cabades es encarcelado en el Castillo del Olvido. En relación con este lugar, se narra el enfrentamiento bélico entre persas y armenios, el caso del armenio Arsaces y las prácticas de los magos persas. — 6. Continúa la historia de Cabades. Su liberación y su matrimonio con la hija del rey de los eptalitas. Con un ejército de este pueblo marcha contra los per-

sas y se hace de nuevo con el trono.—7. Cabades le pide dinero prestado al emperador Anastasio y, como éste se lo niega, el persa invade la Armenia romana. Historia de Jacobo. El asedio de la ciudad de Amida y su conquista.—8. El ejército enviado por el emperador Anastasio y la derrota en la lucha con los persas.—9. Otro ejército romano le pone cerco a Amida. Los amidenos resisten casi sin provisiones, aunque hacen creer lo contrario a los sitiadores. Muere el persa Glones con otros doscientos soldados en una emboscada que planeó un campesino. Al final, los romanos recuperan Amida comprándosela a los persas por mil libras de oro. Se firma una paz entre uno y otro pueblo que duró siete años.—10. Las Puertas Caspias. Nísibis y Daras.—11. Justino emperador. El persa Cabades le propone a Justino que adopte a su hijo preferido, Cosroes. El cuestor Proclo se opone. Las embajadas romana y persa se reúnen para tratar sobre la cuestión pero no llegan a un acuerdo.—12. Los iberos del Cáucaso. Cabades intenta someterlos pero ellos se pasan a las filas romanas. Los romanos, bajo el mando de Sitas y Belisario, invaden Persarmenia y son vencidos. Belisario en Daras. Procopio es nombrado consejero suyo.—13. Muere Justino. Justiniano emperador. La plaza fuerte de Minduos. Belisario general de Oriente. La batalla de Daras. Descripción de cómo formaron ambos ejércitos. Las hazañas de Andreas. Ambos ejércitos se retiran.—14. Intercambio de cartas. Oferta de paz romana y negativa persa. Arenga de los generales a sus respectivos ejércitos. Estrategia persa. El combate y la derrota de los bárbaros.—15. Cabades envía otro ejército a la armenia bizantina. Nueva derrota persa. Los tzanos sometidos al emperador de Bizancio. La mina de oro del rey persa en Farangio. Narsés, Aracio e Isaac se pasan a los romanos.—16. Proposición de paz del embajador Rufino y respuesta de Cabades.—17. Los persas invaden el territorio romano. Digresión sobre el porqué del nombre de Mesopotamia. El Tigris, el Eufrates y los templos de Ártemis construidos por Orestes. Se prosigue con el relato anterior. Alamundaro, rey de los sarracenos, aconseja a Cabades. El genio bélico de Alamundaro. Justiniano pone a Aretas al frente de la mayoría de los sarracenos.—18. Los persas invaden el territorio

romano desde Comagena. Belisario les sale al encuentro. Los persas se retiran. Era la festividad de la pascua cristiana. Los soldados romanos quieren atacarlos pero Belisario intenta disuadirlos. Aquéllos lo llaman cobarde y él cede a sus pretensiones. En la batalla que se entabla, enfrente de la ciudad de Calinico, los persas superan a los romanos en una victoria «pírrica». Los persas se retiran a su patria y Belisario con los supervivientes alcanza Calinico. Azaretes llega a Persia. La costumbre de las flechas y las canastas. El rey castiga a Azaretes por aquella victoria conseguida a cambio de tantos hombres.—19. Justiniano pretende aliarse a los etíopes y homeritas. Descripción de las costas del golfo Arábigo (también llamado por Procopio Mar Rojo). Abocárabo y los sarracenos. El mar y las naves que lo surcan. Los blemies y nobatas, pueblos que habitan la zona del Nilo, y sus relaciones con los romanos.—20. Los etíopes y homeritas, y sus reyes. Justiniano pretende hacer alianza con ambos pueblos para conseguir la seda sin comprarla a los persas y para tenerlos en jaque por medio de la acción de estos aliados. Ninguna de las dos cosas se logra.—21. El emperador llama a Belisario para realizar la campaña contra los vándalos. Sitas ocupa su lugar en oriente. Los persas asedian Martirópolis y Justiniano recurre a un engaño por medio de un espía persa. Entretanto muere Cabades y Cosroes es nombrado rey gracias a la intervención de Mebodes. Los persas aceptan la propuesta romana y levantan el cerco de Martirópolis.—22. Cosroes acepta la paz a condición de que se le entreguen ciertas plazas y una gran cantidad de oro. El embajador Rufino marcha a Bizancio para consultar a Justiniano acerca de estas demandas. El emperador da el visto bueno, pero luego se arrepiente y se niega a dejar en manos persas las fortalezas de Lácica. Cosroes se opone por ello al tratado, pero deja marchar a Rufino con el dinero que le había pagado poco antes al rey persa. Tras ser acusado Rufino ante el emperador y quedar libre de sospechas, él y Hermógenes se presentan de nuevo en embajada ante Cosroes y se firma el tratado de «paz indefinida», bajo la condición de que ambas partes se devuelvan mutuamente las posesiones arrebatadas en la guerra.—23. Tiempo después, sus propio súbditos conspiran contra ambos gobernantes. Algunos no-

bles persas intentan destronar a Cosroes y poner en su lugar a Cabades, el hijo de Zames. Cosroes se entera y acaba con el complot, pero a Cabades, todavía niño, no logra matarlo porque Adergudumbades lo engaña. El plan de Cosroes para vengarse de Adergudumbades. La condena a muerte de Mebodes y la costumbre del trípode.—24. La sedición «Nika». Las facciones y la revuelta popular. Los abusos de Juan de Capadocia y de Triboniano. La plebe proclama emperador a Hipacio. Los discursos de Orígenes y de la emperatriz Teodora. Belisario aplasta la sedición a sangre y fuego.—25. Triboniano y Juan son restituidos en sus cargos. El comportamiento de ambos. La animadversión de Teodora hacia Juan y las intrigas de éste contra ella. Belisario, reclamado por el emperador para dirigir la expedición contra los persas, vuelve a Bizancio en compañía de Antonina. La envidia y el odio de Juan. Las intrigas de Antonina contra éste. Juan es destituido del cargo de prefecto y, contra su voluntad, lo hacen presbítero en Cícico, donde vivirá sin renunciar a su libertinaje. El descontento de los ciudadanos de Cícico. El caso del obispo Eusebio. Encarcelamiento de Juan.—26. Belisario es nombrado de nuevo general de Oriente y se apodera de Libia. Cosroes exige una parte del botín. En Daras se alza como usurpador un soldado llamado Juan. Días después, otros soldados lo cogen prisionero y, finalmente, para evitar disturbios lo matan.

Procopio de Cesarea[1] puso por escrito las guerras que
Justiniano, el emperador de los romanos[2], llevó a cabo con- 1
tra los bárbaros de Oriente y Occidente, recogiendo cómo
vinieron a desarrollarse los acontecimientos en cada una de
ellas, para que[3] el largo curso de los siglos no reduzca a la
nada los hechos sobresalientes, por estar faltos de un relato,
ni los abandone al olvido, ni los deje desvanecerse del todo.
Y es justo el recuerdo de tales hechos lo que consideró que
sería algo importante y sumamente provechoso para los hom-
bres de hoy y para los del futuro[4], por si acaso el tiempo los
pusiera de nuevo en un trance similar. Pues a los que vayan
a entrar en guerra o se dispongan a combatir en cualquier 2
otra circunstancia algún beneficio puede depararles la expo-
sición de un episodio histórico[5] parecido, que les revele

---

[1] *Prokópios Kaisareùs toùs polémous xynégrapsen... hōs...:* cf. Tucídides, I 1, 1 *(Thoukydídēs Athēnaîos xynégrapse tòn pólemon... hōs...).*

[2] Recordemos que al emperador en Bizancio se le llamaba *basileùs Rhōmaíōn:* cf., por ejemplo, Sinesio, *Sobre la realeza* 15d («Imperio Romano» era el Estado bizantino: *ibid.* 16a).

[3] *Hōs mḗ érga hypermegéthē ho mégas aiṓn... exítēla thêtai:* cf. Heródoto, *Proemio (hōs mḗte tà genómena ... tôi chrónōi exítēla génētai... mḗte érga megála).*

[4] De nuevo la historia como *ktêma es aieí,* «una posesión para siempre»: cf. Tucídides I 22, 4.

[5] *Hē... historías epídeixis:* cf., de nuevo, Heródoto, *Proemio (historíēs apódexis).*

cuál vino a ser para anteriores generaciones el resultado de una contienda semejante y les haga adivinar, al menos a los más avisados, qué final probable tendrán los incidentes que
3 ellos estén viviendo. Además el autor sabía bien que estaba más capacitado que nadie para escribir sobre esto, y no por ninguna otra razón sino porque, al haber sido nombrado consejero[6] del general Belisario, le tocó estar presente en
4 casi todos los hechos. Entendía él, por otra parte, que a la oratoria le corresponde el rigor, a la poesía las invenciones
5 fantásticas y a la obra histórica la verdad[7]. Por eso, desde luego, no trató de encubrir las acciones más desafortunadas ni siquiera de ninguna de las personas muy cercanas a él, sino que escribió con exactitud cada una de las cosas que les sucedieron a todos, tanto si lo que pasó fue que obraron bien, como si fue de otra manera.

6 Nada más importante ni más intenso que lo ocurrido en estas guerras se le pondrá nunca ante los ojos a nadie que quiera, al menos, presentar pruebas fundadas en la verdad.
7 Y es que tuvieron lugar en ellas los hechos más admirables de todos los que conocemos de oídas, a menos que quien los esté leyendo conceda la preeminencia a la antigüedad y
8 considere lo contemporáneo indigno de admiración. El caso es, por ejemplo, que algunos a los soldados de hoy en día los llaman «arqueros», mientras que «luchadores de cerca»[8], «guerreros con escudo»[9] y otros por el estilo son los nombres que les gusta asignar a los más antiguos, y creen que aquel valor de entonces no ha llegado a estos tiempos,

[6] Procopio fue nombrado *xýmboulos,* «consejero» o «asesor» de Belisario: cf. también I 12, 24 *(hypographeús,* «secretario», lo llama *Suda,* s. v. *Prokópios).*

[7] Cf., otra vez, la afinidad de ideas con Tucídides I 22, 4.

[8] *Anchemáchous:* cf. *Ilíada* XIII 5; Hesíodo, *Escudo* 25.

[9] *Aspidiôtas:* cf. *Ilíada* II 554; XVI 167.

formándose, así, una opinión al respecto que es fruto de su
desinterés y que está muy alejada de la experiencia. Y es 9
que jamás se les ha ocurrido la idea de que quienes usaban
el arco en Homero, que resultaban motejados con un nom-
bre relativo a su habilidad con esta arma [10], no disponían de
caballo ni de lanza [11], ni estaban defendidos por un escudo,
ni contaban con ninguna otra protección para su cuerpo, si-
no que entraban en combate a pie [12] y se veían forzados a
ponerse a cubierto escogiendo para ello el escudo de algún
compañero [13] o apoyarse en una lápida sobre una tumba [14],
desde donde ni les era factible volver las espaldas derrota- 10
dos y salvarse ni caer sobre los enemigos cuando eran éstos
los que huían. Y por supuesto tampoco podían sostener un
combate en campo abierto sino que aparentaban estar siem-
pre como robando algo propio de quienes estaban enzarza-
dos en el choque. Y, prescindiendo de eso, ejercitaban esta 11
práctica de forma tan desmañada que sólo aproximaban la
cuerda a la tetilla [15] y, por tanto, la flecha que disparaban iría
floja y naturalmente sería inocua para el blanco elegido [16].
Está claro que así, más o menos, era antes el tiro con arco.

---

[10] DIOMEDES en *Ilíada* XI 385 le dice a Paris: «¡Arquero *(toxóta),* ultrajador, famoso por tu arco *(kérai aglaé),* mirón de jovencitas!» No obstante, la expresión *kérai aglaé* («famoso por tu arco») podía interpretarse (cf. ya Aristarco, y luego Sinesio y *Suda)* como «famoso por tu peinado o por tus rizos» (para este significado de *kéras,* cf. *keroplástēs):* cf. SINESIO, *Elogio de la calvicie* 84c.

[11] Cf. *Ilíada* V 192.

[12] Cf. *ibid.* V 204 s.

[13] Cf. *ibid.* IV 112 s.; VIII 266 s.

[14] Cf. *ibid.* XI 370 s.

[15] Cf. *ibid.* IV 123.

[16] Procopio escribe *tò bélos... kōphón te kaì outidanón* modificando parcialmente el verso de *Ilíada* XI 390 *(kōphòn gàr bélos andròs... outidanoîo).*

12 Pero los arqueros de hoy día entran en combate armados
con coraza y con grebas bien ajustadas hasta la rodilla. De
su costado derecho van colgadas las flechas, y del otro la
13 espada. Hay quienes también llevan suspendida y sujeta al
cuerpo una lanza y sobre cada hombro una especie de escu-
do pequeño sin brazal, apto para cubrir la zona de la cara y
14 del cuello. Montan a caballo perfectamente y, hasta cuando
van a galope tendido, son capaces de tensar sin dificultad
sus arcos hacia uno y otro lado y dispararles a los enemigos
15 tanto en una persecución como en una huida. Tiran de la
cuerda y la traen a lo largo de la frente justo hasta la oreja
derecha, con lo que le dan a la flecha tanta fuerza que matan
a quien entonces se ponga delante, sin que ni siquiera un es-
cudo ni una coraza sirva de algo para contrarrestar el impul-
16 so. Hay también quienes, no teniendo en cuenta nada de to-
do esto, rinden culto y admiración a los tiempos antiguos y
no les dan importancia a los adelantos que se inventan. Pero
tampoco nada de esto impedirá reconocer que los hechos
más grandes y memorables fueron los ocurridos en estas gue-
17 rras. Y comenzando primero por los precedentes inmedia-
tos, se narrarán los fracasos y los triunfos acaecidos a roma-
nos y medos[17] en sus enfrentamientos bélicos.

2 Cuando ya Arcadio, el emperador romano, estaba a pun-
to de morir en Bizancio (y con un hijo, Teodosio[18], que aún
permanecía bajo los cuidados de su nodriza), seguía indeci-
so con respecto a su hijo y al imperio, sin saber en absoluto
2 cómo dejar resueltas ambas cuestiones. Y es que se le vino a

---

[17] *Mēdois:* el término «medos» equivale a «persas» (cf. ya HERÓDOTO, V 77, 3; etc.). El imperio de los medos fue anexionado por el persa Ciro II el Grande en la segunda mitad del siglo VI a. C.

[18] Por supuesto, Teodosio II (401-450), que accedió al trono a la muerte de su padre Arcadio en el 408, siendo por tanto todavía un niño, con Antemio (prefecto del pretorio) como regente hasta el 414.

la cabeza un pensamiento: si le procuraba a Teodosio al-
guien con quien compartir el gobierno, sería de hecho como
acabar con su propio hijo, poniendo a su lado a un enemigo
revestido del poder imperial; y si lo sentaba solo en el trono, 3
muchos intentarían subir a él y hacerse con la soberanía,
aprovechándose lógicamente de esa soledad de su hijo, y se
sublevarían para alzarse como usurpadores[19] sin ningún es-
fuerzo, tras quitar de en medio a Teodosio, dado que éste no
tendría en Bizancio a ningún pariente[20] que pudiera ser su
tutor. Pues que su tío Honorio[21] viniera en su ayuda, eso era 4
algo que Arcadio no esperaba en absoluto, estando como
estaba ya tan mal la situación en Italia. Y no menos lo in- 5
quietaba el problema de los persas, porque su miedo era que
estos bárbaros, abusando de la corta edad del emperador pa-
ra atropellarlo, cometieran contra los romanos acciones irre-
parables. Hundido Arcadio en esta irresolución, y aunque no 6
se había mostrado talentoso por lo general en otras cuestio-
nes, traza un plan válido para preservar fácilmente a su hijo
y el imperio, ya fuera por haber consultado a alguno de los
muchos expertos que suelen asesorar al emperador, o ya por
haber tenido como una inspiración divina. Y fue así que, al 7
disponer las cláusulas de su testamento, nombró a su hijo
sucesor al trono, pero le puso como tutor a Isdigerdes, el rey
persa, a quien encargó en su testamento con gran interés que
conservara el imperio para Teodosio haciendo uso de todo
su poder y previsión. De este modo, Arcadio murió tras ha- 8

---

[19] Para este valor de *tyrannô* cf. el término *týrannos* en I 24, 44.

[20] Su hermana Pulqueria (no mencionada por Procopio) compartió de hecho el poder con Teodosio II (a porfía con su esposa Eudoxia) desde el 414 hasta el 450, año de la muerte del emperador, y siguió gobernando bajo el imperio nominal de su esposo Marciano.

[21] El emperador de Occidente, hermano de Arcadio e hijo de Teodosio I.

ber arreglado los asuntos del imperio y los suyos particula-
res. Por su parte, Isdigerdes, el rey persa, cuando vio el es-
crito que le habían presentado, aun siendo ya de antes un
personaje de lo más célebre por su carácter magnánimo, dio
ejemplo también entonces de una valía personal digna de
9 admiración y recuerdo. En efecto, no se mostró desconside-
rado con el encargo que le confió Arcadio y, continuando
con la práctica de una paz ininterrumpida con los romanos
durante todo el tiempo, le conservó el imperio a Teodosio.
10 Así pues, escribió de inmediato una carta al senado romano
en la que no rehusaba la tutela que se le había encomendado
del emperador Teodosio, al tiempo que amenazaba con la
guerra a quien intentara conspirar contra aquél.

11 Cuando ya Teodosio se había hecho un hombre y había
alcanzado la edad viril, y a Isdigerdes una enfermedad lo
había quitado del mundo, invadió el territorio romano Vara-
ranes, el rey persa, con un gran ejército[22], pero no causó nin-
gún estrago, sino que regresó a su patria sin haber conse-
12 guido nada; y ocurrió de la siguiente manera. Coincidió que
el emperador Teodosio había enviado a Anatolio, general de
las tropas de Oriente, como embajador en solitario ante los
persas. Éste, cuando ya se encontraba muy cerca del ejército
medo, bajó de un salto del caballo, solo como estaba, y avan-
13 zó a pie hacia Vararanes. Al verlo, Vararanes les preguntó a
los que estaban a su lado quién era el que venía hacia él y
14 ellos le dijeron que era el general de los romanos. El caso
fue que, abrumado por aquella exagerada muestra de res-
peto, el propio rey volvió grupas y desanduvo el camino, y
15 todo el contingente persa lo siguió. Una vez que se halló en
su propio territorio, se entrevistó con el embajador de forma
muy amable y concertó la paz en los términos en que se la

[22] Era el año 441 d. C.

pidió Anatolio, con la condición, no obstante, de que ninguno de los dos construyera ninguna nueva fortificación en la zona de sus dominios limítrofe con la del vecino. Cuando ya firmaron el acuerdo, cada uno continuó llevando sus asuntos internos como quiso.

Algún tiempo después Peroces, el rey persa[23], movió 3
guerra contra el pueblo de los hunos eptalitas[24], a los que
llaman «blancos», por los límites de sus territorios y tras
reunir un ejército considerable marchó contra ellos. Los epta- 2
litas son hunos de raza y también de nombre, sin embargo
no se mezclan ni frecuentan a ningún otro grupo de los hunos que nosotros conocemos, porque ni las tierras que ocupan lindan con las suyas ni habitan muy cerca de ellos, sino que viven al norte de Persia y, de hecho, su ciudad, llamada Gorgo, se encuentra junto a la propia frontera persa, y es allí donde suelen luchar unos contra otros por los límites de sus
territorios. Y es que no son nómadas, como los otros pue- 3
blos hunos, sino que de antiguo están asentados en unas tie-
rras que son buenas. He ahí la causa de que nunca hayan 4
realizado ninguna incursión en territorio romano, salvo en compañía del ejército medo. De todos los hunos sólo ellos
tienen piel blanca y un aspecto que no es feo[25]. Y desde 5
luego ni su género de vida es el mismo, ni llevan una existencia propia de animales como la de aquéllos. Por el con-

[23] Peroces (Peroz o Fíruz) fue rey entre los años 459 y 484.

[24] En efecto, los eptalitas, eftalitas o heftalitas (en nuestro texto *ephthalîtai*, término derivado, al parecer, de un jefe o rey llamado Heftal) reciben también en otros textos el nombre de «hunos blancos», aunque su relación con los hunos propiamente dichos es dudosa. Las crónicas chinas los mencionan y los sitúan al norte de la Gran Muralla. En los siglos v y vi invadieron Persia y la India.

[25] Hay que recordar que los hunos practicaban la costumbre ritual de herirse la cara para que las cicatrices acentuaran también la ferocidad de su aspecto: cf. SINESIO, *Sobre la realeza*, 17a.

trario, son gobernados por un único rey y, como su régimen
está sujeto a la legalidad, las relaciones entre ellos y con sus
vecinos las establecen de acuerdo con el derecho y la justi-
6 cia, igual que los romanos y los persas. Y otra cosa: los que
son ricos estrechan lazos de compañerismo hasta con unos
veinte amigos o incluso más, si llega el caso, y éstos se con-
vierten en comensales suyos para siempre y comparten to-
dos sus bienes, existiendo así entre ellos una especie de de-
7 recho común al respecto. Y cuando ocurre que alguno de los
compañeros muere, es costumbre que a esos otros se les me-
ta vivos en la tumba con él.

8 En su marcha contra estos eptalitas, Peroces iba acom-
pañado de un embajador que coincidía que había sido en-
viado a su presencia por el emperador Zenón[26]. Su nombre
era Eusebio. Los eptalitas les hicieron a sus enemigos creer
que ellos habían emprendido la huida atemorizados por su
ataque y corrieron hacia un lugar que estaba totalmente ro-
deado por unas montañas escarpadas, cubiertas por una gran
9 espesura de árboles muy frondosos. Y cuando uno penetra-
ba hasta lo más profundo, se dejaba ver, allí en medio, como
un camino ancho que se extendía muy lejos, pero que al fi-
nal no tenía salida, sino que terminaba justo en el propio
10 círculo que describían las montañas. Pues bien, Peroces, sin
haber reparado en la amenaza de una emboscada y sin per-
catarse de que estaba avanzando por un territorio hostil, se
11 lanzó a perseguirlos incautamente. Un pequeño grupo de
hunos iba huyendo delante, pero sus fuerzas más numero-
sas, escondiéndose gracias a la escabrosidad del terreno, se
situaron a la espalda del ejército enemigo, pero con la inten-
ción de no hacerse visibles, para que así aquéllos cayeran en
la celada al quedarse en lo más profundo de las montañas

[26] Emperador de Oriente entre el 474 y el 491.

sin posibilidad de volver atrás. Cuando los persas se dieron 12
cuenta de esto (porque realmente comenzaron ya a notar el peligro), mantuvieron silencio acerca de lo que estaba pasando por miedo a Peroces, si bien se pusieron a rogar con insistencia a Eusebio que aconsejara al rey, tan ajeno como estaba de su propia ruina, que entrara en razón, mejor que mostrar una audacia innecesaria, y que se las ingeniara, como fuese, para salir sanos y salvos. Y él se presentó ante Pe- 13
roces, pero no le reveló en absoluto el desastre que se avecinaba, sino que, empezando con una fábula, le contó que había una vez un león que vino a dar con un macho cabrío que había sido atado y balaba sobre un lugar no muy elevado, y que el león, ansioso de darse un banquete, saltó sobre él para agarrarlo pero cayó en una zanja profundísima que se reducía a una vereda circular y estrecha, que no acababa nunca (porque no tenía ninguna salida) y que con mucho ingenio habían hecho así adrede los dueños del macho cabrío para poner en la parte superior de la zanja al animal y entrampar al león. Cuando Peroces escuchó esto, le entró mie- 14
do de que acaso ellos hubieran emprendido la persecución de los enemigos en perjuicio propio, de modo que no siguió avanzando, sino que se detuvo donde estaba y se puso a examinar la situación. Los hunos ya iban tras ellos sin ocul- 15
tarse, después de haber colocado vigilantes a la entrada del lugar para que los enemigos no tuvieran ya posibilidad de retroceder. Y los persas, que entonces se dieron cuenta con 16
claridad del aprieto en que estaban, entendían que era catastrófica su situación y que no tenían ninguna esperanza de escapar a la postre del peligro. En aquel momento, el rey de 17
los eptalitas envió a presencia de Peroces a algunos guerreros del grupo que iba persiguiéndolo y por mediación de ellos le reprochó una y mil veces su alocada temeridad, que habría causado su propia destrucción y la del pueblo persa

sin honra alguna; pero, por otro lado, le indicaba que, así y
todo, los hunos les ofrecerían la salvación, siempre y cuan-
do Peroces consintiera en arrodillarse[27] ante él, como ante
su señor que era y que continuaría siendo, y con sus jura-
mentos tradicionales[28] le diera garantías de que los persas
nunca más conducirían su ejército contra el pueblo de los
18 eptalitas. Tras escuchar esto Peroces, les pidió consejo a
los magos[29] que estaban con él, preguntándoles si debía ha-
19 cer lo indicado por los enemigos. Los magos le respondie-
ron que, en cuanto al juramento, procediera según su propio
parecer y que, respecto a la otra cuestión, se valiera de la
20 astucia para buscarle las vueltas al enemigo; que los persas,
añadieron, tenían costumbre de arrodillarse cada día ante el
21 sol naciente[30] y, por tanto, él debía aguardar el momento
exacto para encontrarse al amanecer con el soberano de los
eptalitas y, vuelto hacia el sol mientras el astro ascendía,
arrodillarse: de esta manera podría evitar en el futuro la
22 deshonra de tal acción. Así pues, Peroces le dio a su enemi-

[27] *Proskyneîn:* la *proskýnēsis* o «adoración de rodillas» era la muestra de respeto típicamente practicada ante los reyes-dioses orientales, en especial ante el Gran Rey persa (cf., por ejemplo, Plutarco, *Alejandro* 54).

[28] Cf. I 4, 9.

[29] Los *mágoi* eran en origen los miembros de una de las tribus o linajes medos (cf. Heródoto, I 101). Ejercían funciones sacerdotales y, por tanto, se encargaban de los sacrificios (Heródoto, I 132, 3) y, dado que estaban instruidos en las doctrinas astronómicas y astrológicas, se les consideraba poseedores de conocimientos secretos y ciencias ocultas: cf. el relato de Procopio más abajo (I 5, 19 ss.); y, en general, Amiano Marcelino, XXIII 6, 32 ss.

[30] Recuérdese que la religión de Mitra (en origen un dios de los contratos y de la luz) se relacionó estrechamente con el culto solar. De ahí que el nacimiento de esta divinidad se festejara el día del solsticio hiemal, el 25 de diciembre *(Natalis Solis Invicti,* instituido como tal por el emperador Aureliano en Roma), fecha luego escogida, desde finales del s. III o principios del IV, para celebrar la natividad de Jesús.

go las garantías relativas a la paz y se arrodilló ante él del modo como le sugirieron hacerlo los magos, y con todo el ejército de los medos sano y salvo se retiró contento a su patria.

Pero no mucho tiempo después, sin importarle los jura- 4
mentos que había pronunciado, resolvió vengarse de los hu-
nos por aquella ofensa. Reunió para ello de inmediato a to- 2
dos los persas de todo el territorio, y también a sus aliados,
y los condujo contra los eptalitas. A uno sólo de sus hijos,
de nombre Cabades, lo dejó tras él (pues coincidía que en
aquel entonces estaba en los años de la pubertad), pero a to-
dos los demás, unos treinta, los llevó consigo. Los eptalitas, 3
al enterarse de que Peroces los invadía, se disgustaron por
cómo los habían engañado los enemigos y le afearon a su
rey el haber entregado todo lo suyo en manos de los medos.
Y él, riéndose, les preguntó que cuál de sus cosas había en- 4
tregado, si la tierra o las armas o cualquier otro de sus bie-
nes. Ellos le contestaron que nada de eso, salvo, por su- 5
puesto, la mera oportunidad[31], que resulta ser aquello de lo
que todo lo demás depende. Así pues, insistían con todo su 6
empeño en salir al encuentro de los atacantes; pero el sobe-
rano, al menos en aquel momento, los frenaba. Y es que
sostenía él que aún no les quedaba nada claro lo de la inva-
sión, porque el caso era que los persas aún estaban en su
propio territorio. De modo que permaneció allí mismo e hi-
zo lo siguiente. En la llanura en la que los persas tenían in- 7
tención de lanzarse contra las posesiones de los eptalitas
dividió un trecho grande y extensísimo y cavó un foso pro-
fundo y de bastante anchura, dejando en mitad del trayecto

[31] El término griego es *kairós,* el momento justo o crítico (cf. II 2, 11). Esta idea, por otra parte, está ampliamente atestiguada en la literatura griega.

una pequeña porción de terreno intacta[32], suficiente para el
8 paso de diez caballos. Puso cañas sobre el foso y encima de las cañas amontonó tierra, para de esta forma ocultarlo todo por arriba. Luego les encargó a las tropas hunas que, cuando fueran a batirse en retirada desde aquel lugar, formaran en orden compacto de pocas filas y pasaran lentamente por esa porción de terreno firme, con cuidado de no caer en la parte
9 excavada. Y de lo alto de la enseña real colgaron la sal[33], por la que Peroces tiempo atrás hizo aquel juramento que ahora quebrantaba al dirigir su ejército contra los hunos.
10 Pues bien, mientras las noticias fueron que los enemigos estaban en su propio territorio, permaneció quieto, pero cuando supo por sus exploradores que aquéllos habían alcanzado la ciudad de Gorgo, que coincide que está lindando con suelo persa[34], y que de allí habían partido para encaminarse ya contra ellos, se quedó con el grueso de su ejército en la parte de acá del foso y envió a un pequeño grupo con la orden de ofrecerse a la vista de los enemigos desde muy lejos en la llanura y, en cuanto aquéllos los vieran, salir huyendo a galope, pero recordando su encargo acerca de la zanja para
11 cuando ya llegaran a sus inmediaciones. Así lo hicieron, y cuando estuvieron muy cerca del foso, cruzaron todos formados en orden compacto de pocas filas y se unieron al
12 resto del ejército. Los persas, sin saber que eran víctimas de una trampa, se pusieron a perseguirlos a galope por aquella planicie bastante llana, dominados por su gran furia contra los enemigos, de tal manera que cayeron en el foso todos,

---

[32] Es decir, sin cavar. El foso cruzaba el campo todo a lo largo y esta pequeña porción de terreno servía como un puente sobre la excavación.

[33] Como símbolo, diríamos, universal del vínculo de hospitalidad y de amistad: cf. Arquíloco, *Fr.* 95 Diehl (34 Adrados); Heliodoro, *Etiópicas* VI 2, 2; etc.

[34] Cf. I 3, 2.

no sólo los primeros sino incluso quienes los seguían en re- 13
taguardia. Y es que, como la persecución la hacían con tanta
furia, según se ha dicho, no se dieron cuenta en absoluto del
desastre que les había sucedido a los que iban delante, y les
cayeron encima con caballos y lanzas y, naturalmente, los
mataron y también ellos mismos en no menor medida se
sumaron a aquel estrago. Entre ellos estaba también Peroces 14
con todos sus hijos. Y, justo en el momento en que ya iba a
caer en ese hoyo, aseguran que se dio cuenta del peligro y,
quitándose aquella perla blanquísima y muy valiosa por su
extraordinario tamaño que tenía colgada de su oreja dere-
cha, la tiró, sin duda para que nadie pudiera llevarla en el
futuro, porque era digna de que la contemplaran como algo
portentoso, cual nunca antes había poseído ningún rey. Pero
yo no me creo esto que cuentan, pues quien se viera en me- 15
dio de un desastre tan grande, no se preocuparía de ninguna
otra cosa; más bien sospecho que su oreja quedó destrozada
en aquel suceso y la perla desapareció por algún sitio. Lo 16
cierto es que el emperador de los romanos puso interés en
comprársela a los eptalitas, pero no hubo forma de conse-
guirla, y es que los bárbaros no pudieron encontrarla a pesar
de haberla buscado con mucho empeño. No obstante, asegu-
ran que unos eptalitas la hallaron más tarde y se la vendie-
ron a Cabades.

Todo lo que los persas cuentan acerca de esta perla vale 17
la pena referirlo, porque puede que a alguien no le parezca
totalmente increíble el relato. Cuentan, en efecto, los persas 18
que esa perla estaba en su ostra[35] en el mar de los persas[36] y
que la ostra iba nadando no muy lejos de la costa; sus dos

---

[35] Con más propiedad traduciríamos «madreperla», abundante en el Índico y el Mar Rojo.

[36] En el Golfo Pérsico.

valvas estaban abiertas y en medio se encontraba la perla,
un espectáculo realmente indescriptible. Y es que en toda la
historia no hubo otra que se la pudiera comparar ni en tama-
19 ño ni en belleza. Entonces, un tiburón[37] monstruoso y terri-
blemente feroz se enamoró[38] de aquella visión y fue siguien-
do su estela, sin dejarla ni de noche ni de día. Incluso cada
vez que el instinto lo forzaba a ocuparse de su propia ali-
mentación, buscaba por allí alrededor algo comestible y, cuan-
do lo encontraba, de un bocado se lo comía a toda prisa para
dar alcance de inmediato a la ostra y de nuevo saciarse de
20 aquella visión amada. Aseguran también que un día un pes-
cador[39] observó lo que estaba pasando, pero por temor
al animal se arredró ante el peligro y fue a contárselo todo al
21 rey Peroces; y que, cuando Peroces lo escuchó, le entraron
unas ganas enormes de conseguir la perla y animó al pesca-
dor con sus continuos halagos y con la esperanza de una
22 gratificación. Y dicen que éste, incapaz de oponerse a la pe-
tición de su señor, le dirigió a Peroces las siguientes pala-
bras: «Señor, deseable es para un hombre el dinero y más
deseable es la vida, pero desde luego lo más preciado de to-
23 do, los hijos. El amor que por naturaleza se les tiene es el
que obliga a que uno quizá pueda atreverse a cualquier cosa.
Así pues, yo espero poner a prueba al animal y hacerle a
24 usted[40] dueño de la perla. Y en caso de vencer en este com-

[37] Así traducimos el *kýna thalássion* del texto, «pez perro», en general «escualo»: cf. *Od.* XII 96; ARISTÓTELES, *Hist. anim.* 566a 31; OPIANO, *Hal.* I 373.

[38] *Erastḗn... genómenon* en el original. El detalle es característico del relato popular.

[39] Con el término «pescador» traduciremos los originales *gripeús* (I 4, 20), *aspalieús* (I 4, 21) y *sagēneutḗs* (el que pesca con la *sagḗnē*, «red barredera o jábega»: I 4, 29).

[40] Empleo en todo este contexto pronombres de tratamiento para subrayar el respeto del humilde pescador al rey persa.

bate, es evidente que quedaré catalogado entre aquéllos a
los que aquí llaman dichosos, porque no deja de ser natural
que usted, el Rey de Reyes[41], me obsequie con toda clase de
bienes; pero me bastará, aun en el supuesto de no llevarme
ninguna recompensa, con haber rendido un servicio a mi se-
ñor. Y si está escrito que yo sea víctima de ese animal, cosa 25
suya será, majestad, resarcir a mis hijos por la muerte de su
padre. De este modo, incluso ya muerto, estaré yo ganando 26
mi jornal entre los seres a los que más obligado me siento, y
usted obtendrá mayor fama de virtuoso. Pues, ayudando a
mis hijos, me estará haciendo un bien a mí, que no podré, de
ningún modo, darle las gracias por su buena acción. Y la
única generosidad que puede ser auténticamente acendrada
es ésa que se le muestra a los difuntos.» Después de decir
esto, se marchó. Y cuando llegó al lugar por donde la ostra 27
solía ir nadando con el tiburón detrás, se sentó allí sobre una
piedra y se puso a aguardar el momento oportuno en el que
pudiera coger la perla sola sin su enamorado[42]. Y en el pre- 28
ciso instante en que el tiburón vino a encontrar uno de esos
bocados apetecibles y se hallaba entretenido con esto, el
pescador, dejando en la costa a los asistentes que le habían

[41] El «Rey» *(basileús* o *ho basileús:* Heródoto, I 132, 2; VII 174, etc.) por antonomasia, el «Gran Rey» *(basileùs ho mégas:* Heródoto I 188, 1, etc.) o el «Rey de Reyes» *(ho basiléōn basileús),* como en nuestro texto (y en inscripciones conservadas), fue siempre el rey de Persia, desde los Aqueménidas a los Sasánidas (e incluso hasta el siglo xx con el *sha).* También consta el título «Reina de Reinas», por ejemplo para Atosa, mujer de Darío I y madre de Jerjes I. El «Gran Rey» está, por tanto, por encima de los otros reyes que formaban la clase más alta de la sociedad persa: la expresión «los reyes sometidos al Gran Rey» de Esquilo, *Persas* 24, es muy explícita (compárese el *basileuótatos,* «rey supremo», referido al Atrida Agamenón en *Ilíada* IX 69; o *hoi megáloi basilês,* los dos Atridas, Agamenón y Menelao, en Sófocles, *Áyax* 189).

[42] *Toû erastoû:* cf. n. 38.

seguido, se tiró con todas sus ganas derecho a la ostra; y ya
la había cogido y se apresuraba a salir a escape del agua,
29 cuando el tiburón se dio cuenta y acudió en su ayuda. El
pescador lo vio y, cuando estaba a punto de ser atrapado no
lejos de la orilla, lanzó con todas sus fuerzas el botín hacia
30 tierra firme y, enseguida, fue alcanzado y devorado. Los que
se habían quedado en la costa cogieron la perla, se la lleva-
31 ron al rey y le informaron de todo lo ocurrido. Y así, tal co-
mo aquí se ha expuesto, aseguran los persas que fueron los
sucesos relativos a esta perla. Por mi parte, voy a volver ya
al asunto que antes dejé.

32 De la manera arriba indicada sucumbió Peroces y el
ejército persa en su totalidad[43]. Pues si hubo alguno que, por
lo que fuera, no cayó en el foso, ése quedó a merced de los
33 enemigos. Y a raíz de este incidente se instituyó con carác-
ter de ley entre los medos lo de no perseguir nunca a nadie
mientras estuvieran marchando por territorio hostil, ni si-
quiera en el caso de que a viva fuerza vinieran a poner en
34 fuga a los enemigos. Por otro lado, los que permanecieron
en su propio país sin acompañar a Peroces en esta campaña,
eligieron rey a Cabades, el más joven de sus hijos y el único
35 que entonces aún estaba vivo[44]. En aquel tiempo los persas
quedaron sometidos al pago de un tributo a los eptalitas,
hasta que Cabades consolidó su autoridad de la manera más
firme y ya no se resignó a entregarles el tributo anual. Estos
bárbaros mantuvieron bajo su dominio a los persas durante
dos años.

5 Luego, cuando Cabades se puso a ejercer su autoridad
de forma más violenta, fue introduciendo novedades en el

---

[43] Es el año 484 d. C.

[44] Cf. I 4, 2. Cabades (Kavad I) reinó entre el 488 y el 531, aunque fue depuesto en el 496 para ocupar de nuevo el trono en el 498 ó 499 gracias a los eptalitas.

régimen y propuso como ley el que los persas practicaran la comunidad de mujeres[45], cosa que no agradó de ningún modo al pueblo. Por este motivo, en efecto, se sublevaron, le quitaron el poder, lo cargaron de cadenas y lo encerraron en la cárcel. Y eligieron rey a Blases, hermano de Peroces, 2
dado que, como se ha dicho, ya no le quedaba a Peroces ningún descendiente varón y entre los persas no está permitido que un varón que sea de origen plebeyo acceda al trono, a menos que la familia real esté totalmente extinguida. Bla- 3
ses, una vez que recibió la soberanía, convocó a los nobles persas y se puso a pedirles consejo sobre qué hacer con Cabades, pues la mayoría no tenía voluntad de matarlo. Y des- 4
pués de expresarse muchas opiniones en uno y otro sentido, se adelantó entonces un persa de mucho prestigio llamado Gusanastades, con la graduación de «canaranges» (que podría ser entre los persas como general), que gobernaba en una provincia junto a la propia frontera del territorio persa, en una zona limítrofe con los eptalitas. Pues bien, mostrando su cuchillo (con el que los persas acostumbran a cortarse las uñas), que tenía como un dedo de largo y menos de la tercera parte de ancho, dijo: «Este cuchillo ya veis lo su- 5
mamente pequeño que es y, sin embargo, ahora mismo es

[45] Literalmente: «... que los persas se unieran (sexualmente) a las mujeres a discreción (de un modo comunitario).» Procopio sólo se hace eco de una de esas «novedades», que fue la comunidad de mujeres, si bien este rey, adepto del mazdakismo (nombre que deriva de su fundador Mazdak), se enfrentó al clero mazdeísta propugnando el reparto de tierras y la posesión en común de bienes y mujeres (lo que para éstas suponía de hecho una liberación). Más que el pueblo, fueron los nobles y los sacerdotes quienes lo depusieron (cf., en general, A. Christensen, *L'Iran sous les Sassanides*, Copenhague, 1944²). Por otra parte, la comunidad de mujeres ya la documentaba Heródoto (I 216, 1; IV 172, 2, y 180, 5) entre los maságetas y otros pueblos. Recuérdese, además, el consabido ejemplo de Platón, *República* 449c y 457c s.

capaz de cumplir una misión que poco después, enteraos bien, amigos persas, no podrían llevar a cabo veinte mil hom-
6 bres armados con sus corazas.» Esto lo dijo insinuando que, si no quitaban de en medio a Cabades, de seguir vivo, muy
7 pronto les iba a causar problemas a los persas. Pero a un hombre, como era aquél, de sangre real decidieron por supuesto no matarlo, sino recluirlo en un castillo que acostum-
8 bran a llamar «del Olvido», porque en caso de que a alguien se le encierre allí, la ley prohíbe ya que se haga mención de él, y la muerte es el castigo prescrito para quien pronuncie su nombre; y de ahí esa denominación que recibió entre los
9 persas. No obstante, cuenta la historia armenia que una sola vez esta ley relativa al Castillo del Olvido quedó sin vigor entre los persas. Y fue de la siguiente manera.

10 En cierta ocasión hubo una guerra sin tregua entre persas y armenios durante treinta y dos años, cuando Pacurio[46] era rey de los persas y Arsaces, uno de los Arsácidas[47], de los armenios. Y por prolongarse tanto esta guerra, sucedió que ambos pueblos se vieron en una situación absolutamen-
11 te desastrosa, en especial los armenios. Pero, como la desconfianza mutua era enorme, ninguno consideraba la posi-

---

[46] El nombre del rey persa en el original es *Pakoúrios*. Conocemos también el nombre Pácoro (Arsaces XXV), lat. *Pacorus*, sobre todo por el célebre rey parto, enemigo declarado de los romanos, de finales del s. I y principios del II: cf. la n. siguiente.

[47] Es decir, de la dinastía parta de los Arsácidas, que se remontaba hasta Arsaces I (mediados del s. III a. C.), rey que dio su nombre a todos sus sucesores. Tras la guerra que enfrentó al parto Vologeses I (Arsaces XXIV) contra los romanos (del 54 al 63), los Arsácidas (el primero Tirídates, hermano de Vologeses I) reinaron en Armenia, como vasallos de Roma, hasta la época del emperador Trajano (entre el 115 y el 117). Posteriormente recobrarían su independencia para caer vencidos bajo el sasánida Ardashir I en el año 224. Varios reyes armenios, de sangre parta, llevaron también este nombre: cf. II 3, 32.

bilidad de proponerle la paz a su enemigo. En esto, coincidió que los persas entraron en guerra contra otros bárbaros
que habitaban no lejos de los armenios. Éstos, deseosos de 12
demostrarles a los persas su buena voluntad y sus pretensiones de paz, decidieron invadir el territorio de dichos bárbaros, tras habérselo previamente comunicado a los persas.
Cayeron, pues, de improviso sobre aquéllos y los mataron a 13
casi todos, del más joven al más viejo de los guerreros. Pacurio, muy satisfecho con lo ocurrido, envió a presencia de Arsaces a algunos de sus íntimos y, ofreciéndole las garantías de rigor, lo invitó a su corte. Y cuando Arsaces llegó 14
ante él, le dispensó un trato muy cordial y además, como si
fuera su hermano, se codeó con él, de igual a igual. Luego, 15
hizo que Arsaces se comprometiera con los más tremendos juramentos y también él juró firmemente que persas y armenios serían para siempre amigos y aliados. Y ya a continuación lo despidió para que volviera a su patria.

No mucho tiempo después, algunos levantaron calum- 16
nias contra Arsaces acusándolo de que quería emprender acciones revolucionarias. Sonsacado por ellos, Pacurio de nuevo lo mandó llamar, con la excusa de que estaba interesado en conversar con él sobre asuntos generales. Y Arsa- 17
ces, sin demora, acudió a su presencia, llevando consigo a algunos de los más bravos guerreros armenios y entre ellos, además, a Basicio, que era general y consejero suyo porque sobresalía en valor y prudencia. Pues bien, nada más llegar, 18
Pacurio no paró de reprocharles a ambos, a Arsaces y a Basicio, afeándoles el que hubieran faltado a sus juramentos y que ya tan pronto pensaran en la defección. Pero ellos lo negaban, jurando una y otra vez que nada de eso habían planeado. La primera medida, pues, que tomó Pacurio fue po- 19
nerlos bajo vigilancia, privándolos de sus derechos, pero luego consultó a los magos acerca de qué debía hacer con

20 ellos. Los magos juzgaban que de ningún modo se podía
condenar a unas personas que lo negaban todo y cuya cul-
pabilidad no había sido claramente demostrada, pero le su-
girieron una idea para que Arsaces se viera obligado a de-
21 latarse abiertamente a sí mismo. Y fue que le encargaron
cubrir el suelo de la tienda real con una capa de mantillo, de
tierra persa para una mitad y de tierra armenia para la otra.
22 Y así lo hizo el rey. Entonces, los magos, después de hechi-
zar la tienda entera con unas fórmulas mágicas, le encarga-
ron al rey que caminara por allí con Arsaces y que, al mis-
mo tiempo, fuera echándole en cara el haber quebrantado
23 los pactos y juramentos. Le advirtieron que ellos también
debían asistir a la conversación para, de esta forma, ser tes-
tigos de todo lo que se dijera. Pacurio, en efecto, mandó
llamar de inmediato a Arsaces y, a la par que iba y venía
con él por el interior de la tienda, en presencia de los magos,
se puso a preguntarle por qué había faltado a sus juramentos
e intentaba, en consecuencia, afligir de nuevo a persas y ar-
24 menios con daños irremediables. Arsaces, mientras estuvie-
ron conversando en la parte donde se había echado el man-
tillo de tierra persa, lo negaba todo y, asegurándolo con los
más tremendos juramentos, sostenía firmemente que él no
25 era sino un siervo fiel de Pacurio. Pero cuando, todavía con
la palabra en la boca, llegaba al centro de la tienda, donde
pisaba sobre el mantillo de Armenia, una fuerza desconoci-
da lo obligaba a transformar de repente ese lenguaje en otro
más atrevido, y ya no paraba de amenazar a Pacurio y a los
persas, prometiéndoles que se vengaría de ellos por esta in-
solencia tan pronto como le fuera posible convertirse en se-
26 ñor de sí mismo. Así hablaba, con la fanfarronería propia de
un joven, mientras seguía andando por toda aquella parte
de la tienda, hasta el momento en que daba la vuelta y de nue-
vo llegaba al mantillo de tierra persa. Justo entonces, «como

cantando una palinodia»[48], tornaba a ser otra vez un supli-
cante y se ponía a darle a Pacurio lastimosas explicaciones.
Pero al pisar de nuevo el montón de tierra armenia, volvió a 27
recurrir a las amenazas. Y después de ir y venir muchas ve-
ces de un lado a otro, no dejó oculto ni uno solo de sus se-
cretos. Entonces, los magos lo condenaron ya por haber 28
violado los pactos y juramentos. Pacurio mandó desollar a
Basicio y, tras hacerse un saco con su piel, lo llenó entero
de paja y lo colgó de un árbol muy alto[49]. A Arsaces, sin 29
embargo, como no había posibilidad de matarlo, por ser de
sangre real, lo encerró en el Castillo del Olvido.

Algún tiempo después, un armenio que era muy amigo 30
de Arsaces y que lo había seguido cuando marchó a territo-
rio persa, participó en una campaña de los persas contra un
pueblo bárbaro. Y al observar Pacurio lo ocurrido, que la
bravura de este hombre en el combate había sido causa prin-
cipalísima de la victoria persa, le permitió por sus méritos 31
pedir lo que quisiera, asegurándole que, de su parte, en nada
quedaría contrariado. Pero lo que él solicitó encarecidamen- 32
te no fue otra cosa que estar sólo un día al servicio de Arsa-
ces para lo que quisiera. Esto disgustó muchísimo al sobe- 33
rano, porque con ello se vería forzado a derogar una ley tan
antigua. Así y todo, para cumplir cabalmente su palabra,
consintió en atender su ruego. Y cuando, por orden del rey, 34

---

[48] La expresión (aquí, *hṓsper tinà palinōidían áidōn;* lat. *palinodiam canere)* es tradicional y se remonta a la *Palinodia* (o *Palinodias,* si fueron dos) de Estesícoro, poema en el que este autor se retractaba de haber censurado a Helena por su conducta: cf. PLATÓN, *Fedro* 243a s.; ISÓCRATES, *Elogio de Helena* 64.

[49] Aunque no conocemos con exactitud el porqué de este proceder, sabemos que desollar a los enemigos vencidos era práctica común, por ejemplo, entre los escitas, así como rellenar de paja a las víctimas humanas y animales en las ceremonias fúnebres en honor de los reyes escitas (HERÓDOTO, IV 64, 2 ss., y 72, 2).

se encontró ya en el Castillo del Olvido, saludó a Arsaces y
ambos se abrazaron mientras entonaban al unísono un dulce
lamento y, deplorando la triste suerte que les tocaba, les
35 costó la misma vida separarse el uno del otro. Y cuando ya
quedaron rendidos de tanto llorar, el armenio bañó a Arsa-
ces, lo engalanó sin descuidar un detalle y, después de po-
nerle los regios atuendos, hizo que se reclinara sobre un le-
36 cho de hojas[50]. Entonces Arsaces invitó a los presentes a un
37 banquete regio, como antaño había sido su costumbre. En
ese festín, durante las copas, se habló de muchas cosas que
fueron muy del agrado de Arsaces y ocurrieron allí en me-
dio de la reunión otras muchas que constituyeron para él un
placer. La bebida se prolongó hasta la noche y fue inmenso
el gozo que sintieron en la mutua conversación, de modo
que sólo a duras penas pudieron separarse, henchidos como
38 estaban de felicidad. Fue entonces, según cuentan, cuando
dijo Arsaces que, tras haber pasado el día más dichoso de
todos y en compañía del más añorado de todos sus amigos,
él ya no soportaría por más tiempo, voluntariamente al me-
39 nos, las miserias de la vida. Y, dicho esto, se suicidó con un
cuchillo que de propósito había conseguido robar durante el
40 festín, y fue así como dejó este mundo. Pues bien, respecto
al tal Arsaces cuenta la historia armenia que las cosas suce-
dieron del modo como aquí se ha relatado, y que fue enton-
ces cuando aquella ley relativa al Castillo del Olvido quedó
sin vigor. Pero, por mi parte, debo volver ya al punto del
que arrancó esta digresión.

6 Durante su encarcelamiento, permaneció al servicio de
Cabades su esposa, que era quien entraba en su estancia y le

[50] *Epì stibádos (v.l. pastádos G):* este tipo de lecho de paja, hojas o hierbas también lo utilizaban otros pueblos incluso en las ceremonias fúnebres reales (los escitas, por ejemplo, en HERÓDOTO, IV 71, 4).

llevaba las provisiones. Y el caso fue que el alcaide de la
prisión comenzó a cortejarla, pues era bellísima de figura.
Cuando Cabades lo supo por ella, le permitió que se ofre- 2
ciese a aquel hombre en lo que él quisiera disponer. De esta
forma, el alcaide del castillo vino a yacer con su esposa y se
enamoró de ella apasionadamente, a raíz de lo cual ya hasta 3
le consentía que tuviera acceso a su marido como y cuando
quisiera, y que también saliera de allí sin que nadie le pusie-
se impedimentos. Había, por otra parte, un noble persa, de
nombre Séoses, muy amigo de Cabades, que se pasaba el 4
tiempo en las cercanías de ese castillo, aguardando la oca-
sión de poder sacarlo, como fuese, de allí dentro. Éste, por 5
mediación de su esposa, le hizo saber a Cabades que tenía
preparados caballos y hombres no muy lejos del castillo, en
un paraje que también le indicó. Y un buen día, al caer la 6
noche, Cabades convenció a su esposa para que le diera su
propio vestido y ella, a su vez, se pusiera el traje de él y, en
su lugar, se sentara ella en el sitio de la prisión donde él so-
lía hacerlo. Y así fue, en efecto, como Cabades escapó de la 7
cárcel, porque los centinelas encargados de la vigilancia lo
vieron, pero pensaron que era su mujer y, por tanto, decidie-
ron no impedirle el paso ni causarle ninguna otra molestia.
Por la mañana, aun estando en la propia habitación y con la 8
mujer delante de sus ojos vestida con el traje de su marido,
quedaron tan ajenos de la verdad que creyeron que era Ca-
bades el que estaba allí y lo siguieron creyendo durante va-
rios días, hasta que Cabades tuvo ya mucho camino recorri-
do. De lo que le pasó a su mujer una vez que salió a la luz el 9
engaño y de cómo la castigaron, no puedo yo hablar con se-
guridad, porque los persas no se ponen de acuerdo al res-
pecto. Por eso omitiré decir nada.

Cabades, por su parte, sin que nadie lo advirtiera, llegó 10
junto con Séoses a los dominios de los hunos eptalitas, cuyo

rey le dio a su hija por mujer y, de este forma, envió bajo su mando, como yerno suyo que ya era, un ejército muy consi-
11 derable contra los persas. Con este ejército de ningún modo querían los medos tropezarse; todos ellos, por el contrario,
12 emprendían la huida, cada tropa en una dirección. Cuando Cabades llegó al territorio donde gobernaba Gusanastades, les dijo a algunos de sus amigos que nombraría canaranges[51] al primero de los persas que viniera aquel día a su presencia
13 dispuesto a prestarle sus servicios. Pero, tras haber pronunciado estas palabras, se arrepintió de lo que dijo, porque se le vino a la cabeza una ley por la que no se permite que entre los persas los cargos se ofrezcan a nadie más que a quienes corresponde cada una de las dignidades por derecho de
14 nacimiento. En efecto, le entró el temor de que el primero que llegara ante él no perteneciese a la familia del canaranges y se viera, así, obligado a derogar la ley para cumplir su
15 palabra[52]. Pero, mientras le daba vueltas al asunto, surgió una posibilidad de mantenerse fiel a su palabra, sin conculcar la ley. Y es que coincidió que el primero que se presentó ante él fue Adergudumbades, un joven de la familia de Gu-
16 sanastades y especialmente dotado para la guerra. Éste llamó a Cabades «señor» y fue el primero que se arrodilló[53] ante él como rey y le pidió que dispusiera de él como de un
17 esclavo para lo que quisiera. Así pues, Cabades se halló sin ningún tropiezo en las estancias regias, donde sorprendió a

---

[51] Cf. I 5, 4.

[52] Procopio insiste en la extrema importancia que los persas daban a mantener su palabra (*alēthízesthai:* cf. también I 5, 33). Recuérdense aquellas tres cosas que aprendían los niños persas, según Heródoto (I 136, 2): «montar a caballo, tirar con el arco y cumplir la palabra (o decir la verdad, *alēthízesthai)*» (y cf. Heródoto, I 138, 1: «Entre ellos mentir se considera lo más vergonzoso...»). En contraposición, cf. I 14, 5 s. (acerca de los romanos).

[53] Cf. I 3, 17.

Blases solo sin su guardia y lo dejó ciego del modo como
los persas suelen cegar a los malhechores: hierven aceite y
todavía bullendo lo vierten sobre los ojos abiertos, o ponen
al rojo un broche de hierro y con él punzan el interior del
ojo. Después metió a Blases en la cárcel: había gobernado
sobre los persas dos años. Mató luego a Gusanastades y 18
dejó, en su lugar, a Adergudumbades en el cargo de cana-
ranges; a Séoses, por su parte, lo nombró inmediatamente
«adrastadaran salanes» (título del que tiene bajo su mando
tanto a los cargos civiles como a todo el ejército). Dicho 19
cargo fue Séoses el primero y el único que lo tuvo en Persia,
pues ni antes ni después lo ha ocupado nadie. Del trono se
hizo dueño Cabades y lo conservó de manera estable. Y es
que era listo y emprendedor como él solo.

Poco después, Cabades vino a deberle dinero al rey de 7
los eptalitas y, como no podía pagárselo, le pidió al empera-
dor romano Anastasio[54] que se lo prestara. Éste se lo comu-
nicó a sus íntimos y les preguntó si debía hacerlo, pero ellos 2
no le dejaron otorgar el préstamo, manifestándole que era
perjudicial contribuir con su propio dinero a que se consoli-
dara la amistad entre sus enemigos y los eptalitas, y que era
muchísimo mejor para ellos el que anduvieran a la greña
unos contra otros. Y por este motivo, sin causa justificada, 3
Cabades decidió conducir su ejército contra los romanos[55].
Primero invadió Armenia, anunciándose con su misma pre-
sencia[56], y tras saquear en una rápida incursión gran parte
del territorio, llegó de improviso a la ciudad de Amida, que

[54] Emperador de Oriente del 491 al 518.

[55] En el año 502.

[56] Procopio utiliza con este sentido el término *autángelos* (cf. Sófocles, *Filoctetes* 568), mientras Tucídides (III 33, 2) lo emplea con la acepción de «mensajero o informador de lo que uno ha visto con sus propios ojos».

se encuentra en Mesopotamia, y en pleno invierno le puso
4 cerco. Sus habitantes, aunque no contaban con fuerzas militares por la paz y el bienestar en que vivían, y aun hallándose totalmente desapercibidos, no quisieron, sin embargo, ceder de ningún modo ante los enemigos, sino que demostraron una increíble resistencia a los peligros y al sufrimiento.

5 Había entre los sirios un hombre recto[57], de nombre Jacobo, que se esmeraba en practicar los mandatos divinos. Éste, desde mucho tiempo atrás, se había recluido en un lugar llamado Endielón, que estaba a un día de camino de Amida, con el fin de poder dedicarse más tranquilamente a
6 la devoción a Dios. Los habitantes de aquella zona, cumpliendo su voluntad, rodearon el paraje con una especie de empalizada, cuyas estacas, sin embargo, no estaban unidas totalmente sino clavadas con una separación entre sí, de tal manera que a los que se acercaban les era posible verlo y
7 relacionarse con él. Le construyeron también por arriba como un techo pequeño pero suficiente para protegerlo de la lluvia y la nieve. Allí permanecía este hombre sentado desde hacía mucho, sin dejarse vencer por el calor sofocante ni por el frío, con el solo sustento de unas semillas, con las que acostumbraba a alimentarse, y no cada día sino muy de vez

[57] *Anḗr díkaios*, fórmula que evoca el uso cristiano (y a su vez la expresión judaica), por ejemplo en Mateo 1, 19; 10, 41; Marcos 6, 20; Lucas 2, 25; 23, 47; *Hechos de los Apóstoles* 10, 22; y luego en la literatura patrística (en la que también es característico el verbo *askéō*, que asimismo utiliza aquí Procopio). Sin duda, Procopio está hablando de un eremita cristiano, pero no lo dice explícitamente, con lo que la expresión, como en otros casos, resulta ambigua en aras del «ropaje clásico» de la frase (cf. también esa «máscara clásica», por ejemplo, en I 25, 31, y n. 226); cf. J. M. Candau Morón, «El universo referencial de los historiadores griegos tardíos», en M. Brioso, F. J. González Ponce (eds.), *Las letras griegas bajo el imperio*, Sevilla, 1996, 161 s.

en cuando. Pues bien, al tal Jacobo lo vieron unos eptalitas 8
que estaban haciendo correrías por aquel territorio y tendieron sus arcos apuntando con gran precisión y con el propósito de acertarle, pero sus manos se quedaron inmóviles y privaron de toda eficacia a sus arcos[58]. Cuando el suceso se 9
difundió por todo el ejército y llegó a oídos de Cabades, quiso él comprobarlo con sus propios ojos y, al verlo, se quedó estupefacto, lo mismo que todos los persas que estaban presentes, y se pusieron a implorarle a Jacobo que perdonara a los bárbaros aquella culpa. Los perdonó él con una sola palabra y quedaron absueltos de su tremenda falta. Así 10
pues, Cabades invitó a aquel hombre a pedirle lo que quisiera, pensando que le iba a pedir mucho dinero, y, además, con la fanfarronería de un joven le aseguró que, de su parte, en nada quedaría contrariado[59]. Pero lo que solicitó fue que 11
dejara bajo su protección a todos los fugitivos que durante aquella guerra acudieran a él. Cabades atendió su ruego y le entregó un documento como garantía de su seguridad. Fueron muchos, en consecuencia, los que de todos sitios afluyeron para buscar allí su salvación, pues aquel hecho circuló de boca en boca. Esto ocurrió, poco más o menos, como se ha contado.

Cabades, durante el asedio de Amida lanzó contra todos 12
los puntos del recinto amurallado un artefacto llamado «ariete»[60]. Los amidenos, por su parte, rechazaban el ataque rom-

---

[58] La aceptación de milagros relacionados con el cristianismo (cf. II 10, 1 s.; 11, 17 ss.) se compadece mal, como opina acertadamente Evans (*Greek, Roman and Byz. Stud.* 12 [1971], 86), con la idea de un Procopio «escéptico» (así Downey, *Church History* 18 [1949], 102; Rubin, *RE* 23-1 [1957], 331 s.).

[59] Es prácticamente la misma expresión que la empleada en I 5, 31.

[60] El ariete (*kriós*, como ya en Jenofonte, *Ciropedia* VII 4, 1) lo encontramos descrito por primera vez en Tucídides, II 76, 4 (utilizado por los peloponesios contra Platea), que lo llama genéricamente *mēchanḗ*

piendo continuamente las cabezas de aquellos ingenios con vigas arrojadas de través. Pero el rey no cejó hasta comprender que de esta forma nunca sería tomada la fortifica-
13 ción. Y es que, aunque fueron muchas las acometidas, no pudo derribar, ni hacer que se tambaleara lo más mínimo, ni siquiera un lienzo de la muralla: tan sólida fue la fábrica que erigieron quienes en tiempos pasados la habían construido.
14 Tras fracasar en este intento, Cabades levantó una especie de montículo[61] artificial, como una fortaleza contra la ciudad, que por su gran tamaño sobrepasaba en altura la muralla. Pero los asediados comenzaron desde dentro del recinto la excavación de una galería hasta el propio montículo y de allí, ocultamente, fueron extrayendo la tierra hasta dejar hueco en su mayor parte el interior. Sin embargo, por fuera conservaba la misma forma que al principio tenía, con lo
15 que nadie se dio cuenta de lo que estaba pasando. Así que fueron muchos los persas que se subieron, en la idea de que estaban sobre un terreno seguro, y se plantaron en lo más alto con el propósito de disparar desde allí sobre las cabezas de quienes se encontraban dentro del recinto amurallado. Pero al ir confluyendo a la carrera una muchedumbre cada vez mayor, el montículo se derrumbó de repente y los mató

(«ingenio, artefacto») y que también detalla el método de defensa aquí expuesto. Procopio aprovecha el vocabulario del citado pasaje tucidideo *(dokós, embolḗ, enkársios, kataseíō* o *mēchanḗ).*

[61] Procopio escribe *lóphos* («colina, altura»), como en II 26, 23, y en II 26, 29 nos dice que en latín se le da el nombre de *ágesta* (*tḕn ágestan* en el texto griego), o sea, *aggestum* o *agger*, el «terraplén» para asaltar las fortificaciones que llegaba a la misma altura que las murallas enemigas. Su función era similar, por tanto, a la de los *pýrgoi* (las *turres*, por ejemplo, de César) o torres de madera con varios pisos y con ruedas (cf. *pýrgoi hypótrochoi* en Onasandro, XLII 3, acerca de las máquinas de asedio, incluido, por supuesto, el ariete), desde las que los sitiadores podían disparar con ventaja sobre la plaza cercada.

a todos. Cabades, no hallando un medio de salvar la situa- 16
ción, decidió levantar el sitio y ordenó a su ejército que se
retirara al día siguiente. Entonces los asediados, al despreo- 17
cuparse ya del peligro, comenzaron entre risas a burlarse sin
parar de los bárbaros desde la muralla. Y unas prostitutas, 18
remangándose sin ningún decoro la falda, se pusieron a en-
señarle a Cabades, que estaba por allí muy cerca, esas des-
nudeces femeninas que no deben mostrarse a los hombres.
Vieron esto los magos y fueron a presencia del rey para im- 19
pedirle la retirada, porque, tras interpretar lo ocurrido, ase-
guraban que todas sus cosas secretas y ocultas las iban a en-
señar los amidenos a Cabades en no mucho tiempo. De este
modo, su ejército permaneció allí.

No muchos días después un persa vio, muy cerca de una 20
de las torres, el desembocadero de un paso subterráneo[62],
torpemente cubierto con unas piedrezuelas, pero no dema-
siadas. Por la noche se dirigió solo al lugar y, aventurándose 21
por aquella entrada, alcanzó el interior del recinto amuralla-
do. Al amanecer informó de todo a Cabades, quien a la no-
che siguiente y provisto de escalas fue allí con unos pocos
hombres. Y tuvo la suerte de su lado porque ocurrió lo si-
guiente. La vigilancia de la torre que coincidía que estaba 22
más cerca del paso subterráneo les tocó a los más estrictos
de todos los cristianos, a ésos a los que acostumbran a lla-
mar «monjes». Y era el caso que estaban celebrando aquel
día una fiesta anual en honor de Dios. Cuando sobrevino la 23
noche, como todos ellos se encontraban muy fatigados[63] por
causa de la solemne festividad y ahítos por haber comido y
bebido más de lo habitual, se quedaron dormidos con un
sueño dulce y apacible y por eso mismo no se dieron cuenta

[62] El término *hypónomos* también lo utiliza Tucídides en II 76, 2.
[63] Cf. VII *(Guerra contra los godos)* 26, 4.

24 en absoluto de lo que estaba pasando. Así pues, los persas se introdujeron por el paso subterráneo en pequeños grupos hasta llegar al interior del recinto y subieron a la torre, donde hallaron a los monjes todavía dormidos y los mataron a
25 todos. Cuando lo supo Cabades, aplicó las escalas a la muralla en la zona más cercana a esa torre. Pero se hizo ya de
26 día y los amidenos que vigilaban en la torre vecina se dieron cuenta del desastre y a toda prisa corrieron hacia allí para
27 intervenir. Ambas partidas se empeñaron en un choque sin tregua durante muchísimo tiempo. Y, a partir de cierto momento, ya los amidenos empezaron a mostrar superioridad matando a muchos de los que habían subido y obligando a retirarse a los de las escalas, y no estuvieron muy lejos de
28 dar por rechazado aquel peligro. Pero el propio Cabades sacó su daga y sin parar de intimidarlos con ella, se lanzó hacia las escalas y no dejaba retroceder a los persas: la muerte era el castigo para los que se atrevían a volver las espaldas
29 para huir de allí. Y fue gracias a esto como los persas, escudados en su gran número, sobrepujaron a sus enemigos y los vencieron en la lucha, con lo que la ciudad fue tomada por
30 la fuerza diecisiete días después de comenzar el asedio[64]. La matanza de ciudadanos fue enorme, hasta que uno de los amidenos, anciano ya y sacerdote, se acercó a Cabades, cuando estaba entrando en la población, y le dijo que no era dig-
31 no de un rey matar a los cautivos. Y Cabades, dominado aún por la ira, le respondió: «Entonces, ¿por qué decidisteis hacerme la guerra?» Le contestó él de inmediato: «Porque Dios no quería entregarte Amida por una decisión nuestra,
32 sino por tu valor.» Complacido por estas palabras, Cabades no permitió que mataran a nadie más, pero ordenó a los persas que saquearan sus propiedades y que a los supervivien-

[64] Era el 11 de enero del 503.

tes los trataran como esclavos, y asimismo mandó que le re-
servaran de entre todos ellos a los de más alta condición.
Poco después dejó allí un presidio de mil hombres, bajo 33
el mando del persa Glones, y a unos cuantos pobres amide-
nos que debían estar al servicio de los persas en su vida dia-
ria. Por su parte, él con todo el resto de su ejército y con los
cautivos se puso en camino hacia su patria. A estos prisione- 34
ros los trató con una humanidad digna de un rey, pues tras
un corto período a todos les permitió marcharse a sus casas,
aunque la versión oficial fue que se le escaparon[65]. También 35
el emperador romano Anastasio mostró una actitud hacia
ellos acorde con el valor que habían tenido, y fue que du-
rante siete años le condonó a la ciudad todos los tributos
anuales y a ellos, tanto en conjunto como en particular a ca-
da uno, los obsequió con muchos bienes, hasta el punto de
que llegaron casi a olvidar todo lo ocurrido. Pero esto suce-
dió ya posteriormente.

Antes, Anastasio, al saber que estaban asediando Ami- 8
da, envió con rapidez un ejército considerable. Había en él
oficiales a cargo de cada una de sus divisiones, mientras que
el mando supremo se lo repartían cuatro generales: Areo-
bindo, que coincidía que era general de Oriente y yerno de
Olibrio, el que había sido poco antes emperador de Occi-
dente[66]; Céler, capitán de las fuerzas de palacio *(magister* 2
tienen por costumbre llamar los romanos a este oficial); y
además, los oficiales al mando de las tropas de Bizancio,
Patricio el de Frigia e Hipacio, sobrino del emperador. Estos
cuatro eran los generales. Iban con ellos Justino[67], el que 3

---

[65] La expresión *(tôi dè lógōi apédrasan autón)* está tomada de TUCÍDIDES, I 128, 5.

[66] Del 472 al 473.

[67] Justino I, emperador entre el 518 y el 527, tío de Justiniano: cf. I 11, 10.

posteriormente sería emperador a la muerte de Anastasio; Patricíolo, con su hijo Vitaliano, quien se alzaría en armas como usurpador contra el emperador Anastasio no mucho después[68]; también Faresmanes, nacido en Cólquide, un hombre especialmente dotado para la guerra; Godidisclo y Besas, que eran dos de esos godos que no siguieron a Teodorico cuando marchó de Tracia a Italia, ambos, por otra parte, de linaje extremadamente noble y expertos en materia de
4 guerra; y otros muchos y muy escogidos los seguían. Y es que aseguran que nunca antes ni después reunieron los romanos un ejército similar contra los persas. Sin embargo, todos éstos no iban agrupados en una misma unidad ni formando un solo ejército, sino que cada cual guiaba a sus pro-
5 pias tropas contra el enemigo. Como intendente de la administración militar fue enviado Apión el egipcio, un hombre distinguido entre los patricios y eficiente en sumo grado, a quien el emperador por un documento declaró asociado al imperio, para que tuviera la potestad de administrar lo relativo a la intendencia como él quisiera.

6 Pues bien, este ejército fue reclutándose con lentitud y su marcha fue bastante despaciosa. Por esta razón no hallaron a los bárbaros en suelo romano, porque los persas, tras haber efectuado a paso de carga la incursión, se retiraron de
7 inmediato a su patria con todo el botín. Por otra parte, ninguno de los generales estaba dispuesto a poner cerco en aquellas circunstancias a la guarnición que se había quedado en Amida, porque se enteraron de que eran muchos los bastimentos que habían introducido; y, por el contrario, los
8 apremiaba la idea de invadir el territorio enemigo. Sin em-

---

[68] Cf. n. 216. Vitaliano se sublevó en Tracia en el 513 (y volvería a hacerlo en el 514), como defensor de la ortodoxia contra el monofisismo del emperador Anastasio.

bargo, no avanzaban en bloque contra los bárbaros, sino que
hacían la marcha acampando separados unos de otros. Cuan-
do Cabades lo supo (pues daba la coincidencia de que esta-
ba en un lugar muy cercano), se dirigió velozmente a la
frontera romana para salirles al encuentro. Pero los romanos 9
no se percataron en absoluto de que Cabades venía contra
ellos con todo su ejército, sino que creyeron que allí habría
una pequeña tropa. Así pues, los de Areobindo acamparon 10
en el sitio de Arzamón, a una distancia de dos días de cami-
no desde la ciudad de Constantina, y los de Patricio e Hipa-
cio en Sifrio, que estaba a no menos de trescientos cincuenta
estadios de Amida. Céler, por su parte, aún no había llegado
allí.

Areobindo, cuando se enteró de que Cabades avanzaba 11
contra ellos con todo su ejército, abandonó el campamento
y, emprendiendo la huida con todas las fuerzas que lo se-
guían, se retiró a galope a Constantina. Al presentarse poco 12
después los enemigos, se apoderaron del campamento, des-
habitado pero con los objetos de valor. Desde allí avanzaron
velozmente contra el resto del ejército romano. Por su parte, 13
los de Patricio e Hipacio toparon con ochocientos eptalitas
que iban en vanguardia del ejército persa, y los mataron a
casi todos. Y, al no haber sabido nada ni de Cabades ni del 14
ejército persa, se comportaban, como si hubieran quedado
vencedores, de una forma menos precavida. Lo cierto fue
que dejaron sus armas y se pusieron a prepararse la comida,
pues ya se estaba acercando la hora del día más a propósito.
Corría por aquel paraje un torrente donde los romanos co- 15
menzaron a lavar los alimentos que iban a comer, y algunos, 16
sofocados por el calor, incluso querían bañarse; y por eso el
agua iba turbia corriente abajo. Cabades, tras enterarse de lo
que les había ocurrido a los eptalitas, avanzaba a toda velo-
cidad contra los enemigos y, al ver revuelta el agua del to- 17

rrente e imaginarse lo que pasaba, comprendió que los ad-
versarios estaban desprevenidos y ordenó cargar ya contra
ellos de recio. Al momento se les echaron encima mientras
18 estaban comiendo y desarmados. Los romanos no resistie-
ron el ataque ni miraron en absoluto a presentar batalla, sino
que se dieron a la huida, cada uno como pudo: unos fueron
capturados y muertos y otros subieron a un monte que allí se
elevaba y se arrojaron por el precipicio en medio del pánico
19 y de una gran confusión. Aseguran que de allí no salió nadie
vivo, aunque Patricio e Hipacio sí pudieron escapar al co-
mienzo del ataque. Luego, puesto que hordas de hunos hos-
tiles habían invadido su territorio, Cabades se retiró con to-
do su ejército a su patria y llevó a cabo una larga guerra
20 contra estos pueblos en la zona norte del país. Entretanto
llegó también el otro ejército romano, pero no hizo nada
digno de mención, porque la verdad es que ninguno tenía
plenos poderes en la guerra, sino que, como eran generales
con igual mando entre sí, se oponían en sus decisiones y
21 nunca estaban predispuestos a buscar la unión. Aun así,
Céler cruzó con los que le seguían el río Ninfio y efectuó
22 una especie de invasión en Arzanene. Ese río se halla muy
cerca de Martirópolis y a unos trescientos estadios de Ami-
da. Y tras saquear aquel territorio, regresaron no mucho
después. La incursión duró en sí poco tiempo.

9 Después, Areobindo recibió el mandato de venir a Bi-
zancio a presencia del emperador, mientras los demás llega-
ron a Amida y en plena estación invernal le pusieron cerco.
Y aun habiéndolo intentado de mil maneras, fueron incapa-
ces de tomar la plaza por la fuerza, pero sí estaban a punto
de lograrlo por el hambre, pues los sitiados ya tenían falta
2 de todo tipo de provisiones. Sin embargo, los generales no
estaban informados de la escasez que padecían los enemigos
y, como veían a sus propias tropas quebrantadas por causa

del asedio y del invierno y, a la vez, también sospechaban
que un ejército persa caería sobre ellos en no mucho tiempo,
los apremiaba la idea de salir de allí de cualquier modo que
fuese. Los persas, por su parte, sin saber qué iba a ser de 3
ellos en estas terribles circunstancias, se esmeraban en con-
tinuar ocultando su escasez de cosas de primera necesidad y
hacían creer que tenían abundancia de toda clase de provi-
siones, resueltos como estaban a regresar a su patria con una
honrosa reputación. Pues bien, entre ambos hubo conversa- 4
ciones en estos términos: los persas recibirían mil libras[69] de
oro y entregarían a los romanos la ciudad. Unos y otros
cumplieron gustosamente lo pactado y fue el hijo de Glones
quien, tras recibir el dinero, dio posesión de Amida a los
romanos, porque Glones ya había muerto de la siguiente
manera.

Cuando los romanos aún no habían acampado en aquel 5
lugar pero no estaban ya muy lejos de la ciudad de Amida,
cierto campesino, que solía entrar a escondidas en la ciudad
con aves, hogazas de pan y frutos del tiempo para vendérse-
los a buen precio al tal Glones, vino a presencia del general
Patricio y le prometió que pondría en sus manos a Glones y
a doscientos persas más, sólo con que le diera esperanzas de
recibir algún tipo de recompensa. Él le prometió que obten- 6
dría todo lo que quisiera y luego lo despidió. Entonces se
rasgó horriblemente el vestido y con semblante lloroso entró
en la ciudad. Y, al llegar ante Glones, mesándose los cabe- 7
llos le dijo: «Precisamente, señor, le traía todos los exquisi-
tos productos de mis campos cuando se toparon conmigo
unos soldados romanos (pues la verdad es que merodean
por estas tierras en pequeñas partidas maltratando a los po-
bres campesinos), que me propinaron golpes insoportables

[69] Una libra equivalía a algo menos de 350 gramos.

y, después de quitármelo todo, se marcharon los muy ladrones, que ya de antiguo acostumbran a tenerles miedo a los
8 persas pero a maltratar a los campesinos. Mire, pues, señor, por defenderse a usted mismo, a nosotros y a los persas. Y de verdad que, si sale usted a cazar a las afueras de la ciudad, no serán malas las piezas que cobre, porque los malditos merodean para sus pillajes en grupos de cuatro o cinco.»
9 Éstas fueron sus palabras. Glones se dejó convencer y le preguntó a aquel hombre cuántos persas más o menos pen-
10 saba él que serían suficientes para aquella operación. Le contestó que cincuenta aproximadamente le bastarían, pues no toparían nunca con más de cinco de ellos que fueran de marcha juntos; si bien, para que no les sorprendiera ningún imprevisto, no estaría de más llevarse a la escaramuza hasta cien hombres; y si fuera el doble, mejor en cualquier caso,
11 porque a nadie le perjudicaría la superioridad numérica. De modo que Glones escogió a doscientos jinetes y le enco-
12 mendó a aquel hombre que los guiara, pero el campesino insistió en que era mejor que él fuera delante para reconocer el terreno y que, si les daba parte de haber visto a los romanos merodeando aún por los mismos parajes, justo entonces en el momento oportuno hicieran la salida los persas. A Glones, en efecto, le pareció que sus palabras eran acerta-
13 das, así que le permitió ir delante. Pero él, acto seguido, se presentó ante el general Patricio y se lo contó todo, y éste mandó que lo acompañasen dos lanceros de su guardia y mil
14 soldados. Los emboscó, entonces, en unos sotos y parajes frondosos en los alrededores de la aldea de Tilasamón, que se encuentra a cuarenta estadios de distancia de Amida, encargándoles que permanecieran allí en aquella celada, y él
15 regresó corriendo a la ciudad. Y tras anunciarle a Glones que la cacería estaba preparada, lo condujo a él y a los doscientos persas hacia la emboscada de los enemigos. Cuando

cruzaron el lugar donde los romanos estaban previamente apostados y sin que lo advirtieran ni Glones ni ninguno de los persas, hizo salir de su emboscadura a los romanos y les señaló la situación del enemigo. Y cuando los persas los 16
vieron venir contra ellos, se quedaron perplejos ante aquel suceso inesperado y sin capacidad de reacción. Y es que no podían ni retroceder, por estar los enemigos a sus espaldas, ni refugiarse en ninguna otra parte en un territorio hostil. Así que, con arreglo a las circunstancias, formaron en línea 17
de batalla y se dispusieron a rechazar a sus atacantes, pero, como eran muy inferiores en número, fueron derrotados y junto con Glones murieron todos sus hombres. Cuando se 18
enteró el hijo de Glones, sumido en el dolor y abrasado de ira por no haber podido defender a su padre, le prendió fuego al templo de San Simeón[70], el sitio de la ciudad donde precisamente Glones se había alojado. No obstante, ni Glo- 19
nes ni Cabades ni ningún otro persa se decidió a derribar ni destruir de ningún otro modo ningún otro edificio[71] en Amida ni fuera de ella. Pero volveré ya a la narración anterior.

De esta manera, previo pago de una suma, los romanos 20
recobraron Amida, dos años después de ser tomada por los enemigos. Y una vez que estuvieron en su interior, se echó de ver su propia negligencia y las penalidades que habían vivido los persas. Pues, cuando calcularon la cantidad de 21
grano que habían dejado allí y el número de bárbaros que habían salido, descubrieron que en la ciudad les quedaban reservas para siete días más o menos, a pesar de que Glones y su hijo durante mucho tiempo les habían distribuido los

[70] Seguramente el identificado como «hermano» de Jesús (en Marcos, 6, 3 y Mateo, 13, 55), luego obispo de Jerusalén (Eusebio, *Historia de la Iglesia* III 11 y 32.).

[71] La insistencia en los adjetivos indefinidos es fiel al original.

alimentos a los persas escatimando más de lo que hubieran
22 necesitado. Pues lo que es a los romanos que permanecieron con ellos dentro de la ciudad, como he dicho antes[72], decidieron no suministrarles nada en absoluto desde el momento en el que los enemigos les pusieron cerco. Así que, primero, recurrieron a comidas inusuales y hasta echaron mano de todo lo ilícito para, al final, llegar a devorarse unos a otros[73].
23 Por tanto, los generales se dieron cuenta de que habían sido engañados por los bárbaros y no paraban de reprocharles a sus soldados su falta de dominio sobre sí mismos, por lo desobedientes que se les habían mostrado cuando estaba a su alcance coger prisioneros a tantos y tantos persas y también al hijo de Glones a la vez que conquistaban la ciudad, mientras que ellos, al haberles entregado dinero romano a los enemigos, se habían cubierto de vergüenza, porque sólo comprándosela a los persas habían podido hacerse dueños de
24 Amida. Posteriormente[74] los persas, como la guerra que mantenían contra los hunos se prolongaba, convinieron con los romanos en un pacto que estuvo vigente siete años y que fue negociado por el romano Céler y el persa Aspebedes: unos y otros regresaron a sus territorios y permanecieron en paz.
25 Así, tal como se ha contado, comenzó la guerra entre romanos y persas y este fue su final. Ahora voy a referir los sucesos concernientes a las Puertas Caspias.

10 La cordillera del Tauro de Cilicia pasa primero por Capadocia, Armenia y la tierra llamada Persarmenia[75], luego

[72] Realmente este dato en concreto no aparece en la narración sobre el asedio de Amida.

[73] *Allēlōn egeúsanto:* cf. TUCÍDIDES, II 70, 1, *allēlōn egégeunto.*

[74] En el año 506.

[75] A partir del 390 Armenia fue dividida en Armenia bizantina y Armenia persa o Persarmenia (mucho mayor que la precedente y con capital en Dvin).

también por Albania e Iberia[76] y todos los demás pueblos,
tanto independientes como sometidos a Persia, que allí ha-
bitan. Alcanza, en efecto, una enorme extensión y, a medida 2
que uno avanza por esta cordillera, se hace cada vez más
ancha y más alta. Y cuando se atraviesan las fronteras de 3
Iberia, hay en una considerable angostura una especie de sen-
da que corre a lo largo de cincuenta estadios. Esta senda 4
termina en un paraje abrupto y absolutamente impracticable.
Y es que más allá no se ve ningún camino de salida, a ex-
cepción de una suerte de pasadizo, como construido por la
mano del hombre, que allí ha venido a trazar la propia natu-
raleza y que desde la antigüedad ha recibido el nombre de
Puertas Caspias. Desde este punto se abren unas planicies 5
aptas para el paso de caballerías y, de suyo, rebosantes de
agua, así como un gran terreno de pasto para los caballos
que, además, es llano. Es allí donde se asientan casi todos 6
los pueblos hunos que se extienden hasta la laguna Meo-
tis[77]; los cuales, en el caso de que se adentren por el pasadi- 7
zo que acabo de mencionar en los territorios persas y roma-
nos, lo hacen con sus caballos frescos y sin necesidad de dar
nunca ningún rodeo ni tropezar con parajes escabrosos, sal-
vo en aquellos cincuenta estadios en los que, como se ha di-
cho, se traspasan las fronteras de Iberia. Por el contrario, si 8
salen por cualquier otro camino, sólo llegan tras grandes fa-
tigas y sin poder arreglárselas ya con los mismos caballos.

---

[76] Por supuesto la región transcaucásica, entre el Mar Negro y el Caspio, que hoy corresponde al sudoeste de Georgia y cuya ciudad principal era *Hermastus* (luego llamada *Tiphilis,* hoy Tiflis). Para Zósimo, *Nueva Historia* I 1,1, por ejemplo, los habitantes de la Península Ibérica son los «iberos occidentales» para evitar confusiones; y el mismo Procopio en I 12, 2 escribe *Íbēres hoì en têi Asíāi oikoûsi* al referirse a los de la Iberia del Cáucaso.

[77] Hoy el Mar de Azov.

Y es que se ven forzados a desviarse en innumerables ro-
9 deos, y éstos, además, por sitios escabrosos. Cuando Alejandro[78], el hijo de Filipo, advirtió este problema, mandó construir unas puertas en el citado emplazamiento y fijó allí un puesto de guardia que, andando el tiempo, fue ocupado por muchos otros y también por Ambazuces, huno de nacimiento, pero amigo de los romanos y del emperador Anas-
10 tasio. El tal Ambazuces, cuando ya era muy viejo y estaba a punto de morir, envió emisarios a presencia de Anastasio para pedirle dinero, bajo promesa de entregarles el puesto de guardia y las Puertas Caspias a los romanos. Pero el em-
11 perador Anastasio (que ni era capaz de hacer nada inconsideradamente ni estaba acostumbrado tampoco) entendió que le era imposible mantener allí a unos soldados, en un lugar falto de cualquier cosa buena y sin ningún pueblo vecino que estuviera sometido a los romanos, así que le agradeció mucho a aquel hombre el interés que le había demostrado,
12 pero bajo ningún concepto admitió aquello. Murió, pues, Ambazuces de una enfermedad no mucho después y Cabades, entonces, rindió a sus hijos por la fuerza y se apoderó de las Puertas.

13 El emperador Anastasio, una vez concertado el pacto con Cabades, construyó en un lugar llamado Daras una ciudad extraordinariamente fortificada y de suma importancia,
14 que recibió el nombre del propio emperador[79]. Dista de la ciudad de Nísibis[80] noventa y ocho estadios y veintiocho,

[78] Alejandro Magno. Las Puertas Caspias son mencionadas también en ARRIANO, *Anábasis de Alejandro Magno* III 19, 2, y PSEUDO CALÍSTENES, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* II 19.

[79] Anastasiópolis (cf. la n. siguiente).

[80] O Nísibe, importantísima ciudad comercial y plaza fuerte *(apud oppidum Nisibin,* por ejemplo en TÁCITO, *Anales* XV 5) de la frontera sasánida en la región de Mesopotamia (después de que el emperador Jovia-

más o menos, de la zona que separa los territorios romanos
y persas. Los persas, aun deseosos como estaban de impedir 15
aquella fundación, se veían del todo impotentes, porque los
atosigaba la guerra contra los hunos, en la que no tenían
descanso. Pero, en cuanto Cabades le puso fin, mandó una 16
embajada a los romanos para acusarlos de haber construido
una ciudad muy cerca de sus fronteras, algo explícitamente
prohibido en los anteriores tratados entre medos y roma-
nos[81]. Así pues, en aquel momento el emperador Anastasio, 17
unas veces con amenazas y otras bajo el pretexto de su
amistad con él, además de ofrecerle una suma de dinero na-
da insignificante, pretendía embaucarlo y desmontar aquella
acusación. E incluso otra ciudad semejante a ésta construyó 18
en Armenia dicho emperador, muy cerca de las fronteras de
Persarmenia: coincidía que antiguamente era una aldea, pe-
ro alcanzó gracias al emperador Teodosio la categoría de
ciudad hasta en el nombre que por él se le había puesto[82].
Pero Anastasio la rodeó de unas murallas inexpugnables y 19
con esta ciudad le causó a los persas no menores problemas
que con la otra; y es que ambas fortalezas están situadas
dentro de su territorio.

Al morir poco después Anastasio, Justino asumió el im- 11
perio[83], una vez excluidos de él todos los parientes de Anas-

no [363-64] la entregara a Sapor II tras un acuerdo humillante). Frente a ella (a 98 estadios, aprox. 17,5 km) y como punto defensivo de los bizantinos se encontraba Daras, donde se libró la batalla que más abajo veremos (I 13, 12 ss.). Nísibis es mencionada incluso en el *Epitafio de Abercio*, la más antigua inscripción cristiana conservada. Fue, asimismo, centro religioso del cristianismo oriental a partir del siglo IV y ya en el V sede de la escuela nestoriana. Hoy Nusaybin (Turquía).

[81] Cf. I 2, 15.

[82] Teodosiópolis (la antigua *Garin* armenia), hoy Erzurum en Turquía.

[83] Justino, que no pertenecía a la familia imperial, accedió al trono tras diversas intrigas el 1 de agosto del 518.

2 tasio, aun siendo como eran muchos y muy ilustres. Fue entonces cuando le vino a Cabades cierto desasosiego, no fuera que los persas conspiraran contra su propia casa tan pronto como él muriese, porque, desde luego, él no iba a poder transferirle el reino a ninguno de sus hijos sin que hu-
3 biera algún tipo de objeción. En efecto, a Cáoses, el mayor de sus hijos, lo llamaba al trono el derecho de primogenitura, pero el caso era que a Cabades no le gustaba, con lo que la voluntad paterna forzaba tanto a la naturaleza como a la
4 norma consuetudinaria. A Zames, por su parte, el segundogénito, se lo impedía la ley por haber perdido un ojo (pues a un tuerto o al que tuviera cualquier otra deficiencia no le
5 estaba permitido llegar a ser rey de los persas). Frente a éstos, Cosroes, a quien había tenido de una hermana de Aspebedes, era la perdición de su padre y, como veía que casi todos los persas, por así decirlo, admiraban la valentía de Zames (que era verdaderamente un bravo guerrero) y sentían gran respeto por sus otras cualidades, le entró miedo de que se alzaran contra Cosroes y le causaran un perjuicio
6 irremediable a su familia y al trono. Decidió, pues, que lo mejor era poner fin a la guerra y a las causas de la guerra con los romanos, bajo la condición de que Cosroes fuera adoptado como hijo del emperador Justino; y es que sólo de este modo tendría la seguridad de mantenerse en el trono. Y por ello mandó embajadores para esta negociación y tam-
7 bién una carta a Bizancio, al emperador Justino. El contenido del escrito era el siguiente: «Injusto es el trato que hemos sufrido por parte de los romanos, y tú lo sabes; yo, sin embargo, he pensado pasar por alto totalmente todas las imputaciones contra vosotros, porque sé bien que los que salen más victoriosos que ningún otro son quienes, aunque los asista la justicia, aun así se rinden voluntariamente y se de-
8 claran derrotados por sus amigos. No obstante, en compen-

sación os pido un favor que podrá unirnos no sólo a noso-
tros sino a todos nuestros súbditos en el hermanamiento y
en el afecto que de él lógicamente nazcan, y que además
bastará para que quedemos saciados de los beneficios de la
paz. Esto es lo que te propongo: que a mi Cosroes, que será 9
mi sucesor al trono, lo adoptes como hijo.»

Cuando el emperador Justino, tras entregársele la carta, 10
se enteró del asunto, se llenó de alegría y también Justinia-
no, el sobrino del emperador y el que presumiblemente iba
también a recibir de él el trono. Y en seguida se apresuraron 11
a la tarea de poner por escrito la adopción según la ley ro-
mana. Y lo habrían hecho si no se lo hubiera impedido Pro-
clo, que entonces era consejero del emperador con el cargo
de cuestor[84] (que es su nombre), una persona honrada y ma-
nifiestamente insobornable. Por esta razón, él ni proponía 12
fácilmente ninguna ley nueva ni pretendía alterar nada de lo
establecido; y también en aquella ocasión se levantó para
oponerse y dijo lo siguiente: «Poner mano en novedades es 13
algo que no tengo por costumbre y, por otra parte, es lo que
más miedo me da, porque sé bien que en las innovaciones la
seguridad, al menos, no hay forma de preservarla. Y me pa- 14
rece que, por muy atrevido que uno fuera al respecto, se
echaría atrás a la hora de hacer esto y se espantaría ante la
convulsión que ello vendría a producir. Pues creo que, al 15
menos en las presentes circunstancias, lo que nosotros esta-
mos discutiendo no es otra cuestión que la de cómo entre-
garles el Imperio Romano a los persas guardando las apa-
riencias. Ellos, por lo menos, no encubren nada ni utilizan
tapaderas, sino que confiesan a las claras sus planes y, así,
pretenden sin más despojarnos de nuestro imperio: esta sin-
ceridad la ponen por delante para ocultar la evidencia de su

[84] Cf. I 24, 11.

engaño y sobre sus desvergonzados motivos han echado una
16 capa de indiferencia. Sea como sea, ambos deberíais repeler esta tentativa de los bárbaros con todas vuestras fuerzas: tú, emperador, a fin de no ser el último emperador de los romanos; y tú, general, a fin de que no te conviertas en un obstá-
17 culo para ti mismo en tu ascenso al trono. Pues para otras argucias, disfrazadas la mayor parte de las veces con majestuosas palabras, muchos quizá podrían necesitar un intérprete; pero esta embajada, expresamente ya desde sus preámbulos, propone adoptar al tal Cosroes, quienquiera que sea,
18 como heredero del emperador de los romanos. En efecto, pero acerca de esto razonad conmigo de la siguiente manera: por derecho natural se les deben a los hijos las propiedades de sus padres y, mientras las leyes entre todos los hombres están siempre peleadas por las discrepancias entre unas y otras, en este particular coinciden entre los romanos y todos los bárbaros y unánimemente declaran que son los hijos los dueños de la herencia paterna. De modo que, si al principio hacéis una elección, sólo os quedará aceptar todo lo que venga después.»

19 Así habló Proclo. El emperador y su sobrino aprobaron sus palabras y se pusieron a deliberar sobre lo que se debía
20 hacer. Entretanto, Cabades le mandó otra carta también a Justino en la que solicitaba que le enviase unos hombres de prestigio, con objeto de firmar la paz con él, y que le indicase por escrito la manera como quería que se formalizara la
21 adopción de su hijo. Y entonces Proclo, todavía más que antes, vino a denunciar esta tentativa de los persas, insistiendo en que lo que les interesaba era apropiarse ellos del
22 poderío romano del modo más seguro posible. Y expresó su opinión de concluir la paz de inmediato con ellos y con este fin enviar, de parte del emperador, a unos hombres de primera fila quienes, en el momento en que Cabades les pre-

guntara cómo tenía que llevarse a efecto la adopción de Cosroes, debían responder abiertamente: «Conforme al estilo de los bárbaros»; con lo que daba a entender que los bárbaros no adoptan hijos mediante un documento sino por la fuerza de las armas. Según esto, pues, despachó a los em- 23
bajadores el emperador Justino, con la promesa de que en un plazo no muy grande tras ellos irían los más ilustres miembros de la nobleza romana para gestionar lo mejor posible todo lo relativo a la paz y al asunto de Cosroes. Y 24
también le contestó por carta a Cabades en los mismos términos. Así pues, fueron enviados por parte de los romanos Hipacio, sobrino de Anastasio, el que había sido antes emperador, un patricio que tenía el cargo de general de Oriente, y Rufino, el hijo de Silvano, persona muy reputada entre los patricios y conocida de Cabades por medio de sus respectivos padres; y por parte de los persas un hombre pode- 25
rosísimo y que gozaba de mucho prestigio, de nombre Séoses, con el título de «adrastadaran salanes»[85], y Mébodes, con el cargo de maestre[86]. Se reunieron en un lugar que 26
deslindaba los territorios romano y persa y, en aquellas conversaciones, trataron acerca de cómo dirimir las diferencias y concertar la paz. Llegó también Cosroes al río Tigris, que 27
está a dos días de camino más o menos de la ciudad de Nísibis, con el fin de dirigirse él mismo a Bizancio, una vez que todo lo relativo a la paz entre unos y otros pareciera ajustado de la mejor forma. Pues bien, mucho se habló allí 28
por ambos lados sobre las diferencias existentes entre ellos, pero especialmente se refirió Séoses a la tierra de Cólquide, que ahora se llama Lácica, en el sentido de que de muy atrás

[85] Cf. I 6, 18.

[86] O «jefe», para traducir el *toû magístrou* del original (lat. *magister*), cargo asimilado por Procopio al del oficial persa: cf. I 13, 10.

había estado sometida a los persas y que los romanos la poseían entonces tras haberla conquistado mediante la violen-
29 cia y sin ninguna consideración. Al oír esto los romanos, se tomaron muy a mal el que también Lácica se la disputaran los persas. Y cuando ellos se pusieron a decir que la adopción de Cosroes debía hacerse «conforme al estilo de los
30 bárbaros»[87], les pareció a los persas intolerable. Así que las dos embajadas se separaron y volvieron a sus patrias; también Cosroes se marchó frustrado en su propósito y regresó junto a su padre; iba muy dolido por lo que ocurrió y prometiendo que se vengaría de los romanos por aquel ultraje.

31 Más tarde, Mébodes se puso a calumniar a Séoses ante Cabades bajo la acusación de que aquél, sin habérselo ordenado su señor, sacó la cuestión de Lácica adrede, con idea de impedir la paz y tras haber mantenido conversaciones con Hipacio, quien, por no tenerle ningún apego a su propio emperador, no permitía que se concluyera de hecho la paz ni tampoco la adopción de Cosroes. Y también de otras muchas cosas lo inculparon sus enemigos, hasta citar a Séoses
32 a juicio. Y lo cierto fue que todo el consejo de los persas se reunió en el tribunal más movido por la malevolencia que por la ley. En efecto, les disgustaba bastante aquel cargo desconocido para ellos[88] y a duras penas soportaban el ca-
33 rácter de aquel hombre. Y es que Séoses era sin duda la persona más insobornable y la más preocupada del estricto cumplimiento de la justicia, pero estaba afectado por el mal de la fanfarronería más que ningún otro ser humano. Desde luego esto, al menos, parece que es algo connatural en los oficiales persas, pero en Séoses creían ellos que la enfermedad se había agravado desmesuradamente hasta llegar al pa-

[87] Cf. I 11, 22.

[88] Cf. I 6, 19.

roxismo. Sus acusadores decían todo lo que arriba he ex- 34
puesto y también que este hombre de ningún modo deseaba vivir dentro de las normas establecidas ni respetar las costumbres persas, porque adoraba a extrañas divinidades, y 35
había enterrado a su mujer, fallecida hacía poco, a pesar de que las leyes persas prohibían sepultar bajo tierra los cadáveres[89]. Así pues, los jueces lo condenaron a muerte y Ca- 36
bades, aun pareciendo que compartía el dolor de Séoses como amigo suyo que era, no hizo ni el intento de librarlo. Tampoco le manifestó que estuviese enfadado con él, pero, 37
según sus palabras, no estaba dispuesto a revocar las leyes persas, aunque a aquel hombre le debía su rescate[90], dado que Séoses era el máximo responsable de que él estuviera con vida y fuera rey. De esta manera fue condenado Séoses y así desapareció de entre los vivos. Y el cargo que con él 38
tuvo su principio, con él tuvo su fin, pues ningún otro ha sido nombrado «adrastadaran salanes». También Rufino calumnió a Hipacio ante el emperador. Y por ello el empera- 39
dor lo depuso de su cargo y, tras someter a algunos de sus amigos a los más crueles tormentos, descubrió que en aquella calumnia no había ni un ápice de verdad. Aparte de esto, no le causó a Hipacio ningún otro mal.

Inmediatamente después, Cabades, aunque lo apremiaba 12
la idea de hacer algún tipo de incursión contra el territorio romano, se veía del todo impotente, porque le surgió la siguiente dificultad. Los iberos que habitan en Asia[91] están 2
asentados casi en las mismas Puertas Caspias, que se encuentran al norte de allí. Pegada a ellos, a su izquierda, hacia occidente está Lácica, y a su derecha, hacia oriente, los

[89] Pero cf. HERÓDOTO, I 140, 2.
[90] Cf. I 6, 3 ss.
[91] Cf. I 10, 1.

3 persas. Estas gentes iberas son cristianas[92] y observan los ritos de su credo más que ningún otro pueblo que conozcamos; sin embargo, es el caso que, de antiguo, han estado
4 sometidos al rey de los persas. Y fue entonces cuando Cabades quería forzarlos a abrazar los ritos de sus propias creencias. Y le ordenó a su rey Gúrgenes que lo hiciera todo según las costumbres persas y, especialmente, que de ningún modo sepultaran bajo tierra a los muertos, sino que los
5 expusieran todos para presa de aves y perros[93]. Por este motivo, Gúrgenes se resolvió a pasarse a las filas del emperador Justino y le pidió recibir garantías de que los romanos
6 nunca dejarían a los iberos a merced de los persas. Se las dio él con muy buena disposición y envió a Bósforo[94] con una gran cantidad de riquezas a Probo, un patricio, sobrino de Anastasio, el que había sido antes emperador, para que con aquellas riquezas se granjeara a un ejército de hunos y
7 se los mandara a los iberos como aliados. Bósforo es una ciudad costera, que queda a la izquierda cuando uno entra navegando en el llamado Ponto Euxino, a una distancia de veinte días de camino de la ciudad de Quersón, que está en

---

[92] La evangelización de la Iberia transcaucásica data del siglo IV, cuando era su rey Mirian, en tiempos del emperador Constantino (cf. RUFINO DE AQUILEYA, *Historia de la Iglesia* I 10; SÓCRATES, *Historia de la Iglesia* I 20; etc.). El primer obispo de la zona georgiana que está documentado es Juan (335-363): cf. A. DI BERARDINO (dir.), *Dizionario Patristico e di Antichità Cristiane = Diccionario Patrístico y de la Antigüedad Cristiana* [trad. A. ORTIZ GARCÍA y J. M. GUIRAU] I, Salamanca, 1991, págs. 929 s. (s.v. *Georgia)* y 1073 (s.v. *Iberia).*

[93] Cf., de nuevo, HERÓDOTO, I 140, 1.

[94] Hoy Kerch, en Crimea, a orillas del estrecho de su nombre (también llamado de Yenikale), que comunica el Mar Negro (el Ponto Euxino) con el de Azov. Bósforo Cimerio (distinto lógicamente del estrecho que comunica al Mar Negro con el de Mármara) era en la antigüedad el nombre de ese estrecho y, en general, la denominación de la actual Crimea.

la frontera del territorio romano. Todo lo que hay entre ambas lo ocupan los hunos. En tiempos más antiguos los habi- 8
tantes de Bósforo eran independientes, pero hacía poco que habían decidido pasarse a las filas del emperador Justino. Y 9
cuando Probo regresó de allí sin haber conseguido nada, el emperador envió a Pedro como general con algunas tropas de hunos a Lácica para luchar con todo su ímpetu al lado de Gúrgenes. Entretanto Cabades envió contra Gúrgenes y los 10
iberos un ejército muy considerable y como general a un persa, de nombre Boes, con el título de «varices»[95]. Gúrge- 11
nes, viéndose en desventaja para resistir el ataque de los persas, dado que los refuerzos romanos le eran insuficientes, huyó con todos los nobles iberos a Lácica y se llevó consigo a sus hermanos, a su mujer y a sus hijos, el mayor de los cuales era Peranio. Al llegar a las fronteras de Lácica, se 12
quedaron allí y, amparándose en la propia inaccesibilidad del lugar, les plantaron cara a los enemigos. Los persas fue- 13
ron tras ellos, pero sin realizar nada digno de mención, puesto que tenían en su contra el hecho mismo de lo inaccesible de aquellos parajes.

Posteriormente, los iberos se presentaron en Bizancio y 14
también Pedro acudió a la llamada del emperador, quien sostuvo que ayudaría a los de Lácica, aunque no quisieran, a proteger su territorio y para ello envió un ejército mandado por Ireneo. Existen dos puestos de guardia en Lácica, que 15
uno encuentra nada más penetrar en el país tras cruzar las fronteras de Iberia. De su vigilancia se encargaban, desde época remota, los naturales de la región, aunque sufrían muchas penalidades, porque allí no hay ni grano, ni vino, ni ninguna otra cosa buena. Y tampoco es posible llevar nada 16

[95] *Ouarízēs*, «victorioso», título que propiamente era un nombre de familia noble, como «mirranes» (I 14, 1).

desde otro sitio por culpa de lo intransitable del lugar, a me-
17 nos que se haga con porteadores. No obstante, los lazos[96]
eran capaces de mantenerse con una especie de mijo que allí
18 se da y al que se habían acostumbrado. Esas guarniciones
las retiró el emperador y ordenó que fueran soldados roma-
19 nos los que montaran guardia en aquellas plazas. Al princi-
pio, los lazos les acarreaban, con mucha dificultad, las pro-
visiones, pero luego renunciaron a prestar este servicio y los
romanos abandonaron esos puestos, con lo que los persas
sin ningún esfuerzo se apoderaron de ellos. Esto fue lo su-
cedido en Lácica.

20 Luego, los romanos, bajo el mando de Sitas y Belisario,
invadieron Persarmenia[97], que estaba sometida a los persas,
y, tras saquear una extensa zona, regresaron con un gran
21 número de prisioneros armenios. Estos dos hombres eran
jóvenes, todavía con el primer bozo[98], e integraban la guar-
dia personal del general Justiniano, el que después compar-
tió el imperio con su tío Justino. Pero, al producirse una
nueva invasión de los romanos en Armenia, Narsés[99] y Ara-
cio, de forma inesperada, les salieron al encuentro y traba-
22 ron combate. No mucho después estos dos se pasaron a las
filas romanas como desertores y marcharon con Belisario a
la campaña de Italia. Pero en aquella ocasión combatieron
contra las tropas de Sitas y Belisario y fueron superiores.
23 Por su parte, realizó también una incursión en las cercanías
de la ciudad de Nísibis otro ejército romano, mandado por
Libelario de Tracia, pero estas fuerzas se retiraron en preci-

---

96 *Lazoí*, los habitantes de Lácica.

97 Cf. I 10, 1.

98 *Prôton hypēnḗta:* cf. *Ilíada* XXIV 348; *Odisea* X 278 s.

99 Este Narsés, de origen armenio, no es el eunuco (cf. I 25, 24) al que ya se referirá Procopio en I 15, 31 y que, posteriormente, gozará del favor de la emperatriz Teodora y será un rival declarado de Belisario.

pitada huida[100], aunque nadie vino a enfrentárseles. Por esta 24
razón, el emperador destituyó de su cargo a Libelario y puso
a Belisario al mando de los reclutas con destino en Daras.
Fue también entonces cuando se nombró consejero suyo a
Procopio[101], el que escribió esta historia.

No mucho tiempo después Justino, que había asociado 13
al trono a su sobrino Justiniano, murió[102], a raíz de lo cual el
imperio recayó únicamente en Justiniano[103]. Éste le encargó 2
a Belisario construir una plaza fuerte en un lugar llamado
Minduos, que está junto a la propia frontera persa, a la iz-
quierda según uno va en dirección a Nísibis. Con mucha 3
presteza, por tanto, vino él a llevar a cabo lo que el empera-
dor había decidido; y la fortaleza ya se elevaba a considera-
ble altura gracias al gran número de artesanos, cuando los 4
persas le prohibieron edificar más, amenazándole con que
en breve se lo impedirían no sólo con palabras sino también
con hechos. Al enterarse de esto el emperador (y dado que 5
Belisario no estaba en disposición de rechazar de allí a los
persas con el ejército con el que contaba), ordenó que se en-
caminara hacia aquel mismo punto otro ejército y, a la cabe-
za, Cutces y Buces, que entonces mandaban las tropas del
Líbano. Estos dos hermanos eran de Tracia, y jóvenes am-
bos que se lanzaban a trabar combate con el enemigo sin un
mínimo de seguridad. Pues bien, cada uno por su lado se re- 6
unieron los dos ejércitos y avanzaron en orden cerrado hacia
la edificación: los persas para impedirla con toda su poten-
cia militar, y los romanos para defender a los que la estaban
construyendo. Tras una dura batalla fueron derrotados los 7
romanos: de muchos de ellos hubo una verdadera matanza y

---

[100] Cf. PROCOPIO, *Sobre los edificios*. II 2.

[101] En el año 527.

[102] El 1 de abril del 527.

[103] Desde el 1 de agosto del 527.

8 a algunos otros los capturaron los enemigos. Entre ésos es-
taba el propio Cutces. A todos ellos los persas se los llevaron
a su país y los mantuvieron permanentemente encadenados
y encerrados en una cueva. La parte de fortaleza construida,
como ya nadie la defendía, la tiraron al suelo.
9 Tras esto, Justiniano nombró a Belisario general de Orien-
te y le encargó una expedición militar contra los persas. Re-
unió él un ejército muy considerable y marchó hacia Daras.
10 También, para ayudarlo en la organización de este ejército,
llegó Hermógenes, por encargo del emperador. Tenía el car-
go de maestre[104] y antes era consejero de Vitaliano, cuando
11 éste se rebeló contra el emperador Anastasio[105]. Envió tam-
bién Justiniano a Rufino como embajador y le ordenó que
permaneciera en Hierápolis, junto al río Eufrates, hasta que
él le diera la señal. Y es que por ambas partes se estaban
12 entablando muchas conversaciones acerca de la paz. Pero,
de pronto, alguien vino a comunicarles a Belisario y Her-
mógenes que los persas, presumiblemente, iban a invadir el
territorio romano, deseosos como estaban de tomar la ciu-
13 dad de Daras. Al oír esto, se aprestaron para la batalla como
se describe a continuación[106]. No lejos de la puerta que está
justo enfrente de la ciudad de Nísibis, a un tiro de piedra
aproximadamente cavaron una profunda trinchera, provista
de muchos pasadizos. Esta trinchera, sin embargo, no la ha-
bían excavado en línea recta, sino de la siguiente manera.
14 En el centro había un pequeño tramo que era recto, pero a
uno y otro lado habían hecho dos ramales perpendiculares y
del extremo de ambos ramales salían de nuevo las dos par-
tes de la trinchera en línea recta hasta una gran distancia.

---

[104] Cf. I 11, 25.
[105] Cf. I 8, 3.
[106] Era julio del 530.

Pues bien, no mucho después llegaron los persas con un 15
numeroso ejército y acamparon todos en un lugar llamado
Amodio, que se encuentra a veinte estadios de la ciudad de
Daras. Entre sus comandantes estaban Pitiaxes y Baresma- 16
nas el tuerto. Pero iba un único general a la cabeza de todos
los demás, un persa con el título de mirranes[107] (pues éste es
el nombre con el que los persas designan ese cargo), de
nombre Peroces, quien de inmediato le mandó mensajeros a 17
Belisario para ordenarle que le preparara el baño[108], pues
tenía la intención de bañarse allí al día siguiente. Ante esto, 18
los romanos se aprestaron enérgicamente para el combate,
en la idea de que lucharían por la mañana.

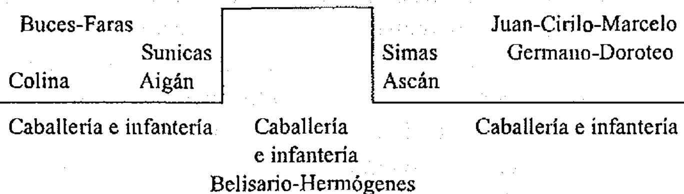
Al amanecer vieron que los enemigos avanzaban contra 19
ellos y, entonces, formaron así sus líneas[109]. El extremo del
trecho rectilíneo de la izquierda, que salía de la parte baja
del ramal perpendicular y que se extendía hasta una colina
que allí se elevaba, lo ocupaban Buces con un numeroso re-
gimiento de caballería y el hérulo[110] Faras con trescientos
compatriotas suyos. A la derecha de éstos, en el exterior de 20
la trinchera y junto al ángulo que formaban el ramal per-
pendicular y el tramo recto de delante, estaban Sunicas y
Aigán, de origen maságeta, con seiscientos jinetes, para que,

---

[107] *Mirránēs* es una palabra persa (con el significado de «hijo de Mitra») que propiámente se remontaba a un nombre de familia noble (como nombre propio, cf. II 30, 7): cf. «varices» (I 12, 10).

[108] Cf. I 14, 12

[109]



[110] Preferimos esta transcripción a «erulo» (en el original *Éroulos*).

si los de Buces y Faras salían huyendo, ellos pudieran lanzarse a toda velocidad por el flanco y, cayendo sobre la retaguardia del enemigo, defender así fácilmente a los romanos que allí estaban. En el otro lado la formación se había
21 dispuesto de la misma manera. En efecto, el extremo del trecho rectilíneo de la parte diestra lo ocupaba igualmente un numeroso regimiento de caballería, bajo el mando de Juan el hijo de Nicetas, Cirilo y Marcelo. Iban también con ellos Germano y Doroteo. Y en el ángulo de la derecha estaban formados seiscientos jinetes, que comandaban los maságetas Simas y Ascán, para que, como ya quedó dicho, en el supuesto caso de que los de Juan salieran huyendo, ellos
22 irrumpieran desde allí sobre la retaguardia de los persas. A todo lo largo de la trinchera estaban apostados los escuadrones de la recluta de caballería y las tropas de infantería. Detrás de ellos, en el centro, se encontraban las fuerzas de Be-
23 lisario y Hermógenes. De este modo, los romanos formaron con un total de veinticinco mil hombres, pero el ejército persa, entre caballería e infantería, constaba de cuarenta mil, y todos estaban uno junto a otro, en líneas, y de cara a su enemigo, para hacer el frente de la formación lo más pro-
24 fundo posible. Pues bien, durante mucho tiempo ninguno de los dos empezó la batalla contra el otro, pero lo cierto era que los persas parecían asombrados del orden riguroso que mantenían los romanos y se mostraban indecisos sobre qué hacer en aquellas circunstancias.

25 A la caída de la tarde una sección de la caballería persa que ocupaba el ala derecha, se destacó del resto del ejército
26 y se lanzó contra las tropas de Buces y Faras. Ellos comenzaron a retroceder poco a poco, pero los medos no los persiguieron sino que se quedaron allí, por temor, supongo, a que los enemigos los envolvieran. Entonces, los romanos que acababan de salir huyendo se precipitaron de repente sobre

los persas y éstos no resistieron el ataque sino que se retira- 27
ron hacia el grueso de su formación, con lo que de nuevo las tropas de Buces y Faras se situaron en la posición que antes ocupaban. En esta escaramuza cayeron siete persas y los 28
romanos se apoderaron de sus cadáveres. A partir de ese momento unos y otros mantuvieron tranquilamente sus posiciones. Pero un joven persa guió su caballo muy cerca del 29
ejército romano y empezó a provocarlos a todos, desafiando a quien quisiera luchar contra él. Y nadie se atrevió a arros- 30
trar aquel peligro, a excepción de un tal Andreas, asistente de Buces, que no era militar ni había practicado nunca ejercicios bélicos, sino que era entrenador de gimnasia y había estado al frente de una escuela de lucha en Bizancio[111]. Y 31
por eso precisamente acompañó al ejército, porque cuidaba de la forma física de Buces cuando éste se bañaba. Había nacido en Bizancio. Fue él el único que tuvo arrestos, sin que ni Buces ni ningún otro se lo ordenara, para salir por propia inciativa a un combate singular contra el persa. Y anticipándose, mientras el bárbaro todavía andaba considerando por dónde atacarlo, lo hirió él con la lanza en la tetilla derecha. El medo no resistió el golpe de un hombre tan ro- 32
busto y cayó de su caballo al suelo. Quedó boca arriba y Andreas lo degolló con un cuchillo pequeño como a una víctima de sacrificio. Se elevó entonces un griterío descomunal desde el recinto amurallado y el campamento romano. Los persas, muy dolidos por aquel suceso, enviaron a 33
otro jinete con la misma misión. Era valeroso y de gran corpulencia, pero no era joven y tenía ya algunas canas en la cabeza. Se acercó al ejército enemigo y, haciendo restallar 34
el látigo con el que solía fustigar a su caballo, retaba a un

[111] Un *paidotribēs* o profesor de gimnasia, que había dirigido una palestra.

35 combate al romano que estuviera dispuesto. Y como nadie
avanzaba a enfrentársele, fue de nuevo Andreas quien, sin
hacerse notar, salió allí en medio, aunque Hermógenes se lo
36 había prohibido. Así pues, ambos se acometieron, llenos de
ira, con las lanzas, que, al chocar contra las corazas, se des-
viaron de su trayectoria. Fue tremendo. Chocaron también
los caballos con las testuces y, al caer, tiraron a sus jinetes.
37 Cayeron los dos muy cerca uno del otro, y ambos procura-
ron levantarse a toda prisa. Pero el persa no lo tenía fácil,
porque su propia corpulencia se lo impedía, y Andreas se le
adelantó (era la ventaja que le daba la práctica de la lucha
en el gimnasio), lo golpeó mientras, aún de rodillas, trataba
38 de levantarse, y cuando volvió a caer al suelo, lo mató. De
la muralla y del ejército romano se elevó un griterío tan
grande, si no mayor que el de antes. Entonces los persas rom-
pieron su formación y regresaron a Amodio y los romanos,
entre cánticos de victoria, se metieron dentro del recinto
39 amurallado, porque ya estaba oscureciendo. De este modo
pasaron unos y otros aquella noche.

14 Al día siguiente se sumaron a los persas diez mil solda-
dos hechos venir de Nísibis, y Belisario y Hermógenes le
escribieron al mirranes esto: «Que la paz constituye el su-
premo bien es cosa reconocida por todos los hombres que
2 tienen algo, por poco que sea, de sentido común; de modo
que cualquiera que la rompa se convertirá en el máximo
responsable de las desgracias no ya de los de su entorno si-
no incluso de todos los de su propia raza. Así pues, el mejor
general es aquél que está por naturaleza capacitado para,
3 partiendo de la guerra, restablecer la paz. Tú, por el contra-
rio, cuando las relaciones entre romanos y persas se hallan
en una buena situación, has decidido promover la guerra
contra nosotros sin ningún motivo, aunque cada uno de los
dos reyes tiene planes pacíficos y se encuentran ya en luga-

res cercanos nuestros embajadores, quienes en no mucho tiempo resolverán las diferencias en las reuniones que celebren entre ellos, a menos que algún suceso irreparable, a raíz de tu agresión, alcance a desbaratar esta esperanza nuestra. Haz retornar, pues, cuanto antes el ejército a territorio 4 persa y ni resultes un obstáculo para sus mayores beneficios, ni llegues jamás a la posibilidad de ser responsable de los terribles acontecimientos que, lógicamente, les vayan a sobrevenir a los persas.»

Cuando el mirranes leyó este mensaje que le había sido 5 entregado, responde lo siguiente: «Haría lo que me pedís, persuadido por vuestras palabras, si no coincidiera que se trata de una carta de los romanos, para quienes es fácil prometer, pero dificilísimo y fuera de toda esperanza cumplir de verdad lo prometido, en particular si también ratificáis con algún juramento los pactos. Nosotros, por eso, hartos de 6 vuestras mentiras, nos hemos visto forzados a levantarnos en armas contra vosotros; y vosotros, amigos[112] romanos, pensad que no os queda otra alternativa que luchar contra los persas. Y a nosotros, en este punto, nos será de precisión o morir o envejecer, hasta que de verdad nos hagáis justicia.»

Ésta fue la contestación por escrito del mirranes. Y, a su 7 vez, los de Belisario le escribieron lo siguiente: «No se debe en absoluto, excelentísimo mirranes, ceder ante la fanfarronería ni lanzar sobre el que está a nuestro lado insultos que de ningún modo merece. Nosotros, en efecto, hemos dicho 8 que Rufino viene como embajador y que no está lejos; y eso es cierto y tú mismo lo comprobarás dentro de no mucho tiempo. Pero, si vosotros estáis ansiosos de acciones bélicas, 9

---

[112] Aquí *phíloi,* como tratamiento de cortesía, podría estar usado con cierto valor irónico. Reflejamos, por otra parte, en la traducción el insistente uso en este pasaje de los pronombres personales de primera y segunda persona del plural.

os haremos frente con Dios en nuestras filas, pues sabemos que Él nos va a socorrer en el peligro, inducido por el carácter pacífico[113] de los romanos y enojado por la fanfarronería de los persas y por esa determinación que en consecuencia habéis tomado de oponeros a nuestras ofertas de
10 paz. Y os haremos frente llevando al combate nuestras cartas y vuestras respuestas colgadas de lo más alto de las enseñas.»

11 Tal era el tenor de la misiva. Y el mirranes, a su vez, contestó así: «Tampoco nosotros nos plantamos en la batalla sin la ayuda de nuestros dioses, y con ellos a nuestro lado marcharemos contra vosotros, precisamente con esos persas a los que mañana tengo la esperanza de hacer entrar en Da-
12 ras. Y lo que es a mí, que se me prepare baño[114] y comida dentro del recinto amurallado.» Tras leer esto los de Belisario, lo que se pusieron a preparar fue el combate.

13 Al amanecer del día siguiente convocó el mirranes a todos los persas y les dijo esto: «No ignoro que no es por las palabras de sus jefes sino por el valor propio y el pundonor de los unos ante los otros por lo que los persas acostumbran
14 a mostrar osadía en los peligros. Pero al veros conversar sobre cómo es que los romanos, que antes solían presentar batalla sin orden ni concierto[115], ahora por el contrario con

[113] *Apragmosýnē* aquí con el sentido de «tranquilidad, pacifismo», con marcado valor meliorativo, como aparece corrientemente, aunque con otras connotaciones, en los escritos patrísticos.

[114] Cf. I 13, 17.

[115] Desde luego, el genio militar de Belisario contribuyó a un enorme progreso en este aspecto. Si es verdad que el ejército romano occidental desde finales del siglo IV dejó a un lado el adiestramiento y la instrucción militar e hizo suyas ciertas características más propias de las tropas bárbaras utilizadas por Teodosio y sus sucesores (como da a entender el *De re militari* de VEGECIO), no es menos cierto esto otro: «En Oriente, los emperadores bizantinos —menos influenciados por las unidades bárbaras

una táctica que no les va en absoluto se mantienen en sus puestos aguardando el ataque persa, al ver esto, digo, he decidido daros un consejo, para que no caigáis en un error por
haceros una idea falsa. Mirad, no creáis que los romanos se 15
han vuelto de repente mejores para la guerra, ni que han conseguido tener más valor y más experiencia; no, el caso es que son más cobardes de lo que lo eran antes. Tanto temen a los persas que no se han atrevido a formar sus líneas
sin la defensa de una trinchera; y ni aun así entablaron com- 16
bate alguno, sino que, como nosotros no fuimos en ningún momento a atacarlos, se retiraron tras las murallas contentos, creyendo que las cosas les habían salido mejor de lo que
esperaban. Y por esta razón no han dado en el trance de ver- 17
se todos embarullados, puesto que no llegaron a entrar en el peligro de la batalla. Pero en el caso de que el combate esté ya al alcance de la mano, el terror y la inexperiencia se apoderarán de ellos y los llevarán, lógicamente, a su habitual
desorganización. Pues bien, así están las cosas entre los ene- 18
migos; en cuanto a vosotros, soldados persas, que siempre
os venga a la mente el juicio del Rey de Reyes. Pues si en el 19
momento presente no os comportáis como hombres, de una manera digna del reconocido valor de los persas, un castigo infamante caerá sobre vosotros.»

Tras arengarlos así, el mirranes comenzó a guiar su ejér- 20
cito contra los enemigos. Y Belisario y Hermógenes reunieron a todos los romanos delante del recinto amurallado y
pronunciaron esta arenga: «Que los persas no son en abso- 21

---

federadas— mantenían una disciplina rígida y entrenamiento, dando como resultado el soberbio ejército de Belisario en el siglo VI bajo Justiniano» (A. FERRILL, *The fall of the Roman Empire = La caída del Imperio Romano. Las causas militares* [trad. P. GONZÁLEZ BERMEJO], Madrid, 1989, pág. 154 y n. 260, en la que se cita a MÜLLER, «Das Heer Justinians», *Philologus* 71 [1912], 101 ss.).

luto invencibles ni están por encima de la muerte[116], ya lo sabéis por haberlo comprobado en la anterior batalla; y que, aun aventajándolos en valentía y fuerza física, fuisteis derrotados[117] sólo por ser demasiado desobedientes a vuestros
22 jefes, esto otro nadie lo negaría. Pero, desde luego, ahora tenéis la posibilidad de subsanarlo sin ningún esfuerzo. Pues, mientras que las contrariedades de la fortuna son, por su propia naturaleza, imposibles de subsanar por mucho que uno se empeñe, la razón[118], por el contrario, sí podría convertirse fácilmente para el ser humano en médico de los
23 males que él mismo se causa; de tal forma que, si queréis

---

[116] Literalmente, «ni son más fuertes que la muerte» *(kreíssous ē thnḗskein),* con lo que quizá se estuviera jugando con el famoso nombre de *athánatoi,* «Inmortales» (cf. I 14, 31; 14, 44), aplicado por los griegos al selecto cuerpo de infantería que tenía entre sus misiones la guardia personal de los reyes persas aqueménidas. Estaba constituido por diez mil hombres y las bajas eran puntualmente cubiertas para que su número permaneciera siempre invariable (cf. HERÓDOTO, VII 83, 1).

[117] Se trata de la derrota en Minduos (I 13, 1 ss.).

[118] Debe subrayarse aquí, en relación con estas líneas de Procopio, la importancia que en la concepción histórica de Tucídides cobra la oposición entre *gnṓmē,* el cálculo racional, y *týchē,* la suerte imprevisible: cf., por ejemplo, TUC., IV 18, 2 s. (consúltese, en general, J. DE ROMILLY, *Histoire et raison chez Thucydide,* París, 1956; L. EDMUNDS, *Chance and Intelligence in Thucydides,* Harvard U.P., 1975; además de la conocida obra de A. LESKY, *Geschichte der Griechischen Literatur = Historia de la Literatura Griega* [trad. J. M. DÍAZ REGAÑÓN y B. ROMERO], Madrid, 1976, págs. 509 s.; o la traducción de F. R. ADRADOS, *Tucídides. Historia de la Guerra del Peloponeso,* t. I, Madrid, 1984, pág. 18, que cita la ed. de CLASSEN-STEUP y el estudio de W. SCHMID). Para la confrontación, en general, de raciocinio y azar, cf. ya DEMÓCRITO, *Fr.*119 D.-K.; y luego EPICURO, *Máximas Capitales* 16; etc. En un contexto del todo diferente como el de ESQUILO, *Fr.* 255 NAUCK, encontramos la misma expresión *kakôn... iatrós,* «médico de males», aplicada a *thánatos,* la muerte; y cf. PÍNDARO, *Nemeas* IV 1 s. (también *euphrosýna,* la alegría, es *pónōn.../ iatrós,* «médico de fatigas»).

escuchar nuestras recomendaciones, muy pronto, seguro, os
ceñiréis la corona de la victoria en el combate. Pues ellos
han venido contra nosotros sin confiar en otra cosa que en
nuestra desorganización. Pero se retirarán con esa esperanza 24
frustrada también ahora, al igual que en aquel enfrenta-
miento previo. Y en cuanto a lo numeroso del contingente
enemigo, de lo que mayormente se valen para sembrar el
miedo, a eso vosotros debéis quitarle importancia. Pues toda 25
su infantería no es más que una tropa de miserables campe-
sinos, que no van a filas a otra cosa que a perforar los muros
excavando y a despojar los cadáveres y, en general, a estar
al servicio de los soldados. Es por eso por lo que no tienen 26
armas de ningún tipo con las que también pudieran inquietar
a sus adversarios, y paveses[119] es lo único que se ponen de-
lante, de un tamaño tal como para que no les acierten los
dardos enemigos. Entonces, si os mostráis valerosos en me- 27
dio de este peligro, no vais sólo a vencer a los persas en esta
ocasión, sino que incluso los estaréis castigando por su in-
sensatez, de manera que nunca más vengan con su ejército a
territorio romano.»

Tras esta arenga, al ver Belisario y Hermógenes que los 28
persas avanzaban ya contra ellos, distribuyeron rápidamente
sus tropas en el mismo tipo de formación que antes. Y los 29
bárbaros llegaron hasta las cercanías, para apostarse en línea
de cara a los romanos. Sin embargo, el mirranes no colocó a
todos los persas frente al enemigo, sino sólo a la mitad, y
dejó que los demás se quedaran detrás. Éstos reemplazarían 30
a los que estuvieran luchando y, con sus fuerzas intactas,
caerían sobre los adversarios, de tal manera que todos com-
batirían rotándose sin interrupción. Únicamente al batallón 31

---

[119] Así traducimos *thyreoús*, escudos oblongos y grandes («como una puerta», *thýra)*, al igual que los paveses germánicos.

de los llamados Inmortales[120] le ordenó que permaneciera
32 quieto hasta que le diera la señal. Él se incorporó a la formación situándose en el centro de la línea de batalla; a Pitiaxes lo puso al frente del ala derecha y a Baresmanas de la izquierda. De esta manera quedaron formados ambos ejércitos. Entonces, Faras se presentó ante Belisario y Hermó-
33 genes y les dijo: «Ningún daño de importancia me parece que les voy a hacer a los enemigos, de permanecer yo en ese lugar con los hérulos; pero, si nos escondemos en este declive de aquí y, luego, cuando los persas entren en combate, subimos a esta colina y nos lanzamos de repente por detrás sobre su retaguardia, probablemente les causaremos un estrago irreparable.» Esto fue lo que dijo y, como Belisario y los demás estuvieron de acuerdo, así lo hizo.

34 Hasta el mediodía ninguno de los dos entabló la batalla. Pero tan pronto como pasó este momento, los bárbaros emprendieron la lucha. El motivo de haber pospuesto el choque hasta esa hora del día era que los persas acostumbran a comer sólo a la caída de la tarde, mientras que los romanos lo hacen antes del mediodía, de modo que pensaron que no mostrarían tanta resistencia si los atacaban cuando aún estu-
35 vieran los romanos con el estómago vacío. Pues bien, al principio unos y otros echaron mano de los arcos y el aluvión de flechas formaba como una nube[121] que cubría de sombras una grandísima extensión. Por parte de ambos ejércitos hubo muchas bajas, pero eran mucho más numerosas las fle-
36 chas bárbaras, que volaban sin parar. Se turnaban, en efecto,

[120] Cf. n. 116.

[121] Recuérdese la famosa anécdota de Diéneces en las Termópilas: HERÓDOTO, VII 226, 1 s.

sin interrupción, manteniendo sus fuerzas intactas en el combate, y no dejaban en absoluto que los enemigos se dieran cuenta de lo que estaba ocurriendo. No obstante, ni aun así se vieron en inferioridad los romanos, porque se levantó un viento que empezó a soplar de su lado en dirección a los bárbaros, impidiendo así que sus arcos fueran lo bastante eficaces. Y cuando ya no les quedaban flechas ni a unos ni a 37
otros, echaron mano de las lanzas, con lo que la lucha vino a desarrollarse aún más de cerca. Entre los romanos, el ala izquierda era la que estaba en mayores apuros, porque los 38
cadisenos, que combatían en las filas de Pitiaxes, acudieron en masa de repente y pusieron en fuga a sus enemigos para, luego, echárseles encima con enorme ímpetu mientras huían, y matar a muchos. Al observar esto los de Sunicas y Aigán, 39
cargaron a todo correr contra ellos. Pero, primero, los trescientos hérulos de Faras se descolgaron de lo alto de la colina sobre la retaguardia enemiga y realizaron admirables hazañas luchando contra todos los demás persas, pero especialmente contra los cadisenos, quienes, al ver que los de Sunicas 40
los atacaban por el flanco, se precipitaron a huir. La derrota 41
fue aplastante, porque los romanos que estaban en aquella posición unieron sus respectivas fuerzas, y así la matanza de bárbaros resultó muy grande. Del ala derecha persa murie- 42
ron no menos de tres mil hombres en aquel choque, el resto pudo a duras penas escapar hacia la formación y salvarse. Los romanos no continuaron ya persiguiéndolos, sino que 43
ambos ejércitos se colocaron en orden de batalla, unos frente a otros. Y así era como se desarrollaban estos acontecimientos.

Pero el mirranes envió a escondidas otras muchas tropas 44
y a todos los llamados Inmortales a la sección del lado izquierdo. Y cuando Belisario y Hermógenes los vieron, ordenaron que seiscientos soldados de los de Sunicas y Aigán

se incorporaran al ángulo de la derecha, a la posición de los
que estaban con Simas y Ascán, y detrás de ellos se coloca-
45 ron muchos de los que acompañaban a Belisario. Y, así, los
persas que ocupaban el ala izquierda, bajo el mando de Ba-
resmanas, atacaron a la carrera, junto con los Inmortales, a
los romanos situados frente a ellos. Éstos no resistieron la
46 acometida y se precipitaron a huir. Entonces los romanos
apostados en el ángulo y todos los que estaban detrás de
47 ellos se lanzaron con gran ardor contra los perseguidores. Y
como arremetieron contra los bárbaros por el flanco, partie-
ron en dos su ejército y a la mayor parte de ellos vinieron a
tenerla a su derecha, mientras que a unos pocos también que
iban rezagados los dejaron a su izquierda. Entre éstos, preci-
samente, coincidió que se encontraba el portaestandarte de
48 Baresmanas, a quien asaltó Sunicas e hirió con su lanza. Y
ya los persas que encabezaban la persecución se percataron
del inminente peligro y, dando media vuelta, dejaron de per-
seguir y cargaron contra los romanos. A partir de ese mo-
mento quedaron expuestos al ataque enemigo por ambos la-
49 dos, pues los que huían, cuando comprendieron lo que había
ocurrido, volvieron también sobre sus pasos. Por su parte, el
batallón de los Inmortales y el resto de los persas, al ver su
estandarte caído y tirado por el suelo, se lanzaron junto con
Baresmanas contra los adversarios que estaban en aquel lu-
50 gar. Los romanos les hicieron frente y Sunicas, adelantán-
dose a los demás, mató a Baresmanas y lo arrojó de su ca-
ballo al suelo. A partir de ese momento se apoderó de los
bárbaros un gran pánico y ya no pensaron en luchar sino
51 que huyeron en medio de una enorme confusión. Entonces
los romanos, efectuando una especie de maniobra envol-
vente, mataron a casi cinco mil hombres. De este modo,
ambos ejércitos en su totalidad se pusieron en movimiento,
el de los persas en retirada y el de los romanos en su perse-

cución. En este combate, a todos los soldados de infantería 52
del ejército persa, tras haber arrojado sus paveses[122], los co-
gieron y los mataron sin ninguna consideración sus enemi-
gos. No obstante, la persecución que efectuaron los romanos
duró poco, pues Belisario y Hermógenes no los dejaron ale- 53
jarse demasiado, por temor a que, por alguna fatalidad[123],
los persas se volvieran y los pusieran en fuga, mientras los
romanos los perseguían a lo loco. A ellos les parecía sufi-
ciente preservar su victoria sin ningún fiasco. Y es que, des- 54
pués de mucho tiempo, en la batalla de aquel día los persas
fueron vencidos por los romanos. De esta manera se separa-
ron ambos contingentes. Los persas no estaban ya dispues- 55
tos a seguir presentándole batalla en campo abierto a los
romanos. No obstante, sí hubo por una y otra parte algunas
algaradas a uña de caballo, en las que los romanos no lleva-
ron las de perder. De modo que así les fue a los ejércitos en
Mesopotamia.

Cabades envió otro ejército a la Armenia sometida a los 15
romanos. Este ejército estaba integrado por persarmenios y
sunitas, cuyos territorios confinan con los de los alanos. Tam-
bién los acompañaban tres mil hunos, de los llamados sabi-
ros, un pueblo belicosísimo[124]. Como general había sido 2
puesto al frente de todos ellos Merméroes, un persa. Cuando
estuvieron a tres días de camino de Teodosiópolis, estable-

---

[122] Cf. n. 119. Téngase en cuenta la ignominia que entre los griegos conllevaba este acto de tirar el escudo para huir *(rhípsaspis):* cf., por ejemplo, Lisias, X 9; Platón, *Leyes* 944 b (a pesar del célebre y temprano testimonio de Arquíloco, *Fr.* 12 Adrados; y cf. Alceo, *Fr.* 49 Diehl; Anacreonte, *Fr.* 51 Diehl; Horacio, *Odas* II 7, 10).

[123] *Tinì anánkēi:* cf. *týchēi tinì,* II 17, 16; y, sobre esta última expresión, Evans, *Greek, Roman and Byz. Stud.* 12 (1971), 93 ss.

[124] Los alanos eran de origen iranio, pero estaban asentados desde el siglo i entre la laguna Meotis y el Cáucaso. Cf. alanos y sabiros en II 29, 15, y n. 242.

cieron allí su campamento y permanecieron en el territorio
3 de Persarmenia mientras preparaban la invasión. Coincidía
que era general en Armenia Doroteo, un hombre inteligente
y con experiencia en mil batallas. Sitas, por su parte, ocupa-
ba el generalato en Bizancio y estaba al frente de todas las
4 fuerzas de Armenia. Y, al saber que un ejército enemigo se
estaba reuniendo en Persarmenia, enviaron de inmediato a
dos lanceros de su guardia para que espiaran y los pusieran
al corriente de toda la potencia militar de los enemigos.
5 Ambos se introdujeron en el campamento bárbaro y, des-
6 pués de observarlo todo minuciosamente, salieron de él. Y
mientras iban de camino hacia algún lugar de por allí, topa-
ron de improviso con un grupo de hunos hostiles. De los dos
soldados, el que se llamaba Dagaris cayó prisionero y fue
atado, pero el otro consiguió huir y les dio razón de todo a
7 los generales. Éstos proveyeron de armas a la totalidad del
ejército y cargaron de súbito contra el campamento enemi-
8 go. Los bárbaros, azorados por lo imprevisto del ataque, no
pensaron ya en resistir sino que huyeron, cada cual como
pudo. Entonces los romanos mataron a muchos y, tras sa-
quear el campamento, se retiraron de inmediato.

9 No mucho después, Merméroes reunió a todo su ejército
e invadió el territorio romano. Encontró a sus enemigos cer-
ca de la ciudad de Satala y, tras asentar allí su campamento,
permaneció quieto en un lugar llamado Octava, que se ha-
10 llaba a cincuenta y seis estadios de aquella ciudad. Así pues,
Sitas se llevó a mil hombres y los ocultó detrás de una de las
muchas colinas que rodean la planicie donde se asienta la
11 ciudad de Satala. A Doroteo le ordenó que se quedara con el
resto del ejército dentro del recinto amurallado, porque pen-
saban que serían absolutamante incapaces de hacerle frente
al enemigo en la llanura, dado que los persas eran no menos
de treinta mil y ellos apenas alcanzaban la mitad de este

número. Al día siguiente los bárbaros, situándose muy cerca 12
de las murallas, se afanaban en ponerle una especie de cerco. Pero de repente, al ver que las tropas de Sitas bajaban ya del altozano para dirigirse contra ellos y como no tenían forma de calcular su número, porque era verano y estaban envueltos en una gran nube de polvo, creyeron que eran muchos más y, levantando rápidamente el cerco, se apresuraron a agruparse en un lugar reducido. Pero los romanos, 13
anticipándoseles, se dividieron en dos secciones y se echaron sobre ellos mientras estaban retirándose de las murallas. Cuando el grueso del ejército romano vio esta acción, se creció y, saliendo a todo correr del interior del recinto amurallado, marchó contra los enemigos. De este modo dejaron 14
a los persas en medio y los pusieron en fuga. Sin embargo, como los bárbaros, según se ha dicho, los aventajaban en número, todavía continuaron ofreciendo resistencia y la batalla se convirtió en un duro combate en un palmo de tierra. Avanzaban en persecución y retrocedían enseguida alterna- 15
tivamente, porque todos iban a caballo. Entonces, Florencio, un tracio que mandaba un escuadrón de caballería, lanzándose contra el centro de los enemigos, les arrebató el estandarte del general, lo dejó en el suelo lo más caído que pudo y se dispuso a retornar a sus filas. Y aunque lo alcanzaron y 16
cayó allí mismo hecho pedazos, él se convirtió en el máximo artífice de la victoria romana. Y es que, cuando los bárbaros no vieron ya su estandarte, presos de una enorme confusión y del pánico se retiraron y, metiéndose en su campamento, permanecieron allí quietos, después de haber perdido a muchos hombres en la batalla. Al día siguiente re- 17
gresaron todos a su patria sin que nadie fuera tras ellos, puesto que al ejército romano les parecía algo grande y muy memorable el que una multitud tan inmensa de bárbaros hubiera sufrido, y en su propio territorio, aquellas derrotas que

poco más arriba he relatado, y que, tras haber invadido territorio enemigo, hubiera tenido que retirarse sin haber conseguido nada y vencida de esta manera por un ejército más pequeño.

18 En aquel tiempo también ocuparon los romanos algunas plazas persas en Persarmenia: la fortaleza de Bolo y la denominada Farangio, de donde los persas extraían el oro para
19 entregárselo al rey. Coincidía también que poco antes habían sometido al pueblo de los tzanos, que desde antiguo estaban asentados en territorio romano como nación independiente. El modo como ocurrió se contará a partir de este mismo momento.

20 Cuando uno se dirige desde las regiones de Armenia hacia Persarmenia, el Tauro queda a la derecha y se extiende hasta Iberia y los pueblos que allí viven, según he referido poco más arriba[125], mientras que a la izquierda hay un camino que sigue avanzando cuesta abajo hasta muy lejos y sobre él se descuelgan unas montañas muy escarpadas, cu-
21 biertas de nubes y nieves eternas, de donde nace el río Fasis para correr hacia la tierra de Cólquide. Ahí, desde un principio, sin estar sometidos a nadie habitaban unos bárbaros, el pueblo de los tzanos, llamados sanos en tiempos pasados. Practicaban el pillaje entre los romanos de las cercanías, con un régimen de vida extraordinariamente penoso, y se mantenían siempre de lo que robaban, pues su tierra no producía
22 nada bueno para comer. Por esta razón, todos los años les mandaba el emperador romano determinada cantidad de oro, bajo condición de que no saquearan sus territorios de aque-
23 lla zona. Ellos habían jurado respetarlo con sus juramentos tradicionales, pero, sin tomar en consideración lo que jura-

[125] Cf. I 10, 1 s.

ron, desde hacía muchísimo tiempo[126] no paraban de caer de
improviso y cometer sus crímenes no sólo sobre los armenios sino también sobre los romanos que ocupaban las regiones contiguas hasta el mar. Después de haber efectuado
breves incursiones, regresaban de inmediato a su patria. Y 24
siempre que por azar topaban con un ejército romano, eran
derrotados en la batalla, pero no había manera de capturarlos debido a la solidez de sus fortificaciones. Pues bien, antes de esta guerra Sitas los había vencido en una batalla y
con muchos agasajos de palabra y obra, consiguió ganárselos
los completamente. En efecto, mudaron su régimen de vida 25
por otro más civilizado, se alistaron en el ejército romano y
desde entonces hasta hoy salen con el resto de las tropas
romanas contra los enemigos. Cambiaron sus creencias por
otras más piadosas y todos ellos se han convertido al cristianismo. De modo que en lo concerniente a los tzanos fue
así poco más o menos como ocurrió.

Cuando se traspasan las fronteras de este pueblo, hay un 26
desfiladero profundo y muy escarpado, que se extiende hasta
las montañas del Cáucaso. Allí hay lugares populosos y crecen bastante bien la vid y otros frutos. Hasta una distancia, 27
más o menos, de tres días de camino este desfiladero pertenece y paga tributo a los romanos, pero a partir de ese punto
lo abarcan las fronteras de Persarmenia. Y allí está la mina
de oro que, con permiso de Cabades, administraba un lugareño de nombre Simeón. El tal Simeón, cuando vio a las dos 28
naciones en guerra y ambas en plenitud de fuerzas, decidió
privar a Cabades del ingreso de aquellas riquezas. Y por esa 29
razón se ofreció a sí mismo y cedió Farangio a los romanos,
pero con la pretensión de no entregarles el oro de la mina ni a
unos ni a otros. Los romanos, en efecto, no reclamaban na- 30

[126] *Ek toû epì pleîston:* cf. TUCÍDIDES, I 2, 5 (cf. n. 146).

da, pensando que ya les bastaba con que sus enemigos hubieran perdido los tributos de aquella zona, y los persas, contra la voluntad de los romanos, eran incapaces de forzar a los que allí habitaban porque tenían en su contra la aspereza del terreno.

31 Por aquel mismo tiempo Narsés y Aracio, los que habían trabado combate contra Belisario y Sitas en Persarmenia al principo de esta guerra, como antes he expuesto[127], se pasaron junto con su madre como desertores a las filas romanas y los recibió el intendente del emperador, Narsés (porque daba la casualidad de que éste también era persarmenio de nacimiento) y los obsequió con una gran cantidad
32 de dinero. Cuando lo supo Isaac, el más joven de los hermanos, entró en conversaciones en secreto con los romanos y les entregó la fortaleza de Bolo, que está muy próxima a
33 las lindes de Teodosiópolis. En efecto, les mandó a unos soldados que se ocultaran por allí cerca y les franqueó la entrada por la noche en la fortaleza, abriéndoles a escondidas uno de los postigos. Y de este modo también él se marchó a Bizancio.

16 Así se desarrollaron los acontecimientos para los romanos. Pero los persas, aunque habían sido derrotados por Belisario en la batalla de Daras, ni aun así decidieron retirarse de allí, hasta que Rufino, tras presentarse ante Cabades, le dijo lo siguiente: «Majestad, me ha enviado su hermano[128] para hacerle un justo reproche: que los persas sin ningún
2 motivo han venido en armas contra su tierra. Sea como sea, a un rey grande[129] y tan sabio más le convendría gestionar una salida pacífica de la guerra que, cuando ya las cosas

[127] Cf. I 12, 21 s. Para el otro Narsés que aparece más abajo, cf. n. 99.

[128] *Adelphós* se emplea como tratamiento de cortesía entre monarcas.

[129] *Basileî megálōi te...:* recuérdese de nuevo el título de «Gran Rey», por antonomasia, para el rey de Persia (cf. n. 41).

están arregladas, afligirse a sí mismo y a su gente con tras-
tornos innecesarios. Y por eso yo en persona he llegado 3
aquí lleno de esperanza, para que en adelante ambos pue-
blos disfruten de los beneficios de la paz.» Así habló Rufi- 4
no, y Cabades le respondió de esta manera: «Hijo de Silva-
no, no intentes tergiversar las razones, sabiendo como sabes
mejor que nadie que habéis sido vosotros, los romanos, los
máximos causantes de todos estos trastornos. Pues nosotros
nos apoderamos de las Puertas Caspias[130] para provecho de
persas y de romanos, quitándoselas por la fuerza a los bár-
baros de aquella zona, después de que el emperador Anasta-
sio, como tú no ignoras, aunque estuvo en su mano com-
prarlas por una cantidad de dinero, no quiso hacerlo, para no
verse obligado, por tener allí un ejército estable, a desem-
bolsar grandes sumas de dinero en interés de ambos pue-
blos. Y desde entonces nosotros hemos asentado allí ese 5
ejército tan numeroso y lo hemos mantenido hasta el pre-
sente, y a vosotros os hemos permitido habitar la región li-
bre de devastaciones en lo que toca a los bárbaros de aque-
lla zona, y conservar vuestras posesiones sin ninguna
inquietud. Pero, como si esto no fuera suficiente para voso-
tros, habéis construido una gran ciudad, Daras, una fortaleza 6
levantada contra los persas, aunque era algo expresamente
prohibido en los acuerdos que Anatolio firmó con los per-
sas[131]. Y a raíz de ello es inevitable que el estado persa se
vea perjudicado por los problemas y el gasto que conllevan
dos ejércitos, uno para que los maságetas no puedan asolar
sin ningún temor esta tierra que nos pertenece a ambos, y el
otro para que podamos rechazar vuestras incursiones. Y 7
cuando hace poco nos quejábamos de esta situación y re-

[130] Cf. I 10, 1 ss.

[131] Cf. I 2, 15.

clamábamos que vosotros asumierais una de estas dos cosas, o que el ejército que se enviara a las Puertas Caspias lo movilizáramos entre ambos, o que desmantelarais la ciudad de Daras, no os resignasteis a comprender lo que se decía, sino que decidisteis reforzar vuestras maquinaciones contra los persas con un abuso todavía mayor, con sólo que traigamos a la memoria la edificación de la plaza de Minduos[132]. Pero incluso ahora pueden los romanos elegir la paz o coger las
8 armas, haciéndonos justicia o procediendo a la inversa. Pues los persas nunca depondrán sus armas antes de que los romanos colaboren con ellos en la vigilancia de las Puertas, como es lo justo y correcto, o desmantelen la ciudad de Da-
9 ras.» Tras pronunciar estas palabras, Cabades despidió al embajador dándole a entender que él quería recibir dinero
10 de los romanos y poner fin a las causas de guerra. Rufino, al llegar a Bizancio, se lo comunicó todo al emperador. No mucho después se presentó también allí Hermógenes. Acabó el invierno y así concluyó el cuarto año del reinado de Justiniano[133], que ocupaba el trono imperial.

17 Al comienzo de la primavera siguiente, un ejército persa bajo el mando de Azaretes invadió el territorio romano. Eran quince mil hombres, todos de caballería, y con ellos iba Alamundaro, el hijo de Sacica[134], con una numerosísima
2 tropa de sarracenos[135]. Esta invasión no la hicieron los per-

[132] Cf. I 13, 2 ss.

[133] El año 531. El hecho de que para el historiador el año termine al final del invierno podría deberse a influencia del propio Tucídides: cf., por ejemplo, Tucídides, II 103, 2 (y V 20, 1 ss.). Desde las reformas del calendario efectuadas por César, el año comenzaba al principio del invierno.

[134] No es usual que, como aquí ocurre, se indique el nombre de la madre.

[135] Persas «mezclados con sarracenos» los vemos por ejemplo en Zósimo, *Nueva Historia* III 27, 1. El nombre (que significa «oriental» y apa-

sas de la forma acostumbrada, pues no fueron invadiendo
Mesopotamia, como anteriormente, sino la llamada en la
antigüedad Comagena[136], hoy Eufratesia, desde donde, que
nosotros sepamos, nunca antes los persas condujeron sus
ejércitos contra los romanos. Pero por qué a esta región se la 3
llamó Mesopotamia y por qué los persas se abstuvieron de
efectuar su incursión contra ella, esto es lo que voy a referir.

Hay en Armenia una montaña no demasiado abrupta, a 4
una distancia de cuarenta y dos estadios al norte de Teodo-
siópolis, y de allí nacen dos manantiales que de inmediato
forman dos ríos: el Eufrates, el de la derecha, y el otro el
denominado Tigris. Uno de estos dos, el Tigris, sin dar nin- 5
gún rodeo y sin ningún afluente que desemboque en él, sal-
vo algunos pequeños, desciende derecho hasta la ciudad de
Amida y desde allí, avanzando hacia el norte, corre hacia 6
Asiria. Por su parte, el Eufrates al principio fluye a lo largo
de un pequeño trecho y, a medida que avanza, va desapare-
ciendo, pero sin hacerse subterráneo, sino que ocurre algo
de lo más asombroso. Y es que sobre el agua hay una capa de 7
lodo muy profunda, de unos cincuenta estadios de longitud
y veinte de anchura, y en este fango crece una gran cantidad
de cañas. Pero es tan dura esta especie de terreno de allí que 8
a los que con él tropiezan no les parece otra cosa que suelo
firme y lo que en efecto sucede es que tanto los que van a
pie como a caballo atraviesan por encima sin ningún temor.
Es más, por allí transitan muchos carros cada día, pero no 9
pueden moverlo ni lo más mínimo, ni encuentran ningún
punto débil en la capa de lodo. Las gentes del lugar queman 10

---

rece por primera vez en la literatura en Eusebio, *Historia de la Iglesia* VI 42, 4) era propiamente el de una tribu árabe, luego se aplicó a los árabes en general y, posteriormente, a todos los musulmanes.

[136] Cuya capital era Samósata (patria de Luciano), situada junto al Eufrates (cf. I 17, 22).

los cañaverales todos los años, para que no les impidan el paso y, a veces, cuando el viento se abate con violencia sobre aquel sitio, se ha dado el caso de que el fuego ha llegado hasta el mismo extremo de las raíces y entonces se deja ver
11 el agua en un pequeño hueco, pero al poco tiempo el terreno se aglomera de nuevo y le devuelve al lugar el aspecto que antes tenía. Desde allí el río avanza hacia la tierra llamada Celesena, donde estaba el santuario de Ártemis de los Tauros y desde donde dicen que Ifigenia, la hija de Agamenón, huyó con Orestes y Pílades llevándose la estatua de Árte-
12 mis[137]. Pues el otro templo, que ha existido en la ciudad de Comana hasta mis días, no es «el de los tauros». Pero explicaré cómo fue esto.

13 Cuando Orestes se marchó de la región de los tauros con su hermana, vino a caer enfermo. Y al informarse sobre su enfermedad, aseguran que el oráculo le vaticinó que el mal no remitiría hasta que construyera un templo en honor de Ártemis en un emplazamiento semejante al que coincide que tiene entre los tauros, y allí se cortara el pelo y por esto
14 mismo le diera a la ciudad el nombre de Comana[138]. Por tanto, Orestes recorrió aquellos lugares y, al llegar al Ponto, vio una montaña escarpada que allí se descolgaba y que aba-
15 jo, por la falda de la montaña, fluía un río, el Iris. Así pues, Orestes supuso entonces que aquél era el lugar indicado por el oráculo y construyó el templo de Ártemis, se peló[139] y a

---

[137] Cf., en general, Eurípides, *Ifigenia entre los Tauros* y, más abajo, la n. 140.

[138] De *kómē*, «cabello, pelo».

[139] La forma *apothrixámenon* aquí empleada (que también utiliza Procopio para referirse a la tonsura monacal, por ejemplo en II 30, 54; e *Historia Secreta* 1) pertenece al verbo *apotherízō* (de *therízō*, «realizar el trabajo propio del verano, segar, cortar») pero con una síncopa que puede deberse a una falsa etimología que lo relaciona con *thrix, trichós*, «pelo, cabello».

raíz de esta acción llamó a la ciudad Comana, nombre que ha recibido hasta mis días. A pesar de que Orestes había lle- 16
vado todo eso a cabo, la enfermedad continuaba manifestándose con tanta intensidad como antes, si no más. Y como el hombre se dio cuenta de que con eso no satisfacía al oráculo, de nuevo se puso a recorrer y observar todos aquellos parajes y encontró un sitio en Capadocia que era parecidísimo, a más no poder, al de los tauros. Yo lo he visto mu- 17
chas veces y mi asombro ha sido enorme, porque me parecía que estaba en la misma tierra de los tauros. Y es que esa montaña es fiel imagen de aquella otra, porque también allí llega el Tauro y el río Saro es comparable al Eufrates del otro lugar. De modo que Orestes edificó allí una ciudad dig- 18
na de contemplarse y dos templos, uno a Ártemis y el otro a su hermana Ifigenia, que los cristianos han convertido en santuarios suyos sin transformar ni una pizca la estructura. Todavía hoy se llama Comana Áurea, por tomar su nombre 19
del cabello de Orestes que allí aseguran que se cortó para librarse definitivamente de su dolencia. Dicen algunos que la 20
enfermedad de la que se recobró no fue otra que el acceso de locura que le asaltó cuando mató a su madre[140]. Pero voy a volver ya a mi anterior relato.

En efecto, desde la Armenia de los tauros y Celesena el 21
río Eufrates fluye por la derecha y abraza una gran región, uniéndosele, entre otros muchos ríos, el propio Arsino, que baja caudaloso desde la llamada Persarmenia y ya crecido, como es natural, penetra en el territorio de los antiguamente

[140] Cf. ESQUILO, *Coéforas;* EURÍPIDES, *Ifigenia entre los Tauros;* APOLODORO, *Epítome* VI 25 ss.; HIGINO, *Fábulas* 120; PAUSANIAS VIII 34, 1 ss.; etcétera.

llamados sirios blancos[141], hoy armenios menores, cuya ca-
22 pital es Melitene, una ciudad muy importante. Desde allí viene a bañar Samósata, Hierápolis y todos los lugares de por allí hasta Asiria, donde ambos ríos mezclan sus aguas en un tramo que se distingue por llevar el mismo nombre del
23 Tigris[142]. Esa región, pues, que desde Samósata queda en el exterior del curso del río Eufrates fue llamada en la antigüedad Comagena, pero hoy día toma su nombre del propio río[143]. Pero la zona del interior, que se encuentra en medio entre aquél y el Tigris, recibe lógicamente la denominación de Mesopotamia[144]. No obstante, a una parte de ella no sólo
24 se la conoce por este nombre sino también por otros. En efecto, la región hasta la ciudad de Amida la llaman algunos Armenia, mientras que Edesa y sus alrededores reciben el nombre de Osroena a partir de Osroes, un hombre que ocupó allí el trono en tiempos pasados, cuando las gentes de ese
25 lugar eran aliadas de los persas. Pues bien, después de haberse apoderado los persas de la ciudad romana de Nísibis[145] y de algunas otras plazas de Mesopotamia, cada vez que tenían intención de hacerle la guerra a los romanos prescindían de la zona que abarca el exterior del curso del río Eufrates, porque desde muy antiguo[146] carecía de agua y estaba despoblada, y sus fuerzas las reunían en aquel otro

---

[141] Los «leucosirios», habitantes de la Armenia Menor (*Armenía hē mikrá*): cf. Estrabón, XI 12, 3 ss.; Apiano, *Prólogo* 2 y *Sobre Mitrídates* 69 y 90, etc.

[142] *Es ónoma... apokékrintai:* para esta expresión, cf. Tucídides, I 3, 3.

[143] Eufratesia: cf. I 17, 2.

[144] *Mesopotamía (chṓra)*, «la tierra en medio (*mésē*) de los ríos (*potamoí*)».

[145] Cf. n. 80.

[146] *Ek toû epì pleîston... oûsan:* compárese esta construcción con Tucídides, I 2, 5 (cf. n. 126).

punto[147] sin ningún problema, al tratarse de una tierra que
era suya y que estaba muy cerca de la región habitada por
sus enemigos, y desde allí realizaban siempre sus incur-
siones.

Una vez que el mirranes, tras ser derrotado en la bata- 26
lla[148] y perder a la mayoría de sus hombres, volvió con el
resto del ejército a los dominios persas, recibió de Cabades
un duro castigo. En efecto, el rey le quitó la alhaja con la 27
que acostumbraba a ceñirse el cabello y que estaba hecha de
oro y perlas. Es ésta una gran dignidad entre los persas, in-
ferior sólo a los honores regios. Y es que allí no le está per- 28
mitido llevar anillo de oro ni cinturón ni broche ni nada se-
mejante a nadie que no sea investido por el rey.

Y desde aquel momento Cabades se puso a considerar 29
de qué manera conduciría su ejército contra los romanos.
Pues, tras haber fracasado el mirranes tal como ya relaté, el
monarca no ponía su confianza en ningún otro. Y estando 30
él absolutamente indeciso, Alamundaro, el rey de los sarra-
cenos, se acercó y le dijo: «Señor, no todo se le debe confiar
a la suerte, ni hay que pensar que todas las guerras necesa-
riamente han de tener éxito, porque ni eso es factible ni,
además, es propio de la condición humana; y, por otro lado,
esa idea les perjudica, más que a nadie, a los que la sostie-
nen. Pues a los que esperan que todo les va a salir bien, si se 31
da el caso de que alguna vez fracasan, aquella misma espe-
ranza que los traía descaminados los lleva también a ator-
mentarse más de lo que conviene. Por eso, los hombres que 32
no siempre confían en la suerte no se meten tampoco por
derecho en los peligros de la guerra, aunque presuman de
superar en todo a los enemigos, sino que con engaños y es-

[147] En Nísibis y sus alrededores.
[148] Cf. I 14, 28 ss.

tratagemas procuran buscarle las vueltas a sus adversarios:
33 que a quienes se arriesgan a luchar en igualdad de fuerzas, la victoria no les viene con paso seguro. Así pues, Rey de Reyes, ni te hundas en el dolor por el infortunio del mirra-
34 nes, ni quieras tentar de nuevo la suerte. Y es que en Mesopotamia y en la región llamada Osroena, por estar tan cerca de tus fronteras, las ciudades están más fortificadas que ninguna otra y cuentan ahora con un número de soldados como nunca antes tuvieron, de modo que, si vamos allí, la victoria en la batalla no estará garantizada; sin embargo, en el territorio que coincide que abarca el exterior del curso del río Eufrates, y en Siria, que limita con él, no hay ciudades con
35 fortificaciones ni ejércitos dignos de tenerse en cuenta: esto es lo que les he oído muchas veces a los sarracenos envia-
36 dos a aquel lugar para reconocerlo. Allí también se encuentra la ciudad de Antioquía, que aseguran que es la primera, en riqueza, superficie y población, de todas las ciudades del Imperio Romano de Oriente; y, por cierto, está sin vigilan-
37 cia y desguarnecida, pues sus gentes no se preocupan de otra cosa que no sean fiestas, molicie[149] y la mutua y cons-
38 tante rivalidad en los espectáculos[150]. De manera que, si caemos de improviso sobre ellos, es de esperar que conquistemos la ciudad con un ataque repentino y que luego regresemos a tierra persa sin topar con ningún ejército hostil, cuando ni siquiera se hayan enterado aún de lo ocurrido las

[149] Una acusación semejante sobre las costumbres de esta ciudad la hace Juan Crisóstomo en la primera parte *(Sobre la vanagloria)* de su tratado *Acerca de la educación de los hijos.*

[150] *En theátrois* en el original, pero por la mención de la «rivalidad» o «competencia» *(tês... philoneikías)* podemos deducir que Procopio se está refiriendo a las facciones de las carreras de carros: cf. I 24, 6.

tropas de Mesopotamia. Y por la escasez de agua o de cual- 39
quier otra cosa necesaria no te asalten dudas, que yo guiaré
al ejército por donde me parezca mejor.»

Al oír estas palabras Cabades no pudo ni oponerse ni 40
mostrar desconfianza, pues Alamundaro era un hombre muy
sensato y bien provisto de experiencia en materia de guerra,
leal a los persas más que nadie y particularmente enérgico,
alguien que durante cincuenta años había hecho que el Im-
perio Romano se hincara de rodillas ante él. Pues, comen- 41
zando desde las fronteras de Egipto hasta Mesopotamia, ha-
bía devastado todo aquel territorio, arramblando con una
cosa tras otra, incendiando los edificios a su paso y tomando
cada vez miles de cautivos, a la mayoría de los cuales mata-
ba sin ninguna consideración, y a los demás los vendía por
grandes sumas de dinero. Nadie le salía al encuentro. Y es 42
que nunca efectuaba sus ataques a lo loco, sino de una for-
ma tan repentina y tan ventajosa para él que, de ordinario,
ya se había marchado con todo el botín cuando los generales
y las tropas se estaban aún informando de lo ocurrido y em-
pezaban a juntarse para ir en su busca. E incluso si se daba 43
el caso improbable de que pudieran alcanzarlo, este bárbaro
caía sobre sus perseguidores mientras aún estaban despre-
venidos y desorganizados, los ponía en fuga y los destroza-
ba. Y una vez llegó a capturar a todos los soldados que le
perseguían junto con sus oficiales, que eran Timóstrato, her- 44
mano de Rufino, y Juan, hijo de Lucas, a los que vendió
más tarde para ganar unas riquezas que no fueron cualquier
cosa. En fin que, resumiendo, este hombre se convirtió en el 45
enemigo más peligroso y temible para los romanos. Y la ra-
zón era que Alamundaro, con el título de rey, gobernaba él
solo sobre todos los sarracenos de Persia y con la totalidad
de su ejército era capaz de efectuar incursiones, a su volun-
tad, contra los dominios romanos. Y ni ninguno de los ofi- 46

ciales de las tropas romanas, a los que llaman «duques»[151], ni ninguno de los jefes de los sarracenos aliados de Roma, que reciben el nombre de «filarcos»[152], tenían con las unidades a su mando poder suficiente para enfrentarse a Alamundaro. Y es que las fuerzas destacadas en cada comarca no
47 eran rivales dignos del enemigo. Por eso, el emperador Justiniano puso al frente de la mayoría de las tribus al hijo de Gabalas, Aretas[153], que gobernaba sobre los sarracenos de Arabia, y lo invistió con el título de rey, cosa que nunca
48 antes había sucedido entre los romanos. No obstante, Alamundaro continuó siendo el azote de los romanos, lo mismo que hasta entonces, si no más, porque Aretas o tuvo muy mala suerte en todas sus incursiones y combates o cometió traición tan pronto como pudo, pues el hecho es que aún no sabemos nada cierto sobre él. De este modo resultó que Alamundaro, sin que nadie se le opusiera, estuvo devastando todo el oriente durante muchísimo tiempo, porque además su vida fue muy larga.

18 Pues bien, Cabades, tras aceptar gustoso el consejo de este hombre, escogió a quince mil soldados, los puso bajo el mando del persa Azaretes, un guerrero particularmente dies-
2 tro, y le ordenó a Alamundaro guiar la expedición. Cruzaron el río Eufrates en Asiria y, después de pasar por una zona despoblada, se lanzaron de forma repentina e imprevista con-
3 tra la región llamada Comagena. Fue ésta la primera vez que los persas invadieron desde ese punto el territorio roma-

[151] Lat. *duces (doûkas* en el original griego), plural de *dux* («generales»).

[152] «Jeques» (cf. Estrabón, XVI 1, 28), etimológicamente «jefes de tribus». En otros contextos, el término militar griego *phýlarchos* traduce al latino *tribunus militum*.

[153] En el año 531.

no[154], al menos que nosotros sepamos de oídas o por cual-
quier otro medio, y por lo inesperado del ataque el golpe fue
enorme para todos los romanos. Cuando se enteró Belisario, 4
al principio estuvo indeciso, pero luego se resolvió a acudir
rápidamente en su ayuda. Dejó en cada ciudad una guarni-
ción suficiente para que, si llegaba Cabades con el resto del
ejército enemigo, no fuera a encontrar totalmente indefensas
las plazas de Mesopotamia, y él en persona con el resto del
ejército fue a salirles al paso, de modo que cruzó el río Eu-
frates y avanzó a marchas forzadas. Pues bien, el ejército 5
romano constaba en conjunto de unos veinte mil hombres
entre infantería y caballería, de los que no menos de dos mil
eran isáuricos[155]. Los que mandaban las tropas de caballería 6
eran todos los que habían participado antes en la batalla de
Daras contra los persas y el mirranes, mientras el general
de la infantería era uno de los lanceros de la guardia del em-
perador Justiniano, de nombre Pedro. Sin embargo, al frente 7
de los isáuricos iban Longino y Estefanacio. También se
presentó allí para sumarse a ellos Aretas con su ejército de
sarracenos. Cuando llegaron a la ciudad de Calcis[156], se 8
quedaron allí acampados después de informarse de que los
enemigos estaban en un lugar llamado Gabulón, a ciento
diez estadios de distancia de Calcis. Al saberlo, Alamundaro 9
y Azaretes sintieron miedo del peligro que aquello suponía
y no continuaron avanzando, sino que decidieron replegarse
de inmediato hacia su patria. Y así, con el río Eufrates a la
izquierda, fueron retrocediendo, mientras el ejército romano
iba pisándoles los talones. Y siempre, en el lugar donde los 10
bárbaros asentaban el campo cada noche, allí vivaqueaban

---

[154] Cf. I 17, 2.

[155] Isauria era una región montañosa del Tauro (entre Cilicia y Pisidia), cuya ciudad principal era Seleucia.

[156] Ciudad de Siria.

11 los romanos a la noche siguiente. Y es que Belisario, adrede, no le permitía al ejército hacer jornadas más largas, porque no quería trabar combate con el enemigo, sino que consideraba que ya era bastante que los persas y Alamundaro, tras haber invadido el territorio romano, se hubieran retirado luego de allí de esta manera, marchándose a su patria sin
12 haber conseguido nada. Por este motivo, todos, oficiales y tropa, censuraban a escondidas su proceder, pero nadie se lo afeaba en su cara.

13 Finalmente los persas asentaron el campo en la ribera del Eufrates, justo enfrente de la ciudad de Calinico, pues desde allí tenían intención de atravesar una región absolu-
14 tamente despoblada y, así, alejarse del territorio romano. Y es que el plan que tenían ya no era ir, como antes, pegados a la orilla del río. Los romanos, después de pernoctar en la ciudad de Sura, salieron de allí y sorprendieron a los enemi-
15 gos cuando ya se disponían a partir. Pero la fiesta de la Pascua estaba próxima: caía al día siguiente[157]. Dicha fiesta la celebran con devoción los cristianos más que ninguna otra y, en la víspera, no sólo tienen costumbre de abstenerse de comer y beber durante todo el día, sino incluso de prolongar
16 su ayuno hasta muy avanzada la noche. Pues bien, al ver Belisario entonces que todos sus soldados estaban locos por atacar al enemigo y como pretendía quitarles esta idea de la cabeza (cosa a la que estaba también resuelto Hermógenes, que acababa de llegar en una embajada del emperador), convocó a todos los que allí se encontraban y les dijo lo si-
17 guiente: «¿Adónde os precipitáis, romanos? ¿Qué os ha pasado para que por propia voluntad escojáis correr un peligro innecesario? Sólo existe una victoria que los hombres consideran indiscutible, la de no sufrir ningún mal a manos del

[157] El 19 de abril del 531.

enemigo, y esto precisamente es lo que, al menos en este
momento, nos ha deparado la fortuna y también el miedo
que el adversario nos tiene. Sin duda, es mejor disfrutar de 18
los bienes que en el presente están a nuestro alcance que
buscarlos una vez que se hayan ido. Y es que los persas, lle-
vados de sus grandes esperanzas, se movilizaron contra los
romanos y ahora, con todo perdido, han emprendido la hui-
da. De manera que, si los obligamos contra su voluntad a 19
mudar su propósito de retirarse y trabar combate contra nos-
otros, en caso de que venzamos no habremos conseguido
más de lo que teníamos —pues, ¿de qué sirve poner en fuga 20
a quien ya está huyendo?—, y si, por el contrario, nos de-
rrotan, lo que está dentro de lo posible, nos veremos priva-
dos de una victoria que ahora es nuestra, y no por habérnos-
la arrebatado el enemigo, sino por haberla dejado escapar
nosotros mismos, y así permitiremos que las tierras del em-
perador queden en adelante expuestas al ataque de los ene-
migos sin nadie que las defienda. Además, vale la pena que 21
recapacitéis sobre esto: Dios se complace siempre en soco-
rrer a los hombres en los peligros que para ellos son inevita-
bles, no en los que voluntariamente se buscan. Y, aparte de 22
todo esto, resultará que quienes no tienen adónde huir se
van a ver forzados, sin querer, a comportarse como hombres
valerosos; a nosotros, en cambio, lo que nos ha ocurrido es
que son muchos los obstáculos para entrar en combate. Mu- 23
chos, en efecto, son los que han llegado a pie, y además
coincide que todos estamos en ayunas. Y omito decir que
algunos aún no están aquí presentes.» Así habló Belisario.

Pero las tropas empezaron a insultarlo ya no en silencio 24
ni en secreto, sino que en su propia cara y a gritos venían a
llamarlo cobarde y derrotista; e incluso algunos oficiales se
unían a la soldadesca en esta falta de respeto, demostrando
así su arrojo. Atónito por la desvergüenza de éstos, Belisario 25

le dio un giro total a sus consejos y parecía ya que los ani-
maba a lanzarse sobre el enemigo y que los disponía en or-
den de batalla, insistiendo en que él no se había percatado
antes de esas ganas de luchar que tenían y que ahora estaba
envalentonado y marchaba con más esperanzas contra el ene-
26 migo. Formó entonces sus tropas en una sola línea y las dis-
puso de la siguiente manera. En el ala izquierda, junto al río,
colocó toda la infantería, y en la derecha, donde el terreno
hacía cuesta arriba, a Aretas y a todos sus sarracenos; en
medio se había apostado él con la caballería. Así formaron
27 los romanos. Azaretes, cuando observó que los enemigos se
cerraban en formación, pronunció esta arenga: «Persas co-
mo sois, nadie diría que no escogeríais el valor a cambio de
28 la vida, si se os diera a elegir entre ambos. Pero os aseguro
que, aunque queráis, no depende de vosotros el hacer esa
elección. Porque quienes tienen la posibilidad de escapar del
peligro y vivir en la deshonra, no es extraño que, si quieren,
elijan lo más grato en vez de lo mejor; pero los que están
destinados a morir, ya sea gloriosamente a manos de los
enemigos o castigados por su soberano de manera infame,
gran necedad será que no elijan lo mejor antes que lo más
29 vergonzoso. Por tanto, como están así las cosas, creo que a
todos vosotros os conviene pensar no sólo en el enemigo,
sino también en vuestro señor, y que de este modo entréis
en combate.»

30 Tras esta arenga, Azaretes formó su línea de batalla frente
a los enemigos, con los persas a su derecha y los sarracenos a
la izquierda. Y, al momento, ambos ejércitos comenzaron la
31 lucha. El combate era de lo más duro. Y es que el aluvión
de flechas, disparadas sin cesar desde uno y otro lado, cau-
saba gran matanza en ambas filas, y algunos, situados en la
franja entre las dos formaciones, daban muestras de su valor
en hazañas de mérito; pero, más que los otros, eran los per-

sas quienes en gran número morían abatidos por las flechas. Pues, aunque sus disparos eran más continuos, sin compara- 32 ción —porque casi todos los persas manejan el arco y aprenden a disparar mucho más rápido que cualquier otro—, sus arcos eran endebles y no estaban lo bastante tensados, 33 con lo que las flechas al chocar acaso contra la coraza, el casco o el escudo de un romano, se partían[158] sin causarle ningún daño a aquél sobre el que caían. Por el contrario, los 34 arqueros romanos siempre son más lentos, pero sus flechas, al ser los arcos duros a más no poder y estar extraordinariamente tensados —y se podría añadir incluso que al ser disparadas por hombres más fuertes— fácilmente hieren, mucho más aún que las persas, a los que encuentren a su paso, porque no hay armadura capaz de frenar su impulso. Pues 35 bien, habían transcurrido ya dos terceras partes del día y la lucha aún estaba casi igualada. Entonces, las tropas más selectas del ejército persa se combinaron para arremeter contra el ala derecha enemiga, donde estaban apostados Aretas y los sarracenos. Éstos rompieron sus filas a la desbandada, de 36 tal modo que cargaron con el baldón de haber desertado de los romanos para unirse a los persas, pues no afrontaron el ataque, sino que emprendieron todos de inmediato la huida. Fue así como los persas desbarataron la formación de 37 sus adversarios y en un momento se presentaron por la espalda de la caballería romana. Los romanos, exhaustos como ya estaban por la marcha y por la fatiga del combate y, además, todos en ayunas hasta esa hora del día, al verse hostigados por los enemigos desde una y otra parte, no siguieron resistiendo, sino que la mayoría de ellos huyó para

---

[158] El verbo *apokaulízō* lo emplea Tucídides, en II 76, 4, en un pasaje que Procopio, como vimos, ha tenido presente en otros lugares de su obra (cf. I 7, 12 y I 7, 20). Cf. Heródoto, I 136, 2.

retirarse a escape hacia las islas del río, que estaban muy
cerca, mientras algunos otros permanecieron en sus puestos
y realizaron hazañas asombrosas y muy memorables contra
38 el enemigo. Entre éstos precisamente estaba Ascán, quien,
después de haber matado a muchos persas de renombre, fue
descuartizado poco a poco hasta llegar a caer finalmente
muerto, dejando detras de sí muchos motivos para que los
enemigos lo recordaran. Y con él murieron otros ochocien-
tos hombres que habían demostrado su valor en aquel com-
bate; y, además, casi todos los isáuricos, junto con sus jefes,
39 sin haberse atrevido siquiera a alzar sus armas contra el ene-
migo. Y es que se hallaban en una total ignorancia al res-
pecto, porque acababan de abandonar el cultivo de la tierra
para meterse en los peligros de la guerra, que antes les eran
40 desconocidos. Y precisamente eran éstos, más que nadie,
quienes hacía poco rabiaban por pelear, debido a su propia
ignorancia en materia de guerra, y le reprochaban entonces
a Belisario su cobardía. Pero la verdad es que no todos eran
isáuricos, sino que en su mayoría eran licaones[159].

41 Belisario con unos pocos había permanecido allí y, mien-
tras vio resistir a los de Ascán, también él con los suyos
42 siguió rechazando a los enemigos. Pero cuando cayeron
muertos los unos y los otros emprendieron la huida a donde
pudieron, entonces también él huyó con las tropas a su
mando y se retiró a las filas de la infantería, que aún estaba
luchando a las órdenes de Pedro; pero ya no había muchos
con él, porque se daba el caso de que la mayoría había hui-
43 do también. Allí bajó Belisario del caballo y ordenó a todos
los suyos hacer lo mismo para, con el resto de la infantería,
44 rechazar a pie a los atacantes. Y, en ese momento, los persas

[159] La Licaonia era una región de Asia Menor entre Frigia, Pisidia, Cilicia y Capadocia.

que iban dándole caza a los fugitivos, tras una corta perse-
cución, se volvieron de repente y se lanzaron contra la in-
fantería y contra Belisario y todos los demás. Volvieron ellos
las espaldas para dirigirse hacia el río, con objeto de que los
enemigos no pudieran rodearlos, y en la medida de sus po-
sibilidades fueron defendiéndose de sus atacantes. De nuevo 45
la batalla se hizo muy dura, aunque no estaban en igualdad
de fuerzas. Pues eran sólo la infantería y muy pocos más los
que luchaban contra toda la caballería persa. No obstante,
los enemigos no pudieron ni ponerlos en fuga ni doblegarlos
en nada. Y es que siempre apiñados codo con codo en un 46
pequeño espacio y parapetándose sólidamente con sus escu-
dos, disparaban contra los persas con más acierto de lo que
lo hacían aquéllos contra los romanos. Después de muchos 47
intentos fallidos, los bárbaros continuaban acometiéndolos
con la idea de desordenar y abrir brecha en su formación,
pero de nuevo retrocedían sin haber conseguido nada. Pues 48
los caballos, asustados por el estruendo que producía el
choque de los escudos, reculaban y se desmandaban con sus
jinetes encima. Así prosiguieron unos y otros hasta que hu-
bo caído la tarde. Y cuando ya los cogió la noche, los persas 49
se retiraron a su campamento y Belisario, que había descu-
bierto una nave de carga, alcanzó con unos pocos la isla que
había en el río y allí también llegó nadando el resto de los
romanos. Al día siguiente acudieron desde Calinico muchas 50
naves que transportaron a los romanos a esta ciudad y los
persas, tras haber despojado a los cadáveres, se retiraron to-
dos a su patria. Y lo cierto fue que no encontraron menos
muertos suyos que de los enemigos.

Cuando Azaretes llegó a Persia con su ejército, aun ha- 51
biéndole sonreído la fortuna en la guerra, no obtuvo sino
una enorme ingratitud por parte de Cabades por el motivo
siguiente. Según una costumbre de los persas, cuando se dis- 52

ponen a salir a campaña contra alguno de sus enemigos, el
rey se sienta en su trono y se le pone allí al lado una gran
cantidad de cestas de mimbre. Está presente también el ge-
neral que se espera que conduzca el ejército contra los ad-
versarios. Entonces, todos los soldados de ese ejército van
pasando ante el rey, de uno en uno, y cada uno de ellos
arroja una flecha en los canastos, que luego se dejan pre-
cintados con el sello del rey y se guardan. Y cuando ese
ejército regresa a Persia, cada soldado saca una flecha de las
53 banastas. Luego, personas con este cometido cuentan las fle-
chas que no han sido sacadas y comunican al rey el número
de soldados que no han vuelto, con lo que queda absoluta-
54 mente claro cuántos han muerto en la guerra. Así que ésta es
la costumbre de antiguo implantada entre los persas. Cuan-
do Azaretes llegó, pues, a presencia del rey, le preguntó Ca-
bades si regresaba tras ganar para sus filas alguna plaza
fuerte romana, puesto que, en compañía de Alamundaro, se
había movilizado contra los romanos con el objetivo de so-
meter Antioquía. Azaretes le dijo que no había conquistado
ninguna plaza, pero que había vencido en combate a Belisa-
55 rio y a los romanos. Cabades ordenó, pues, que pasara ante
él el ejército de Azaretes y que cada soldado sacara una fle-
56 cha de los canastos, según la costumbre. Y como quedó den-
tro una gran cantidad de flechas, el rey le reprochó a Aza-
retes aquella victoria y de allí en adelante lo contó entre los
más deshonrados. Y este fue el final que tuvo la victoria de
Azaretes.

19 En aquel tiempo se le ocurrió al emperador Justiniano la
idea de aliarse a etíopes y homeritas[160], con intención de
perjudicar a los persas. Pero voy a referir en qué parte de la

[160] Nombre dado por griegos y romanos a los himyaríes, antiguo pueblo del sudoeste de Arabia, con capital en Zafar.

tierra habitan estos hombres y en qué cosa esperaba el emperador que pudieran serles útiles a los romanos. Las fronte- 2
ras de Palestina en dirección al oriente se extienden hasta el llamado mar Rojo[161]. Este mar comienza en la India y ter- 3
mina en esta parte del Imperio Romano. Y hay una ciudad llamada Elas en esa costa en la que el mar, como ya he dicho, acaba y forma un canal muy estrecho. El que desde allí sale a navegar tiene a su derecha las montañas de Egipto que se prolongan hacia el sur; y al otro lado se extiende hacia el norte una amplísima zona desierta. Estas tierras de ambas orillas son visibles para el que pasa navegando, hasta la isla llamada Yótabe, que se halla a no menos de mil estadios de distancia de la ciudad de Elas. En esa isla habitaban 4
de antiguo hebreos que eran independientes, pero en estos tiempos de Justiniano han sido hechos súbditos del imperio. Desde ese punto se abre un mar inmenso, y los que por allí 5
navegan ya no pueden ver la tierra que tienen a su derecha; no obstante, siempre al caer la noche, vienen a fondear a la costa de la izquierda. Pues en la oscuridad es imposible sur- 6
car esas aguas, porque lo que ocurre es que están plagadas de bajíos. Pero hay allí muchos puertos no construidos por 7
las manos de ningún hombre, sino por la propia naturaleza de aquellos lugares, y de ahí que no les sea difícil a los navegantes fondear dondequiera que se encuentren.

Esta costa[162], nada más cruzar las fronteras de Palestina, 8
la ocupan los sarracenos, que de antiguo habitan en el palmeral. Se extiende dicho palmeral por la zona del interior a 9

---

[161] El Mar Eritreo o Rojo *(hē Erythrà thálassa)* era para los griegos y romanos todo nuestro Océano Índico, incluido ese canal *(pórthmos* escribe PROCOPIO) o golfo que a continuación se cita, que hoy es propiamente nuestro Mar Rojo (a veces distinguido con el nombre de *Arábios* o *Arabikòs kólpos,* Golfo Arábigo: cf. I 19, 19).

[162] La de Arabia.

lo largo de un gran trecho de tierra, donde no crecen otros
10 árboles que no sean palmeras. Este palmeral se lo regaló al emperador Justiniano Abocárabo, el que gobernaba a los sarracenos de aquella región, y el emperador lo nombró filar-
11 co[163] de los sarracenos de Palestina. Él, durante todo el tiempo de su mando, preservó aquella tierra de cualquier devastación, porque lo mismo a los bárbaros sobre los que gobernaba que a sus enemigos Abocárabo siempre les pare-
12 ció un hombre temible y enérgico como él solo. Es cierto que, nominalmente, el emperador tiene posesión del palmeral, pero ejercer su dominio sobre aquellos lugares no es po-
13 sible de ningún modo. Pues en medio hay un territorio completamente desierto y sin agua en absoluto, que se extiende hasta una distancia de diez días de camino, y el propio palmeral carece de todo valor, con lo que fue puramente formal este regalo que dio Abocárabo y que, a sabiendas, aceptó el
14 emperador. Pues bien, esto con respecto al palmeral. Limítrofes de estas gentes son otros sarracenos que ocupan la costa, se llaman madenos y están sometidos a los homeritas.
15 Estos homeritas viven en una zona lejos de allí, a la orilla del mar. Y aseguran que más allá de sus dominios están asentadas otras muchas naciones hasta llegar a los sarrace-
16 nos antropófagos, a continuación de los cuales se encuentran los pueblos de la India. Pero acerca de esto que cada uno diga lo que le plazca.

17 Justo enfrente de los homeritas, en la tierra firme de la ribera opuesta, habitan unos etíopes que son llamados auxomitas[164], porque su corte real está en la ciudad de Auxo-

---

163 «Jeque»: cf. n. 152.

164 Unos «axumitas» menciona Sinesio de Cirene, *Cartas* 122, sobre los cuales, cf. Ch. Lacombrade, «Sur les traces des Axoumites», *Pallas* 3 (1955), 5-14; y S. Mazzarino, «Gli Aksumiti e la tradizione classica», *IV Cong. Int. di Studi Etiopici* I, Roma, 1974, págs. 75-84.

mis. Y el mar que se interpone ocupa una extensión que, 18
con que sople un viento medianamente favorable, se cruza
navegando en cinco días y cinco noches, pues estas aguas 19
también están acostumbrados a surcarlas de noche, porque
allí no hay ningún bajío. Éste es el mar que algunos han
llamado Rojo. La parte que está más allá, cuando uno sale
navegando, hasta la costa y la ciudad de Elas, ha recibido el
nombre de Golfo Arábigo[165], pues el país que se extiende 20
desde allí hasta los límites de Gaza se llamaba Arabia en la
antigüedad, porque también en tiempos pasados el rey de
los árabes tenía su palacio en la ciudad de Petras[166]. El 21
puerto de los homeritas, desde donde suelen zarpar cuando
quieren navegar a Etiopía, se llama Búlicas. Y siempre que 22
cruzan este mar arriban al puerto de los adulitas. La ciudad
de Adulis dista del puerto veinte estadios (tan corto trayecto
la separa de la costa), y de la ciudad de Auxomis doce días
de camino.

Todos los barcos, por otro lado, que hay en la India y en 23
este mar no se construyen de la misma manera que el resto
de las naves. Y es que no se untan con brea ni con ninguna
otra sustancia, y ni siquiera las tablas están clavadas unas a
otras con espigas de hierro que las traspasan, sino atadas
con una especie de cuerdas con nudos. El motivo no es el 24
que muchos creen, que hay allí unas piedras que atraen
el hierro (y la prueba es que a las naves romanas que se hacen a la mar desde Elas, a pesar de estar ensambladas con
muchos clavos de hierro, nunca les ha ocurrido nada semejante), sino que los indios y los etíopes no tienen ni hierro ni
ninguna otra cosa apropiada para ese fin. Es más, tampoco 25

---

[165] Cf. n. 161.

[166] *En Pétrais*, en el original. Se trata de la ciudad de Petra (hoy al-Baṭrā), la antigua capital de los nabateos, famosa en la actualidad por sus ruinas.

son capaces de comprarle nada de esto a los romanos, por-
26 que les está explícitamente prohibido a todos por la ley y
al que cogen lo castigan con la muerte. Pues bien, esto a grandes rasgos es lo referente al llamado mar Rojo[167] y a las tierras que se encuentran a cada lado.

27 Desde la ciudad de Auxomis hasta las fronteras del imperio romano con Egipto, donde se encuentra la ciudad llamada Elefantina, hay un viaje de treinta días para un buen
28 andador[168]. En toda esa región están asentados, entre otros muchos pueblos, los blemies y nobatas, que son naciones muy populosas. Pero los blemies habitan en el centro de ese territorio, mientras que los nobatas ocupan la zona ribereña del río Nilo. Al principio no eran éstos los límites del imperio romano, sino que estaban más adelante, hasta donde se
29 llega en otros siete días de camino. Pero cuando el emperador de Roma Diocleciano estuvo allí, se dio cuenta de que el tributo de aquellos lugares era mínimamente significativo, porque lo que sucede es que aquella zona es muy estrecha (porque unas rocas bastante altas se elevan no muy lejos del Nilo y ocupan el resto del territorio) y de antiguo se encontraba allí establecida una cantidad de tropas muy grande, con lo que el coste de su mantenimiento suponía una carga desmesurada para el tesoro público; y, además, los nobatas que antes habitaban en las cercanías de la ciudad de Oasis[169], entraban a saco continuamente en toda aquella región. Así pues, convenció a estos bárbaros de que se trasladaran de sus propios asentamientos para establecerse en las cercanías del río Nilo, prometiéndoles que les entregaría

[167] Aquí Procopio podría haber escrito con más propiedad «lo referente al golfo Arábigo» (cf. n. 161).

[168] *Euzōnōi andri:* cf. la expresión en HERÓDOTO, I 104, 1; II 34, 2; TUCÍDIDES, II 97, 2.

[169] Cf. HERÓDOTO, III 26, 1.

grandes ciudades y un extenso territorio, mejor con diferen-
cia que el que antes habían habitado. Y es que creyó que de 30
este modo aquéllos al menos no hostigarían ya la zona de
los alrededores de Oasis y, al reclamar como posesión suya
la tierra que se les había dado, rechazarían, probablemente,
a los blemies y a los demás bárbaros. Y como esto les pare- 31
ció bien a los nobatas, de inmediato hicieron aquella emi-
gración justo como les había indicado Diocleciano y ocupa-
ron tanto las ciudades romanas como todo el territorio a uno
y otro lado del río desde la ciudad de Elefantina. Fue enton- 32
ces cuando dicho emperador ordenó que anualmente se les
entregara a ellos y a los blemies una suma de oro estipulada,
bajo la condición de que nunca más saquearan el territorio
romano. Y aunque esta cantidad la están percibiendo toda- 33
vía en nuestros tiempos, ellos no han dejado de hacer sus
correrías por aquella región. Así que, al parecer, no hay ma-
nera de que todos esos bárbaros guarden lealtad a los roma-
nos, si no es por el temor a unos soldados que los manten-
gan a raya. Lo cierto es que este emperador descubrió una 34
isla en el río Nilo, muy cerca de Elefantina, y allí construyó
una plaza fortificadísima, en la que erigió ciertos templos y
altares comunes para los romanos y para esos bárbaros y en
esa plaza estableció también sacerdotes de ambas naciones,
en la idea de que la amistad entre ellos se consolidaría al
compartir las cosas sagradas. Y por esta razón le puso a ese 35
lugar el nombre de Filas[170]. Esos dos pueblos, los blemies y
los nobatas, creen en todos los dioses en que creen los grie-
gos y, además, veneran a Isis y Osiris y, de modo especial, a
Priapo[171]. Sin embargo, los blemies también acostumbran 36

[170] *Philas*, de *philos*, «amigo».

[171] Isis y Osiris eran divinidades egipcias, muy extendidas luego en Grecia y Roma, mientras que Priapo (mejor que Príapo) era un dios grie-

a celebrar sacrificios humanos en honor del sol. Estos santuarios de Filas los han tenido dichos bárbaros hasta nuestros
37 días, pero el emperador Justiniano decidió destruirlos. Narsés, en efecto, aquel persarmenio de nacimiento, de quien antes[172] he mencionado que desertó para pasarse a los romanos y que era el que estaba al mando de las tropas de allí, destruyó los santuarios por orden del emperador, metió a los sacerdotes en la cárcel y envió las estatuas a Bizancio. Pero volveré ya al anterior relato.

20 Por el tiempo de esta guerra, Helesteo, el rey de los etíopes, que era cristiano y creyente, como el que más, supo que los homeritas de la región continental de enfrente —muchos de los cuales eran judíos y otros muchos profesaban esa antigua creencia que los hombres de hoy día llaman «helénica»[173]— ultrajaban desmesuradamente a los cristianos de aquella zona y, tras reunir una flota y un ejército, marchó contra ellos, los venció en una batalla y mató al rey y a muchos de los homeritas. Luego, puso allí a otro rey, cristiano y homerita de nacimiento, llamado Esimifeo y, tras ordenarle el pago de un tributo anual a los etíopes, se
2 retiró a su patria. En este ejército etíope, muchos esclavos y todos los que estaban siempre dispuestos a cometer cualquier delito no querían seguir a su rey, sino que, rezagándose, se iban quedando en aquel lugar, por su afán de poseer la tierra de los homeritas; y es que se trata de un suelo extraordinariamente rico.

---

go y romano de la fecundidad y de los huertos y jardines. Se le representaba con un gran falo erecto.

[172] Cf. I 15, 31.

[173] Es decir, la fe en los antiguos dioses olímpicos (cf. Juliano, *Cartas* 84, 431a). El cristianismo en Etiopía data del s. iv (con San Frumencio, según la tradición), aunque para los primeros tiempos, cf. *Hechos de los Apóstoles* 8, 26 ss.

Estas gentes, no mucho después, se sublevaron secundados por algunos otros contra el rey Esimifeo y, tras encerrarlo en una de las fortalezas de allí, pusieron en el trono de los 3
homeritas a otro rey, de nombre Ábramo. El tal Ábramo era 4
cristiano y esclavo de un romano que en la ciudad de Adulis
en Etiopía se dedicaba al comercio marítimo. Cuando se ente- 5
ró Helesteo, todo su empeño fue castigar a Ábramo y a los sublevados con él por la injusticia cometida contra Esimifeo, para lo cual envió contra ellos un ejército de tres mil hombres
bajo el mando de uno de sus parientes. Al llegar allí estas tro- 6
pas, como no querían ya regresar a su patria sino quedarse en aquella tierra tan rica, entraron en conversaciones con Ábramo a escondidas de su general y, cuando ya habían entablado combate con los enemigos y estaban en plena lucha, mataron a su general, se unieron al ejército enemigo y, de esta forma,
se quedaron allí. Helesteo, preso de la ira, envió contra ellos 7
otro ejército que, tras presentar batalla a las fuerzas de Ábramo, resultó claramente vencido en el choque y regresó de inmediato a su patria. El temor hizo que, en adelante, el rey de los etíopes no mandara ninguna expedición militar más contra
Ábramo. Al morir Helesteo, Ábramo se avino a pagar un tri- 8
buto al monarca que había recibido en sucesión el trono de los etíopes, y de este modo consolidó su poder. Pero esto ocurrió ya mucho tiempo después.

En aquella época, cuando Helesteo reinaba sobre los etío- 9
pes y Esimifeo sobre los homeritas, el emperador Justiniano envió a Julián como embajador para pedir que ambas naciones, en razón de la fe común que profesaban, se coligaran con los romanos en la guerra contra los persas. El fin perseguido era dejar que los etíopes, comprándoles la seda[174] a los indios y vendiéndosela a los romanos, adquirieran grandes riquezas, con tal que a los romanos les hicieran beneficiarse aunque sólo fue-

[174] Aquí y más abajo *métaxa*, de etimología incierta.

ra en esto, a saber, en no verse ya obligados a tener que entregar su propio dinero a quienes eran sus enemigos (con dicha seda acostumbran a confeccionar los vestidos que antiguamente los griegos llamaban «médicos», pero que en la actualidad reciben el nombre de «séricos»[175]). De los homeritas, por su parte, se pretendía que a Caiso, el prófugo, lo nombraran filarco de los madenos[176] y que con un gran ejército de sus propios soldados
10 y de sarracenos madenos invadieran el territorio persa (el tal Caiso descendía de un linaje de oficiales y era extraordinariamente experto en materia de guerra, pero por haber matado a un pariente de Esimifeo, estaba prófugo en una región totalmente
11 despoblada). Pues bien, ambos reyes se ofrecieron a llevar a efecto aquella petición y despacharon al embajador, pero nin-
12 guno de los dos cumplió lo prometido. Y es que para los etíopes era imposible comprarles a los indios la seda porque los comerciantes persas, que siempre se encuentran justo en los puertos donde las naves indias hacen su primera escala, debido a que habitan la zona limítrofe, acostumbran a comprarles todo el cargamento; y en cuanto a los homeritas, les parecía difícil misión, después de atravesar un territorio desierto y con una extensión de muchas jornadas de camino, atacar a unos hombres
13 que eran tan temibles combatientes. Incluso Ábramo, cuando tiempo después consolidó su poder de forma ya muy segura, le prometió repetidamente al emperador Justiniano que invadiría el territorio persa y sólo una vez comenzó la expedición, pero de inmediato dio marcha atrás. Así les fueron las cosas a etíopes y homeritas con los romanos.

21 Luego, Hermógenes, tan pronto como tuvo lugar la batalla junto al Eufrates, llegó en embajada a presencia de Ca-

---

[175] En el original *sērikēn (esthêta)*. Recuérdese que los *Sêres* eran los pueblos del Asia oriental, chinos o tibetanos, de los que se traía la seda.

[176] Sobre el término «filarco», cf. n. 152. Sobre los madenos, cf. I 19, 14.

bades, pero ningún progreso consiguió con respecto a la paz, que era la razón de haber ido allí, porque al rey lo encontró todavía enconado contra los romanos. Fue por eso por lo que volvió sin haber logrado nada. Belisario, por su 2 parte, llegó a Bizancio acudiendo a la llamada del emperador, después de haber sido desposeído del cargo que tenía, con el fin de que realizara la campaña contra los vándalos. Y fue Sitas, de acuerdo con lo que había resuelto el empera- 3 dor Justiniano, el que con la misión de custodiar el oriente marchó a aquella zona. Y los persas invadieron de nuevo 4 Mesopotamia con un gran ejército, guiado por Canaranges, Aspebedes y Merméroes. Como nadie se atrevió a entablar 5 combate con ellos, asentaron el campo y empezaron a asediar Martirópolis, donde coincidía que estaban destinados Buces y Besas al mando de la guarnición. Esta ciudad se 6 encuentra en la región llamada Sofanene, a doscientos cuarenta estadios de distancia al norte de Amida. Está justo en la ribera del río Ninfio, que delimita los territorios romano y persa. Pues bien, los persas comenzaron el ataque al recinto 7 de murallas, y los asediados, aunque al principio iban rechazándolos con valentía, era presumible que no podrían resistir mucho tiempo. Y es que el recinto era expugnable por 8 muchísimos puntos y muy fácil de conquistar por un asedio de los persas; además, no tenían suficientes provisiones, ni tampoco máquinas de guerra ni nada que les valiera para defenderse. Por su parte, Sitas y el ejército romano llegaron a 9 un lugar llamado Atacas, a cien estadios de distancia de Martirópolis, pero no se atrevieron a avanzar más, sino que acamparon para quedarse allí. Estaba también con ellos Her- 10 mógenes, otra vez como embajador de Bizancio. Y entonces vino a ocurrir lo siguiente.

De antiguo, entre romanos y persas es costumbre man- 11 tener a expensas del estado a unos espías, que suelen intro-

ducirse a escondidas entre los enemigos para averiguar con todo detalle lo que está pasando y volver luego a contárselo
12 a sus jefes. Muchos de ellos, como es natural, se afanan por servir con lealtad a sus compatriotas, pero algunos también
13 venden los secretos al enemigo. Pues bien, en aquel entonces un espía enviado por los persas a tierra romana vino a presencia del emperador Justiniano y, entre otras muchas cosas de las que estaban pasando entre los bárbaros, le reveló cómo el pueblo maságeta, con la intención de asestar un golpe a los romanos, estaba ya a punto de partir hacia el territorio persa y con todos los preparativos para, desde allí,
14 entrar en suelo romano y unirse al ejército persa. Al oír esto, el emperador, que ya tenía pruebas de la sinceridad de aquel hombre para con él, le ofreció una abundante suma de dinero y le convenció para que fuera al ejército persa que asediaba Martirópolis y les anunciara a los bárbaros que allí estaban que esos maságetas, después de habérselos ganado a base de dinero el emperador romano, iban a caer sobre ellos
15 de un momento a otro. Así lo hizo y, tras llegar al campamento de los bárbaros, les comunicó a Canaranges y a los demás que un ejército de hunos[177] hostiles llegaría en no
16 mucho tiempo para sumarse a las filas romanas. Al oír esto, se aterrorizaron, mostrándose indecisos en aquellas circunstancias.

17 Entretanto sucedió que Cabades vino a enfermar gravemente. Llamó entonces a uno de sus más íntimos amigos persas, de nombre Mebodes, y se puso a conversar con él

[177] Antes se ha hablado de maságetas, que eran de raza escita (según Heródoto, I 201) y que, al parecer, fueron absorbidos ya antes de esta época por el pueblo también nómada de los *dahae*. El hecho de que ahora el espía diga que son hunos puede deberse a que este término englobaba (para persas y bizantinos y para el mismo Procopio) a cualquier pueblo nómada de la zona del Caspio.

acerca de Cosroes y del trono, diciéndole que tenía miedo
de que los persas pretendieran desestimar alguna de las co-
sas que él había decidido. Pero Mebodes le encareció que 18
dejara manifestada por escrito su voluntad con la confianza
de que los persas no se atreverían nunca a desatenderla. Así 19
pues, Cabades dispuso ya abiertamente que fuera Cosroes
quien se convirtiera en rey de los persas. El documento lo
escribió el propio Mebodes y Cabades, muy poco después,
abandonó el mundo de los vivos[178]. Y una vez que se cum- 20
plieron todos los ritos de los funerales del rey, Cáoses, con
su confianza puesta en las leyes, intentó acceder a la digni-
dad regia, pero Mebodes se lo impedía, afirmando que nadie
debía subir al trono por propia iniciativa, sino por el voto de
la nobleza persa. Cáoses remitió, pues, a los magistrados la 21
resolución acerca del asunto, porque suponía que de su parte
no encontraría ningún impedimento. Pero cuando todos los 22
nobles estuvieron reunidos en sesión para tratar este punto,
Mebodes leyó el documento en el que Cabades manifestaba
su voluntad respecto a Cosroes, y todos, recordando la vir-
tud de Cabades, nombraron de inmediato a Cosroes rey de
los persas.

De esta forma Cosroes[179] obtuvo el poder. Pero en Mar- 23
tirópolis, Sitas y Hermógenes, temiendo por la ciudad, dado
que no tenían ningún modo de defenderla del peligro que
corría, enviaron algunos emisarios al enemigo para que se
presentaran ante sus generales y les dijeran lo siguiente: «Se 24
os ha pasado por alto que vosotros mismos os habéis con-
vertido, sin ninguna necesidad, en un obstáculo para el rey

[178] El 13 de septiembre del 531.
[179] Será rey del 531 al 579.

de los persas, para los beneficios que la paz acarrea y para
cada uno de los dos estados en conjunto. Y es que aún están
aquí unos embajadores mandados por el emperador con el
encargo de personarse delante del rey de los persas para di-
rimir las diferencias y establecer tratados con él. Pues, ven-
ga, retiraos cuanto antes del territorio romano y permitidles
a los embajadores actuar de la manera que a ambas naciones
25 más nos vaya a convenir. Que, en pro de ese objetivo, esta-
mos dispuestos incluso a entregar como rehenes a hombres
de gran crédito, para que realmente todo se lleve a efecto en
no mucho tiempo.» Esto dijeron los embajadores romanos.
26 Coincidió asimismo que llegó allí un mensajero de palacio
con la noticia de que Cabades había muerto y que Cosroes,
su hijo, había sido nombrado rey de los persas, con lo que la
27 situación quedaba en suspenso. Y a partir de ese momento
los generales escucharon complacidos las palabras de los
romanos, porque también temían el ataque de los hunos. Así
pues, seguidamente los romanos entregaron en calidad de
rehenes a Martino y a un lancero de la guardia de Sitas, lla-
mado Senecio. Los persas, entonces, levantaron el sitio y en
28 ese mismo instante comenzaron la retirada. Los hunos no
mucho después se lanzaron contra el territorio romano pero,
como no encontraron allí al ejército persa, su incursión duró
poco, y retornaron todos a su patria.

22 Acto seguido, Rufino, Alejandro y Tomás llegaron tam-
bién como embajadores para acompañar a Hermógenes y
todos juntos se presentaron ante el rey de los persas a la ori-
2 lla del río Tigris. Y cuando Cosroes los vio, liberó a los re-
henes. Los embajadores, entonces, le regalaron el oído a
Cosroes y le dijeron muchas cosas halagüeñas y absoluta-
3 mente impropias de embajadores romanos. Gracias a esto
Cosroes se volvió más tratable y estuvo de acuerdo en esta-
blecer una paz indefinida con ellos por ciento diez centena-

rios[180], y bajo la condición de que el jefe de las tropas de
Mesopotamia no residiera de allí en adelante en Daras, sino
que pasara todo el tiempo en Constantina, como antigua-
mente tenía por costumbre. Pero negó que fuera a devolver
las plazas fuertes de Lácica, aunque él sí reivindicó la entre-
ga por parte de los romanos de Farangio y de la fortaleza de
Bolo. (El centenario pesa cien libras, de ahí el nombre que 4
recibe, pues cien en latín se dice «centum».) El pago de esta 5
cantidad de oro lo reclamó para que los romanos no se vie-
ran obligados a destruir la ciudad de Daras ni a compartir
con los persas el puesto de guardia de las Puertas Caspias[181].
Sin embargo, los embajadores, aun habiendo aceptado las 6
otras demandas, dijeron que no estaban facultados para en-
tregar las plazas fuertes, a menos que previamente consulta-
ran al emperador acerca de la cuestión. Así pues, se decidió 7
que Rufino fuera enviado a Bizancio con este encargo y que
los demás permanecieran allí hasta su regreso. Y se le con-
cedió un plazo de setenta días para que volviera. Cuando 8
Rufino llegó a Bizancio y le comunicó al emperador cuál
era el parecer de Cosroes respecto a la paz, Justiniano orde-
nó que concertaran la paz con arreglo a todo aquello.

Pero, entretanto, un rumor falso, que se había difundido 9
hasta tierra persa, propagó la noticia de que el emperador
Justiniano, lleno de ira, había mandado matar a Rufino. Cos-
roes, inquieto y muy furioso ya, avanzó con todo su ejército
contra los romanos. Pero Rufino, que venía de regreso, se lo
encontró no muy lejos de Nísibis. Se quedaron, por tanto, en 10
esta ciudad y, como tenían la intención de firmar la paz, los
embajadores fueron llevando allí el dinero. No obstante, Jus- 11

---

[180] Once mil libras de oro. «Centenario» era el nombre que recibía el peso de cien libras, como poco más abajo explica Procopio.

[181] Cf. I 16, 7.

tiniano se estaba arrepintiendo ya de haber cedido las plazas fuertes de Lácica y les escribió a los embajadores una carta en la que expresamente renunciaba a dejárselas a los persas.
12 Por esta razón Cosroes ya no creyó conveniente establecer el tratado y entonces Rufino comprendió que había sido una decisión más precipitada que segura el llevar el dinero a tie-
13 rra persa. De inmediato, pues, fue y se tiró al suelo y, de bruces como estaba, le suplicó a Cosroes que los enviara de vuelta a ellos junto con el dinero y que no se apresurara a dirigir su ejército contra los romanos, sino que aplazara la
14 guerra hasta otro momento. Cosroes le permitió partir de allí, prometiéndole que le haría merced de todo aquello. Así que los embajadores se marcharon a Daras con el dinero y el ejército persa levantó el campo para retroceder.

15 Entonces también ocurrió que los otros embajadores que acompañaban a Rufino vinieron a sopechar muchísimo de él y lo acusaron ante el emperador, con el argumento de que Cosroes se había dejado persuadir por él y le había concedi-
16 do todo lo que le pedía. No obstante, el emperador por ese motivo no tomó contra él ninguna represalia. No mucho tiempo después el propio Rufino y Hermógenes fueron enviados de nuevo a presencia de Cosroes y de inmediato se pusieron de acuerdo entre ellos en el asunto del tratado, bajo la condición de que ambas naciones devolvieran todas las plazas que se habían arrebatado una a otra en esta guerra y que ya no hubiera ningún mando militar con tropas en Daras. Respecto a los iberos se resolvió que decidieran si permanecer allí en Bizancio o regresar a su patria. Y fueron muchos los que se quedaron y muchos también los que vol-
17 vieron a sus dominios patrios. De este modo, pues, pactaron la llamada «paz indefinida», cuando ya Justiniano llevaba
18 seis años ocupando el trono. Los romanos entregaron a los persas Farangio y la fortaleza de Bolo además del dinero

convenido, y los persas a los romanos las plazas fuertes de Lácica. A Dagaris[182] también se lo devolvieron a los roma- 19
nos y a cambio de él los persas recuperaron a otro hombre de no oscura condición. El tal Dagaris, tiempo después, venció en muchas batallas y expulsó a los hunos tras haber irrumpido éstos en territorio romano, y es que era extraordinariamente diestro en materia de guerra. Pues bien, del modo dicho firmaron ambas naciones el tratado.

Acto seguido ocurrió que contra cada uno de los dos go- 23
bernantes tramaron una intriga sus respectivos súbditos. Y de qué manera sucedió es lo que inmediatamente voy a exponer. Cosroes, el hijo de Cabades, era un hombre de gran desconcierto mental y tan amigo de las novedades que rayaba en la extravagancia. Por eso estaba siempre lleno de in- 2
quietudes y zozobras, y era el mayor causante de esta misma desazón en todos los demás. Descontentos, pues, de su go- 3
bierno, los persas más resueltos tenían la intención de poner en el trono a otro rey de la casa de Cabades. Y como su ma- 4
yor deseo era que gobernara Zames, a quien se lo impedía la ley porque le faltaba un ojo, según se ha dicho[183], dándole vueltas llegaron a la conclusión de que lo mejor para ellos era poner en el trono al hijo de éste, que se llamaba Cabades, igual que su abuelo, y que Zames, como tutor de su hijo, administrara el estado persa como quisiera. Vinieron en- 5
tonces a presencia de Zames a revelarle su propósito y todo su empeño era animarlo instándole a actuar. Y como aquel plan le agradó, proyectaron caer sobre Cosroes en el momento más oportuno. Pero el plan llegó a conocimiento del rey, quien impidió que siguiera su curso. En efecto, Cosroes 6

[182] Cf. I 15, 6. Así pues, esta «paz indefinida» *(apérantos eirénē)*, también llamada «paz eterna» o «perpetua», se firmó en el año 532 y duró hasta el 540, al final de la campaña de Italia: cf. I 25, 11 s.

[183] Cf. I 11, 4.

mató a sus propios hermanos y también al mismo Zames, a sus hermanos[184] y a todos sus hijos varones, y a los nobles persas que habían promovido o participado en el complot contra él de cualquier manera que fuese. Entre ellos también estaba Aspebedes, el hermano de la madre de Cosroes.

7 Sin embargo, a Cabades, el hijo de Zames, no pudo matarlo, pues aún lo estaba criando el canaranges Adergudumbades. Pero le encomendó al propio canaranges que acabara con aquel niño que había criado. Y es que no creía justo desconfiar de él, ni tampoco tenía poder para obligarlo de
8 otra manera. Pues bien, el canaranges, al escuchar el encargo de Cosroes, lamentó muy dolido aquella fatalidad y les comunicó a su esposa y a la nodriza de Cabades lo que el rey le había encomendado. Entonces, su esposa se agarró llorando a las rodillas de su marido[185], suplicándole que de
9 ningún modo matara a Cabades. Se consultaron, pues, entre sí y decidieron criar al niño a escondidas, de la forma más segura posible, y notificarle rápidamente a Cosroes que Ca-
10 bades había dejado el mundo de los vivos. Siguiendo el plan, le notificaron esto al rey y a Cabades lo ocultaron de tal modo que nadie supo de su existencia, salvo Varrames, el hijo de Adergudumbades, y uno de los sirvientes, que les
11 parecía digno de la mayor confianza. Pero, andando el tiempo, al llegar Cabades a la edad viril, al canaranges le entró miedo de que el hecho saliera a la luz, así que le dio dinero a Cabades y le pidió que se marchara para que, huyendo, buscara cualquier medio de salvarse. Lo cierto era que, en aquel tiempo, a Cosroes y a todos los demás les había pasado desapercibido lo que el canaranges había llevado a cabo.

[184] Recuérdese que Cosroes y Zames eran hermanastros: cf. I 11, 3 ss.
[185] En la típica actitud del suplicante.

Algún tiempo después, Cosroes con un gran ejército se 12
encontraba invadiendo el territorio de la Cólquide, como es-
cribiré en posteriores capítulos[186], y lo seguía el hijo del 13
mencionado canaranges, Varrames, que llevaba consigo a
varios sirvientes y coincidía que entre ellos iba el que había
compartido con él el secreto de lo de Cabades. Y fue enton-
ces cuando Varrames le contó al rey todo lo relativo a Ca-
bades y presentó al sirviente para que también lo confesara
todo. Y cuando Cosroes lo supo, se enfureció extraordina- 14
riamente y consideró como algo terrible el que le hubiera
pasado esto por obra de un siervo suyo; y como no tenía
forma de lograr que el joven cayera en sus manos, discurrió
lo siguiente. Cuando estaba a punto de regresar a su patria 15
desde la Cólquide, le escribió al mencionado canaranges pa-
ra informarle de que tenía decidido invadir el territorio ro-
mano con todo su ejército, aunque la irrupción en el país no
se haría de una sola vez, sino dividiendo en dos el conjunto
de las tropas persas, con el fin de que el ataque contra los
enemigos se produjera tanto en la zona del interior como en
la del exterior del curso del río Eufrates. Y añadió que, en 16
efecto, una parte del ejército la guiaría él en persona, como
era natural, hacia tierra enemiga y que a ningún otro de sus
siervos le iba a conceder el privilegio de equipararse al rey,
y en semejante honor, salvo al propio canaranges por su
valentía; y, así pues, era necesario que rápidamente acudiera 17
a su encuentro mientras venía de regreso, para que en una
conversación con él le encargara todo lo que pudiera serle
de utilidad al ejército. Además, le ordenaría a los de su sé-
quito que fueran detrás de él en la marcha. Cuando el cana- 18
ranges estuvo al corriente de aquel mensaje recibido, se que-
dó muy contento por el honor que le dispensaba el rey y, tan

[186] En II 17, 1 ss.

ajeno como estaba de su propia desgracia, de inmediato cum-
19 plió lo que se le había mandado. Pero en el camino, no pudiendo soportar aquel esfuerzo (pues era muy anciano), terminó por aflojarle las riendas al caballo y caerse, y se partió un hueso de la pierna. Por ello tuvo forzosamente que quedarse allí quieto para que lo cuidaran y el rey llegó a aquel
20 lugar y vino a verlo. Le dijo entonces Cosroes que, con la pierna en ese estado, sería imposible que lo acompañara en la expedición y que lo que debía hacer era dirigirse a una de las plazas fuertes de aquella región y recibir allí tratamiento
21 médico. De este modo envió Cosroes a aquel hombre camino de la muerte y detrás le siguieron los que iban a matarlo en la fortaleza. Era verdaderamente Adergudumbades, tal como se decía de él, un general invencible entre los persas, que había guerreado contra doce naciones de bárbaros y a
22 todas las había puesto a los pies de su rey Cabades. Tras dejar él el mundo de los vivos, su hijo Varrames ocupó el
23 cargo de canaranges. No mucho tiempo después, Cabades en persona, el hijo de Zames, o algún otro que usurpaba su nombre[187] vino a Bizancio. En cualquier caso, se parecía
24 muchísimo al rey Cabades. El emperador Justiniano, aunque tenía sus dudas con respecto a él, lo acogió muy honrosamente y con gran amabilidad, como a nieto del rey Cabades. Así se desarrollaron, pues, los acontecimientos relativos a los persas que se sublevaron contra Cosroes.

25 Posteriormente, Cosroes se deshizo también de Mebodes por el siguiente motivo. Se hallaba el rey tratando un asunto serio y le ordenó a Zaberganes, allí presente, que llamara a Mebodes. Y coincidía que Zaberganes se llevaba mal con Mebodes. Cuando llegó a su presencia, lo encontró instru-

[187] Para la expresión *(epibateúōn toû Kabádou onómatos)* cf., por ejemplo, Heródoto, III 63 y 67; IX 95.

yendo a sus soldados y le dijo que lo llamaba el rey a toda
prisa. Él le prometió que lo seguiría tan pronto como arre- 26
glara lo que traía entre manos. Pero Zaberganes, inducido
por el odio que sentía hacia él, le comunicó a Cosroes que
Mebodes no quería acudir en aquel momento y que asegu-
raba estar ocupado en alguna cosa. Entonces Cosroes, muy 27
enojado, envió a uno de su séquito con la orden de que Me-
bodes fuera al trípode. Qué es esto es lo que voy a explicar
inmediatamente. Siempre hay un trípode de bronce delante 28
del palacio. Pues bien, cuando cualquier persa se entera de
que el rey está enfadado con él, no le está permitido refu-
giarse ni en un templo ni en ningún otro sitio, sino sentarse
en ese trípode y aguardar la sentencia del rey, sin que nadie
en absoluto pretenda protegerlo. Allí se sentó Mebodes du- 29
rante muchos días en una actitud digna de compasión, hasta
que, por mandato de Cosroes, lo cogieron y lo mataron. A
esto vinieron a parar sus buenos servicios a Cosroes.

Por aquel mismo tiempo en Bizancio se produjo de for- 24
ma inesperada una sedición popular[188], que vino a ser, con-
tra lo que cabía pensar[189], la mayor de todas y acabó en un
gran desastre para el pueblo y el Senado; y fue como sigue.
La población de cada ciudad, desde muy antiguo, estaba di- 2
vidida entre «azules» y «verdes»[190], pero no hace ya mucho

---

[188] Comienza aquí el relato de la sedición «Nika» (cf. el porqué de este nombre más abajo, en I 24, 10) del año 532 (del 11 al 18 de enero). Al respecto, MALALAS (L. DINDORF, *I. Malalae Chronographia* [*Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae*], Bonn, 1831) y ZONARAS (M. PINDER, *I. Zonarae Epitomae Historiarum libri*, 3 vols., Berlín, págs. 1841-1897) refieren otros sucesos y detalles omitidos por Procopio.

[189] En total consonancia con los hechos, Procopio insiste *(... ek toû aprosdokḗtou... parà dóxan...)* en el modo tan imprevisto como surgió la sedición «Nika».

[190] Se trata *(Benétous... Prasínous)*, de las facciones *(factiones*, cuadrillas o equipos) del circo romano. Ya en el siglo I existían cuatro, que

tiempo que, por estos colores[191] y por las gradas en que están sentados para contemplar el espectáculo, gastan su dinero, exponen sus cuerpos a los más amargos tormentos y no
3 renuncian a morir de la muerte más vergonzosa[192]. Se pelean con sus rivales, sin saber por qué corren ese peligro, pero dándose plena cuenta de que, aun cuando superaran a los enemigos en la pelea, lo que les espera es que los lleven de inmediato a la cárcel y al final los hagan perecer tortura-
4 dos de la peor manera. Lo cierto es que el odio que les brota hacia personas muy próximas no tiene justificación, y per-

---

se distinguían por el color de la vestimenta de los aurigas: blancos, rojos, azules y verdes *(albi, russati, veneti, prasini)*. Estas dos últimas se hicieron enormemente populares y muy pronto terminaron por absorber a aquéllas. De su extrema rivalidad poseemos muchos testimonios. Calígula era hincha de los verdes *(prasina factio*, Suetonio, *Calíg.* 55), como Domiciano (seguramente el llamado «Nerón» en Marcial, XI 33, 1; y cf. VI 46, azules, y XIV 55, rojos); pero Vitelio era de los azules (Suetonio, *Vitel.* 14). Sin embargo Marco Aurelio (I 5) tenía a gala no haber pertenecido ni a la facción de los verdes ni a la de los azules *(mēte Prasianòs mēte Benetianós)*. Cf. también Juvenal XI 197 s., Novaciano, *De spect.* 5, o Casiodoro, *Variae Epist.* III 51. En Bizancio (cf. II 11, 32) estas facciones se convirtieron en auténticos partidos con ideas políticas («los azules... el partido de la aristocracia latifundista y de los campesinos, los verdes... la burguesía comercial e industrial»: cf. Valero Garrido, *Belisario...*, pág. 65) y religiosas opuestas (los azules ortodoxos y los verdes monofisitas, aunque todo basado, según ciertos autores, en la rivalidad deportiva) y con una organización prácticamente militar. Para el tema, en general, cf. R. Auguet, *Cruauté et Civilisation: Les Jeux Romains = Crueldad y Civilización: Los Juegos Romanos* [trad. C. Marsal], Barcelona, 1972, págs. 145 ss.; y, más en concreto, A. Rambaud, *De Byzantino Hippodromo et Circensibus Factionibus*, 2 vols., París, 1970; y A. Cameron, *Circus Factions. Blues and Greens at Rome and Byzantium*, Oxford, 1976.

[191] Literalmente, «por estos nombres (de las facciones)».

[192] El cuadro que aquí nos va a pintar Procopio es un modelo de descripción de la realidad y de introspección psicológica, perfectamente aplicable a fenómenos parecidos que se dan en nuestros días.

manece irreductible durante toda su vida, sin ceder ni siquiera ante vínculos de matrimonio, ni de parentesco, ni de amistad, aunque sean hermanos o algo semejante los que defienden colores distintos. Y no hay nada humano ni divi- 5
no que les importe, comparado con que venza el suyo. Aun en el caso de que alguien cometa un pecado de sacrilegio contra Dios, o la constitución y el estado sufran violencia por parte de los propios ciudadanos o de enemigos externos, o incluso si ellos mismos se ven quizá privados de cosas de primera necesidad, o su patria es víctima de las circunstancias más nefastas, ellos no hacen nada, si no le va a suponer un beneficio a su bando[193]: que así es como llaman al conjunto de sus partidarios. En este fanatismo[194] también se 6
unen a ellos sus esposas, que no sólo secundan a sus maridos, sino que incluso, si se tercia, se les enfrentan, aunque no vayan nunca a los espectáculos[195] ni las induzca ningún otro motivo; de modo que a esto no puedo darle otro nom-

---

[193] *Méros* aquí y *dêmos* («facción») unas líneas más abajo son los términos griegos comúnmente empleados para designar las facciones del circo.

[194] Así traducimos (como el profesor Valero Garrido) el preciso término *ágos*, «impureza, sacrilegio» (cf. TUCÍDIDES, I 126, 2), que sin duda utiliza Procopio para marcar ese matiz de «enfermedad del alma», como la calificará más abajo.

[195] En el original, *eis tà théatra*, pero Procopio no se refiere aquí al teatro (cf. I 17, 37; de hecho por *théatron*, lat. *theatrum*, también se entendía el anfiteatro, con cuyos juegos acabaron Arcadio y Valentiniano III). Recuérdese, por otra parte, que las autoridades eclesiásticas condenaban estos espectáculos: cf., por ejemplo, JUAN CRISÓSTOMO, *Contra circenses ludos et theatra* (MIGNE, *PG* 56, 263 ss.). En época clásica, al menos, las mujeres casadas parece que no podían asistir a las pruebas olímpicas, pero sí a las representaciones teatrales, aunque las más «finas», las educadas (*hai pepaideuménai:* PLATÓN, *Leyes* 658d) no irían a las comedias.

bre que enfermedad del alma[196]. Pues bien, así es como poco más o menos están las cosas en las ciudades y en cada una de las poblaciones.

7 Por entonces, la autoridad pública constituida en Bizan-
cio apresó a algunos sediciosos y los condenó a muerte. Pe-
ro los de una y otra parcialidad, tras concertarse y pactar
una tregua entre ellos, se apoderan de los encarcelados y,
entrando de inmediato en la cárcel, liberan a todos los reclu-
8 sos arrestados por sedición o por cualquier otra fechoría. A
los guardias que sirven a las órdenes de la autoridad ciuda-
dana, se pusieron a matarlos sin ninguna consideración,
mientras que los pocos ciudadanos honrados que quedaban
se dieron a la huida a la tierra firme de enfrente[197]; y la ciu-
dad fue entregada a las llamas, lo mismo que si lo hubiera
9 sido por enemigos. La iglesia de Santa Sofía[198], los Baños
de Zeuxipo y, en el palacio imperial, desde los Propileos
hasta la llamada Casa de Ares, todo eso fue consumido
por el fuego; y, además de esto, los dos grandes pórticos
que llegan hasta la plaza que se llama «de Constantino»,
10 y muchas mansiones de gente rica y grandes tesoros. El
emperador, su cónyuge y algunos miembros del Senado
se encerraron en el palacio y allí permanecieron tran-
quilos[199]. La contraseña que se daban las facciones[200] era

---

[196] *Psychês nósēma:* «enfermedad mental» diríamos hoy.

[197] Pasaron a la zona de Asia Menor, cruzando el Bósforo.

[198] En realidad, el fuego destruyó la antigua basílica dedicada a la «Sabiduría Divina» que comenzó a levantar Constantino en el 326. Ya con anterioridad a la sedición «Nika», se había incendiado en el 404 y fue reconstruida en el 415 bajo Teodosio II. Tras esta sedición, el templo *Hagía Sophía* (Santa Sofía, la Mayor) fue reedificado por los arquitectos Artemio de Trales e Isidoro de Mileto entre el 532 y el 537.

[199] *Hēsýchazon:* cf. I 24, 21 *(hēsychazétēn)*.

[200] De nuevo *dêmoi* en el original.

«nika»[201], y ése es el nombre que hasta el día de hoy ha recibido aquel suceso.

Por entonces, era prefecto[202] del pretorio Juan de Capa- 11
docia; Triboniano, por su parte, de origen panfilio, era consejero[203] del emperador («cuestor» lo llaman los romanos).
El primero de ellos, Juan, estaba ayuno de estudios liberales 12
y de cultura, pues por no haber asistido más que a las clases del maestro de primera enseñanza, no aprendió sino las letras, y aun éstas mal y de mala manera; pero por sus facultades naturales había llegado a ser el más poderoso de todos
los que nosotros hemos conocido. Y es que era también el 13
más capacitado para decidir lo que se debía y para encontrar solución a los problemas. Así, se había convertido en el más perverso de todos los hombres y aprovechaba para ello sus dotes naturales; y ni la palabra de Dios ni un cierto respeto a los seres humanos le llegaban al alma: aniquilar las vidas de muchos hombres y destruir ciudades enteras, ésa era su pre-
ocupación. El caso es que, tras cubrirse en poco tiempo de 14
grandes riquezas, se hallaba engolfado en una existencia de crápula sin freno: hasta la hora del almuerzo saqueaba las haciendas de sus súbditos y el resto del día dedicaba su ocio a emborracharse y a entregar su cuerpo a prácticas licencio-
sas. No tenía fuerzas[204] para controlarse, sino que engullía 15

---

201 Imperativo del verbo *nikáō, -ô,* «¡vence!». MALALAS (L. DINDORF, *I. Malalae Chronographia* [*Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae*], Bonn, 1831, pág. 474) nos informa de que escogieron este término para diferenciarse así de los soldados, quienes aclamaban al emperador con la palabra latina *vincas*.

202 El término en griego es *aulês éparchos*.

203 El *páredros* era asesor y secretario, y ostentaba el poder judicial y la jefatura de la cancillería (cf. también I 11, 11). Sobre este personaje, cf. T. HONORÉ, *Tribonian*, Londres, 1978.

204 Procopio parece insistir en el hecho de que aquellas facultades y dotes naturales *(phýseōs ischýï, phýseōs dynámei)*, de que ha hablado arriba,

la comida hasta vomitar; y a robar dinero estaba siempre dispuesto, y a tirarlo y malgastarlo más dispuesto todavía. Así
16 era Juan a grandes rasgos. Triboniano, por su parte, aprovechaba también sus dotes naturales[205] y su nivel cultural no era inferior al de ninguno de sus contemporáneos; pero por sus inclinaciones endiabladamente codiciosas era capaz de vender siempre la justicia por su lucro personal: en lo tocante a las leyes cada día, desde muy atrás, se dedicaba a abolir unas y proponer otras, cobrando estos servicios a los solicitantes según la petición de cada cual.

17 Pues bien, mientras el pueblo estaba enzarzado en sus mutuas rencillas por los colores de las facciones, no se tomaban cuentas de los delitos que estos dos cometían contra el estado. Pero, una vez que aquéllas se concertaron, como quedó dicho[206], y que se produjo la sedición, ya a las claras iban renegando de ellos por toda la ciudad y la recorrían buscándolos con la intención de matarlos. Fue por eso por lo que, con idea de ganarse al pueblo, el emperador en aquel
18 mismo momento destituyó a ambos de sus cargos. Y nombró prefecto del pretorio a Focas, un patricio, discretísimo él y capacitado de natura para administrar justicia; a Basilides, por su parte, le mandó desempeñar el cargo de cuestor[207], siendo como era célebre entre los patricios por su ecuanimi-
19 dad y apreciado por otras razones. Así y todo, la sedición contra aquellos dos no dejaba de estar en pleno apogeo. Y en el quinto día de dicha sedición, hacia la caída de la tarde, el emperador Justiniano instó a Hipacio y Pompeyo, sobri-

---

servían para lograr sus perversos fines, pero no eran capaces de controlar *(katéchein... oudamê íschyen)* sus más bajos instintos.

205 El autor utiliza la misma expresión *(phýseōs dynámei echrêto)* que al referirse a Juan en I 24, 13.

206 En I 24, 7.

207 Cf. I 24, 11.

nos de Anastasio[208] el que había regido el imperio con anterioridad, a que se fueran cuanto antes a casa, ya por sospechar que se traían entre manos alguna maquinación contra su propia persona, ya porque el destino los llevaba en esa 20
dirección. Pero ellos, temiendo que el pueblo los forzara, como en efecto ocurrió, a asumir el imperio, le dijeron que cometerían una injusticia si abandonaban a su emperador en medio de un peligro tan grande. Al oírlo, el emperador Jus- 21
tiniano dio en recelar todavía más y les ordenó que se marcharan en el acto. De modo que los dos se retiraron a sus casas y durante la noche permanecieron allí tranquilos[209].

Al amanecer del día siguiente, vino a saberse entre el 22
pueblo que ambos se habían marchado de sus dependencias de la corte. Corrió, pues, todo el mundo hacia ellos; e iban ya aclamando como emperador a Hipacio y llevándolo a la plaza para que asumiera el poder, mientras la mujer de Hi- 23
pacio, María, que era discreta y contaba con una grandísima reputación de prudencia, se agarraba a su esposo y no lo dejaba, al tiempo que entre gritos y gemidos ante todos sus allegados insistía en que el pueblo lo llevaba camino de la muerte. Aun así, arrollada por la muchedumbre, soltó ella 24
contra su voluntad a su esposo, y a él, que también contra su voluntad había ido a la plaza de Constantino, la multitud lo llamaba a ocupar el trono imperial. Y como no tenían ni diadema ni ninguna otra cosa con las que se acostumbra coronar a un soberano, le pusieron un collar de oro sobre la cabeza y lo proclamaron emperador de los romanos. Se reu- 25
nieron entonces todos los senadores que coincidía que no se habían quedado en la residencia imperial y muchas de las opiniones expresadas apuntaban a que debían dirigirse al

[208] Emperador del 491 al 518.

[209] *Hēsychazétēn:* cf. I 24, 10 *(hēsýchazon)*.

26 palacio para expugnarlo. Pero Orígenes, un miembro del senado, se adelantó y dijo esto: «En nuestras actuales circunstancias, romanos, la solución final no pasa sino por la guerra. Y que la guerra y el imperio[210] son las más importantes
27 de todas las cosas humanas, eso es algo reconocido. Pero sin duda los asuntos importantes no quieren ser encauzados con las premuras de un momento, sino con el buen juicio de la inteligencia y el esfuerzo del cuerpo, como los hombres han
28 demostrado en el transcurso de los tiempos. Así pues, en el caso de que vayamos a la guerra, nuestra causa estará sobre el filo de la navaja[211]: en un instante nos jugaremos el todo por el todo y, según el resultado final, la fortuna merecerá
29 nuestra adoración o nuestros continuos reproches. Y es que las acciones más impetuosas están casi siempre a merced de la tiranía de la fortuna. Si en la presente situación nos manejamos con la serenidad suficiente, no nos viene a cuento, aunque lo deseemos, apresar a Justianiano en el palacio; que él se alegrará, ¡y qué vivamente!, de que se le deje huir. Pues
30 la autoridad, cuando se la descuida, acostumbra a desmoronarse, porque se va extinguiendo su fuerza día por día. Y mirad que tenemos otras moradas regias: Placilianas y el llamado Palacio de Helena, desde donde este nuevo emperador, poniéndose manos a la obra, debe proseguir la lucha
31 y atender a las demás cuestiones, como mejor sea.» Así habló Orígenes. Pero entonces los otros, a la manera como suele comportarse una muchedumbre, le replicaban con más vehemencia y opinaban que aquélla era la ocasión propicia;

---

[210] Con esta afirmación *(pólemos dè kaì basileía...)* parece que Procopio (muy parco siempre en las alabanzas en su *Historia de las guerras)* está aludiendo y elogiando, por tanto, a Belisario y Justiniano respectivamente.

[211] Para la expresión ya proverbial, cf. ya *Ilíada* X 173 o Heródoto, VI 11, 2.

y más que nadie era Hipacio (pues estaba escrito que le sa-
lieran mal las cosas)[212] el que los incitaba a guiar sus pasos
hacia el Circo[213]. Hay quien asegura que fue adrede lo de ir
a este lugar, porque él pretendía apoyar al emperador.

Los del círculo del emperador estaban indecisos entre 32
dos pareceres: si sería mejor para ellos permanecer allí o
darse a la fuga en sus naves. Y se expusieron muchos argu-
mentos en favor de uno y otro. Y Teodora, la emperatriz, 33
dijo lo siguiente: «En cuanto al hecho de que una mujer en-
tre hombres no debe mostrar atrevimiento ni soltar bravatas
entre quienes están remisos, yo creo que la actual coyuntura
de ningún modo permite considerar minuciosamente si hay
que considerarlo así o de otra manera. Y es que para quienes 34
se encuentran en un grandísimo peligro, no hay nada mejor,
me parece, que ponerse las cosas lo más expeditas que uno
pueda. Yo al menos opino que la huida es ahora, más que 35
nunca, inconveniente, aunque nos reporte la salvación. Pues
lo mismo que al hombre que ha llegado a la luz de la vida le
es imposible no morir, también al que ha sido emperador le es
insoportable convertirse en un prófugo. No, que nunca me 36
vea yo sin esta púrpura, ni esté viva el día en el que quienes
se encuentren conmigo no me llamen soberana. Y lo cierto
es que si tú, emperador, deseas salvarte, no hay problema:
que tenemos muchas riquezas, y allí está el mar y aquí los 37
barcos. Considera, no obstante, si, una vez a salvo, no te va
a resultar más grato cambiar la salvación por la muerte. Lo
que es a mí, me satisface un antiguo dicho que hay: 'el im-

---

[212] La expresión *(chrên gàr hoi genésthai kakôs)* parece tomada de HERÓDOTO (por ejemplo, I 8, 2). Cf. también I 25, 26 (acerca de Juan de Capadocia). Cf. también II 8, 14 y n. 55.

[213] En griego, *ho hippódromos* o, en otros lugares, *tò hippikón* (el Hipódromo).

38 perio es hermosa mortaja'[214].» Cuando la emperatriz habló así, todos recobraron el ánimo y, decididos ya a combatir, se pusieron a deliberar sobre cómo podrían defenderse en el
39 caso de que alguien viniera a atacarlos. En efecto, de entre los soldados, incluidas las tropas que prestaban servicio en la corte imperial, no todos eran afectos al emperador ni querían emprender abiertamente ninguna acción, sino que se mantenían alertas ante el desarrollo de los futuros aconteci-
40 mientos. Todas las esperanzas del emperador estaban puestas en Belisario y Mundo. El primero de ellos, Belisario, había regresado recientemente de la guerra contra los persas trayendo consigo además una escolta poderosa y considerable, así como un grueso de lanceros y de escuderos[215] du-
41 chos en el combate y en los peligros de la batalla. Mundo, por su parte, tras habérsele nombrado general de los ilirios, coincidió por acaso que se encontraba allí porque se le había hecho venir a Bizancio para cierto asunto, y llevaba consigo a unos bárbaros hérulos.

42 Pues bien, cuando Hipacio llegó al Circo, subió en seguida a donde el emperador suele situarse y se sentó en el trono imperial, desde donde el emperador también siempre ha tenido por costumbre contemplar las competiciones hípi-
43 cas y gimnásticas. Mundo salió del palacio a través de una puerta a la que se ha dado el nombre de Caracol por la baja-
44 da circular existente. Belisario, primero, subió derecho hacia el propio Hipacio y el trono imperial y, al acceder a la zona contigua, justo donde hay desde antaño un puesto de guardia, les ordenó a gritos a los soldados que le abrieran la

[214] Acerca de Dionisio I de Siracusa, cf. en Isócrates, VI 45 (con *tyrannís* en vez de *basileía)*.

[215] Los *hypaspistaí*, como cuerpo especial de soldados «con escudo» (y, por tanto, impropiamente «escuderos»), ya se conocían en el ejército macedonio (cf., por ejemplo, Arriano, *Anábasis* II 4,3).

entrada de inmediato, para poder lanzarse contra el usurpador[216]. Pero, como los soldados estaban resueltos a no apo- 45
yar a ninguno de los dos hasta que uno de ellos se alzara claramente con la victoria, aparentaron no oírle y lo dejaron
plantado. Volvió, pues, Belisario junto al emperador y le 46
confirmó que la situación para ellos era desesperada; que en 47
efecto se habían sublevado contra él los soldados que formaban la guardia de palacio. Le ordenó, entonces, el emperador que se encaminara hacia la llamada Puerta de Bronce
y los propileos de allí. Así pues, Belisario, con mucha difi- 48
cultad y no sin peligro y grandes esfuerzos, cruzó por entre las ruinas de aquellos lugares semidestruidos por el fuego y
subió hacia el Circo. Y cuando estuvo junto al Pórtico Azul, 49
que se halla a la derecha del palco imperial, tomó la determinación de dirigirse primero contra el propio Hipacio, pero, como allí había una puertecilla pequeña que se encontraba cerrada y era custodiada desde dentro por los soldados de Hipacio, le entró el temor de que, entorpecido como iba a estar por la estrechez del aquel sitio, la plebe se le echara encima y, tras acabar con él y con todo su séquito, avanzara
ya fácilmente y sin oposición contra el emperador. Enten- 50
dió, por tanto, que debía lanzarse contra la plebe que permanecía a pie firme en el Circo —una muchedumbre inmensa en la que se empujaban unos a otros en medio de un gran desorden—; desenvainó su espada y, tras ordenarles a los demás que hicieran lo mismo, arremetió a la carrera y
gritando contra aquéllos. La gente, en el alboroto y confu- 51
sión en que se encontraba, al ver que aquellos soldados con sus corazas y con mucha fama de valientes y de expertos en

[216] El término utilizado es *týrannos* (cf. el verbo *tyrannô* en I 2, 3, y en otros contextos). Con este sentido ya aparece claramente en la literatura latina y en los escritores eclesiásticos griegos.

la guerra golpeaban con sus espadas sin ningún miramiento,
52 se precipitó a la huida. Se produjo, como es natural, un enorme griterío y Mundo, que se hallaba por allí cerca y quería entrar en acción —pues era hombre temerario y enérgico—, estaba indeciso sobre cómo proceder en aquellas circunstancias, pero, cuando se imaginó que Belisario estaba ya en plena brega, irrumpió de inmediato en el Circo por la entra-
53 da que llaman «de la Muerte». Entonces, los partidarios de Hipacio se vieron batidos a viva fuerza por los dos flancos y fueron aniquilados. Y cuando ya la derrota estaba clara y la matanza de gente era enorme, Boraides y Justo, primos del emperador Justiniano, sin que nadie se atreviera a levantar las manos contra ellos, bajaron del trono a Hipacio y se lo llevaron junto con Pompeyo para entregarlo al emperador.
54 Aquel día murieron más de treinta mil[217] faccionarios y el emperador ordenó poner a aquellos dos bajo severa custo-
55 dia. Entonces Pompeyo se echó a llorar y a proferir quejas que daban lástima —la verdad era que él no había tenido parte alguna en aquellos trágicos sucesos—. Pero Hipacio entre continuos reproches le decía que no debían lamentarse
56 porque fueran a ser ejecutados injustamente: que al principio habían sido forzados contra su voluntad por la plebe y que después habían ido al Circo sin intención de causarle ningún mal al emperador. Pero los soldados mataron a los
57 dos al día siguiente y arrojaron sus cadáveres al mar. Y el emperador registró sus bienes y los confiscó, y también los de todos los demás senadores que tomaron partido por ellos.
58 Luego, sin embargo, a todos éstos e incluso a los hijos de Hipacio y Pompeyo los restituyó en los cargos que antes po-

[217] Zonaras eleva esta cifra a 40.000.

seían y de sus antiguos bienes les devolvió los que casual-
mente aún no había regalado a ninguno de sus amigos. Con
esto acabó la sedición de Bizancio.

Triboniano y Juan fueron, entonces, destituidos de sus car- 25
gos, pero, algún tiempo después, se les restableció a ambos
en sus mismos puestos. Y Triboniano vivió muchos años 2
ejerciendo el cargo y murió de enfermedad, sin sufrir nin-
gún agravio por parte de nadie. Y es que era un hombre
adulador y, por lo demás, agradable y estaba más que capa-
citado para encubrir con su excelente educación aquella
avaricia suya enfermiza. Juan, por el contrario, con todos 3
era igual de duro y cruel, dirigía sus golpes contra quienes
se cruzaban en su camino y, de una sola vez, los despojaba
de todo su dinero sin ninguna consideración. Y cuando se
cumplía el décimo año desde que ocupó el cargo, pagó su
pena, como era de derecho y de justicia, por su comporta-
miento ilegal; y fue del siguiente modo.

La emperatriz Teodora lo odiaba más que nadie. Y Juan, 4
que había chocado con esta mujer por causa de las faltas que
él cometía, pensó que en absoluto tenía por qué ir tras ella
con lisonjas y favores, y ya a las claras empezó a maquinar
calumniándola ante el emperador, sin ruborizarse ante la al-
ta condición de Teodora ni recatarse ante el cariño que el
emperador le profesaba, un cariño que era desmedido. La
emperatriz, al darse cuenta de lo que estaba pasando, se 5
propuso matarlo, pero no pudo de ninguna manera, porque
el emperador Justiniano lo tenía en mucha estima. Juan, por 6
su parte, al enterarse de la intención de la emperatriz con
respecto a él, sintió un gran temor. Cuando se iba a su alco- 7
ba para echarse a dormir, desconfiaba todas las noches de
que algún bárbaro cayera sobre él para matarlo y, sin parar
de asomarse desde su habitación ni perder de vista las en-
tradas, se quedaba en vela, a pesar de que contaba con una

guardia de muchos miles de lanceros y escuderos[218], lo que
8 nunca antes había tenido ningún prefecto[219]. Pero por la
mañana, olvidándose de todo temor de lo divino y de lo hu-
mano, de nuevo, en público y en privado, se convertía en un
azote para todos los romanos. Y frecuentaba a los adivinos,
prestando constantemente oídos a profecías sacrílegas que le
vaticinaban el mando imperial, con lo que era evidente que
hacía castillos en el aire y que se dejaba llevar hasta las altu-
9 ras por sus esperanzas de ocupar el trono. Sin embargo, en
su maldad y en su comportamiento ilegal no se daba des-
10 canso ni conocía límites. Y Dios no le inspiraba ningún res-
peto en absoluto; es más, incluso cuando iba a un templo
para pasar allí la noche rezando[220], no obraba según las
costumbres cristianas, sino que se ponía el capotillo propio
de un sacerdote de esa antigua creencia que hoy suelen lla-
mar «helénica»[221], y durante toda aquella noche no salía de
su boca otra cosa que unas palabras impías que había me-
morizado, prescritas para que la mente del emperador que-
dara aún más sujeta a su poder y para que él mismo no su-
friera daño alguno a manos de ningún hombre.

11 En aquel tiempo Belisario, tras haber sometido Italia,
fue hecho venir por el emperador a Bizancio junto con su
mujer Antonina, con la idea de que movilizara el ejército
12 contra los persas[222]. De todos los demás merecía el aprecio
y una gran consideración; Juan, sin embargo, era el único
que se llevaba mal con él y le hacía el blanco de sus conti-

---

[218] Cf. n. 215.

[219] El término griego *hýparchos* también designa al prefecto del pretorio: cf. n. 202.

[220] Cf. Lucas, 6, 12.

[221] Cf. n. 172.

[222] Hasta el año 540, como dijimos, tras la campaña de Italia, duró aquella «paz indefinida» frnada con Cosroes.

nuas intrigas, y no por nada, sino porque él se atraía el odio de todos y se daba el caso, en cambio, de que Belisario gozaba entre todos de una inmejorable reputación. Estando, en fin, puestas en él las esperanzas de los romanos, marchó de nuevo contra los persas después de dejar a su esposa en Bizancio. Y Antonina, la mujer de Belisario (que estaba, por 13
cierto, más capacitada que nadie para maquinar lo nunca maquinado), decidida a congraciarse con la emperatriz, concibió el siguiente plan. Tenía Juan una hija, Eufemia, con mucha fama de discreción, pero muy joven y por eso mismo bastante fácil de engatusar; y su padre la amaba con delirio, porque además era hija única. A fuerza de mimarla conti- 14
nuamente, Antonina pudo granjearse su más firme amistad y, así, aquélla no veía inconveniente en hacerla partícipe de sus secretos. Y un día en que estaba a solas con ella en su 15
cuarto, Antonina se puso a fingir que lamentaba su mala suerte, quejándose de que Belisario, a pesar de haber ensanchado el imperio romano en mayor medida de lo que nunca antes lo había sido y haber traído a Bizancio a dos reyes como prisioneros de guerra aparte de tanta cantidad de riquezas, a pesar de eso no había recibido sino la ingratitud de Justiniano; y, por lo demás, acusaba en general de injusticia al régimen. Se alegró muchísimo Eufemia con estas pala- 16
bras (pues debido al temor que le infundía la emperatriz también ella estaba resentida contra el gobierno vigente) y le contestó: «La verdad, querida, es que de esto sois vosotros los culpables porque, teniendo como tenéis la posibilidad, no queréis hacer uso de vuestro poder.» Y replicó An- 17
tonina: «Mira, hija, es que no nos vemos con capacidad de emprender ninguna acción revolucionaria en el campamento, si en la operación no nos secunda nadie de los de aquí dentro. Ahora bien, si tu padre estuviera dispuesto, nos arreglaríamos muy fácilmente para esta empresa y conseguiría-

18 mos todo lo que Dios quisiera.» Al oír esto, Eufemia prometió resueltamente que aquello se llevaría a cabo y se retiró de allí para referirle el asunto a su padre de inmediato.
19 También a él le agradaron estas palabras (pues sospechaba que aquella empresa le proporcionaría un camino para que se cumpliera la profecía de su ascenso al trono) y también de inmediato sin ningún reparo estuvo de acuerdo y le pidió a su hija que se ocupara de que al día siguiente pudiera él
20 reunirse con Antonina para hablar y darle garantías. Cuando Antonina supo la opinión de Juan, con el propósito de apartarlo lo más lejos posible de conocer la verdad le aseguró que en aquel momento no le convenía quedar con ella, no fuera a nacer de pronto alguna sospecha suficiente para impedir la realización del plan, pero le dijo que iba a partir de
21 inmediato hacia el este a encontrarse con Belisario. Por tanto, una vez que ella saliera de Bizancio y llegara al suburbio (precisamente el que se llama Rufinianas y que coincidía que era propiedad de Belisario), Juan acudiría allí, como para darle un saludo de despedida y escoltarla, y entonces tratarían sobre la totalidad del asunto y se darían mutuas garantías. Tras estas palabras de Antonina, a Juan le pareció que había hablado al caso y se fijó un día preciso
22 para la operación. La emperatriz, por su parte, al enterarse de toda la trama por Antonina, aprobó lo planeado y con sus ánimos la motivó mucho más aún a su determinación.

23 Cuando llegó la fecha señalada y tras un saludo de despedida a la emperatriz, Antonina partió de la ciudad e hizo alto en Rufinianas, como si al día siguiente fuera a emprender el viaje hacia el este, y allí en efecto acudió también Juan de noche para llevar a término aquello en lo que que-
24 daron. La emperatriz, nada más denunciar ante su esposo lo que Juan planeaba contra el imperio, envió a Narsés, el eunuco, y a Marcelo, el jefe de la guardia de palacio, a Rufi-

nianas con muchos soldados, para que investigaran lo que
pasaba y, en caso de descubrir que lo que Juan pretendía era
una revolución, lo mataran de inmediato y volvieran. Y ellos 25
se pusieron en camino para cumplir esta misión. Cuentan
que el emperador, al enterarse de los hechos, mandó a uno
de los propios amigos de Juan con el encargo de prohibirle
terminantemente que se encontrara con Antonina a escondi-
das. Pero Juan (pues estaba escrito que le salieran mal las 26
cosas)[223], desatendiendo la advertencia del emperador, se
reunió a media noche con Antonina muy cerca de un muro a
cuya espalda coincidía que aquélla había apostado a los que
iban con Narsés y Marcelo, para que pudieran escuchar lo
que se dijese. Y en el momento en que Juan, ya con la len- 27
gua suelta, se comprometía al golpe de mano y lo corrobo-
raba con los más tremendos juramentos, Narsés y Marcelo
de improviso se echaron sobre él. Pero se produjo, como es 28
natural, un tumulto y la escolta de Juan (que estaba por allí
muy cerca) de inmediato se puso junto a él. Y uno de aque- 29
llos guardias hirió a Marcelo, sin saber quién era, con su es-
pada; de esta forma, Juan pudo huir protegido por éstos y
llegó rápidamente a la ciudad. Y si se hubiera atrevido a ir 30
derecho a presencia del emperador, no habría sufrido nin-
guna represalia de su parte; pero la realidad fue que, al refu-
giarse en el templo[224], le dio pie a la emperatriz para que se
valiera a sus anchas de sus intrigas contra él.

Pues bien, fue entonces cuando, de prefecto que era, 31
Juan pasó a ser un simple ciudadano[225]. Y salió de allí para
ser trasladado a otro templo, que se alza en ese suburbio de

---

[223] Cf. I 24, 31 (acerca de Hipacio).

[224] Juan, por tanto, se acogió a sagrado. En efecto, después de ser práctica común, el derecho de inmunidad de las iglesias había sido sancionado ya el 21 de noviembre del 419.

[225] En mayo del 541.

la ciudad de Cícico que sus habitantes llaman Artace. Allí,
muy a su pesar, quedó revestido del hábito sacerdotal, pero
no del de obispo, sino del de presbítero, que es el nombre
32 que suelen darle[226]. Pero no quería de ningún modo ejercer
el ministerio sacerdotal, no fuera a suponerle un obstáculo
para, en un futuro, acceder de nuevo al cargo; y es que tam-
poco quería en absoluto renunciar a sus esperanzas. Sus pro-
33 piedades fueron de inmediato registradas y confiscadas, si
bien el emperador le permitió que se quedara con una gran
34 parte de ellas, porque aún persistía en la idea de perdonarlo.
Allí tenía Juan la posibilidad de vivir despreocupado de
cualquier peligro y cubierto de grandes riquezas (tanto las
que él mismo ocultamente conseguía, como las que por vo-
luntad del emperador permanecieron en su poder), y de en-
tregarse a sus anchas al libertinaje: con un mínimo de sen-
35 satez podía considerar dichosas aquellas circunstancias. Por
ese motivo todos los romanos estaban sencillamente indig-
nados con aquel hombre, porque, siendo como era el más
perverso de todos los demonios, llevaba, contra lo que se me-
36 recía, una vida más feliz que antes. Pero Dios, creo yo, no
toleró que así quedara resuelto el pago de Juan y el castigo
que le preparó fue de consideración. Sucedió lo siguiente.
37 Había en Cícico un obispo llamado Eusebio, cruel, no
menos que Juan, con todos los que se cruzaban en su cami-
no. A este hombre los habitantes de Cícico lo acusaron ante
38 el emperador y lo citaron a juicio. Pero, como no consiguie-
ron nada, dado que Eusebio les buscó las vueltas valiéndose

[226] Este tipo de expresiones (cf. II 9, 14) se debe, como explica Evans, a esa «máscara clásica» que es «puramente literaria» en Procopio, el autor más importante de la escuela de «Profanhistoriker» (desde Amiano hasta Teofilacto), inspirada en los modelos de Heródoto y Tucídides. Por tanto, no existe contradicción con sus creencias cristianas: cf. EVANS, *Greek, Roman and Byz. Stud.* 12 (1971), 83 s. y 90 ss.

de su gran poder, unos jóvenes se confabularon y lo mataron en la plaza pública de Cícico. Daba la coincidencia de 39
que Juan se había llevado muy mal con Eusebio y de ahí que cayeran sobre él las sospechas de haber tramado la conjura. Así pues, se envió a unos miembros del senado para inves- 40
tigar aquel crimen. Lo primero que hicieron fue encerrar a Juan en la cárcel y, luego, a quien había sido un prefecto tan poderoso y había inscrito su nombre entre los patricios y había ascendido a la silla de los cónsules[227] (y no parece que haya nada más importante que esto, al menos en el estado romano), a ése lo dejaron desnudo, como a un bandido o a un ladrón y le surcaron la espalda a golpes[228], obligándole a contarles toda su vida anterior. Y aunque no quedó muy 41
probado que Juan hubiera sido el causante del asesinato de Eusebio, era, si embargo, como si la justicia de Dios le estuviera exigiendo expiar las penas de la humanidad entera. Luego, le quitaron todos sus bienes y lo subieron desnudo a 42
un barco, cubierto sólo con un manto, y muy basto, que había costado unos pocos óbolos; y, dondequiera que el barco anclaba, sus vigilantes le ordenaban pedir pan y unas monedas a quienes le salieran al paso. De este modo, mendigando 43
en todas las escalas de su viaje, fue llevado hasta la ciudad de Antínoo[229] en Egipto. Y va para tres años que lo mantienen allí en prisión. Pero, ni aun después de haberse visto en 44
medio de tales desgracias, renunció él a sus esperanzas de ocupar el trono imperial; es más, decidió acusar a ciertos alejandrinos de deberle dinero al fisco. Así pues, tras nueve

[227] «Se había sentado en la silla curul *(díphros)»*, podríamos traducir; cf. IV *(Guerra vándala* II) 9, 15.

[228] Cf. la expresión *(xaínontes...)*, por ejemplo, en DEMÓSTENES, *Discurso* XIX 197.

[229] Antínoe o Antinópolis, a orillas del Nilo, fundada por Adriano en memoria de su favorito Antínoo.

años, éste fue el castigo que encontró Juan de Capadocia por
la actividad política que había desarrollado.
26 En aquel tiempo el emperador nombró de nuevo a Beli-
sario general de Oriente y, tras enviarlo a Libia[230], se apode-
2 ró del país, como se contará en posteriores libros. Cuando
llegó a los oídos de Cosroes y de los persas, su indignación
fue terrible y ya se estaban arrepintiendo de haber hecho la
paz con los romanos, porque se daban cuenta de que el po-
3 der de éstos iba a más. Así que Cosroes envió embajadores
a Bizancio para decir que se sumaba al regocijo del empera-
dor Justiniano y para reclamar, por supuesto con una son-
risa, la entrega de su parte del botín de Libia, dado que el
emperador no habría sido capaz de vencer en la guerra a los
vándalos si los persas no hubieran firmado con él un armis-
4 ticio. Pues bien, Justiniano entonces le ofreció a Cosroes una
suma de dinero como regalo y poco después despidió a los
embajadores.
5 En la ciudad de Daras, por otro lado, ocurrió el siguiente
suceso. Había allí un tal Juan alistado en infantería. Éste,
confabulándose con unos pocos soldados, no con todos, se
6 propuso usurpar[231] el poder y se adueñó de la ciudad. Se es-
tableció luego en un palacio como en una ciudadela bien de-
fendida, y fue consolidando aquella usurpación cada día más.
7 Y si no hubiera coincidido el hecho de que en ese momento
los persas mantenían la paz con los romanos, de ahí se ha-

[230] Se trata de la campaña contra los vándalos de los años 533 y 534 (cf. los libros III y IV = *Guerra vándala* I y II). Por Libia puede entenderse la parte septentrional de África o, como en otros muchos lugares (cf. III 15, 20), África en general; cf. también, por ejemplo, Heródoto, IV 42; el *Periplo del pseudo Escílax;* y el proverbio *Aeì Libýē phérei ti kainón* (Aristóteles, *Hist. anim.* 606b 20), «Libia (=África) siempre ofrece algo nuevo»; en latín, *Semper aliquid novi Africam afferre* (Plinio, *Hist. nat.* VIII 42).

[231] *Tyrannídi:* cf. nn. 19 y 216.

brían derivado irreparables daños para estos últimos. Pero lo cierto fue que el pacto previamente firmado, como ya dije, impidió la desgracia. Al cuarto día de la usurpación, unos 8
soldados se confabularon y, siguiendo el plan de Mamas, el sacerdote de la ciudad, y de Anastasio, uno de los ciudadanos más distinguidos, subieron al palacio a mediodía, cada uno con un puñal escondido bajo el manto. Primero, en la 9
puerta posterior del patio encontraron a unos pocos guardias, a quienes mataron en el acto. Luego, entraron en la sala y agarraron al usurpador. Hay quien asegura que no fueron los soldados los primeros en hacer esto, sino que, mientras estaban aún dudando en el patio por el miedo que tenían al peligro, un chacinero que iba con ellos saltó dentro con su cuchillo, dio con Juan y lo hirió de forma inesperada. Y 10
también cuentan que el golpe que recibió no fue mortal y que huyó en medio de un gran griterío, para caer de repente en manos de aquellos soldados. Dicen que fue así como 11
agarraron a este hombre y que, de inmediato, le prendieron fuego al palacio, para que por él no les quedara ninguna esperanza a quienes intentasen una revolución; y a Juan se lo llevaron a la cárcel y lo encadenaron. Y que uno de aquellos 12
hombres, temiendo que los soldados, al saber que el usurpador estaba todavía vivo, causaran de nuevo disturbios por la ciudad, mató a Juan y de ese modo puso fin a la agitación. Así se desarrollaron, pues, los acontecimientos relativos a este incidente.

LIBRO II
(GUERRA PERSA II)

SINOPSIS

1. Cosroes busca excusas para romper el tratado de paz. Acude para esto al sarraceno Alamundaro. Justiniano les confía a Estrategio y Sumo la resolución del conflicto. Las acusaciones de Cosroes.—2. El godo Vitigis pretende conseguir que los persas ataquen a los romanos. Su embajada. Cosroes se deja persuadir.—3. El suceso de Simeón en Armenia. La muerte de Amazaspes y Acacio. Justiniano envía a Sitas. El acuerdo con los armenios aspecianos. Por una desafortunada coincidencia empiezan a luchar Sitas y los aspecianos. Muere Sitas. Por orden del emperador marcha contra los armenios Buces, que intenta una reconciliación. Los armenios Juan y Basaces acuden a conversar con el general romano, pero Buces mata a Juan. Basaces escapa y, con otros caudillos armenios, se presenta ante Cosroes para pronunciar un grave y elocuente discurso contra el imperialismo de Justiniano y contra el armisticio que éste firmó con los persas. Éstos deciden romper el tratado de paz.—4. La aparición del cometa. Las invasiones de los hunos. Los persas declaran definitivamente la guerra e invaden el territorio romano. Justiniano intenta disuadir a Cosroes y envía a Anastasio con una carta para el rey persa.—5. Cosroes rompe abiertamente el tratado de «paz indefinida» y entra en territorio romano. Pasa por las plazas de Circesio y Zenobia sin asaltarlas, pero se detiene junto a la ciudad de Sura y, atendiendo a un augurio de los magos, la ataca y finalmente la conquista con una estratagema. Poco después le ofrece a Cándido, obispo de Sergiópolis,

la posibilidad de redimir por una cantidad de dinero a los cautivos de Sura.—6. El Imperio de Oriente se divide en dos partes, una bajo el mando de Belisario y la otra de Buces. Discurso de Buces a los ciudadanos de Hierápolis para aconsejarles con respecto al ataque persa. La defensa de Antioquía. El obispo Megas es enviado a conversar con Cosroes cerca de Hierápolis. El persa recibe dinero y se retira.—7. Cosroes llega a Berea y Megas a Antioquía. Los sucesos en ambos lugares. Después de lo ocurrido, Megas vuelve a Berea donde le reprocha a Cosroes sus actos de violencia. Los discursos del rey persa y del obispo. Megas consigue que los de Berea salgan indemnes. Cosroes se retira a su patria.—8. El rey persa avanza contra Antioquía. Los antioquenos rehúsan pagarle el dinero que pedía y se burlan de él. El asalto de la muralla. Los soldados que defienden la ciudad huyen. Otros sucesos. Zaberganes habla ante Cosroes. La toma de Antioquía.—9. Discurso de Cosroes. La doblez y el carácter del rey. Pequeña digresión sobre la fortuna. Saqueo e incendio de Antioquía.—10. Un milagro había revelado con anterioridad a este suceso el futuro de Antioquía. El pensamiento de Procopio respecto a la actuación divina. Nuevas conversaciones entre Cosroes y los embajadores antioquenos. Se llega a un acuerdo que incluye el pago a Cosroes de una suma en aquel momento, además de una cantidad anual.—11. Cosroes en Seleucia y Apamea. El templo del arcángel Miguel en Dafne, el suburbio de Antioquía. Un fragmento de la cruz de Cristo en Apamea y el milagro que se produjo. Cosroes entra en la ciudad y, sin respetar los pactos, se lleva todos su tesoros a excepción del *Lignum Crucis*. Cosroes contempla las carreras del Circo y favorece a los verdes.—12. Cosroes en Calcis de Siria. Edesa y la tradición del rey Abgaro sobre su enfermedad y su correspondencia con Jesús. Según esa misma tradición Edesa nunca sería conquistada. Cosroes, después de ciertos problemas, renuncia a ello, aunque exige el pago de una suma de dinero.—13. Justiniano le escribe una carta a Cosroes. Carras y Constantina. Relato sobre lo que, en su tiempo, le ocurrió a Cabades en esta última ciudad. Cosroes asedia Daras, pero, tras varios sucesos, se retira sin conquistarla. Así termina la primera invasión persa.—14. Cosroes construye en

Asiria una ciudad a la que llama Antioquía de Cosroes. Los diversos desastres que sufrió Antioquía. Belisario vuelve de Italia a Bizancio y marcha contra Cosroes por orden de Justiniano.—15. Cosroes en la Cólquide. Lazos y romanos. Los lazos pretenden pasarse a los persas. Discurso de los embajadores de Lácica. Cosroes accede y los lazos se ofrecen a ayudarle en todo. Cosroes mantiene en secreto todos estos planes.—16. Belisario llega a Mesopotamia y se dispone a luchar contra los persas. Por propia iniciativa y por mandato de Justiniano se resuelve a invadir el territorio persa. Todos los oficiales lo siguen.—17. Cosroes entra en Lácica con su ejército. Asedia y conquista la ciudad de Petra.—18. Belisario marcha de Daras a Nísibis. Discurso ante los oficiales. Pedro y Juan no acampan en el lugar escogido por Belisario y sufren el ataque persa. Belisario acude en su defensa. Los persas arrebatan el estandarte de Pedro y se burlan de los romanos desde las murallas.—19. Belisario se aleja de Nísibis y llega a Sisauranón. Aretas y sus sarracenos son enviados a Armenia. Las tropas que defendían Sisauranón se quedan sin provisiones y capitulan. Aretas no regresa al campamento romano. La enfermedad diezma el ejército y los oficiales le piden a Belisario que los deje volver a su tierra. Belisario acepta y con esto acaba la invasión romana. Cosroes se entera de lo ocurrido y también pone fin a la segunda invasión persa.—20. Cosroes inicia una tercera invasión. No puede conquistar Sergiópolis. El rey pretende marchar hacia Palestina y saquear Jerusalén. Justiniano envía de nuevo a Belisario, que llega a Europo. Los oficiales de Hierápolis le piden que acuda a esta ciudad en su auxilio, pero él les aconseja que vayan con su ejército a Europo.—21. Cosroes envía un embajador a Belisario. El general se entera y traza un plan. El embajador persa vuelve a Cosroes y, asombrado de lo que ha visto, aconseja al rey que regrese a su tierra. Cosroes comienza la retirada y allí mismo negocia de nuevo la paz con los romanos. En su regreso y despreciando los acuerdos, toma la ciudad de Calinico. Basaces y los armenios vuelven con los romanos y marchan a Bizancio. Belisario es enviado a Italia.—22. La epidemia de peste. Las características de la enfermedad y su especial virulencia. Síntomas distintos. No pudo encontrarse ningún

remedio. El caso de las mujeres embarazadas. Otros detalles.—23. Lo que ocurrió en Bizancio a raíz de la enfermedad. Cómo se llegó a enterrar a los muertos. Cambios morales en los habitantes de Bizancio. El hambre y el abandono de las actividades. La peste pasa a tierra persa y a otros pueblos.—24. La peste ataca al ejército de Cosroes. Embajada a los romanos. Justiniano, tras varias informaciones, decide invadir el territorio persa. Se reúnen las fuerzas romanas y entran en tierra enemiga.—25. La comarca de Dubio. El plan de Nábedes. Los romanos atacan al ejército persa en un terreno desfavorable y son derrotados.—26. La cuarta invasión de los persas. Cosroes pretende conquistar Edesa pero, por miedo a fracasar, les dice a los habitantes que se retirará si le pagan una gran suma de dinero. Los persas comienzan a construir un terraplén. El médico Estéfano le suplica a Cosroes que, por los antiguos servicios prestados a su padre y a él, deje en paz a Edesa. Condiciones que dicta Cosroes. Nuevos intentos de los habitantes de Edesa para convencer al rey persa.—27. Los romanos hacen un túnel para destruir el terraplén. Le prenden fuego por debajo y recurren a otros ardides. Tras varios combates menores, Cosroes propone acordar la paz, pero los romanos retrasan el encuentro. Cosroes decide atacar con todo su ejército y es rechazado en diversas ocasiones. Finalmente conciertan un acuerdo de paz.—28. Nuevas circunstancias. Otra embajada romana llega ante Cosroes y se firma otro tratado de paz por cinco años. No hay buenas intenciones por parte de Cosroes al firmar el acuerdo. El rey persa decide conquistar Daras y Lácica. Acerca de Lácica. El plan para conquistar Daras fracasa. Isdigusnas llega a Bizancio. Justiniano lo trata muy afectuosamente.—29. Los planes de Cosroes para matar a Gubaces y apoderarse de Lácica. Gubaces recurre a Justiniano. El territorio de Lácica. El proceder de Gubaces y la ineptitud de Dagisteo. Sus intentos frustrados en la conquista de Petra.—30. Merméroes atraviesa la fronteras de Iberia para salvar Petra. Unos romanos guiados por Juan Guces penetran en la ciudad. Las tropas de Merméroes luchan contra la patrulla de romanos en un estrecho paso junto al río Fasis. Dagisteo acude en ayuda de los romanos. Llega Merméroes a Petra y encuentra la guarnición persa diezmada. Deja allí

a tres mil hombres y se marcha con el resto del ejército. El río Fasis. Justiniano envía otro ejército bajo el mando de Recitango. Cinco mil persas del ejército de Merméroes se quedan en la zona y acampan junto al Fasis. Las tropas de Dagisteo se unen a las de los lazos. Romanos y lazos destruyen la avanzadilla de los persas y atacan al resto de las fuerzas persas. Los persas se retiran y romanos y lazos regresan a sus territorios. Concluye el cuarto año de la tregua. Muere la emperatriz Teodora y Juan de Capadocia vuelve a Bizancio. Sus sueños de convertirse en emperador y cómo, en cierta forma, llegó a vestir el atuendo de «Augusto».



No mucho tiempo después, Cosroes, al enterarse de que Belisario había empezado a ganar también Italia para el emperador Justiniano, ya no fue capaz de reprimir sus intenciones, sino que se dispuso a idear pretextos para romper el 1
tratado con alguna razón aparente. Y en una conversación al 2
respecto con Alamundaro[1] le ordenó que buscara motivos
para la guerra. Él, entonces, acusó a Aretas de haber violado 3
las fronteras de su territorio, de manera que trabó combate contra él durante el armisticio y, con aquel pretexto, comen-
zó a efectuar correrías en suelo romano. Afirmaba que él no 4
había roto el tratado de persas y romanos, porque ni éstos ni
aquéllos lo incluyeron como firmante. Y realmente así era, 5
pues nunca se había hecho mención de los sarracenos en los tratados, por estar englobados bajo el nombre de persas y
romanos. Esa región, que en aquel tiempo se la disputaban 6
los dos grupos de sarracenos[2], se llama Estrata y se encuentra en dirección sur desde la ciudad de Palmira[3]. Y en ningún lugar produce ni árbol ni ninguno de los buenos frutos de la cosecha, por estar increíblemente agostada por el sol, si bien desde antiguo se viene destinando a pasto de ganado.
Lo cierto fue que Aretas sostenía que aquel territorio era de 7

[1] Era el rey de los sarracenos, leal a Cabades y a los persas en general.

[2] Unos eran súbditos de los romanos y los otros de los persas.

[3] En hebreo Tadmor (cf. *II Crónicas* 8, 4), situada en el desierto sirioarábigo.

los romanos y como prueba alegaba el propio nombre que de todos había recibido desde muy atrás («Estrata»[4], en efecto, es como se dice en latín camino pavimentado), sir-
8 viéndose del testimonio de unos hombres muy ancianos. Pero Alamundaro no pretendía de ningún modo porfiar por el nombre y lo que afirmaba era que, de antiguo, los dueños de
9 los ganados le pagaban un precio por aquellos pastos. De ahí que el emperador Justiniano le confiara el arbitraje de los puntos que se discutían a Estrategio, un patricio, administrador de los tesoros imperiales, y por lo demás un hombre prudente y de noble linaje; y también a Sumo, que había estado al
10 frente de las tropas de Palestina. El tal Sumo era hermano de Julián, el que poco antes había ido como embajador ante
11 los etíopes y homeritas[5]. Y uno de estos dos, Sumo en concreto, estimaba que los romanos no debían entregar el territorio; Estrategio, por el contrario, le pedía al emperador que, por una región pequeña y carente de toda importancia, y que además era absolutamente infértil e improductiva, no le facilitara a los persas, deseosos como estaban de la guerra, pretextos para declararla. Pues bien, el emperador Justiniano estuvo recapacitando sobre este asunto y se empleó mucho tiempo en la resolución del conflicto.

12 Pero Cosroes, el rey persa, aseguraba que Justiniano había roto el acuerdo, porque últimamente había desplegado una gran intriga contra su casa, con el intento que hizo de ganarse a Alamundaro estando en vigor ese tratado de paz.
13 Pues, según decía, Sumo había llegado ante él, a título de arbitraje como puede suponerse, y había tratado de sobornarlo con la promesa de grandes riquezas a condición de que se pasara a los romanos, presentándole también una carta que

---

[4] Gr. *Strâta*, lat. *strata* («calzada»), del verbo *sterno*.

[5] Cf. I 20, 9.

Justiniano le había escrito a Alamundaro sobre este asunto.
Y sostenía que el emperador le había mandado una misiva a 14
ciertos grupos de hunos en la que los animaba a lanzarse contra el territorio persa y causar los mayores daños en aquellas regiones. Acerca de esta carta aseguraba él que los propios hunos habían venido a su presencia para entregársela en mano.
Éstas eran las acusaciones de Cosroes en su propósito de 15
romper el tratado. Si realmente estaba o no diciendo la verdad, eso es algo a lo que no sé responder.

Entretanto, Vitigis, el jefe de los godos, tras haber salido 2
malparado en la guerra[6], envió a presencia de Cosroes, para persuadirlo de dirigir su ejército contra los romanos, a dos embajadores; pero no godos, para que por la propia evidencia de quiénes eran no fracasara aquella gestión, sino sacerdotes ligures, que por una gran cantidad de dinero fueron
inducidos a llevarla a cabo. Uno de ellos, el que mostró un 2
aspecto de mayor dignidad, había tomado la apariencia y el nombre de obispo, que no le correspondía en absoluto, y se puso al frente de la embajada; el otro, por su parte, le se-
guía como asistente. Y cuando iban de camino hacia las tie- 3
rras de Tracia, se hicieron con la compañía de uno de por allí para que fuera su intérprete de siríaco y griego, y pasando inadvertidos entre todos los romanos alcanzaron los dominios persas. Y es que, como estaba en vigor el armisticio, la vigilancia allí no era rigurosa. Y cuando llegaron a pre-
sencia de Cosroes, le dijeron lo siguiente: «Resulta que to- 4
dos los demás embajadores, majestad, desempeñan su legación, la inmensa mayoría de las veces, buscando su propio provecho; sin embargo, Vitigis, rey de los godos y de los

[6] En el 540, tras la capitulación de Rávena en la primera campaña de Italia (535-540). Recuérdese que por godos debemos entender «ostrogodos».

italianos, nos ha enviado a nosotros para que hablemos en defensa del imperio que su majestad gobierna; y considere que es él en persona quien está ahora aquí presente pronun-
5 ciando estas palabras. Si alguien, señor, afirmara en resumen que ha entregado su reino y todos sus hombres a Justi-
6 niano, estaría diciendo lo correcto. Y es que, por tratarse de alguien por naturaleza inclinado a los cambios[7], amante de lo que de ningún modo le pertenece e incapaz de mantenerse en lo ya establecido, ha aspirado a conquistar la tierra entera y se ha empeñado en apoderarse de cada uno de los
7 demás imperios. En consecuencia, como no podía atacar por sí solo a los persas, ni se hallaba en disposición de marchar contra otros mientras los persas estuvieran haciéndole frente, decidió, so pretexto de la paz, engañarle y, sometiendo al resto mediante la violencia, reunir grandes fuerzas contra el
8 imperio que su majestad gobierna. Así pues, tras haber aniquilado ya el reino de los vándalos y haber subyugado a los moros, y mientras los godos en nombre de nuestra amistad con él le dejábamos el campo libre[8], Justiniano se iba procurando grandes riquezas y muchos hombres, y ahora ha ve-
9 nido contra nosotros. Y está claro que, en caso de que también sea capaz de destruir totalmente a los godos, irá con nosotros y con todos los ya esclavizados a la guerra contra los persas, sin tomar en cuenta la palabra "amistad" ni rubo-
10 rizarse ante nada de lo que tiene jurado. De modo que, mientras aún le quede a su majestad alguna esperanza de salva-

---

[7] O «amigo de novedades», con un adjetivo *(neōteropoiós)* que se aplica a los atenienses en Tucídides I 70, 2.

[8] La mención de los moros alude a la campaña de África (533-534): cf. I 26, 1 ss. En cuanto a los godos, recordemos que Justiniano y Amalasunta, hija de Teodorico, eran amigos. Cuando Teodato la depuso, Justiniano, deseando apoderarse de Italia, le declaró la guerra al nuevo rey. A Teodato lo sucedería en el trono poco después Vitigis.

ción, no nos cause a nosotros ningún daño más, ni lo sufra; por el contrario, mire en nuestras desgracias cuántas son las que poco más tarde les van a suceder a los persas, y piense que los romanos nunca podrían albergar buenas intenciones hacia su trono y que, en cuanto se hagan más poderosos, no vacilarán en
demostrar su odio a los persas. Aproveche, pues, la posibilidad, 11
ahora que es el momento, no sea que vaya a buscarla cuando ya se le haya ido. Que, cuando se pasa la ocasión oportuna[9], lo natural en ella es no volver. Mejor es estar seguro por haberse uno anticipado que, por haber llegado más tarde de lo preciso, sufrir la mayor de las afrentas a manos de los enemigos.»

Cuando Cosroes escuchó todo esto, le pareció que Viti- 12
gis le estaba aconsejando bien y le entraban aún más ganas de romper el tratado. Y es que, dominado por su envidia al emperador Justiniano, decidió no tener en cuenta en absoluto el hecho de que estas palabras se las dirigieran unos
hombres que eran enemigos a muerte de aquél. Pero, como 13
en realidad quería, vino voluntariamente a dejarse persuadir; efecto que también surtieron para él poco después los discursos de armenios y lazos, según voy a dejar dicho en seguida.
Sin embargo, las acusaciones que éstos presentaban contra 14
Justiniano se podrían creíblemente considerar verdaderos elogios para cualquier emperador que se preciara de ello: que todo su afán era ensanchar su imperio y hacerlo mucho
más célebre. Y es que lo mismo se le podría achacar a Ciro, 15
el rey de los persas, y a Alejandro de Macedonia. Pero lo cierto es que la justicia no está acostumbrada a convivir con la envidia. Por eso Cosroes intentaba romper el tratado.

Entretanto, ocurrió también este otro suceso. Aquel Si- 3
meón[10], el que cedió Farangio a los romanos, convenció al

[9] Cf. I 4, 5, y n. 31.

[10] Cf. I 15, 28 s.

emperador Justiniano, mientras aún estaba la guerra en su
2 culmen, para que le regalara algunas aldeas de Armenia. Y,
tras convertirse en señor de aquellos lugares, murió víctima
3 de un complot a manos de sus antiguos poseedores. Una vez
consumada la fechoría, los autores del asesinato huyeron a
territorio persa: eran dos hermanos, hijos de Peroces. El rey,
después de enterarse de aquello, le entregó las aldeas a Amazaspes, sobrino de Simeón, y lo nombró gobernador de Ar-
4 menia. Al tal Amazaspes, andando el tiempo, se puso a acusarlo un amigo del emperador Justiniano, llamado Acacio,
de maltratar a los armenios y de querer entregarles a los per-
5 sas Teodosiópolis y algunas otras plazas. Esto fue lo que
dijo Acacio y, por voluntad del emperador, mató a Amazaspes con malas artes y obtuvo él entonces el gobierno de
6 Armenia por concesión de Justiniano. Y malvado como era
por naturaleza, obtuvo también con esto un medio a través
del cual demostrar sus instintos. Lo cierto fue que se convirtió en el más cruel de todos los hombres para con sus
7 súbditos. Pues los despojaba de sus pertenencias sin ninguna consideración y les impuso el pago de un tributo, nunca
visto, de cuatro centenarios[11]. Pero los armenios, incapaces
de soportarlo más, se confabularon para matarlo y se refugiaron luego en Farangio.

8 Por este motivo, el emperador envió a Sitas desde Bizancio contra ellos. Sitas, en efecto, permanecía allí desde
9 que los persas firmaron el tratado con los romanos. Llegó,
pues, a Armenia, pero, al principio, emprendió la guerra de
forma remisa y se apresuró, sin embargo, a tranquilizar a los
habitantes y hacerlos regresar a sus anteriores dominios, con
la promesa de que convencería al emperador para que les
10 perdonara el pago del nuevo tributo. Pero como el empera-

[11] Cf. I 22, 3 s.

dor, instigado por las calumnias de Adolio, el hijo de Acacio, le afeaba con continuos reproches aquella vacilación, Sitas entonces se fue preparando ya para el combate. Así, 11
primero intentó persuadir a algunos armenios con la promesa de muchos beneficios para que se unieran a él, con el fin de que le fuera más fácil y menos penoso someter al resto.
Y fue la tribu de los llamados aspecianos, poderosa y rica en 12
hombres, la que quería pasarse a él. De modo que mandaron 13
emisarios a presencia de Sitas y le pidieron que les diera garantías por escrito de que, si en plena acción abandonaban a sus congéneres y venían a las filas romanas, permanecerían sin sufrir en absoluto ningún daño y conservarían sus posesiones. Sitas escribió gustosamente un documento dándoles 14
garantías, tal y como le solicitaban, y tras sellar aquel escrito se lo remitió. Confiado, pues, en que gracias a ellos 15
vencería en la guerra sin luchar, avanzó con todo su ejército hacia un lugar llamado Enocalacón, donde coincidía que estaban acampados los armenios. Pero, casualmente, los que 16
llevaban el documento tomaron por otro camino y no pudieron encontrar a los aspecianos. Sin embargo, una parte del 17
ejército romano sí encontró a unos pocos de esta tribu y, como los soldados no estaban al tanto del acuerdo, los trataron como a enemigos. Y el propio Sitas cogió en una cueva 18
a algunos de sus niños y mujeres y los mató, ya fuera por no entender lo que había ocurrido o por estar enojado contra los aspecianos porque no se pasaban a sus filas tal como estaba acordado.

Montaron aquéllos ya en cólera y con todos los demás 19
se aprestaron para la lucha. Pero, como unos y otros se hallaban en terreno ásperos y peñascosos, no se pusieron a combatir en un solo punto, sino que se dispersaron entre la falda de las montañas y los barrancos. Sucedió, pues, que unos pocos armenios y Sitas con algunos de su séquito lle-

garon a un lugar donde estaban muy cerca unos de otros,
20 con un barranco en medio. Ambas eran tropas de a caballo.
Sitas, entonces, acompañado de unos cuantos, iba a cruzar
aquel barranco para dirigirse contra los adversarios, pero los
armenios retrocedieron algo y se detuvieron; y Sitas no con-
21 tinuó persiguiéndolos sino que se quedó allí. De repente, un
soldado romano, de origen hérulo, que se había lanzado en
persecución de los enemigos, regresó impetuosamente y lle-
gó junto a la guardia de Sitas. Dio la coincidencia de que
éste había clavado su lanza en el suelo y el caballo del hé-
22 rulo, con el impulso que traía, se cayó encima y la partió. El
general se disgustó muchísimo y uno de los armenios, al
verlo, lo reconoció, pues resultaba que no tenía casco en la
cabeza y les aseguró a todos los demás que aquél era Sitas.
Por este hecho, no se les pasó inadvertido a los enemigos
23 que él había llegado allí sólo con unos pocos. Sitas, enton-
ces, al escuchar al armenio decir eso, y como la lanza, según
se ha contado, estaba rota en el suelo, desenvainó la espa-
24 da y de inmediato empezó a cruzar el barranco. Pero los
enemigos avanzaron contra él con gran ardor y uno de ellos
lo sorprendió en el mismo barranco y le asestó en lo alto de
la cabeza un golpe sesgado, que le rebanó toda la carne de
25 esa zona, si bien el hierro no llegó a tocarle el hueso. Y Si-
tas siguió avanzando aún más que antes, pero Artabanes,
hijo arsácida[12] de Juan, cayó sobre él por detrás y lo mató
26 hiriéndolo con su lanza. Fue así como Sitas dejó este mun-
do, sin merecer ningún miramiento, de una forma indigna de
su valor y de las hazañas que siempre había realizado contra
los enemigos, un hombre que había sido bellísimo de cuer-

[12] Cf. n. 15.

po, buen guerrero[13] y excelente general, no inferior a ninguno de los de su tiempo. Hay quien asegura que Sitas no 27
murió a manos de Artabanes, sino que acabó con él Salomón, un armenio absolutamente desconocido.

Tras la muerte de Sitas, el emperador ordenó a Buces 28
marchar contra los armenios. Éste, cuando ya estuvo muy cerca, les mandó emisarios con la promesa de una reconciliación del emperador con todos los armenios y con una petición: que para tratar estos asuntos vinieran a conversar con
él algunas de las personas más reputadas de su nación. Lo 29
cierto era que, en general, los armenios ni podían creer en Buces ni querían aceptar sus propuestas. Pero había un arsácida, de nombre Juan, gran amigo de Buces, que sí confiaba en él, como amigo suyo que era, y con Basaces, su pariente[14], y otros pocos vino a su presencia. Mas, cuando llegaron y pusieron su campamento en aquel sitio donde al día siguiente iban a encontrarse con Buces, se dieron cuenta de
que se hallaban rodeados por el ejército romano. Así pues, 30
su yerno Basaces no paraba de repetirle a Juan que emprendiera la huida. Pero, como no podía persuadirlo, lo dejó allí solo, y con todos los demás, escapando a la vigilancia ro-
mana, cogió otra vez el mismo camino de vuelta. Y Buces 31
encontró a Juan solo y lo mató. Desde ese momento, puesto que los armenios ya no tenían ninguna esperanza de alcanzar un futuro acuerdo con los romanos y eran además incapaces de superar al emperador en el campo de batalla, vinieron ante el rey persa guiados por Basaces, un hombre enérgico.
Y los que entonces eran sus principales caudillos llegaron a 32
presencia de Cosroes y le dijeron lo siguiente: «Muchos de

[13] Procopio, en esta descripción de Sitas *(tó te sôma... kalòs... kaì agathòs tà polémia)*, ha recordado aquel antiguo ideal del hombre griego *kalòs kaì agathós:* cf., por ejemplo, HERÓDOTO, I 30, 4; TUCÍDIDES, IV 40, 2.

[14] Su yerno, según se concreta poco más abajo.

nosotros, señor, somos arsácidas[15], descendientes de aquel Arsaces, que coincidía que no era alguien ajeno a la realeza parta, cuando el estado persa estaba sometido a los partos, y que se convirtió en un rey más ilustre que cualquier otro de
33 su tiempo. Y ahora estamos todos aquí ante vos[16] convertidos en esclavos y fugitivos, pero no por nuestra voluntad, sino más que nada forzados en apariencia por el poder ro-
34 mano, aunque de hecho, majestad, por su propia decisión, si se admite que quien les da la fuerza a los que quieren cometer injusticias, ése debiera cargar también merecidamente con la culpa de sus fechorías. Os expondremos la cuestión desde poco más atrás para que podáis[17] seguir todo lo ocu-
35 rrido. Lo cierto es que Arsaces[18], el último rey de nuestros antepasados, abdicó de su trono voluntariamente en favor del emperador Teodosio, a condición de que todos los que a lo largo del tiempo pertenecieran a su familia vivieran por entero a sus anchas y no quedaran en ningún caso sujetos a
36 tributación. Y mantuvimos lo convenido hasta que vosotros firmasteis ese tan pregonado armisticio, que uno podría calificar, creemos, sin temor a equivocarse, de común perdi-
37 ción. Y es que, despreocupándose desde entonces de amigos y de enemigos, éste que es su amigo de palabra, pero su adversario de hecho, majestad, ha confundido y revuelto todo
38 lo humano; y eso podrá su majestad comprobarlo en no mucho tiempo, tan pronto como sea él capaz de someter por

---

[15] Cf. I 5, 10, y n. 47.

[16] *Eis hymâs,* mayestático, en el original, como también en alguna otra línea más abajo.

[17] *Dynésesthe,* de nuevo mayestático.

[18] Como ya advertimos, todos los sucesores tomaron el nombre del fundador, Arsaces I. Recuérdese, asimismo, que sobre el 390, bajo el imperio de Teodosio el Grande, Armenia fue dividida en una parte bizantina y otra persa, o Persarmenia (cf. I 10, 1, y n. 75), gobernada por un arsácida.

completo las naciones de occidente. Pues, ¿cuál de las cosas antes prohibidas no ha hecho él?, ¿o cuál de las bien establecidas no ha trastornado? ¿Es que no nos ha ordenado el 39
pago de un tributo, que antes no existía; o es que no tiene esclavizados a los tzanos, cuyos territorios lindan con los nuestros y que eran independientes; o acaso al rey de los pobres lazos no le ha impuesto un gobernador romano? Un acto, por cierto, que ni se ajusta al curso natural de los acontecimientos ni es fácil de explicar con palabras. ¿Es que a 40
los bosforitas[19], súbditos de los hunos, no les mandó generales y se hizo con la ciudad, que no le pertenecía; y no ha firmado una alianza militar con los reinos hunos, de los que se daba el caso de que los romanos nunca habían oído hablar? Pero es que hasta se ha adueñado de los homeritas y 41
del mar Rojo, y está anexionando el palmeral[20] al imperio romano. Y omito mencionar lo que les ha pasado a libios e 42
italianos. El mundo entero no es suficiente para este hombre; poca cosa es para él apoderarse a un tiempo de la humanidad toda. Incluso no para de mirar a un lado y a otro 43
del cielo y está rastreando los rincones más escondidos de más allá del océano, con la pretensión de procurarse alguna otra tierra habitada. Así que, ¿por qué duda aún, majestad? 44
¿Por qué continúa respetando esa paz que va a ser la peor de las perdiciones? ¡Ah, sí!, ¿para que haga de su majestad el último bocado de todos? Y si quiere, señor, saber qué clase 45
de hombre puede llegar a ser Justiniano con quienes ceden ante él, el ejemplo lo tiene cerca en nosotros mismos y en los desdichados de Lácica; y en cuanto a cómo acostumbra él a 46
tratar a los desconocidos y a los que no le han hecho ningún daño, piense en los vándalos, godos y moros. Pero todavía 47

[19] Los habitantes de la ciudad de Bósforo: cf. I 12, 6.

[20] Cf. I 19, 1 ss.

no hemos hablado de la cuestión capital. ¿Es que a su siervo Alamundaro no se ha tomado el trabajo, poderosísima majestad, de intentar captarlo con engaños durante el armisticio y apartarlo de su rey; y no se empeñó recientemente en aliarse con los hunos, un pueblo al que en absoluto conoce, para poner a su majestad en aprietos? Aun así, en ningún
48 momento se ha realizado un acto más insólito que éste. Y es que, tras darse cuenta, creo yo, de que la conquista de occidente casi había llegado a consumarse, la ha emprendido ya, señor, en oriente, porque sólo le queda el imperio persa con
49 el que entablar combate. Pues bien, por su parte, el tratado, señor, ya está roto y ha sido él quien ha puesto fin a la paz
50 indefinida[21]. Y es que la paz la rompen no quienes sean los primeros en tomar las armas, sino aquéllos a quienes se les coge maquinando contra sus vecinos durante el tiempo del
51 tratado. Pues la culpa recae sobre quien ha hecho el intento, aunque no haya tenido éxito. Y cuál va a ser la marcha de la guerra, eso le resulta evidente a cualquiera. Pues los que siempre suelen superar a los enemigos no son los que buscan causas de guerra, sino los que se defienden de quienes
52 las buscan. Además, tampoco la lucha se librará en igualdad de fuerzas. Pues da la coincidencia de que la mayor parte de los soldados romanos están en los confines del mundo y, en cuanto a los dos mejores generales que tienen, a uno, Sitas, venimos de matarlo y a Belisario ya no va a volver a verlo Justiniano, porque, desatendiendo sus órdenes, ha pemane-
53 cido en occidente como dueño él en persona de Italia[22]. De manera que, si su majestad avanza contra los enemigos, no le saldrá nadie al paso y nos tendrá a su lado como guías de

[21] El juego de palabras es evidente: *spondaîs... péras taîs aperántois.*

[22] Esta acusación, fruto de la envidia en no pocos casos, rondó siempre a la figura de Belisario, por supuesto también entre sus propios compatriotas; cf. IV *(Guerra vándala* II) 8, 1 ss.

su ejército, y no ya con nuestra mejor disposición, lógica-
mente, sino con nuestro gran conocimiento de esos luga-
res.»

Cuando Cosroes escuchó estas palabras, quedó compla- 54
cido y, tras convocar a todos los nobles de más puro linaje
persa, les reveló lo que le había comunicado por escrito Vi-
tigis y lo que le dijeron los armenios, y les propuso que de-
liberaran acerca de lo que se debía hacer. Se expresaron 55
entonces muchas opiniones en uno y otro sentido, pero al
final se decidió que debían declarar la guerra a los romanos
al comienzo de la primavera; pues ya estaba avanzado el 56
otoño de aquel año, que era el decimotercero desde que Jus-
tiniano ocupó el trono imperial[23]. Sin embargo, los romanos 57
no sospechaban nada, ni creían que los persas fueran a rom-
per nunca aquel tratado de paz que se llamó «indefinido»,
aunque sí sabían de oídas que Cosroes le reprochaba a su
emperador los éxitos que había logrado en occidente y que
lanzaba contra él esas acusaciones que poco antes he men-
cionado.

En aquel entonces también apareció el cometa[24], prime- 4
ro comparable a la altura de un hombre, pero luego mucho
mayor. Se perdió por occidente y salió por oriente, siguien-
do al propio sol; pues el sol estaba en Capricornio y aquel 2
astro en Sagitario. Algunos lo llamaban «el pez espada»[25],
porque era muy largo y tenía bastante afilada la punta, y

[23] El 539.

[24] Pensamos que Evans acierta al opinar que Procopio cree en los *omina* (aunque, siguiendo una norma muy herodotea, no intenta convencer al lector), o que al menos eso es lo que puede deducirse de la presentación de estos hechos: cf. Evans, *Greek and Byz. Stud.* 12 (1971), 86 s.

[25] El mismo nombre para un cometa en Plinio, *Historia natural* II 89.

otros «el barbudo»[26], y se dejó ver durante más de cuarenta
3 días. Pues bien, los entendidos en estas cuestiones no se ponían de acuerdo en absoluto, sino que unos predecían que era una cosa y otros otra la anunciada por aquel astro. Por mi parte, yo sólo escribo lo que ocurrió y le dejo a cada cual
4 que de lo sucedido conjeture lo que quiera. Inmediatamente un ejército de hunos cruzó el río Istro[27] y cayó sobre Europa entera, cosa que ya había ocurrido antes muchas veces, pero que nunca había causado males tan numerosos ni tan graves a los hombres que habitaban esa zona. Y es que, desde el golfo Jónico[28] hasta los suburbios de Bizancio, estos bárba-
5 ros lo saquearon todo. Tomaron treinta y dos fortalezas de Iliria y conquistaron a viva fuerza Casandrea[29] (llamada por los antiguos Potidea, según sabemos), aunque nunca antes
6 habían asaltado plazas amuralladas. Y tras apoderarse de las riquezas y llevarse ciento veinte mil cautivos, regresaron to-
7 dos a su patria, sin encontrar a su paso ningún obstáculo. En épocas posteriores estos mismos se han presentado allí con frecuencia y les han ocasionado a los romanos daños irrepa-
8 rables. También asaltaron las murallas de Quersoneso[30] aplastando a quienes las defendían y, acercándose a través de los rompientes de la costa, escalaron el recinto fortificado que se halla junto al golfo que llaman Negro; y una vez que de esta manera se encontraron en el interior de los muros lar-

---

[26] También aplicado a un cometa, por ejemplo, en Aristóteles, *Meteorológicos* 344a 23 (y cf. el término «barbato» en español).

[27] El Danubio.

[28] La entrada del mar Adriático: cf. Heródoto, VI 127, 2; Tucídides, I 24, 1 (y también el mismo Procopio, III 1, 9).

[29] En Macedonia.

[30] Aquí se trata de la península de la Argólide entre Epidauro y Trecén: cf. Tucídides, IV 42, 2, y 43, 2.

gos[31], cayeron de improviso sobre los romanos de Querso-
neso: a muchos los mataron y a casi todos los demás los re-
dujeron a la esclavitud. Unos pocos cruzaron incluso el es- 9
trecho entre Sesto y Abido y, después de saquear aquellos
lugares de Asia, se retiraron de nuevo a Quersoneso y con el
resto de su ejército y todo el botín volvieron a su patria. En 10
otra invasión saquearon Iliria y Tesalia e intentaron asaltar
las murallas de las Termópilas y, como la guarnición de los
muros se defendía bravamente, explorando los contornos des-
cubrieron de forma inesperada un sendero[32] que conducía
hasta la montaña que allí se levanta. De este modo acabaron 11
con casi todos los griegos, excepto con los peloponesios, y
luego se retiraron. No mucho después rompieron los persas 12
el tratado y les causaron a los romanos de oriente los pro-
blemas que en seguida voy a exponer.

Belisario, tras someter a Vitigis, el rey de los godos y de 13
los italianos, lo trajo vivo a Bizancio[33]. Pero, cómo el ejér-
cito persa invadió el territorio romano, esto es lo que ahora
voy a referir. Cuando Justiniano advirtió que Cosroes estaba 14
deseando declarar la guerra, quiso darle algún consejo para
disuadirlo de ese intento. Y coincidió que había llegado a 15
Bizancio desde la ciudad de Daras uno que se llamaba Anas-
tasio, con fama de inteligente, que también había puesto fin
a la usurpación que poco antes había tenido lugar en Da-
ras[34]. Pues bien, Justiniano envió al tal Anastasio a presencia 16
de Cosroes con una carta por él escrita, cuyo contenido era 17

---

[31] La denominación es la misma que la de aquellos otros más célebres entre el casco de la ciudad de Atenas y el puerto del Pireo.

[32] Parece que este camino pudo ser la senda Anopea (descrita por HERÓDOTO, VII 216), que utilizó Jerjes para rodear a Leónidas y sus soldados.

[33] En el año 540.

[34] Cf. I 26, 8 ss.

éste: «Es de inteligentes y de personas muy respetuosas de lo divino[35], erradicar con todas sus fuerzas las causas de guerra que surjan, principalmente entre hombres que son extraordinarios amigos; y es de necios y de gente que muy fácilmente se atrae la enemistad de Dios, maquinar motivos
18 de conflicto y agitación que son en realidad inexistentes. Y es que a quienes destruyen la paz no les es difícil entrar en guerra, porque la propia naturaleza de los hechos acostumbra también a posibilitar que las acciones más perversas
19 sean sencillas para los hombres más ímprobos. Sin embargo, para quienes lo dispusieron todo, tal como pretendían, con vistas a la guerra, para esos hombres creo que no es fá-
20 cil avanzar de nuevo hacia la paz. Lo cierto es que tú nos[36] acusas de una carta escrita sin segunda intención y te has apresurado ahora a interpretarla caprichosamente, no de la manera que la concebimos al escribírtela, sino de la que a ti te parece que te va a convenir, ansioso como estás de llevar
21 a cabo tus planes, pero no sin algún pretexto. Pero nosotros sí podemos demostrar que Alamundaro, siervo tuyo, en una reciente incursión contra tierra que es nuestra ha consumado durante el armisticio abusos irreparables: plazas tomadas, bienes saqueados, hombres asesinados y esclavizados en tan gran número, de todo lo cual no deberás acusarnos a nos-
22 otros sino defenderte tú; porque la culpa de quienes han cometido injusticia les queda patente a los vecinos por sus acciones y no por sus pensamientos. No obstante, aunque éstos sean los hechos, nosotros hemos decidido mantener, así y todo, la paz; pero nos llega a los oídos que tú, como

---

[35] O «que practican la religión de forma adecuada». El original griego es difícil de trasladar literalmente (Dewing traduce: «... and those by whom divine things are treated with due respect»).

[36] Justiniano se refiere a sí mismo. En el original *hēmîn*, de nuevo mayestático.

estás deseando declarar la guerra a los romanos, te inventas acusaciones que no nos conciernen en absoluto. Y es natu- 23
ral; pues los que se afanan por conservar el actual estado de cosas rechazan hasta las más insistentes acusaciones contra los amigos, mientras que aquéllos a quienes no satisface la amistad establecida, se dedican incluso a buscar excusas irreales. Y si ya puede parecer que esto ni siquiera es proce- 24
dente en el caso de hombres vulgares, mucho menos lo es tratándose de reyes. Pero, dejando aparte todo esto, conside- 25
ra tú la cantidad de vidas que se van a perder por ambos bandos y quién podrá ser en justicia acusado de lo que vaya a ocurrir, y piensa también que los juramentos que hiciste y el dinero que te llevaste, eso no podrías disfrazarlo, aunque luego los hayas menospreciado indebidamente valiéndote de artimañas y trucos. Y es que la divinidad tiene en sí demasiado poder como para ser engañada por cualquier hombre.»
Cuando Cosroes leyó la carta que se le había entregado, ni 26
respondió nada en aquel instante ni tampoco despidió a Anastasio, sino que lo obligó a quedarse allí.

Después de terminar ya aquel invierno y cumplirse el 5
año decimotercero desde que el emperador Justiniano obtuvo el poder absoluto[37], Cosroes, el hijo de Cabades, invadió el territorio romano con un gran ejército al comienzo de la primavera y así acabó a las claras con la llamada «paz indefinida». Pero no marchó por la franja de tierra entre los ríos sino que dejó el Eufrates a su derecha. Al otro lado del río 2
se halla la última plaza fuerte romana, que se llama Circesio, la más segura que hay, porque el Aborras, un río grande, es allí donde tiene su desembocadura y mezcla sus aguas con las del Eufrates, y esa plaza fuerte se encuentra poco más o menos en el mismo ángulo que forma la unión de

[37] El 540. Cf. I 16, 10, y n. 133.

3 ambos ríos. Y otra muralla larga fuera de la fortaleza corta
el espacio de tierra entre los dos ríos, completando allí la fi-
4 gura de un triángulo alrededor de Circesio. Por eso, Cos-
roes, como no quería hacer una tentativa contra una plaza
tan fortificada, ni pretendía cruzar el río Eufrates, sino avan-
zar contra sirios y cilicios, condujo sin demora su ejército
hacia delante y, tras recorrer una distancia como casi la de
tres días de camino para un buen andador[38], a lo largo de la
ribera del Eufrates, vino a dar con la ciudad de Zenobia,
fundada antaño por Zenobia[39], quien, como es lógico, le pu-
5 so su nombre. Era Zenobia la mujer de Odonato, el jefe de
los sarracenos de aquella región que de antiguo estaban
6 aliados con los romanos. El tal Odonato recuperó para los
romanos el Imperio de Oriente que había caído bajo el po-
7 der persa. Pero esto sucedió en tiempos pasados. Cosroes
llegó entonces muy cerca de la ciudad de Zenobia pero,
cuando se informó de que era un lugar poco importante y
que se trataba de una región deshabitada y falta de recursos,
temió que el tiempo que allí desperdiciara en vano le impe-
diría luego acometer grandes empresas, por lo cual probó a
tomar aquella plaza por capitulación de sus habitantes. Pero,
como no le salió bien, se apresuró a seguir avanzando con
su ejército.

8 Tras recorrer de nuevo una distancia semejante a la an-
terior, llegó a la ciudad de Sura, que está a orillas del Eufra-
9 tes, y se detuvo cuando ya estaba muy cerca de ella. Suce-
dió entonces que el caballo en el que iba montado Cosroes
se puso a relinchar y a golpear con sus cascos el suelo. Los
magos, después de interpretarlo, anunciaron que aquella pla-

[38] Para la expresión, cf. I 19, 27, y n. 168.

[39] La célebre reina de Palmira (tras la muerte de su esposo Odonato) en la segunda mitad del siglo III, vencida por el emperador Aureliano.

za sería tomada. Acampó, pues, el rey y se dispuso a lanzar 10
su ejército contra el recinto para asaltar sus murallas. Coin- 11
cidió que el comandante de la guarnición allí destinada era
uno llamado Arsaces, armenio de nacimiento. Éste hizo que
sus soldados subieran a las almenas y, luchando desde allí,
mató a muchos enemigos, pero le acertaron con una flecha y
murió. Y fue entonces cuando los persas se retiraron a su 12
campamento (pues ya había caído la tarde), para asaltar de
nuevo la muralla al día siguiente. Pero los romanos estaban
desesperados por la muerte de su comandante y tenían in-
tención de presentarse ante Cosroes implorando clemencia.
Así pues, por la mañana enviaron al obispo de la ciudad pa- 13
ra que suplicara por ellos y pidiera el perdón para aquella
plaza. Llevó él consigo a unos sirvientes que portaban galli-
nas, vino y pan blanco y, al llegar ante Cosroes, se arrojó al
suelo y llorando le suplicó que perdonara a unos hombres
que merecían su compasión y a una ciudad que para los ro-
manos era la más despreciable de todas y para los persas no
había tenido ninguna importancia en el pasado ni la tendría
en el futuro. Y le prometió que los de Sura le pagarían un 14
rescate digno de ellos mismos y de la ciudad que habitaban.
Pero Cosroes estaba enojado con los de Sura, porque, sien-
do los primeros de todos los romanos con los que se había
encontrado, no lo habían recibido voluntariamente en su
ciudad, sino que habían osado alzar las armas contra él y
habían matado a un gran número de los persas de más valía.
Sin embargo, no exteriorizó su cólera sino que supo ocul- 15
tarla a la perfección bajo su semblante, a fin de que, tras in-
fligirles el castigo a los de Sura, se convirtiera para los ro-
manos en alguien temible contra quien era inútil luchar. Y
es que, de este modo, sospechaba él que quienes fueran su-
cesivamente saliéndole al paso se le rendirían sin ningún es-
fuerzo por su parte. Por esta razón, con gran amabilidad le 16

dijo al obispo que se levantara y, tras aceptar sus dones, le hizo creer que iba inmediatamente a consultar a los nobles persas acerca de aquel rescate ofrecido por los habitantes de
17 Sura y que atendería con buena disposición su ruego. Despidió así al obispo con su séquito, sin que éste advirtiera la trampa que le montaba, y mandó con él a algunos persas de mayor reputación que en apariencia le sirvieran, como cabía
18 suponer, de escolta. Lo cierto fue que a éstos les ordenó en secreto que fueran con el obispo hasta la muralla animándolo y alentándolo con buenas esperanzas, de tal forma que los de dentro los vieran a él y a todos sus acompañantes ale-
19 gres y sin ningún temor; y que, cuando los guardias abrieran el portillo de la ciudad y estuvieran ya a punto de recibirlos en el interior, arrojaran una piedra o un madero entre el umbral y la puerta para evitar que la cerraran, y que a los que quisieran hacerlo se lo impidieran también ellos durante un tiempo, porque en un instante los seguiría el ejército.

20 Después de darles estas órdenes a sus hombres, Cosroes dispuso sus tropas y les mandó avanzar a la carrera hacia la
21 ciudad en cuanto él se lo indicara. Así, cuando ya estuvieron muy cerca del recinto amurallado, los persas despidieron muy afectuosos al obispo y permanecieron allí fuera; y los de Sura, al ver a aquel hombre tan contento y tan honrosamente escoltado por los enemigos, se despreocuparon por entero de sus inquietudes, abrieron del todo el portillo y recibieron entre aplausos y continuos vítores al sacerdote y su
22 séquito. Y una vez que todos estuvieron dentro, los guardias se pusieron a empujar el portillo para cerrarlo, pero los per-
23 sas arrojaron en medio una piedra que tenían preparada. Y los guardias, aunque empujaban todavía con más fuerza, no
24 eran capaces de llegar con la puerta hasta el umbral. Y tampoco se atrevían a abrirla de nuevo, porque se daban cuenta de que el enemigo la había hecho suya. Hay quien asegura

que no fue una piedra sino un madero lo que los persas tira-
ron en el portillo. Y todavía los ciudadanos de Sura no se 25
habían dado cuenta apenas de la trampa, cuando ya se pre-
sentó Cosroes con todo el ejército y los bárbaros a empello-
nes abrieron la puerta, de la que en poco tiempo se apodera-
ron a viva fuerza. Y lo cierto fue que Cosroes, de inmediato, 26
preso de la ira, saqueó las casas y, después de matar a mu-
chos de los habitantes y reducir a todos los demás a la con-
dición de esclavos, le prendió fuego a la ciudad entera y la
demolió. De este modo despidió a Anastasio[40], ordenándole 27
que le llevara al emperador Justiniano la noticia de dónde
había dejado a Cosroes, el hijo de Cabades.

Luego, ya fuera por un impulso humanitario o por avari- 28
cia, o quizá por agradar a una mujer, llamada Eufemia, a la
que había tomado como cautiva en la ciudad y a la que des-
pués había hecho su esposa, perdidamente enamorado de
ella (y es que era de una belleza extraordinaria); por lo que
fuese, decidió Cosroes dar muestras de cierta bondad hacia
los de Sura. Así pues, envió mensajeros a Sergiópolis, que 29
estaba sometida a los romanos y tomaba su nombre de Ser-
gio[41], un famoso santo, y que se hallaba a ciento veintiséis
estadios de distancia al sur de la ciudad que había conquis-
tado, en la llamada Llanura de los Bárbaros. Por medio de
esa embajada le ofreció a Cándido, el obispo de aquel lugar,
la posibilidad de redimir a los cautivos, que eran doce mil,

[40] Recuérdese que lo había obligado a quedarse con él: cf. II 4, 26.

[41] Sergio y Baco eran cristianos y oficiales del ejército de Siria en época del emperador Maximiano. Por negarse a rendir culto a Júpiter fueron martirizados en el 303 en la localidad siria de Risafe, que se convirtió con el tiempo en diócesis y, más tarde, en archidiócesis y fue famosa como lugar de peregrinación. Justiniano cambió el nombre de la ciudad por el de Sergiópolis. Ambos santos fueron nombrados protectores del ejército bizantino y se les dedicaron numerosas iglesias (una de ellas en Constantinopla).

30 por dos centenarios[42], pero él, asegurando que no tenía di-
nero, rehusó de plano aquella propuesta. Por ello, Cosroes le
encareció que emitiera por escrito el acuerdo de que le en-
tregaría el dinero más tarde y que, de ese modo, por una pe-
queña suma podría redimir entonces una cantidad tan grande
31 de prisioneros. Así lo hizo Cándido y convino en entregarle
el oro en el plazo de un año, tras haber pronunciado los más
tremendos juramentos, y precisó que, si no le entregaba el
dinero dentro del período establecido, su castigo sería el si-
guiente: pagaría el doble y dejaría de ser sacerdote, por ha-
32 ber despreciado sus juramentos. Después de poner esto por
escrito, Cándido recibió a todos los ciudadanos de Sura.
33 Unos pocos siguieron con vida, pero los más de ellos, inca-
paces de afrontar la desgracia que les había caído encima,
perecieron al poco tiempo. Concluido este asunto, Cosroes
continuó avanzando al frente de su ejército.

6 Coincidió que, poco antes, el emperador había dividido
en dos partes el gobierno militar de Oriente: una, que llega-
ba hasta el río Eufrates, la dejó bajo la autoridad de Belisa-
rio, que anteriormente tenía el poder sobre la totalidad del
territorio; la otra, desde allí hasta la frontera con los persas,
se la confió a Buces, a quien ordenó, asimismo, que se ocu-
para de todo el Imperio de Oriente hasta que Belisario re-
2 gresara de Italia. Por ello Buces, con todo el ejército bajo su
mando, al principio se quedó en Hierápolis, pero, cuando se
enteró de lo que les había ocurrido a los de Sura, convocó a
los ciudadanos principales de Hierápolis y les dijo lo si-
3 guiente: «Los que a la hora de luchar se encuentran en
igualdad de fuerzas con sus atacantes, no es descabellado
que vayan derechos a entablar batalla con los enemigos; pe-
ro a los que resulta que son, con diferencia, muy inferiores a

[42] Doscientas libras de oro: cf. I 22, 3 s.

sus contrincantes, más les valdrá entrampar a los enemigos
con algún tipo de estratagema antes que presentar batalla fran-
ca arrostrando un peligro evidente[43]. Pues bien, por supues- 4
to ya sabéis de oídas qué poderoso es el ejército de Cosroes.
Si él quiere conquistarnos mediante un asedio y nosotros
desde la muralla resistimos y prolongamos la guerra, cabe
esperar que a nosotros nos falten las provisiones y que los
persas, por el contrario, lo obtengan todo de nuestra tierra
sin que nadie les haga frente. Y si, de esta manera, el asedio 5
se alarga, creo que el recinto amurallado no bastará para so-
portar el ataque de los enemigos, porque se da el caso de
que es facilísimamente expugnable por muchos sitios, y que,
por tanto, caerá sobre los romanos un daño irreparable. Pe- 6
ro, si con una parte del ejército custodiamos la muralla de la
ciudad y con el resto ocupamos la falda de las montañas de
los alrededores, desde allí, unas veces, nos arrojaremos so-
bre el campamento enemigo y, otras, sobre los que salgan a
buscar provisiones, para obligar así a Cosroes a levantar el
sitio y retirarse al poco tiempo, puesto que ni podrá de nin-
gún modo estar libre de temor al lanzar sus ataques contra el
recinto ni procurarle los bastimentos imprescindibles a un
ejército tan grande.»

Tras pronunciar estas palabras, pareció que Buces estaba 7
diciendo lo más conveniente, sin embargo no hizo nada de
lo que debía. Pues escogió lo más granado del ejército ro-
mano y se marchó. Y ningún romano de Hierápolis ni tam- 8
poco el ejército enemigo pudo enterarse de dónde se encon-
traban. Y así fue como se desarrollaron los acontecimientos.

El emperador Justiniano, una vez al corriente de la inva- 9
sión persa, envió de inmediato a su sobrino Germano con

[43] Para la expresión *(es kíndynón tina proûpton)*, cf. TUCÍDIDES, V 99 y 111, 3.

una comitiva de trescientos soldados, una tropa muy desor-
denada, y con la promesa de que no mucho tiempo después
10 les seguiría un gran ejército. Germano, al llegar a Antioquía,
recorrió todo el contorno del recinto amurallado y lo encon-
tró seguro en su mayor parte. Y es que por el lado del sector
que está en terreno llano fluye el río Orontes y lo hace en su
totalidad infranqueable para los atacantes, mientras que el
que está cuesta arriba se levanta sobre un paraje escarpado,
con lo que era absolutamente inaccesible para los enemigos.
Pero cuando estuvo en la zona más alta, a la que los lugare-
ños acostumbran a llamar Orocasias, observó que el muro
11 de aquel tramo era muy fácil de asaltar, pues coincide que
hay allí una peña que alcanza una anchura grandísima y cu-
12 ya altura es un poco inferior a la de la fortificación. Por
tanto, mandó que o bien cortaran aquella peña e hicieran
una zanja profunda a lo largo de la muralla, para evitar que
alguien desde allí fuera a subir a la fortificación, o bien edi-
ficaran en ese punto una gran torre y conectaran su estructu-
13 ra con la muralla de la ciudad. Pero a los arquitectos no les
parecía factible ninguna de las dos cosas, pues aseguraban
que no iban a poder concluirse en poco tiempo, siendo co-
mo era tan inminente la irrupción enemiga, y si empezaban
esa obra y no alcanzaban a terminarla totalmente no conse-
guirían otra cosa que mostrarle a los enemigos el lugar de la
14 muralla por donde debían dirigir su ataque. Germano, a pe-
sar de que su plan había fracasado, al principio mantenía
cierta esperanza porque estaba aguardando la llegada de un
15 ejército desde Bizancio. Pero, como pasó mucho tiempo y
ni se presentó ningún ejército del emperador ni se esperaba
ya que lo hiciera, le entró miedo de que Cosroes, al enterar-
se de que el sobrino del emperador estaba allí, se propusiera
como objetivo prioritario, antes que ningún otro, capturar
Antioquía y capturarlo a él y, por este motivo, dejara a un

lado todo lo demás para marchar contra la ciudad con su
ejército al completo. Esto fue también lo que pensaron los 16
antioquenos y, tras haber deliberado al respecto, decidieron
que lo más conveniente era ofrecerle dinero a Cosroes y así
evitar aquel inminente peligro.

Y, en efecto, mandaron a Megas, obispo de Berea, un 17
hombre de gran discreción que coincidía que entonces se
hallaba en la ciudad, para que suplicara ante Cosroes. Y tras
partir de allí, encontró al ejército medo no muy lejos de Hie-
rápolis. Cuando llegó a presencia de Cosroes, no paró de 18
rogarle que tuviera compasión de unos hombres que ni le
habían faltado en nada ni podían hacer frente al ejército per-
sa, pues era impropio de un rey, más impropio que de nin- 19
gún otro, pisotear y tratar violentamente a quienes retroce-
dían ante él y no pretendían en ningún caso desafiarlo. Y es
que, añadió, no era ni de rey ni de persona noble ninguno de
aquellos recientes actos que había cometido, porque, sin darle
al emperador romano tiempo de decidirse o bien a asegurar
la paz, del modo que a ambos les pareciera mejor, o bien a
prepararse para la guerra tras mutuo acuerdo, como cabía
esperar, había avanzado por el contrario en armas contra los
romanos y de una forma tan inconsiderada, sin que su em-
perador conociera aún la situación en que se encontraban.

Cuando Cosroes escuchó estas palabras, no fue capaz en
absoluto, por culpa de su torpeza, de poner en orden su mente 20
con un razonamiento inteligente, sino que todavía más que
antes se animó a llevar adelante su propósito. Así pues,
amenazó con someter a todos los sirios y cilicios y, tras or- 21
denar a Megas que le siguiera, condujo su ejército hacia
Hierápolis. Una vez que llegó allí asentó el campo, porque
vio que el recinto estaba bien fortificado y supo que la guar- 22
nición era bastante numerosa, y luego les pidió dinero a los
habitantes de la ciudad enviándoles a Pablo como intérprete.

23 El tal Pablo había sido criado en tierra romana y había asis-
tido a una escuela primaria en Antioquía; y se decía también
24 que era, por su nacimiento, de familia romana. Los ciudada-
nos, con todo, estaban enormemente atemorizados por causa
de las murallas, que abarcaban una gran extensión hasta la
misma montaña que allí se levantaba, y como además que-
rían mantener su territorio libre de devastaciones, acordaron
25 entregarle dos mil libras de plata. Y fue entonces cuando
Megas se puso a suplicarle a Cosroes en favor de todos los
habitantes del este y no desistió hasta que Cosroes le pro-
metió que aceptaría diez centenarios[44] de oro y que luego
abandonaría los dominios del imperio romano.

7 De este modo, pues, aquel día partió Megas de allí diri-
giéndose a Antioquía, y Cosroes, después de recibir el res-
2 cate, marchó hacia Berea. Berea se halla entre Antioquía y
Hierápolis, a una distancia de ambas de dos días de camino
3 para un buen andador[45]. Pues bien, Megas, como viajaba
con un pequeño séquito, iba avanzando con más rapidez,
mientras que el ejército persa sólo hacía cada jornada la
4 mitad del camino. Así, tres días después alcanzó él Antio-
quía, en tanto que los persas no llegaron más que a los su-
5 burbios de Berea. Y Cosroes mandó de inmediato a Pablo a
que les reclamara dinero a los habitantes, no ya lo que había
recibido de los de Hierápolis sino hasta el doble, porque sa-
bía que sus murallas eran por muchos puntos muy fáciles de
6 asaltar. Los de Berea, como no tenían ninguna confianza en
su recinto fortificado, accedieron con su mejor disposición a
dárselo todo, pero, después de entregarle dos mil libras de
7 plata, aseguraron que no podían darle el resto. Y como por
este motivo Cosroes los apremió a pagarle, aquella noche se

[44] Cf. I 22, 3 s.

[45] Para la expresión, cf. I 19, 27, y n. 168.

refugiaron todos en la fortaleza que había en la ciudadela, junto con las tropas que estaban allí destinadas para vigilar el puesto. Al día siguiente Cosroes envió a algunos emisa- 8
rios a la ciudad con el encargo de recoger el dinero, pero, muy cerca ya de la fortificación, descubrieron que todas las puertas estaban cerradas y, como no pudieron encontrar a nadie, vinieron a informar al rey de lo sucedido. Y él ordenó 9
que aplicaran escalas a las murallas y probaran a subir; y así lo hicieron. Nadie se les opuso y, cuando ya estuvieron en el 10
interior del recinto, abrieron las puertas con total libertad y 11
recibieron en la ciudad al ejército completo y al propio Cosroes. El rey, entonces, muy encolerizado, le prendió fuego casi a la ciudad entera. Luego, subió a la ciudadela y decidió lanzarse al asalto contra la fortaleza. Allí los soldados 12
romanos, defendiéndose con valentía, mataron a muchos enemigos, pero sucedió que a Cosroes vino a sonreírle la fortuna por la misma imprudencia de los asediados. En efecto, en aquella fortaleza no se refugiaron ellos solos, sino que se metieron con los caballos y demás animales, y por esta cicatería quedaron a merced de la estrategia enemiga y se vieron en gran peligro. Y es que, como allí había una sola 13
fuente y los caballos, mulos y otros animales habían estado bebiendo sin haber tenido que hacerlo, el agua acabó por agotarse. Tal era la situación en que estaban los de Berea.

Por su parte, Megas, después de llegar a Antioquía e in- 14
formar de lo que había acordado con Cosroes, no pudo de ningún modo convencer a los antioquenos a cumplir de hecho lo convenido. Pues coincidió que el emperador Justi- 15
niano había enviado a Juan, hijo de Rufino, y a Juliano, su secretario[46], como embajadores ante Cosroes. *A secretis* lla-

[46] *Ho tôn aporrḗtōn grammateús*, el *a secretis* (transcrito en gr. *asēkrḗtis)*, como a continuación se especifica.

man los romanos al que ostenta este cargo, pues *secreta* es el nombre que suelen emplear para los asuntos reservados[47].
16 Estos hombres habían llegado a Antioquía y se encontraban aún allí. Juliano, uno de los dos embajadores, les prohibió a todos expresamente darles dinero a los enemigos o comprar las ciudades del emperador, e incluso estaba acusando ante Germano al sumo sacerdote[48] Efremio de pretender por cual-
17 quier medio entregarle la ciudad a Cosroes. Por esta razón Megas regresó sin haber conseguido nada. Pero Efremio, el obispo de Antioquía, temiendo el ataque de los persas, se
18 marchó a Cilicia, lugar donde también llegó no mucho después Germano, llevando con él a unos pocos hombres, tras haber dejado a la mayor parte de las tropas allí en Antioquía.

19 Megas alcanzó rápidamente Berea y, muy dolido por aquellos sucesos, acusó a Cosroes de haber obrado de forma despiadada con los habitantes de Berea, porque lo había enviado a él a Antioquía aparentemente para concertar el pacto, pero, mientras, sin que los ciudadanos le hubieran hecho ni el más mínimo daño, había saqueado sus posesiones y los había obligado a encerrarse en aquella fortaleza y, de este modo, después de prenderle fuego a la ciudad, la había de-
20 rruido hasta sus cimientos sin necesidad ninguna[49]. A lo cual le respondió Cosroes de la siguiente manera: «De esto, amigo mío, eres tú el culpable por habernos obligado a detenernos aquí, pues no llegaste en la fecha establecida, sino
21 que lo has hecho ahora con un gran retraso. ¿Y para qué

[47] *Sēkrēta... tà apórrēta.*

[48] *Archiereús* como título de los obispos se usa también en la literatura patrística.

[49] O quizá mejor «contra toda ley», *ou déon,* expresión que también utilizará Procopio (nos parece que intencionadamente) al final del discurso de Cosroes que viene a continuación.

gastar palabras, excelencia, en la absurda conducta de tus conciudadanos? En efecto, tras haber acordado entregarnos una cantidad estipulada de plata en pago de su propia salvación, piensan que aún no deben, ni siquiera ahora, cumplir el pacto, sino que, con una confianza absoluta en la seguridad de esa plaza fuerte, miran con indiferencia el que nos hayamos visto totalmente obligados a poner cerco, como ya observas, a la fortaleza. Pero yo, al menos, tengo la espe- 22
ranza de que con la ayuda de los dioses me vengaré de ellos dentro de poco y, por los persas que yo he perdido ante estas murallas sin necesidad alguna, les impondré un castigo a los culpables.» Así habló Cosroes, y Megas le replicó de 23
este modo: «Si se atendiera al hecho de que como rey está, señor, acusando a unos hombres dignos de compasión y en la más deshonrosa de las situaciones, forzoso sería estar de acuerdo con lo que ha dicho sin objetar nada, pues el poder, entre otras cosas, también conlleva como consecuencia natural el que prevalezcan sus argumentos. Sin embargo, si se 24
permitiera dejar a un lado lo demás y quedarse con la verdad, su majestad no tendría ninguna razón para acusarnos. Pero procure escuchar todo esto benignamente. En efecto, 25
en lo que a mí respecta, desde que fui enviado a comunicarles a los antioquenos lo que su majestad ordenaba hasta que llegué de nuevo a su presencia, pasaron seis días (más rápido, imposible) y entonces descubrí lo que su majestad había hecho contra mi patria. Y a estos hombres, después de 26
haber perdido todo lo más valioso, sólo les queda ya un combate por librar, el combate por su vida, y creo que se han vuelto demasiado fuertes como para resignarse en adelante a entregarle ningún dinero más. Y es que no se podría 27
recurrir a ninguna traza para pagar lo que uno no tiene. De 28
antiguo están para los seres humanos bien y claramente definidos los nombres de las cosas, entre los cuales también

figura la debilidad como algo distinto de la desconsidera-
29 ción. Ésta, cuando por la intemperancia del carácter llega
hasta la oposición frontal, suele, como es lógico, ganarse el
aborrecimiento; aquella otra, sin embargo, cuando por su
propia imposibilidad de ayudar se ve arrastrada a ese mismo
extremo, lo natural es que se haga acreedora de una gran
30 compasión. Permítanos, pues, señor, que, como nos ha to-
cado el peor de los lotes, tengamos al menos este consuelo:
que no parezca que somos nosotros mismos los culpables de
31 lo que nos ha ocurrido. Y en cuanto al dinero, debe entender
que le basta con lo que ha cogido y ya posee, sin contrape-
sarlo con su dignidad sino valorándolo con respecto al po-
32 der de los ciudadanos de Berea. No nos fuerce más, no vaya
a parecer que es incapaz de lograr lo que ha intentado. Que
el exceso está siempre condenado por la falta de medios, y
33 lo mejor es no intentar imposibles. He aquí, pues, lo que
ahora mismo debo yo alegar en defensa de estos hombres. Y
si pudiera al menos conversar con esos desdichados, tendría
además algunas otras cosas que añadir, que ahora se me han
34 pasado por alto.» Después de decir Megas estas palabras,
Cosroes le dejó que fuera a la ciudadela. Una vez allí, y tras
enterarse de todo lo ocurrido con la fuente, regresó llorando
ante Cosroes y, cayendo de bruces, le confirmó que a los de
Berea, de todo su dinero, ya no les quedaba nada y se puso a
suplicarle que le concediera tan sólo la vida de aquellos
35 hombres. Cosroes, conmovido por sus sollozos, atendió su
ruego y, pronunciando un juramento, les dio garantías a to-
36 dos los de la ciudadela. Así, los de Berea, tras haber corrido
un peligro tan grande, abandonaron la ciudadela sin sufrir
ningún daño y se marcharon de allí cogiendo cada cual por
37 donde quiso. Los siguieron unos pocos soldados, pero la
mayoría de éstos desertó voluntariamente y se pasó a las fi-
las del rey, invocando como razón el que ya hacía mucho

tiempo que el estado les debía su salario. De este modo, junto con Cosroes, se retiraron más tarde a tierra persa.

Cosroes, entonces, como Megas le aseguró que no había 8
podido convencer de ningún modo a los antioquenos a que le pagaran dinero, avanzó con todo su ejército contra ellos.
Algunos antioquenos salieron de la ciudad llevándose su 2
dinero y cada cual huyó como pudo. La misma intención tenían también todos los demás, y lo habrían hecho si no hubieran venido mientras tanto con seis mil hombres los comandantes de las tropas del Líbano, Teoctisto y Molatces, quienes fortalecieron sus ánimos dándoles esperanzas y les
impidieron marcharse. Y fue no mucho después de esto cuan- 3
do también llegó el ejército persa. Montaron allí sus tiendas y acamparon todos junto al Orontes y no muy lejos de su
cauce. Cosroes envió a Pablo a las cercanías del recinto 4
amurallado para exigirles dinero a los antioquenos: por diez centenarios[50] de oro se alejaría él de allí, aunque estaba claro que por su retirada aceptaría incluso una cantidad menor.
Y llegaron entonces ante Cosroes los embajadores de la pla- 5
za y, después de un buen rato en que hablaron ellos y le escucharon luego a él sobre la ruptura del tratado de paz, se
retiraron. Al día siguiente las gentes de Antioquía (que no se 6
caracterizaban por su seriedad, sino que eran muy dadas a las bromas y a los excesos[51]) se pusieron a insultar a Cosroes desde las almenas y a burlarse de él entre carcajadas
groseras[52], y cuando Pablo llegó cerca del recinto amuralla- 7

[50] Cf. I 22, 3 s.

[51] Hay en el paréntesis como un recuerdo de HERÓDOTO, II 173, 4 y 174, 1, aunque la idea es distinta.

[52] Literalmente, «con risa desmesurada» *(xỳn gélōti akósmōi)*. Parece como si Procopio estuviera insistiendo en lo que llamaríamos «los males de la risa destemplada», de lo que tenemos los más variados testimonios: por ejemplo, ISÓCRATES, *A Demónico* 15; EPICTETO, *Enquiridión* XXXIII

do y les aconsejó que se rescataran a sí mismos y rescataran su ciudad por un poco de dinero, casi lo mataron a flechazos; lo que hubieran hecho de no haberse protegido. Hirviendo de cólera por este motivo, Cosroes decidió asaltar las murallas.

8 Así pues, al día siguiente condujo a todos los persas contra los muros: a una parte de las tropas le ordenó que atacara, cada sección por un lugar del río, mientras él en persona con el mayor número y los mejores hombres atacó la zona alta. Pues por ahí, como ya dije antes[53], el recinto amuralla-
9 do era muy fácil de asaltar. Allí los romanos, como se daba el caso de que era muy estrecha la estructura sobre la que estaban situados para luchar, idearon este plan. Ataron entre sí unas largas vigas y las colgaron entre los torreones, con lo que hicieron esos espacios mucho más anchos para que fueran todavía más los defensores y pudieran rechazar desde
10 allí a los asaltantes. Pues bien, los persas, atosigándolos de la manera más violenta, lanzaban por todos sitios una nube
11 de flechas, y en particular sobre la zona más alta. Los romanos, por su parte, los rechazaban con todas sus fuerzas, y no sólo los soldados sino incluso muchos de los jóvenes más
12 valientes de la población. Pero daba la impresión de que quienes estaban asaltando el muro por aquella zona luchaban en igualdad de condiciones con sus enemigos. Y es que la peña[54], que era ancha y eminente, como si hubiera sido

4; SINESIO DE CIRENE, *Relatos Egipcios* 90 d; CATULO, XXXIX; JERÓNIMO, *Cartas* XXXVIII 5; y hasta los documentos de Qumrán, *Regla de la Congregación* VII 14 s.; o CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *El Pedagogo* II 5; aparte de la frecuente censura de cualquier tipo de risa en otros autores de la patrística (Basilio, Gregorio de Nacianzo, etc.), con la utilización del argumento de que Jesús no se rió nunca.

[53] Cf. II 6, 10 s.

[54] Cf. II 6, 11 s.

colocada adrede contra la muralla, hacía que el combate fuera igual que si se estuviera librando en terreno llano. Y si 13
alguien del ejército romano se hubiera atrevido a salir fuera del recinto con trescientos hombres y se hubiera adelantado a apoderarse de aquella peña y a rechazar desde allí a los atacantes, en ningún momento, creo yo, habría corrido peligro la ciudad por causa de los enemigos, pues los bárbaros 14
no habrían tenido desde donde dirigir su asalto y les habrían disparado de arriba abajo, desde la peña y desde la muralla. Pero la realidad fue que nadie cayó en la cuenta; y es que estaba predestinado[55] que Antioquía fuera destruida por este ejército medo. Pues bien, mientras los persas peleaban con 15
un ímpetu por encima de sus fuerzas (puesto que Cosroes estaba allí a su lado animándolos con grandes gritos) y sin concederles a sus enemigos ni un momento para mirar con atención y protegerse de las flechas que les disparaban, y mientras los romanos en masa y en medio de un clamor se defendían aún con mayor ahínco, los cables con los que tenían atadas las vigas no pudieron seguir soportando el peso y se rompieron de súbito y, junto con las vigas, todos los que estaban sobre ellas cayeron al suelo estruendosamente. Al oírlo los otros romanos que luchaban desde los torreones 16
contiguos, como no llegaban a explicarse lo ocurrido, creyeron que el muro de aquel sector se había desplomado y se precipitaron a la huida. En efecto, muchos jóvenes de la po- 17
blación, que antes de todo aquello estaban acostumbrados a las peleas, entre sí al menos, en el circo[56], bajaron de las murallas pero no huyeron, sino que permanecieron allí; por el contrario, los soldados que iban con Teoctisto y Molatces

---

[55] Para el lenguaje «herodoteo» aquí (y cf. I 24, 31 y n. 212) de Procopio, cf. Heródoto, II 161, 3; VIII 53, 1; y Evans, *Greek and Byz. Stud.* 12 (1971), 85.

[56] Para la rivalidad de las facciones, cf. I 24, 2 ss.

saltaron de inmediato sobre sus caballos, que coincidía que estaban allí listos, y se dirigieron hacia las puertas gritando que Buces había llegado con un ejército y que querían recibirlo a toda prisa en la ciudad para con su ayuda rechazar a
18 los enemigos. En ese momento, muchos de los hombres de Antioquía y todas las mujeres junto con sus niños se lanzaron a la carrera hacia las puertas y, entonces, tropezando por culpa de los caballos, estando como estaban en un lugar tan
19 estrecho, empezaron a atropellarse. Los soldados, por su parte, sin tener ningún miramiento con los que encontraban a su paso, continuaban avanzando todos, con más empeño aún que antes, por encima de los que estaban en el suelo. Fueron muchos los que murieron allí, particularmente en la zona misma de las puertas.

20 Los persas, como nadie se les enfrentaba, aplicaron escalas al muro y subieron sin ninguna dificultad. Y después de alcanzar rápidamente las almenas, durante un buen rato no tuvieron ninguna intención de bajar, sino que se les veía mirando hacia todos lados e indecisos, porque sospechaban, creo yo, que aquellos vericuetos estaban sembrados de em-
21 boscadas de sus enemigos. Y es que el interior del recinto amurallado, nada más bajar de la parte alta, lo constituye un trecho deshabitado y muy extenso, donde se alzan una peñas
22 bastante elevadas y unos lugares muy escabrosos. Pero algunos aseguran que los persas se detuvieron por voluntad de
23 Cosroes. Pues, cuando examinó aquellos vericuetos y vio que los soldados estaban huyendo, tuvo miedo, no fuera que por alguna fatalidad[57] dieran la vuelta, renunciando a la retirada, y les causaran problemas, porque, de suceder así, resultarían un obstáculo para la conquista de una ciudad que era antigua e importante, la primera para los romanos de to-

[57] Cf. I 14, 53, y n. 123.

das las ciudades de oriente en riqueza, extensión, población, belleza y en todo tipo de prosperidad. Considerando, pues, 24
secundario todo lo demás, quiso concederles a los soldados romanos la oportunidad de entregarse libremente a la huida. Por eso, también los persas les hacían señales con las manos a los fugitivos, aconsejándoles que huyeran lo más rápido posible. Así, los soldados romanos, en compañía de sus je- 25
fes, salieron todos por la puerta que conduce a Dafne, el suburbio de Antioquía, pues era ésta la única que los persas 26
dejaron franca, tras haberse apoderado de las demás. Y también escaparon con los soldados unos pocos de la población. Cuando los persas vieron que todas las tropas romanas se 27
habían marchado de allí, bajaron de la parte alta y llegaron al centro de la ciudad. Allí trabó combate con ellos un gran 28
número de jóvenes antioquenos que, al principio, pareció que llevaban las de ganar en el choque. Algunos iban completamente armados, pero la mayoría a pecho descubierto y utilizando sólo piedras como proyectiles. Pero lograron re- 29
chazar a los enemigos y entre cánticos triunfales proclamaron a gritos vencedor glorioso[58] al emperador Justiniano, como si de hecho ya hubieran vencido.

Entretanto, Cosroes, sentado en el torreón de la zona 30
alta, mandó llamar a los embajadores con la intención de decirles algo. Y Zaberganes, uno de los jefes, creyendo que estaba dispuesto a entrar en conversaciones con los embajadores y proponerles un acuerdo, vino de inmediato a presencia del rey y le habló así: «Me parece, señor, que no opi- 31
na lo mismo que los romanos respecto a la salvación de estos hombres. Pues ellos, antes de verse en peligro, insultan a su majestad y, cuando ya están derrotados, se atreven a lo

[58] Con un vocabulario muy clásico: *epaiánizon... kallínikon:* cf. I 13, 38.

imposible y les causan a los persas daños irreparables, como si tuvieran miedo de que le hubiera quedado alguna razón para mostrarse humanitario con ellos; su majestad, por el contrario, pretende compadecerse de quienes no sienten ningún aprecio por su propia salvación y pone su empeño en perdonar a quienes no quieren ningún tipo de clemencia.
32 Éstos, acechando en una ciudad que ya hemos conquistado, siembran la destrucción entre los vencedores merced a sus emboscadas, a pesar de que todas sus tropas hace tiempo
33 que han huido.» Tras escuchar estas palabras, Cosroes envió contra ellos a un buen número de sus mejores hombres, quienes, no mucho después, regresaron para comunicarle
34 que no habían sufrido ningún contratiempo. Y es que los soldados persas, en masa, ya habían arrollado a los antioquenos y los habían puesto en fuga, y se había producido allí una gran matanza. En efecto, los persas, sin respetar la edad, mataban a todos los que encontraban a su paso, desde
35 los más jóvenes a los más ancianos[59]. Fue entonces, aseguran, cuando dos mujeres de las más ilustres de Antioquía, una vez en el exterior del recinto amurallado, comprendieron que iban a caer en manos de los enemigos (pues ya se las había visto por todas partes ir de un lado a otro) y emprendieron la carrera hacia el río Orontes. Allí, temiendo que los persas las violaran, se cubrieron el rostro con sus velos y se tiraron a la corriente del río donde desaparecieron. De este modo, cayeron sobre los antioquenos todos los géneros de desgracia posibles.

9 Entonces, Cosroes les dijo a los embajadores lo siguiente: «No está lejos de la verdad, creo yo, aquel antiguo dicho de que la divinidad no concede los bienes sin más[60], sino

[59] *Hápantas hēbēdòn...*: cf. Heródoto, I 172, 2.
[60] Literalmente, «los bienes puros».

que los mezcla con males y luego se los da a los hombres[61]. Y 2
por eso no tenemos risa sin llanto y siempre hay pegada a la felicidad alguna desgracia y al gozo alguna pena, sin permitirle a nadie que disfrute de una bonanza completa una vez que se le ha concedido. Y así, esta ciudad, que se dice y que 3
de hecho es la más importante del territorio romano, he podido conquistarla con el mínimo esfuerzo, puesto que la divinidad nos ha procurado de improviso, como ya estáis viendo, la victoria. Sin embargo, al ver una matanza de hombres 4
tan numerosa y un triunfo bañado en tanta sangre, no ha nacido en mí ninguna sensación de gozo a raíz de tal hazaña. De 5
esto son los infelices antioquenos quienes tienen la culpa; sí, a los persas que estaban asaltando la muralla no fueron capaces de rechazarlos y, luego, cuando ya habían vencido y conquistado la ciudad al primer grito de guerra, decidieron luchar hombro con hombro contra ellos, buscando la muerte con insensata temeridad. Por eso, mientras todos los nobles 6
persas no paraban de importunarme instándome a barrer la ciudad como con una red de arrastre[62] y matar a todos los cautivos, yo animaba a los que huían a emprender más rápido aún la retirada, para que pudieran salvarse cuanto antes. Pues poner el pie sobre el cuello de los cautivos no es algo que permita la ley divina.» Con estos aires de grandeza les 7
habló Cosroes a los embajadores, pero a ellos no se les pasó inadvertida la razón[63] de haberles dado a los romanos la oportunidad de huir.

Y es que, sin duda, no había nadie más hábil que él en 8
decir justo lo que no era y en encubrir la verdad y en echar-

---

[61] Es una visión «modernizada» de los dos toneles de Zeus, de *Il.* XXIV 527 ss.; y cf. la variante de QUINTO DE ESMIRNA, VII 70 ss., dentro de las concepciones estoicas de este autor.

[62] El verbo *sagēneúō* en sentido metafórico ya es herodoteo (VI 31, 1).

[63] Cf. II 8, 22 ss.

les la culpa de las faltas que él había cometido a aquéllos que habían sido las víctimas. Y, además, estaba dispuesto a pactarlo todo y a garantizar el pacto con un juramento; y todavía más dispuesto a olvidarse del convenio que acababa de firmar y de lo que había jurado; y, por dinero, a rebajar su alma sin ningún titubeo a cualquier clase de vileza. Y era sencillamente un experto en aparentar piedad y en decir co-
9 sas para exculparse de sus propias acciones. En efecto, después de haber engañado a los habitantes de Sura, sin que antes le hubieran hecho ningún daño, y haber acabado con ellos de la forma que arriba he expuesto[64], Cosroes vio, tras la toma de la ciudad, a una mujer galana y de ilustre condición arrastrada muy violentamente de la mano izquierda por un bárbaro: ella a su niñito, al que acababa de quitarle el pecho, no quería dejarlo y por eso lo iba arrastrando a su vez con la otra mano, caído como estaba en el suelo, porque era incapaz de llevar su paso en aquella carrera tan violenta. Y fue entonces cuando puso de manifiesto el rey su peculiar
10 carácter, pues aseguran que comenzó a lamentarse, por supuesto sólo de boquilla, aparentando como si tuviera los ojos bañados en lágrimas ante todos los que se encontraban allí en aquella ocasión, también ante el embajador Anastasio, y le rogaba a la divinidad que castigara al culpable de
11 las desgracias que habían sucedido. Su intención era aludir así al emperador Justiniano, aunque sabía perfectamente que
12 era él en persona el máximo responsable de todo aquello. Valiéndose de tan inusitada forma de ser, Cosroes se había convertido en rey de los persas (su mala suerte había dejado tuerto a Zames, que precisamente era quien, por su edad, tenía la precedencia en el trono, sea como fuere después de

[64] Cf. II 5, 8 ss.

Cáoses, pero a éste Cabades lo odiaba sin razón alguna[65]), venciendo sin ningún esfuerzo a quienes se levantaron contra él, y con suma facilidad les causó a los romanos todo el daño que se propuso. Y es que, siempre que la fortuna[66] quie- 13
re engrandecer a alguien, ejecuta en el momento más conveniente lo que ya tenía decidido, sin que nadie se oponga al empuje de su voluntad, y ni toma en consideración la dignidad de ese hombre ni se preocupa de que no suceda algo indebido, sin importarle que muchos la maldigan por este motivo, escarneciéndola por lo que ha hecho en contra de los méritos verdaderos del agraciado[67] con su favor, y sin reparar en ninguna otra cosa en absoluto, con tal de poder llevar a término lo que ella había decidido. Pero, también en esta cuestión que sea lo que Dios quiera.

Cosroes ordenó, pues, al ejército apresar a los supervi- 14
vientes de Antioquía, reducirlos a la esclavitud y saquear todas sus posesiones. Él, entonces, descendió de la parte alta con los embajadores hasta el templo al que llaman «iglesia»[68]. Allí encontró Cosroes reservas de oro y plata tan abundan- 15
tes que, a pesar de no haber cogido más botín que esos tesoros, salió de aquel lugar cubierto de enormes riquezas. Asi- 16
mismo se llevó de allí una gran cantidad de extraordinarios

---

[65] Cf. I 11, 3 s.; 23, 4.

[66] Este papel de la *týchē*, prácticamente personificada, le ha dado a Procopio, más que ninguna otra cosa, «the reputation of being a semi-pagan» (EVANS, *Greek and Byz. Stud.* 12 [1971], 93). En otros contextos (por ejemplo, III 21, 7; IV 6, 34; VIII 32, 30; etc.) a la fortuna se la considera una «fuerza caprichosa» o «más allá de la comprensión humana» (EVANS, *ibid.*, 94). En pasajes como el que nos ocupa, sin embargo, parece que *týchē* actúa secundando las decisiones divinas (cf. también III 2, 35).

[67] Hay un evidente juego de palabras en el original *(týchē... toû... tetychēkótos)*.

[68] Para esta expresión, cf. I 25, 31, y n. 226.

mármoles y ordenó que los depositaran en el exterior del re-
17 cinto para transportarlos también a tierra persa. Una vez concluido todo esto, mandó a los persas incendiar la ciudad entera. Lo único que le pidieron los embajadores fue que se abstuviera de destruir la iglesia, por la que él había cobrado
18 una recompensa bastante grande. Y después de haber consentido en este ruego de los embajadores, ordenó prenderle fuego a todo lo demás. Dejó, pues, allí a unos pocos que incendiaran la ciudad y él con el resto del ejército se retiró al campamento, donde previamente habían dado en montar sus tiendas.

10 Poco antes de este triste suceso, Dios, mediante la manifestación de un milagro[69], les indicó a los que en aquel lugar habitaban lo que iba a ocurrir. En efecto, los estandartes de las tropas destinadas allí desde hacía tiempo, que estaban enhiestos mirando hacia occidente, por sí mismos se volvieron hacia oriente para retornar luego otra vez, sin que nadie
2 los tocara, a su anterior posición. Los soldados les mostraron aquello a los que se encontraban por allí muy cerca y, entre otros muchos, al intendente del campamento, mientras los estandartes estaban todavía agitándose. El tal intendente, que se llamaba Taciano y había llegado de Mopsuestia[70], era
3 un hombre muy discreto. Pero ni siquiera los que contemplaron ese milagro vinieron a reconocer que el dominio sobre aquel lugar iba a pasar del emperador de occidente al rey de oriente; y así fue, sin duda, para que no tuvieran ningún medio de escapatoria aquéllos que debían necesariamente sufrir todo lo que después ocurrió.

4 Yo siento vértigo al escribir sobre un desastre tan grande y al transmitirlo a la memoria de épocas futuras, y no

---

[69] Cf. I 7, 8 s., y n. 58.

[70] En la antigua Cilicia.

puedo comprender por qué es voluntad de Dios enaltecer a un hombre o un lugar para luego abatirlo otra vez y eclipsarlo sin que para nosotros exista ningún motivo. Y es que 5
en el caso de Dios no es permisible decir que no hay una razón conforme a la cual todo sucede siempre: una razón también por la que Él entonces consintió en ver Antioquía reducida a cenizas por obra del más impío de los hombres, un lugar cuya belleza y grandiosidad en todos los aspectos ni aun así pudieron quedar totalmente oscurecidas[71].

Pues bien, tras la destrucción de la ciudad, la iglesia fue 6
lo único que subsistió, merced al empeño y cuidado que pusieron unos persas a quienes se encargó aquella tarea. No 7
obstante, también quedaron muchas casas en los alrededores del llamado Cerateo[72], y no porque nadie tuviera cuidado de ello sino porque se encontraban en los arrabales de la población y no estaban unidas a ningún otro edificio, con lo que el fuego no pudo alcanzarlas. Incendiaron también los bár- 8
baros la zona exterior del recinto, excepto el templo dedicado a San Julián[73] y las casas que coincidía que estaban en las cercanías de ese templo, pues el caso era que los emba- 9
jadores se habían alojado allí. Sin embargo, los persas dejaron intacto el propio recinto amurallado.

Poco después llegaron de nuevo los embajadores ante 10
Cosroes y le dijeron lo siguiente: «Si nuestras palabras, ma-

[71] Frente a Rubin (que lo interpreta como resignación pesimista) y Cameron (que lo considera un signo de piedad), Evans piensa que aquí Procopio consigna en pocas palabras su *credo:* «There must be a *lógos* or divine reason attached to the actions of God» *(Greek and Byz. Stud.* 12 [1971], 89).

[72] El barrio o distrito llamado «Algarrobal» (gr. *tà kerátia;* lat. *ceratium).*

[73] Julián (cf. TEODORETO, *Historia de la Iglesia* IV 27) y Babila (o Bábilas, obispo y mártir de Antioquía en el siglo III) eran los dos santos de mayor devoción en la ciudad.

jestad, no hubieran sido pronunciadas en su presencia, no podríamos creer que Cosroes, el hijo de Cabades, hubiera venido en armas contra el territorio romano, despreciando así los juramentos que hace poco prestó y que parece que constituyen la garantía última y más firme de todas las que entre hombres se dan para la confianza y sinceridad mutuas; y rompiendo los tratados, que son la única esperanza que les queda a quienes viven en medio de la inseguridad que aca-
11 rrean los desastres de la guerra. Y es que podría decirse que tal comportamiento no revela otra cosa sino que la conducta propia de los hombres se ha transformado en instinto de fie-
12 ras. Pues mientras no exista ningún tipo de tratado, la guerra no terminará nunca, y una guerra que no tiene término está siempre de por sí llamada a desnaturalizar[74] a quienes están
13 envueltos en ella. ¿Con qué intención le ha escrito su majestad poco antes a su hermano[75] acusándolo de que era él el culpable de haber roto los tratados[76]? ¿No es evidente que con ello estaba reconociendo que la ruptura de los tratados
14 es una grandísima maldad? En efecto, si él entonces no cometió ninguna falta, no es justo que su majestad ahora venga a atacarnos; pero si el caso es que su hermano ha obrado de esa manera, haga, señor, que nuestro reproche acabe aquí y no vaya a más, para que así sea su majestad el que ante todos demuestre su superioridad. Que quien se deja vencer en la maldad, ése resultaría justamente vencedor en las me-
15 jores acciones. Con todo, nosotros sabemos que el empera-

[74] *Exoikízein tês phýseōs:* el empleo metafórico de este verbo apenas es clásico y, sin embargo, no es extraño a la literatura patrística.

[75] De nuevo como tratamiento de cortesía (cf. I 16, 1). Recuérdese que de haber prosperado la adopción de Cosroes propuesta por Cabades al emperador Justino (cf. I 11, 6 ss.), Justiniano, su sobrino, y Cosroes habrían sido en cierta forma hermanos.

[76] Cf. II 1, 12 ss.

dor Justiniano nunca ha ido contra el tratado de paz y le rogamos, señor, que no les cause a los romanos ningún mal como éste, del que los persas no van a obtener ningún provecho y lo único que su majestad logrará será hacerles un daño irreparable, sin que debiera hacérselo, a quienes recientemente han firmado la paz con usted.» Esto fue lo que le dijeron los embajadores.

Después de escucharlo, Cosroes persistía en afirmar que 16
los tratados los había roto el emperador Justiniano e iba detallando todas las causas de guerra que aquél había suscitado, algunas importantes, pero otras vanas y figuradas sin razón alguna. Y, más que nada, creyó conveniente mostrar que fueron las cartas que Justiniano había escrito a Alamundaro y los hunos las máximas causantes de la guerra, según he expuesto en anteriores capítulos[77]. Sin embargo, que un 17
romano hubiera invadido el territorio persa o hubiera desplegado cualquier tipo de acción bélica, eso ni podía decirlo ni demostrarlo. Además, los embajadores en parte le acha- 18
caban la culpa no a Justiniano sino a algunos de los que habían estado a su servicio y, en parte, también, objetaban que lo que él decía no había ocurrido así. Al final, Cosroes les 19
reclamó a los romanos el pago de una gran suma de dinero, advirtiéndoles que no pretendieran asegurar la paz para siempre sólo con la entrega de una cantidad en aquel momento concreto, pues afirmaba él que la amistad que nace entre los 20
hombres basada en el dinero lo más usual es que se consuma en cuanto ese dinero se gasta; y, en consecuencia, los 21
romanos debían satisfacer a los persas un tributo anual previamente estipulado. «De este modo, pues», les dijo, «los persas mantendrán con ellos una paz estable, custodiando las Puertas Caspias y sin sentirse ya resentidos por lo de la ciu-

[77] Cf. II 1, 12 ss.; 3, 47 s.

dad de Daras[78], para compensar todo lo cual los persas también recibirán siempre una indemnización». «No hay duda»,
22 bién recibirán siempre una indemnización». «No hay duda», respondieron los embajadores, «de que los persas quieren
23 someter a los romanos al pago de un tributo». «No», replicó Cosroes, «al contrario, en adelante los romanos tendrán a los persas como soldados propios, abonándoles un salario convenido por sus servicios, porque también a ciertas tribus de hunos y a los sarracenos les abonáis una suma de oro anual sin que por esto seáis tributarios suyos, sino para que con su custodia vuestra tierra quede libre por siempre de to-
24 da devastación». Después de intercambiar Cosroes y los embajadores estos y otros muchos razonamientos, llegaron por último a un acuerdo bajo las siguientes condiciones: Cosroes recibiría de los romanos en aquel mismo momento cincuenta centenarios[79] y se le entregaría un tributo de otros cinco todos los años de allí en adelante, comprometiéndose él a no causarles ningún daño más a los romanos y, tras tomar consigo a algunos embajadores como rehenes para garantizar el pacto, a marcharse con la totalidad de su ejército a su patria, donde unos embajadores enviados por el emperador Justiniano asentarían ya sobre sólidas bases para el futuro aquel tratado de paz.

11 Cosroes, entonces, partió a Seleucia, una ciudad costera que se halla a ciento treinta estadios de distancia de Antioquía; allí, sin haber encontrado ni causado daño a ningún romano, se bañó él solo en las aguas del mar y, después de hacer sacrificios en honor del sol[80] y de todas las divinidades que quiso y tras muchas invocaciones a los dioses[81], re-
2 gresó por donde vino. Cuando llegó al campamento se puso

[78] Cf. I 10, 4 ss.; 10, 13 s.; 13, 12 ss.; 22, 5; etc.
[79] Cf. I 22, 3 s.
[80] Cf. I 3, 20, y n. 30.
[81] Cf. la expresión en TUCÍDIDES, II 75, 1.

a decir que era su deseo ver la ciudad de Apamea, que esta-
ba en las cercanías, por el mero hecho de tener información
sobre ella. Consintieron en esto los embajadores, pero de 3
mala gana y a condición de que, después de ver la ciudad y
llevarse de allí mil libras de plata, se retirara sin causar nin-
gún otro daño. Pero para los embajadores y para todos los 4
demás estaba claro que Cosroes se disponía a ir a Apamea
sólo con este fin, el de buscarse algún pretexto insignifi-
cante para poder saquear la ciudad y su territorio. Así pues,
subió entonces hasta Dafne, el suburbio de Antioquía, don- 5
de se quedó muy asombrado del bosque y de los manantia-
les de agua, pues uno y otros son verdaderamente dignos de
verse. Y, después de hacer sacrificios en honor de las nin- 6
fas[82], se marchó sin causar ningún otro daño salvo el incen-
dio del santuario del arcángel Miguel, junto con algunas otras
edificaciones, por el siguiente motivo. Un persa, de gran re- 7
putación en el ejército y amigo de Cosroes, llegó montado a
caballo en compañía de algunos otros a un lugar escabroso
en los alrededores de un sitio llamado Treto, donde había un
templo del arcángel Miguel, obra de Evaris. El tal persa, al 8
ver a un joven antioqueno que iba a pie y solo escondiéndo-
se por allí, se separó de los demás y se puso a perseguirlo.
El joven era carnicero y su nombre Aímaco. Y cuando ya 9
estaba a punto de ser alcanzado, se dio la vuelta de improvi-
so y le lanzó a su perseguidor una piedra que le acertó en la
frente y penetró hasta la meninge al lado de la oreja. El per-
sa cayó al suelo al instante y él desenvainó su daga y lo re-
mató. Lo despojó luego a placer de sus armas y de sus joyas 10
de oro y de todo lo demás que llevaba encima, y luego saltó
sobre su caballo y se alejó de allí. Y ya fuera por suerte o 11
valiéndose de su conocimiento del terreno, pudo escapar fá-

[82] Las lógicas divinidades paganas de bosques y fuentes.

12 cilmente de los enemigos sin que éstos se dieran cuenta. Se
enteró Cosroes y, muy dolido por el suceso, les mandó a
unos cuantos de su séquito que incendiaran el templo del ar-
13 cángel que antes mencioné. Ellos, creyendo que el santuario
incluía los edificios que estaban a su alrededor, le prendie-
ron fuego a todo, porque pensaban que así habían cumplido
perfectamente las órdenes de Cosroes. Y así fue como ocu-
rrió.

14 Marchó Cosroes con todo su ejército a Apamea. Hay allí
un fragmento de madera de un codo de longitud[83], una parte
de la cruz[84] en la que es opinión común que, en su momen-
to, Cristo padeció voluntariamente el suplicio y que en tiem-
15 pos pasados fue llevada allí a escondidas por un sirio. Y los
hombres de antaño, confiando en que constituiría un gran
talismán para ellos y para su ciudad, la depositaron en una
caja de madera construida al efecto y, después de adornarla
con oro y piedras preciosas en abundancia, se la entregaron
a tres sacerdotes para que la guardaran a buen recaudo y ca-
da año la sacaran un solo día a fin de que todo el mundo pu-
16 diera adorarla de rodillas. Pues bien, los habitantes de Apa-
mea, al enterarse entonces de que el ejército medo avanzaba
contra ellos, sintieron un gran temor y, cuando oyeron que
Cosroes no decía nunca la verdad ni por asomo, se presenta-
ron ante Tomás, el prelado de la ciudad, y le rogaron que les
mostrara el fragmento de la cruz para adorarlo por última

---

[83] Este *Lignum Crucis* tenía, por tanto, algo más de cuarenta centímetros.

[84] Recuérdese que, según el relato tradicional, fue Santa Elena, la madre del emperador Constantino, la que descubrió la *Vera Crux* en el Santo Sepulcro en el año 326. Sigue contando la tradición que la cruz se conservó en Jerusalén (aunque no íntegra, como se desprende de la noticia de Procopio) hasta que Cosroes II la robó en 614, para ser recuperada posteriormente por Heraclio en 627.

vez antes de morir. Así lo hizo él. Y el caso fue que lo que 17
entonces allí se vio superó todo lo que pudiera decirse y
creerse[85]. Pues mientras el sacerdote llevaba aquel fragmen-
to y lo iba mostrando, se le puso encima una llama de fuego
y la parte del techo que estaba sobre él se iluminó con una
luz potente e inusual. A medida que el sacerdote caminaba 18
por todos lados del templo, la llama avanzaba a su vez, ocu-
pando constantemente el lugar del techo que estaba encima
de él. Lo cierto era que el pueblo de Apamea estaba entu- 19
siasmado de alegría ante aquel milagro; todos lloraban de
gozo y ya se sentían confiados en su salvación. Tomás, des- 20
pués de recorrer todo el templo, depositó el fragmento de la
cruz en su caja y, al taparla, la luz se apagó de repente. Y
cuando le informaron de que el ejército enemigo había lle-
gado a las inmediaciones de la ciudad, se apresuró a acudir
ante Cosroes. Y al preguntarle éste al sacerdote si los de 21
Apamea querían hacerle frente al ejército medo desde sus
murallas, Tomás le respondió que esa idea ni se les había
pasado por la cabeza. «Entonces», le dijo Cosroes, «reci- 22
bidme en vuestra ciudad en compañía de unos pocos hom-
bres y con todas las puertas abiertas.» El sacerdote le con- 23
testó: «Pues para invitarte a esto precisamente he venido.»
Y así, todo el ejército montó las tiendas para acampar de-
lante del recinto amurallado.

Cosroes, luego, escogió a doscientos de los mejores sol- 24
dados persas y entró en la ciudad. Pero, cuando traspasó las
puertas, olvidó por propia voluntad lo que él había pactado
con los embajadores y le ordenó al obispo no sólo que le
diera mil libras de plata y hasta diez veces más de esta su-
ma, sino incluso todos los tesoros que allí había, de oro y
plata y extraordinariamente cuantiosos. Y creo que no ha- 25

85 Cf. I 7, 8 s., y n. 58.

bría vacilado en esclavizar y saquear la ciudad entera si cla-
26 ramente una fuerza divina no se lo hubiera impedido. Hasta tal punto lo perturbaba la avaricia y trastornaba su mente el
27 ansia de fama. Y es que consideraba una gran gloria para él esclavizar todas las ciudades, sin que le importara lo más mínimo el no haber respetado ni pactos ni acuerdos con tal de que semejantes acciones fueran dirigidas contra los ro-
28 manos. Esta forma de ser de Cosroes quedará evidente con lo que intentó en relación con la ciudad de Daras[86] al retirarse en esta misma ocasión, en un absoluto desprecio a los pactos, y con lo que poco después les hizo a los habitantes de Calinico[87] en plena vigencia de los tratados, lo que contaré en posteriores capítulos. Pero, como ya he dicho, Dios
29 salvó Apamea. Cuando Cosroes cogió todos los tesoros y vio Tomás que estaba ya borracho de aquella profusión de riquezas, sacó la caja con el fragmento de la cruz y la abrió y, mientras le mostraba el madero, le dijo: «Poderosísimo
30 rey, esto es lo único que me queda de todas las riquezas. La caja, embellecida como está con oro y piedras preciosas, no tomaremos a mal que te la lleves con todo los demás, pero este madero de aquí, que es nuestra salvación y nuestra alhaja, éste, te lo ruego, te lo suplico, dámelo.» Así habló el sacerdote. Y Cosroes accedió a satisfacer lo que le pedía.

31 Después, entregado a su ambición de gloria, mandó que el pueblo subiera al Circo y que los aurigas compitieran de
32 la forma acostumbrada. Allí también subió él, deseando contemplar el espectáculo. Y, como mucho antes había oído que el emperador Justiniano era hincha a rabiar del color «véneto», que es el azul[88], quería también en ese punto llevarle

---

[86] Cf. II 13, 16 ss.

[87] Cf. II 21, 30 ss.

[88] Cf. I 24, 2, y n. 190.

la contra y estaba resuelto a acomodarle la victoria al verde.
Salieron, pues, los aurigas de los arrancaderos y se aplicaron 33
a la tarea, y el caso fue que el que vestía de azul se adelantó
y marchaba en cabeza. Le seguía pegado a sus ruedas el que 34
llevaba el color verde. Cosroes pensó que éste lo había he- 35
cho adrede y, muy enfadado y con voz amenazante, gritó
que el César[89] se había anticipado de forma no reglamenta-
ria y mandó que los caballos que iban delante se detuvieran,
para que en lo que quedaba de carrera compitieran pero
yendo detrás. Una vez que se hizo tal como él mandó, a to-
dos les pareció que de ese modo Cosroes y la facción verde
eran los vencedores. En aquel momento, uno de Apamea que 36
llegó a presencia de Cosroes venía acusando a un persa de
haber entrado en su casa y haber violado a su hija que era
virgen. Al oírlo, ordenó, hirviendo de cólera, que le trajeran 37
a aquel soldado. Y cuando ya estuvo ante él, encargó que
fuera empalado[90] en el campamento. Pero se enteró la gen- 38
te, y comenzaron a gritar con todas sus fuerzas, desafora-
damente, pidiendo que libraran a aquel hombre de la cólera
del rey. Cosroes les prometió que lo soltaría, pero no mucho
después hizo que lo empalaran a escondidas. Pues bien, tras
haber puesto así fin a todo aquello, se retiró con la totalidad
de su ejército.

Cuando llegó a la ciudad de Calcis[91], que se encuentra a 12
ochenta y cuatro estadios de distancia de la ciudad de Berea,
Cosroes vino a olvidarse de nuevo de lo que había pactado

[89] Porque, como se ha dicho, Justiniano era partidario de los azules. «César» se utilizó ya desde el propio Augusto como título del emperador y, según el mismo Procopio (II 21, 9), así llamaban los persas al emperador romano. Para el título de «Augusto», cf. II 30, 52.

[90] Un suplicio muy empleado por los persas: cf., por ejemplo, HERÓDOTO, I 128, 2 ; III 159, 1.

[91] Cf. I 18, 8.

y, tras acampar no muy lejos de sus murallas, envió a Pablo para que intimidara a sus habitantes con la amenaza de que iba a tomar la ciudad mediante un asedio, a no ser que compraran su salvación con el pago de un rescate y que les entregaran a todos los soldados que allí hubiese junto con su
2 general. Los de Calcis tenían miedo de ambos soberanos y juraron que en la ciudad no residía ni un solo soldado, aunque habían escondido a Adónaco, el comandante de las tropas, y a otros más en unas casitas, para que los enemigos no los descubrieran. A duras penas consiguieron reunir dos centenarios de oro[92], porque la ciudad que habitaban no era demasiado rica, y, entregándoselos a Cosroes como precio de su redención, salvaron su ciudad y se salvaron ellos.

3 Desde allí Cosroes ya no quiso seguir el camino por el que había venido, sino cruzar el río Eufrates y llevarse como botín la mayor cantidad de riquezas posible de Mesopota-
4 mia. Así pues, formó un puente cerca de un lugar llamado Obane, que se halla a cuarenta estadios de distancia de la fortaleza que existe en Barbaliso. Cruzó él y le ordenó a todo el ejército que cruzara cuanto antes; añadió que al tercer día destruiría el puente y fijó incluso el momento del día en
5 que iba a hacerlo. Y cuando se cumplió el plazo, sucedió que algunas tropas se habían quedado aún sin cruzar, pero él, sin la más mínima consideración, envió a algunos soldados para
6 que destruyeran el puente. Los que se quedaron allí regresaron luego a su patria, cada cual como pudo.

7 Entonces se apoderó de Cosroes como una ambición de conquistar Edesa[93]. Y es que a ello lo indujo una tradición cristiana que lo hacía reconcomerse en su interior y que aseguraba que esta ciudad nunca sería tomada, por la siguiente

[92] Cf. I 22, 3 s.
[93] En Siria, capital de la Osroena: cf. I 17, 24.

razón. Vivió en tiempos pasados un tal Abgaro[94], toparca de 8
Edesa (que así era como se llamaba en aquella época a los reyes de esos pueblos). Era este Abgaro el más inteligente de todos sus contemporáneos y por ello era muy amigo del
emperador Augusto. Y es que, como su intención era firmar 9
una alianza con los romanos, vino a Roma y se entrevistó con Augusto, a quien impresionó de tal modo con su prodigiosa inteligencia que el emperador ya no quiso privarse nunca de su compañía y se convirtió en ese mismo momento en un ardiente devoto de su conversación y, como se topara con
él, su único deseo era no tener que despedirse. Así que en 10
ese viaje pasó mucho tiempo lejos de su casa. Y un día, como estaba ya deseando volver a su patria y era absolutamente incapaz de convencer a Augusto para que lo dejara
marchar, se le ocurrió esta idea. Se fue a cazar a un lugar 11
cerca de Roma, pues el caso era que se había aficionado mucho a este ejercicio. En su largo recorrido por aquellos parajes, cazó vivos muchos animales del lugar y de cada sitio recogió un montón de tierra. Regresó de este modo a
Roma con la tierra y los animales. Pues bien, Augusto subió 12
al Circo y se sentó, como tenía por costumbre, y Abgaro vino a su presencia y le mostró la tierra y los animales, explicándole con detalle a qué lugar pertenecía cada tierra y qué
animales eran. Luego, mandó que pusieran cada tipo de tie- 13

---

[94] Abgaro V Ukkama, *topárchēs* (gobernador o rey) de Edesa (cf. Eusebio, *Historia de la Iglesia* I 13 y cf. II 1; *Acbarus rex Arabum* en Tácito, *Anales* XII 12 y 14) entre los años 4 a. C. y 7 d. C., cuando fue destronado. Volvió a reinar, posteriormente, del año 13 al 50. Se sabe, no obstante, que el primer rey cristiano de Edesa fue Abgaro IX (179-216). Sobre toda esta leyenda (que se remonta a la mitad del siglo III) y sobre el texto de las cartas entre Jesús y Abgaro (transmitidas por Eusebio en su obra arriba citada y por la llamada *Doctrina de Addai [Tadeo]*, en su original siríaco), pueden leerse unas páginas muy documentadas en A. de Santos Otero, *Los Evangelios Apócrifos*, Madrid, 1985[5], págs. 662-669.

rra en una parte del Circo y que reunieran a todos los animales en un sitio y que los soltaran allí. Así fue como lo hi-
14 cieron los sirvientes. Y los animales se separaron unos de otros y se fue cada uno a aquella porción de tierra que coin-
15 cidía que era del lugar donde había sido capturado. Augusto estuvo fijándose perfectamente durante un buen rato en lo que ocurría y se asombró de que la naturaleza, sin previo aprendizaje, hiciera a los animales añorar su tierra patria. Y Ab-
16 garo, súbitamente, se agarró a sus rodillas[95] y le dijo: «Y yo, señor, ¿qué deseo crees que tengo, con mujer, hijos y reino,
17 aun pequeño como es, pero en la tierra de mis padres?» Y el emperador, rendido y forzado por la verdad de sus palabras, consintió aunque de mala gana, en que se marchara, y le
18 instó a que le pidiese lo que quisiera. Cuando Abgaro consiguió su propósito, le pidió a Augusto que le construyera un circo en Edesa y él también accedió. De este modo Ab-
19 garo dejó Roma y se marchó a Edesa. Y sus conciudadanos le preguntaron si, con su venida, les traía algo bueno del emperador Augusto. Les respondió a los de Edesa que les traía penas sin ningún daño y alegrías sin ninguna ganancia, insinuándoles las vicisitudes del circo.

20 Algún tiempo después, cuando ya Abgaro tenía una edad avanzada, enfermó gravísimamente de gota[96]. Mortificado por los dolores y por la consiguiente imposibilidad de moverse, consultó a los médicos y reunió a todos los especialistas en
21 la materia del mundo entero. Más tarde (como no eran capaces de encontrar un remedio para su enfermedad) los despidió y, sin ningún recurso ya al que acudir, se puso a lamentar
22 la mala suerte que lo rondaba. Pero por este tiempo, Jesús, el Hijo de Dios, en cuerpo humano, moraba entre los hom-

---

[95] Cf. I 23, 8.

[96] *Podágras chalepês;* pero, según otros testimonios, de lepra.

bres de Palestina, demostrando a las claras, por no haber cometido nunca ningún pecado y por obrar cosas inconcebibles, que Él era verdaderamente el Hijo de Dios. Pues, sólo 23
con llamarlos, hacía que los muertos se levantaran[97] como de un sueño, les abría los ojos a los ciegos de nacimiento, limpiaba la lepra[98] de todo el cuerpo, libraba de la tullidez de los pies[99] y de todos los demás padecimientos que los médicos califican de incurables. Al escuchar Abgaro estas 24
noticias traídas por viajeros que habían llegado desde Palestina a Edesa, cobró ánimos y le escribió a Jesús[100] pidiéndole que abandonara Judea y a aquellos hombres tan ingratos y que en adelante pasara la vida con él. Cuando Cristo 25
leyó la carta que le habían entregado, le contestó a Abgaro mediante un escrito[101] en el que con total franqueza renun-

[97] *Exanístē:* cf. Sófocles, *Electra* 940 *(toùs thanóntas exanastḗsō).* En los textos sagrados y patrísticos los verbos, por lo general, para aludir o designar la resurrección son *anístēmi* (pero cf. ya *Il.* XV 287; XXI 56; Heródoto, III 62, 4; etc.) y *egeírō.*

[98] El término utilizado por Procopio es *leúkē,* la lepra «blanca» o albarazo (o vitíligo: cf. Heródoto, I 138, 1, donde ya se distingue de la *léprē;* Aristóteles, *Hist. anim.* 518a 13; *Gener. anim.* 784a 26; etc.). En el Nuevo Testamento se usa *lépra.*

[99] La enumeración de milagros incluye en concreto aquí (y también en las cartas apócrifas mencionadas en n. 94), como se puede leer, la resurrección de los muertos y la curación de ciegos, leprosos y cojos: cf. Mateo, 11, 5; Lucas, 7, 22.

[100] Según Eusebio, en el año 340 de la era de los Seléucidas, el 30 d. C.; según la *Doctrina de Addai,* el 32 d. C.

[101] Eusebio, en unas líneas de su texto que faltan en algunos manuscritos, nos dice que Jesús en persona escribió la carta; «en cambio, la *Doctrina de Addai* deja entrever claramente que Jesús no escribió nada, sino que fue el correo Hannan (= Ananías) quien se encargó de transmitir (¿por escrito?) la contestación oral de Jesús» (cf. A. de Santos Otero, *Los Evangelios Apócrifos* [cit. arriba en n. 94], págs. 663 y 666 y n. 16).

26 ciaba a ir allí, pero le prometía la salud[102]. Aseguran que
también añadía algo más: que la ciudad nunca sería con-
quistada por los bárbaros. Esta posdata[103] de la carta fue ab-
solutamente desconocida para los que escribieron la historia
de aquella época, pues lo cierto es que no la mencionaron en
ninguna parte. Pero los de Edesa aseguran que la encontra-
ron incluida en la carta, de modo que, naturalmente, han he-
cho que la carta sea inscrita de esta forma, en vez de cual-
27 quier otro talismán, en las puertas de la ciudad. Pero cayó,
en efecto, bajo el poder de los medos algún tiempo después,
28 aunque no conquistada, sino de la siguiente manera. Poco
después de haber recibido Abgaro la carta de Cristo, quedó
curado de su enfermedad y, tras una larga vida llena de sa-
lud, murió. Pero el que le sucedió en el trono fue uno de sus
hijos[104], que se convirtió en el más impío de todos los hom-
bres y, aparte de haber cometido muchos abusos contra sus
súbditos, se inclinó además por propia voluntad a aliarse
29 con los persas, por temor al castigo de los romanos. Pero
mucho tiempo después, los habitantes de Edesa aniquilaron
a la guarnición bárbara allí asentada y entregaron la ciudad a
los romanos. *** [105] que toda su preocupación era ganárselo,
según deduzco de lo que ha sucedido en mis tiempos, como
30 explicaré en los capítulos correspondientes. Y en alguna oca-
sión se me ha ocurrido que, aunque Cristo no hubiera escri-
to lo que antes se ha dicho, sino que simplemente los hom-

[102] En concreto, y de acuerdo con el contenido de la correspondencia apócrifa que conservamos (cf., de nuevo, n. 94), Jesús, después de su Ascensión, enviaría para ello a uno de sus discípulos (Tadeo, según Eusebio), sin constar en absoluto, como añade Procopio en las líneas siguientes, esa bendición por la cual Edesa nunca sería tomada por ningún enemigo.

[103] *Tò akroteleútion*, «la parte final»: cf. TUCÍDIDES, II 17, 1.

[104] Sanadroug, hijo de su hermana: cf. ed. HAURY-WIRTH, vol. I, pág. 208, n. *ad loc.*

[105] Faltan nueve líneas en el ms. *P*: cf. *ibid.*

bres vinieron a creerlo así, Él, no obstante, tiene la intención de mantener la ciudad inexpugnable por este solo motivo, por no darles nunca una excusa para que puedan decir que los ha engañado. Todo esto, por tanto, que sea y que se cuente como Dios quiera.

Por esta razón precisamente Cosroes consideró que era 31
oportuno conquistar Edesa[106]. Cuando llegó a Batne, una plaza pequeña y sin ninguna importancia, a un día de camino de Edesa, acampó allí aquella noche y, al rayar el alba, partió con todo su ejército hacia Edesa. Pero sucedió que se 32
equivocaron de camino y al anochecer acamparon en el mismo lugar, cosa que, según dicen, les volvió a ocurrir una segunda vez. Y cuando tras muchas dificultades se encontró 33
ya Cosroes en las cercanías de Edesa, cuentan que le entró una infección con pus en la cara y se le inflamó la mandíbula. Y por ello no quiso de ningún modo intentar un ataque contra la ciudad, aunque sí envió a Pablo para pedirles dinero a los habitantes de Edesa. Ellos le aseguraron que no te- 34
nían el más mínimo temor por su ciudad, pero que, para que no devastara el territorio, le darían dos centenarios de oro[107]. Y él cogió el dinero y respetó los acuerdos.

En aquel entonces le escribió también una carta a Cos- 13
roes el emperador Justiniano, en la que se comprometía a cumplir los acuerdos de paz firmados por él y por los embajadores[108]. Cuando Cosroes leyó aquel mensaje, soltó a 2
los rehenes y se preparó para la partida, con la intención, además, de entregar a todos los cautivos antioquenos por un precio. Cuando se enteraron los de Edesa, demostraron ma- 3
yor disposición de la que nunca se había oído, pues no hubo

[106] Procopio vuelve a su relato: cf. II 12, 6 s.

[107] Doscientas libras de oro: cf. I 22, 3 s.

[108] Cf. II 10, 24.

nadie que no trajera y depositara en el templo una cantidad proporcionada a la fortuna de cada cual para rescatar a estos
4 cautivos. Y hasta hubo quienes contribuyeron con más de lo que les correspondía. Las prostitutas, incluso, se quitaron todas las galas que llevaban sobre su cuerpo, y las depositaron allí; y los campesinos que carecían de bienes y de dinero pero tenían un asno o una ovejita, la traían al templo con suma
5 diligencia. Se recogió así una enorme cantidad de oro, plata y otras riquezas. Pero nada de todo eso se llegó a entregar
6 como rescate, porque coincidió que Buces se presentó allí y se encargó de impedirles la operación, esperando que ello le reportaría un gran beneficio. Y por este motivo Cosroes, en
7 su marcha, se llevó consigo a todos los cautivos. Los carrenos[109], entonces, salieron a su encuentro y le ofrecieron mucho dinero, pero él les aseguró que no le pertenecía, porque en su mayoría no eran cristianos sino que concidía que eran adeptos de las antiguas creencias[110].

8 Por el contrario, cuando los de Constantina le ofrecieron dinero, lo aceptó, aunque asegurando que la ciudad le pertenecía por su padre. Y es que Cabades, después de tomar Amida[111], tuvo también la intención de tomar Edesa y Cons-
9 tantina. Pero, estando ya cerca de Edesa, les consultó a los magos si iba a conquistar la ciudad, al tiempo que les seña-
10 laba el lugar con su mano derecha. Y ellos le dijeron que la ciudad no la conquistaría por ningún medio a su alcance, conjeturándolo de que, al haber tendido hacia ella la mano derecha, el signo que hacía no era de conquista ni de nada

---

[109] Los habitantes de la ciudad de Carras, en aquella zona de Mesopotamia.

[110] Cf. I 20, 1, y n. 172.

[111] Cf. I 7, 29.

adverso, sino de salvación[112]. Y él, al oír estas palabras, se 11
convenció y guió su ejército hacia Constantina. Al llegar allí 12
mandó a todas sus tropas que acamparan con el fin de ase-
diarla. En aquel entonces el sacerdote de Constantina era 13
Barádoto, un hombre recto[113] y especialmente amado por
Dios, razón por la que sus ruegos eran siempre efectivos pa-
ra lograr lo que quería. Con sólo mirarle la cara, ya se ha-
bría uno imaginado que era un hombre perennemente grato
a Dios. El tal Barádoto llegó entonces a presencia de Caba- 14
des a traerle vino, higos secos, miel y pan blanco, y le pidió
que no intentara nada contra una ciudad que carecía de im-
portancia y de la que los romanos se despreocupaban bas-
tante, y que ni tenía guarnición ni nada que la protegiera, si-
no tan sólo a sus habitantes, unas pobres gentes. Esto fue lo 15
que le dijo. Y Cabades prometió que le entregaría la ciudad
como un regalo suyo y le obsequió además con todas las
provisiones que había preparado para el ejército con vistas
al asedio y que eran extraordinariamente abundantes. Y, de
este modo, abandonó el territorio romano. Por esta razón,
Cosroes estimaba que la ciudad le pertenecía por su padre.

Al llegar a Daras[114] se puso a asediarla. En el interior, 16
los romanos y Martino, su general (que coincidía que se en-
contraba allí), se dispusieron a montar la resistencia. Por dos 17
murallas está rodeada la ciudad: la de dentro es de grandes
dimensiones y sencillamente digna de admiración (pues ca-

---

[112] El derecho como lado del buen augurio está ampliamente documentado. Para Grecia puede consultarse J. C. LAWSON, *Modern Greek folklore and ancient Greek religion. A study in survivals*, Nueva York, 1964, pág. 312, cit. en el interesante artículo (relacionado con este tema) de M. S. RUIPÉREZ, «El nombre de Layo, padre de Edipo», *Apophoreta Philologica Emmanueli Fernández-Galiano a sodalibus oblata. Pars prior. Estudios Clásicos* 87 (1984), 172, n. 22.

[113] Cf. I 7, 5, y n. 57.

[114] Cf. I 10, 13 s., y n. 80.

da uno de sus torreones alcanza una altura de cien pies[115] y
de sesenta el resto de la muralla); la de fuera sucede que es
mucho menor, pero, eso sí, sólida y como para tomársela
18 muy en serio. El espacio que hay en medio no tiene menos
de cincuenta pies de anchura. Allí acostumbran los de Daras
a llevar su ganado y otros animales cuando hay amenaza de
19 enemigos. Pues bien, lo primero que hizo Cosroes fue asal-
tar la parte occidental del recinto y, después de rechazar a
los defensores con una lluvia de proyectiles, les prendió
20 fuego a los portones de la muralla pequeña. Sin embargo,
ninguno de los bárbaros se atrevió a penetrar en el interior.
Luego, decidió cavar un túnel a escondidas hacia la parte
oriental de la ciudad, pues sólo por ahí se puede excavar la
tierra, porque el resto del recinto lo han levantado sus cons-
21 tructores sobre roca. En efecto, los persas comenzaron a ca-
var desde su trinchera y, como era muy profunda, ni podían
ser vistos por los enemigos ni les daban la oportunidad de
22 advertir lo que estaba pasando. Así pues, se introdujeron ya
hasta debajo mismo de los cimientos del muro exterior y les
faltaba muy poco para llegar al espacio entre ambas mura-
llas, atravesar el muro grande y tomar la ciudad a viva fuer-
za, pero, como estaba predestinado[116] que los persas no la
conquistaran, uno del ejército de Cosroes, ya fuera un hom-
bre normal o más que un hombre, a eso del mediodía se
acercó solo al recinto y les hizo creer a quienes le miraban
que estaba recogiendo las flechas que, poco antes, desde la
muralla los romanos habían lanzado contra los bárbaros en
23 su arremetida. Mientras hacía esto y protegido como iba
detrás de su escudo, parecía que se estaba riendo de los de

[115] Algo más de 30 m.

[116] Cf. II 8, 14, y n. 55.

las almenas, burlándose de ellos entre carcajadas[117]. Luego, tras explicarles todo el plan, les aconsejó que estuvieran todos bien despiertos y que pusieran el mayor cuidado posible en salvarse. Después de darle esa información, se alejó de 24 allí y los romanos, en medio de un gran alboroto y una enorme confusión, mandaron cavar en el espacio entre ambas murallas. Los persas, por su parte, como no sabían lo que 25 estaba ocurriendo, seguían aplicándose a su tarea. Así pues, 26 los bárbaros iban abriendo bajo el suelo un camino recto hacia la muralla de la ciudad, mientras los romanos, por consejo de Teodoro, un hombre muy entendido en esa ciencia que llaman ingeniería[118], hacían un túnel en dirección transversal y de suficiente profundidad. Y sucedió que los persas, cuando ya estaban en medio de ambos recintos, irrumpieron de improviso en el túnel de sus enemigos. A los que 27 iban delante los mataron los romanos, pero los de detrás huyeron a toda prisa y pudieron ponerse a salvo en su campamento, pues los romanos decidieron no perseguirlos en la oscuridad. Pues bien, Cosroes, tras esta intentona frustrada y 28 sin esperanzas ya de conquistar posteriormente la ciudad con ninguna estrategema, negoció con los sitiados y, después de llevarse de allí mil libras de plata, se retiró a su patria. Cuando 29 se enteró el emperador Justiniano, se resolvió a no mantener ya vigentes por más tiempo los pactos y acusó a Cosroes de haber intentado conquistar la ciudad de Daras durante la tregua. Esto fue lo que les sucedió a los romanos en la primera invasión[119] de Cosroes y así acabó aquel verano.

Cosroes, entonces, fundó una ciudad en Asiria, en un lu- 14 gar a un día de distancia de la ciudad de Ctesifonte. La lla-

[117] Cf. II 8, 6, donde se repite prácticamente la expresión.

[118] Literalmente, «mecánica».

[119] Cf. II 5, 1.

mó Antioquía de Cosroes, asentó allí a todos los cautivos antioquenos y les construyó un baño público y un circo, per-
2 mitiendo que se entregaran a todos los demás lujos, pues a los aurigas y a los músicos se los trajo consigo de Antioquía
3 y de otras ciudades romanas. Y, además, a estos antioquenos los abastecía de alimentos a cargo del estado de una forma más solícita de lo que correspondía a unos cautivos, y reclamaba que se les diera el nombre de súbditos «regios», de modo que no pudieran estar subordinados a ningún supe-
4 rior sino sólo al rey. Y si alguno de los demás esclavos romanos se convertía en fugitivo y lograba escapar hasta Antioquía de Cosroes, y alguien de los que habitaban allí lo trataba de pariente[120], su antiguo dueño ya no podía recuperar a este cautivo, ni siquiera en el caso de que el señor de tal esclavo fuera un noble persa de los más ilustres.

5 Fue entonces, en efecto, cuando un prodigio que aconteció en Antioquía en la época del emperador Anastasio[121] alcanzó su resultado final. Y es que, en aquella ocasión, un viento recio cayó de improviso sobre el suburbio de Dafne y algunos cipreses de un altura sencillamente enorme que allí había, fueron arrancados de raíz y se desplomaron a tierra,
6 unos árboles, por cierto, que la ley prohibía cortar. Pues bien, poco después, cuando ya Justino gobernaba a los romanos[122], sobrevino un terremoto muy violento que sacudió toda la ciudad y en un momento tiró al suelo la mayoría de sus más bellos edificios, y se dice que murieron trescientos
7 mil antioquenos. Por último, en esa conquista que antes he

---

[120] El término *syngenḗs* se empleaba como título concedido por el rey persa: cf., por ejemplo, JENOFONTE, *Ciropedia* I 4, 27. En español también se utiliza «pariente» o «primo» como tratamiento que da el rey.

[121] Entre el 491 y el 518.

[122] El terremoto se produjo el año 526. Justino ocupó el trono entre el 518 y el 527.

narrado, quedó destruida la ciudad entera[123]. Así, pues, pa-
raron los desastres que sufrió Antioquía.
Por su parte, Belisario acudió a la llamada del empera- 8
dor y llegó a Bizancio desde Italia. Después de pasar el in-
vierno en Bizancio, Justiniano lo mandó[124] como general
contra Cosroes y los persas al inicio de la primavera, junto
con los oficiales que habían venido con él desde Italia, a uno
de los cuales, Valeriano, le ordenó que guiara las tropas de
Armenia. Pues coincidía que Martino había sido enviado 9
de inmediato a oriente y, por esta razón, Cosroes se lo en-
contró en Daras, como antes se ha expuesto[125]. Vitigis per- 10
maneció en Bizancio, pero todos los demás godos salieron
con Belisario a la campaña contra Cosroes. En aquel tiem- 11
po, uno de los embajadores de Vitigis, el que había usurpa-
do la dignidad de obispo[126], murió en suelo persa; el otro
permaneció allí. El intérprete que fue con ellos[127] regresó al 12
territorio romano y Juan, el comandante de las tropas de
Mesopotamia, lo capturó cerca de las lindes de Constantina,
lo llevó a la ciudad y lo encerró en prisión. Allí, en el inte-
rrogatorio a que Juan lo sometió, reveló todo lo que había
pasado. Y así fue como se desarrollaron los acontecimien- 13
tos. Belisario con los que le seguían marchó a toda prisa,
con afán de anticiparse a una nueva invasión que Cosroes
pudiera efectuar en territorio romano.
Pero, entretanto, Cosroes condujo su ejército a la Cól- 15
quide, adonde lo llamaron en su auxilio los lazos por el si-
guiente motivo. Al principio los lazos habitaban la tierra de 2
Cólquide como vasallos de los romanos, pero sin pagarles

[123] Cf. II 9, 17 s.
[124] En el año 541.
[125] Cf. II 13, 16.
[126] Cf. II 2, 2. Para la expresión cf., por ejemplo, HERÓDOTO, III 63, 3.
[127] Cf. II 2, 3.

tributo ni obedecer ninguna otra de sus prescripciones, salvo
la concerniente al hecho de que, cuando su rey moría, el
emperador romano le enviaba las insignias de su dignidad al
3 sucesor en el trono. Éste con la ayuda de sus súbditos vigi-
laba estrechamente las fronteras del país, para que las hor-
das de hunos hostiles procedentes del Cáucaso, montañas
que confinan con su tierra, no invadieran a través de Lácica
4 el territorio romano. Y las vigilaban sin recibir ellos de los
romanos dinero ni tropas, ni tampoco participar en las cam-
pañas del ejército romano; su continua dedicación no era si-
no el comercio marítimo con los romanos que habitaban en
5 el Ponto. Y es que los lazos no poseen sal, ni trigo ni ningún
otro bien y sólo proporcionándoles a otros pieles, cueros y
6 esclavos, se procuraban ellos los víveres necesarios. Y cuan-
do ocurrió lo de Gúrgenes, el rey de los iberos, como conté
en anteriores capítulos [128], comenzaron a asentarse en Lácica
soldados romanos, que eran una carga para estos bárbaros, y
sobre todo Pedro, el general, muy dado a maltratar a quienes
7 tropezaban con él. El tal Pedro provenía de Arzanene, que
está más allá del río Ninfio y que de antiguo se encuentra
sometida a los persas, pero, cuando todavía era un niño, fue
tomado como esclavo por Justino en aquella ocasión en que
este emperador, tras la conquista de Amida, invadió el te-
rritorio persa con el ejército de Céler [129]. Y gracias a la gran
humanidad de su dueño, pudo acudir a la escuela primaria.
8 Al principio llegó a ser secretario de Justino, pero cuando,
después de la muerte de Anastasio, Justino lo sucedió en el
trono del imperio romano, Pedro, nombrado ya general, se

---

[128] Cf. I 12, 4 ss.

[129] Cf. I 8, 21 s. En aquel momento (era el año 503) Justino no era todavía emperador, pues ocupó el trono imperial en el 518.

engolfó en la avaricia y trataba a todo el mundo muy vanidosamente.

Más tarde, el emperador Justiniano envió a varios oficiales a Lácica y, entre otros, a Juan, el llamado Tzibo, un hombre de origen oscuro y plebeyo, pero que había ascendido al generalato por ninguna otra cosa que por ser el más malvado de todos los hombres y el más capaz de descubrir recursos ilegales para obtener dinero. Y fue él quien enturbió, haciendo que se tambalearan, todas las relaciones existentes entre lazos y romanos. Convenció también al empera- 10 dor Justiniano de que fundase en Lácica una ciudad costera con el nombre de Petra: allí se estableció como en una ciudadela y entraba a saco en las propiedades de los lazos. En 11 efecto, la sal y todos los demás artículos que los lazos consideraban necesarios no podía traerlos ya a la tierra de Cólquide ningún mercader, ni desde allí podían tampoco comprarlas en ningún otro sitio, sino que Juan organizó en Petra lo que llamó un «monopolio» y él en persona hacía de traficante al por menor e inspeccionaba todas las operaciones pertinentes, comprando y vendiéndoselo todo a los colcos, pero no al precio acostumbrado sino como le daba la gana. Aparte de esto, también suponía para los bárbaros una 12 carga, a la que no estaban antes habituados, el ejército romano que se instaló en su tierra. Y como ya no podían soportarlo, decidieron aliarse con los persas y Cosroes e inmediatamente, a escondidas de los romanos, les enviaron embajadores para negociarlo todo. Se les había encargado 13 que Cosroes les ofreciera garantías de que los lazos, contra su voluntad, nunca serían entregados por él a los romanos y que, tras este compromiso, lo trajeran junto con el ejército persa a su país.

Pues bien, los embajadores llegaron a donde estaban los 14 persas y, presentándose en secreto ante Cosroes, le dijeron

lo siguiente: «Si alguna vez en la historia hubo hombres
que, del modo que fuera, desertaron de sus amigos y, des-
pués de haberse pasado indebidamente a las filas de unos
sujetos del todo desconocidos, la fortuna, como una bienhe-
chora, los trajo de nuevo, contentos como los que más, junto
a sus anteriores compañeros, puede su majestad creer, pode-
rosísimo rey, que esos hombres son precisamente los lazos.
15 Pues los colcos, que de antiguo fueron aliados de los persas,
les prestaron muchos buenos servicios y también ellos los
recibieron. De todo ello poseemos muchos testimonios es-
critos y otros muchos se conservan hasta el presente en los
16 palacios persas. Pero el caso fue que, algún tiempo después,
nuestros antepasados, o porque su majestad se despreocupó
de ellos o por algún otro motivo (pues nada cierto podemos
17 saber al respecto), firmaron un tratado con los romanos. Y
ahora nosotros y, con nosotros, el rey de Lácica, entregamos
a los persas nuestras propias personas y nuestra tierra para
18 que nos tratéis a vuestra voluntad. Pero le pedimos que, en
lo tocante a nosotros, lo mire de la siguiente manera: si nos
hemos pasado a sus filas no porque los romanos nos hayan
hecho ningún mal sino por pura ingratitud nuestra, ya pue-
de, señor, en este mismo momento rechazar nuestra súplica,
en la convicción de que tampoco le seremos nunca leales
(pues cuando una amistad queda rota, la que después se
forma con otros se convierte, por su propia condición, en un
19 oprobio); pero si sólo de palabra hemos sido amigos de los
romanos y en realidad sus leales esclavos, y hemos sufrido
un trato impío por parte de quienes nos han tiranizado, aco-
gednos a nosotros, a vuestros anteriores aliados, tomad co-
mo esclavos a los que tratabais como amigos y odiad una
cruel tiranía que se ha alzado así contra nosotros en tierras
vecinas: con ello obraréis de una manera digna de esa justi-
cia cuya observancia siempre ha sido patrimonio de los per-

sas. Pues quien no comete injusticia no puede llamarse jus- 20
to, a menos que, siempre que tenga la posibilidad, también
esté por naturaleza inclinado a salvar a quienes sufren in-
justicia a manos de otros. Pero vale la pena decir algunas de 21
las cosas que los malditos romanos nos han hecho. Veá-
moslas: a nuestro rey sólo le dejaron la mera apariencia ex-
terior de la realeza, tras haberle quitado el poder efectivo
para apropiárselo ellos, y está sentado como rey pero en ca-
lidad de sirviente y con miedo al general que le da las órde-
nes; a nosotros nos pusieron bajo la vigilancia de un nume- 22
roso ejército, y no para proteger nuestro país de algaradas
(pues salvo los romanos precisamente, ningún pueblo limí-
trofe nos hostiga con sus correrías), sino para tenernos ence-
rrados como en una cárcel y adueñarse de todo lo nuestro. Y 23
con intención de desvalijar en un plazo más corto nuestras
posesiones, mire, majestad, qué idea se les ha ocurrido: las 24
provisiones de las que coincide que tienen excedentes, les
obligan a los lazos a comprárselas contra su voluntad, mien-
tras aquellas otras que para ellos son las más útiles y que
son productos naturales de Lácica, reclaman que se las ven-
damos, de palabra por supuesto, fijándose el precio en am-
bos casos a discreción de los dominadores. Es así como nos 25
quitan todo el oro, además de los artículos de necesidad, y a
esto, con un nombre de relumbrón, lo llaman "comerciar",
pero de hecho lo que hacen es violentarnos lo más que pue-
den. Y nos han puesto de gobernador a un traficante que ha
convertido nuestra escasez en un negocio merced a la auto-
ridad de su cargo. Ésta es la causa de nuestra defección y, 26
por tanto, está en sí misma justificada. Pero qué grandes
ventajas obtendréis al aceptar la petición de los lazos, esto
os lo explicaremos de inmediato. Al imperio persa anexio- 27
naréis un antiquísimo reino y, gracias a él, conseguiréis ex-
tender el feudo de vuestra hegemonía. Sucederá entonces

que poseeréis parte del mar de los romanos a través de nuestra tierra y, una vez que su majestad construya allí sus barcos, tendrá acceso sin ningún esfuerzo al palacio de Bizancio; pues lo cierto es que en medio no hay ningún obstáculo[130].
28 Se podría agregar que incluso el hecho de que los bárbaros de las fronteras saqueen todos los años el territorio romano
29 dependerá ya de su majestad. Y es que, como ya bien sabe, hasta el día de hoy la tierra de los lazos ha constituido un
30 bastión contra las montañas del Cáucaso. Así pues, con la justicia por bandera y con estas ventajas añadidas, creemos que no será nada prudente que no prestéis oídos a nuestras palabras.» Esto fue lo que dijeron los embajadores.

31 Cosroes, complacido en efecto con sus palabras, les prometió a los lazos que los defendería y les preguntó a los embajadores si le era posible entrar en la tierra de Cólquide
32 con un gran ejército. Pues, según afirmaba él, había escuchado muchas noticias previas acerca de que se trataba de un territorio bastante difícil de atravesar hasta para un buen andador[131], por ser extraordinariamente abrupto y, en su ma-
33 yor parte, cubierto de frondosas espesuras. Pero ellos le aseguraban que, por allí, el camino para todo el ejército persa sería fácil si cortaban los árboles y los echaban en aquellos
34 lugares intransitables por culpa de los precipicios. Incluso prometieron que les guiarían en su camino y que serían los primeros en pechar[132] con esta tarea en favor de los persas.
35 Cosroes, animado por esta sugerencia, reunió un gran ejército y se preparó para ponerse en camino sin revelarles su

---

[130] Desde el Ponto Euxino (Mar Negro) podrían pasar fácilmente por el Bósforo a Bizancio.

[131] Para la expresión cf. I 19, 27, y n. 168.

[132] Intentamos traducir el término *próponoi (P,* om. *V G),* que sería un *hápax,* secluso en ed. Haury-Wirth (aceptado en ed. Dewing, que seguía la antigua ed. Haury).

plan a los persas, excepto a aquéllos con quienes únicamente solía compartir sus secretos. A los embajadores les encargó que no le contaran a nadie lo que estaba pasando, mientras la explicación oficial fue que se partía hacia Iberia, como para arreglar la situación que allí había, alegando que una tribu de hunos se había lanzado por aquella zona contra los dominios persas.

Mientras tanto, Belisario había llegado a Mesopotamia y 16
estaba formando su ejército reuniendo fuerzas de todas partes y a algunos hombres los enviaba a tierra persa para espiar. Y como quería encontrarse él en persona allí con los 2
enemigos, en caso de que de nuevo hicieran una incursión en territoro romano, iba distribuyendo y equipando sobre el terreno a los soldados, a quienes en su inmensa mayoría les faltaban armas ofensivas y defensivas y que estaban aterrorizados ante el solo nombre de los persas. Pues bien, regre- 3
saron los espías asegurando que por el momento no iba a producirse ninguna incursión enemiga, dado que Cosroes se hallaba lejos ocupado en la guerra contra los hunos. Belisa- 4
rio, al oír esto, se resolvió a invadir de inmediato el territorio enemigo con todo su ejército. Llegó también Aretas con 5
un gran ejército de sarracenos y, además, el emperador por medio de una carta le encargó que invadiera con la mayor celeridad el territorio enemigo. Convocó, pues, a todos sus 6
oficiales en Daras y les dijo lo siguiente: «Sé que todos vosotros, compañeros[133], estáis fogueados en muchas batallas, así que os he reunido ahora no para recordaros ni advertiros nada, ni para enardecer vuestros ánimos contra los enemigos (pues no creo que necesitéis palabras que estimulen vuestro valor), sino para deliberar en común y escoger, más bien, lo

[133] El término empleado es *xynárchontes*, «colegas en el mando»: cf., por ejemplo, II 18, 14; III 15, 1.

que parezca más oportuno y lo mejor para la causa del em-
7 perador. Pues, más que nada, es una deliberación prudente la que endereza a buen término la guerra. Pero es preciso que quienes se pongan a deliberar tengan su mente total-
8 mente libre de recato y de temor: que el temor paraliza a los que se dejan dominar por él y no permite que la razón escoja lo preferible; y el recato nubla lo que parece mejor y
9 empuja a tomar la determinación contraria. Por tanto, si creéis que nuestro poderoso emperador o yo hemos decidido ya algo con respecto a la presente situación, que ni se os pa-
10 se esto por la cabeza. Él, desde luego, está muy ajeno a lo que está sucediendo y no puede ajustar sus acciones a las
11 circunstancias más oportunas, de modo que no existe ningún temor de que, por llevarle la contraria, no hagamos lo
12 que en definitiva será más conveniente para su causa. En cuanto a mí, que soy humano y que después de mucho tiempo he llegado aquí desde occidente, es imposible que no se
13 me haya escapado algo que sea de primera necesidad. Así que, sin recatarse ante lo que yo pueda opinar, a vosotros os toca decir claramente lo que va a ser beneficioso para noso-
14 tros mismos y para el emperador. Desde un principio, en efecto, hemos venido aquí, compañeros[134], para impedir que el enemigo realice cualquier tipo de incursión contra nuestro territorio, pero la realidad es que, como las cosas nos han ido mejor de los que esperábamos, ahora estamos en condiciones de tomar una determinación con respecto al territorio
15 del enemigo. Y, como con este fin se os ha reunido, justo es, creo yo, que sin reservas diga cada cual lo que le parezca que es mejor y más conveniente.»

16 Éstas fueron las palabras de Belisario. Pedro y Buces le aconsejaron que, sin vacilar, condujera su ejército contra tie-

[134] Cf. n. anterior.

rra enemiga. Y a su parecer se adhirieron de inmediato todos los que estaban en la asamblea. Sin embago, Recitango 17
y Teoctisto, los comandantes de las fuerzas del Líbano, dijeron que sí, que también ellos sentían el mismo deseo que los demás con respecto a la invasión, pero temían que, una vez que hubieran abandonado las regiones de Fenicia y Siria, Alamundaro las saqueara a placer y el emperador se enojara con ellos por no preservar del pillaje el país que gobernaban: por lo tanto no estaban decididos a unirse al resto del ejército. Pero decía Belisario que lo que estos dos hombres 18
pensaban no se correspondía con la verdad, porque era el tiempo del solsticio de verano[135] y en esa época del año, más o menos durante dos meses, siempre rinden culto con ofrendas a su dios, sin dedicarse a efectuar ninguna incursión en territorio ajeno. Por ello, y después de prometerles 19
que en un plazo de sesenta días los dejaría marchar a los dos y a las tropas bajo su mando, les ordenó que entonces también lo siguieran con el resto del ejército. Así pues, Beliario se preparaba muy concienzudamente para la invasión.

Cosroes y el ejército medo, tras cruzar Iberia, llegaron, 17
guiados por los embajadores, a los confines de Lácica y sin ninguna oposición empezaron a cortar los árboles, que allí formaban una alta espesura extraordinariamente frondosa[136] en aquellos lugares tan abruptos y hacían el terreno de todo punto intransitable para el ejército. Luego los arrojaban a los precipicios y así lograban que el camino fuera muy cómodo. Cuando alcanzaron la zona central de Cólquide (don- 2
de cuentan los poetas que ocurrió lo de Medea y Jasón[137]), llegó Gubaces, el rey de Lácica, y se arrodilló[138] ante Cos-

---

[135] Cf. Heródoto, II 19, 2.

[136] Cf. II 15, 32 s.

[137] Cf., por ejemplo, Apolonio de Rodas, *Argonáuticas* II 1277 s.

[138] Cf. I 3, 17, y n. 27

roes, el hijo de Cabades, como ante su señor, entregándose a sí mismo junto con su palacio y Lácica entera.

3 Hay en Cólquide una ciudad costera, Petra[139], a orillas del mar que llaman Euxino, que en el pasado era un lugarejo insignificante pero al que el emperador Justiniano había convertido en una plaza fuerte y, por lo demás, famosa, al dotarla de un recinto amurallado y de otras instalaciones.
4 Cuando Cosroes se enteró de que allí estaba el ejército romano con Juan, envió contra ellos tropas bajo el mando de
5 Aniábedes para conquistarla[140] al primer grito de guerra. Pero Juan tuvo conocimiento del ataque que se iba a producir y ordenó que nadie saliera fuera del recinto ni se dejara ver por los enemigos desde las almenas; luego armó a sus soldados hasta los dientes y los apostó cerca de las puertas, mandándoles que se mantuvieran en silencio, sin emitir nin-
6 gún ruido ni voz alguna. Llegaron, pues, los persas a una zona muy próxima al recinto y, como no veían ni oían a ningún enemigo, creyeron que la ciudad estaba desierta y
7 que los romanos la habían abandonado. Por tanto, se acercaron todavía más a la muralla para aplicar de inmediato sus
8 escalas, en la idea de que nadie la defendía. Al no ver ni oír a ningún enemigo, enviaron mensajeros a Cosroes para in-
9 formarle de la situación. Él, entonces, mandó el grueso de su ejército con la orden de que asaltaran el recinto por todos los puntos y a uno de sus oficiales le encomendó que en las puertas hiciera uso de la máquina de guerra llamada ariete[141], mientras él, sentado en la colina que está muy cerca de
10 la ciudad, contemplaba las operaciones. Pero, en ese mismo

---

[139] Procopio ya se ha referido anteriormente a esta ciudad y a Juan: II 15, 10 ss.

[140] Traducimos la lectura *exeloûntas* (ed. Dewing y ed. Haury-Wirth; y cf. II 9, 5). Haury en su antigua ed. había conjeturado *exairēsontas*.

[141] Cf. I 7, 12, y n. 60.

momento, los romanos abrieron las puertas de improviso y, cayendo sobre los enemigos sin que se lo esperaran, mataron a muchísimos de ellos, sobre todo a los que ocupaban sus puestos alrededor del ariete. Cosroes, lleno de ira, hizo 11
empalar a Aniábedes por haber sucumbido ante la estrategia de Juan, un traficante y un hombre absolutamente profano en asuntos bélicos. Pero cuentan algunos que no fue Aniá- 12
bedes el empalado, sino el oficial que estaba al mando de los que movían el ariete. Cosroes levantó el campo y, des- 13
pués de llegar a las cercanías del recinto de Petra y acampar allí, se puso a asediarla. Al día siguiente recorrió el períme- 14
tro del muro y, como sospechó que no era muy difícil de expugnar, decidió asaltarlo. Condujo hacia allí su ejército al completo e inició las operaciones, ordenando que todos dispararan contra las almenas. Los romanos se defendían utili- 15
zando sus máquinas de guerra y todos su arcos. Así, los persas al principio, aunque lanzaban verdaderas nubes de flechas, causaban escasos daños a los romanos y, sin embargo, sufrían muchas bajas como consecuencia de sus disparos porque los hacían desde arriba. Pero, luego (pues estaba pre- 16
destinado[142] que Cosroes conquistara Petra), a Juan le acertó por casualidad[143] un tiro en el cuello y lo mató; y a partir de ese instante los demás romanos se desentendieron de todo. Y fue entonces cuando los bárbaros se retiraron a su campa- 17
mento, dado que ya estaba oscureciendo; pero al día siguiente planearon cavar un túnel hacia el recinto de la siguiente manera.

La ciudad de Petra la hace inaccesible, por un sitio, el 18
mar y, por el otro, unas peñas abruptas que allí se elevan por

[142] Cf. II 8, 14, y n. 55.
[143] Cf. I 14, 53, y n. 123.

19 todas partes, a raíz de lo cual recibió ese nombre[144]. Una sola entrada tiene por terreno llano, y no demasiado amplia,
20 pues a ambos lados se descuelgan inmensos precipicios. En ese punto, los que al principio fundaron la ciudad tuvieron la previsión de no permitir que aquel sector del recinto fuera fácilmente expugnable y, para ello, habían construido grandes murallas a lo largo de cada uno de los dos precipicios de
21 la entrada y hasta una enorme distancia. Y habían edificado dos torres, una en cada una de estas muralla, pero no de la
22 manera más usual, sino de la siguiente forma. El espacio existente en el centro de la estructura no lo dejaron vacío, sino que las torres enteras, desde el suelo hasta el extremo más alto, las hicieron a base de grandísimas piedras fijadas entre sí, para que ni un ariete ni ninguna otra máquina de guerra pudiera derribarlas. De modo que así es el recinto
23 amurallado de Petra. Pero los persas, a escondidas, cavaron un túnel en la tierra y llegaron debajo de una de las dos torres. De allí sacaron un gran cantidad de piedras y pusieron en su lugar maderos, a los que en seguida prendieron fuego.
24 Las llamas, ascendiendo poco a poco, fueron minando la consistencia de las piedras, hasta que tras un repentino temblor
25 la torre entera se vino abajo totalmente destruida. Sin embargo, los romanos que estaban sobre ella se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo con la suficiente anticipación como para no caer a la vez al suelo. En efecto, pudieron huir
26 y llegar así al interior del recinto de la ciudad. Con eso ya estaba al alcance de los enemigos asaltar la muralla por terreno llano y, sin ningún trabajo[145], tomar la ciudad a viva
27 fuerza. Los romanos, atemorizados por lo sucedido, entra-

[144] Gr. *Pétra*, «piedra, roca».

[145] Traducimos *pónōi oudení* (cf. ed. Dewing y ed. Haury-Wirth). Braun eliminó el *en (pónōi en)* de los mss. y Haury sugirió *àn oudení* (cf. V 3, 29).

ron en conversaciones con los bárbaros y, después de que
Cosroes les diera garantías acerca de respetar sus vidas y
sus posesiones, capitularon para finalmente rendirse ellos y
entregar la ciudad. Así fue como Cosroes capturó Petra[146].
Las riquezas tan cuantiosas de Juan las encontró y se las 28
quedó, pero ni él ni ningún persa tocaron nada más de lo
que allí había. Al contrario, los romanos conservaron lo que
era suyo y se unieron al ejército medo.

Mientras tanto, Belisario y el ejército romano, sin haber- 18
se enterado de lo que allí estaba ocurriendo, salieron muy
ordenadamente de la ciudad de Daras en dirección a Nísibis.
Y cuando estaban a mitad de camino, Belisario llevó las 2
tropas hacia la derecha, donde había suficientes manantiales
de agua y una llanura lo bastante espaciosa como para que
todos pudieran acampar. Allí ordenó que asentaran el cam- 3
po, como a cuarenta y dos estadios de la ciudad de Nísibis.
Pero todos los demás estaban muy extrañados de que no tu- 4
viera intención de acampar lo más cerca posible del recinto
amurallado, y algunos no estaban dispuestos a obedecerle.
Por este motivo, dijo Belisario lo siguiente a los oficiales 5
que se encontraban a su alrededor: «No quería yo revelarle a
todo el mundo lo que sé. Pues las palabras que circulan por
todas partes de un campamento no son capaces de guardar
secretos, porque van avanzando poco a poco hasta que salen
y llegan a oídos del mismo enemigo. Pero, al ver que mu- 6
chos de vosotros habéis sucumbido a la indisciplina y cada
uno pretende adjudicarse el mando supremo de la guerra, di-
ré ahora en medio de vosotros cosas que es de precisión
mantener calladas, aunque con esta advertencia previa: si en
un ejército son muchos los que tienen capacidad autónoma
de decisión, es imposible que se haga nada de lo que se de-

[146] En el año 541.

7 be. Lo cierto es que, según creo, Cosroes, al marchar contra
otros bárbaros, no ha dejado sin una suficiente protección su
propio país, y mucho menos esta ciudad, que coincide que
es de primera importancia y que está situada como un bas-
8 tión delante de todos sus dominios. En ella sé bien que ha
apostado tantas tropas y tan bravas que bastan para resistir
9 nuestra acometida. Y la prueba la tenemos cerca: al mando
de éstos colocó al general Nábedes que, después de Cos-
roes, claro está, parece que en fama y en cualquier otra con-
10 sideración es el primero de todos los persas. Este hombre
creo yo que va a poner a prueba nuestra potencia militar y
no nos va a ceder el paso de ningún modo salvo que lo de-
11 rrotemos en una batalla. Así pues, si el choque viene a pro-
ducirse muy cerca de la ciudad, no lucharemos con los per-
12 sas en igualdad de condiciones. En efecto, en el caso de que
ellos salgan de su plaza fuerte a nuestro encuentro y tengan
éxito, se atreverán ya sin el más mínimo reparo a atacarnos;
y si caen vencidos, podrán escapar fácilmente de nuestro
13 ataque. Y es que tendremos poco espacio para perseguirlos
y, en consecuencia, no le causaremos ningún daño a la ciu-
dad, cuyos muros, como ya veis, son inexpugnables cuando
14 hay soldados defendiéndolos. Pero, si es aquí donde los ene-
migos entablan combate con nosotros y los vencemos, tengo
grandes esperanzas, compañeros[147], de conquistar la ciudad.
15 Pues en su larga carrera para huir podremos mezclarnos con
los enemigos e irrumpir, con toda probabilidad, en el inte-
rior de las puertas, o tomarles la delantera y forzarlos a dar
la vuelta para escapar hacia algún otro sitio, con lo que con-
seguiremos que Nísibis, ya sin sus defensores, sea para no-
sotros fácil de conquistar.»

[147] Cf. II 16, 6, y n. 133.

Tras estas palabras de Belisario todos los demás queda- 16
ron convencidos, acamparon allí y permanecieron con él. Sin embargo, Pedro, en compañía de Juan, que era el oficial en jefe de las tropas de Mesopotamia y tenía bajo su mando una parte no insignificante del ejército, llegó hasta una posición no lejos del recinto, a unos diez estadios de distancia, y allí se detuvo tranquilamente. Pero Belisario formó a sus 17
soldados como en orden de batalla y les encargó a los que estaban con Pedro que también formaran como para entrar en combate, hasta que él les diera la señal; y, asimismo, les mandó decir que sabía de buena fuente que los bárbaros iban a atacarlos a eso del mediodía, porque, evidentemente, tendrían en la cabeza[148] que, mientras ellos suelen tomar la comida a la caída de la tarde, los romanos comen alrededor del mediodía. Esto fue lo que les advirtió Belisario, pero las 18
tropas de Pedro hicieron caso omiso[149] de su encargo y alrededor del mediodía, bajo el peso del calor (pues era un lugar muy árido), dejaron en el suelo sus armas y, despreocupándose de los enemigos, empezaron en absoluto desorden a recorrer aquel sitio en busca de calabazas[150] que allí crecían y a comérselas. Cuando lo vio Nábedes, lanzó a todo 19
correr contra ellos al ejército persa. Los romanos, como se 20
dieron cuenta de que los bárbaros habían salido del recinto, porque habían observado claramente los movimientos que efectuaban sobre una colina elevada, le enviaron un mensaje a Belisario para pedirle que fuera en su auxilio y ellos recogieron sus armas y en medio del desorden y la confusión se

[148] Cf. I 14, 34.

[149] *En oudenì tàs entolàs poiēsámenoi:* creemos innecesaria la adición de Herwerden, *en oudenì ⟨lógōi⟩ (en oudenì kósmōi* se lee en *Suda* y en un escolio).

[150] *Sikýous:* cf., por ej., Teofrasto, *Historia de las plantas* VII 4, 1.

21 enfrentaron al enemigo. Pero Belisario y los suyos, antes in-
cluso de llegar el mensajero, ya estaban al tanto del ataque
de los persas, por la nube de polvo que levantaban, e iban
22 corriendo en su ayuda. Mientras, se les echaron encima los
persas y sin ningún esfuerzo pusieron en fuga a los roma-
nos, que no pudieron resisitir su acometida, y en el posterior
acoso acabaron con cincuenta hombres y les arrebataron el
23 estandarte de Pedro. Y en esta persecución los habrían ma-
tado a todos, puesto que no se ocupaban en absoluto de pe-
lear para defenderse, si Belisario y su ejército, presentándo-
24 se por sorpresa, no se lo hubiera impedido. En efecto, los
godos[151] fueron de todos los primeros en atacarlos con sus
largas y apiñadas lanzas y los persas no resistieron, sino que
25 huyeron a la desbandada. Para acosarlos se unieron los ro-
manos a los godos y mataron a ciento cincuenta enemigos.
Y es que la persecución fue corta, pues el resto se metió
26 velozmente en el interior del recinto. Entonces, todos los
romanos regresaron al campamento de Belisario y los per-
sas, al día siguiente, colocaron sobre una torre el estandarte
de Pedro a modo de trofeo y colgaron de él chorizos entre
risas y burlas al enemigo. Sin embargo, ya no se atrevieron
a salir más a su encuentro, sino que se quedaron guardando
la ciudad sobre seguro.

19 Belisario, al ver que Nísibis era una plaza extraordina-
riamente fuerte y como no tenía ninguna esperanza de con-
quistarla, estaba ya ansioso por avanzar para causarles los
daños que pudiera a los enemigos con una incursión repen-
2 tina. En consecuencia, levantó el campo con todo su ejército
y continuó hacia adelante. Y después de un día de camino,
toparon con una fortaleza que los persas llaman Sisauranón.
3 Allí, además de haber un gran número de habitantes, forma-

---

[151] Recordemos que iban en el ejército de Belisario: cf. II 14, 10.

ban la guarnición ochocientos jinetes, los más selectos de la
caballería persa, bajo el mando de un oficial muy reputado,
de nombre Blescames. Los romanos, tras acampar muy cer- 4
ca de esa fortaleza, se pusieron a asediarla e intentaron un
asalto al recinto, en el que fracasaron con la pérdida de mu-
chos hombres en el combate. Se daba el caso de que la 5
muralla era muy sólida y los bárbaros rechazaban desde allí
a los atacantes con desmedida bravura. Por este motivo, Be-
lisario convocó a todos los oficiales y les dijo lo siguiente:
«Nuestra experiencia en muchas batallas nos ha permitido, 6
oficiales, prever en situaciones apuradas lo que va a ocurrir
y nos ha hecho capaces de escoger lo más conveniente antes
de la catástrofe. Sabéis de cierto qué gran peligro se corre 7
cuando un ejército penetra en territorio hostil, donde hay
muchas fortalezas y donde se han dejado en retaguardia mu-
chas fuerzas combatientes. Y éste es justo nuestro caso, al 8
menos en este momento. Pues si continuamos avanzando,
algunos enemigos a escondidas nos perseguirán desde aquí
y desde la ciudad de Nísibis y, con toda probabilidad, nos
aplastarán en sitios a propósito para una emboscada o para
cualquier otra asechanza. Y si otro ejército nos saliera tam- 9
bién al encuentro y entablara batalla, nos veríamos obliga-
dos a formar filas contra unos y otros, con lo que sufriría-
mos daños irreparables. Y eso sin mencionar que, en caso
de ser derrotados en el choque, no habrá manera de que nos
quede un camino franco para regresar a territorio romano.
No vaya, pues, a parecer que, por una imprudente precipita- 10
ción, hemos provocado nuestro propio expolio, ni que por
nuestros deseos de pelear le hemos hecho un flaco servicio a
la causa de los romanos. Que una estúpida temeridad lleva
al desastre, mientras que un prudente recelo trae de suyo
siempre aparejada la salvación de quienes lo tienen. Así que 11
vamos a asentar aquí el campo e intentemos conquistar esta

plaza y enviemos a Aretas[152] con sus tropas al territorio de
12 Asiria, porque los sarracenos son incapaces por naturaleza
de asaltar una muralla, pero más hábiles que nadie para el
13 saqueo. En esta invasión irán con ellos algunos de nuestros
soldados más bravos, para que, si no se les presenta ningún
obstáculo, puedan destrozar a quienes les salgan al paso y,
si se les enfrenta alguna fuerza enemiga, puedan salvarse
14 fácilmente regresando a nuestro lado. Y una vez que haya-
mos conquistado, si Dios quiere, la fortaleza, crucemos en-
tonces el Tigris con todo el ejército, sin temer que nos cau-
sen problemas por la retaguardia y con información precisa
de cómo están las cosas en tierra asiria.»

15 A todos les pareció que estas palabras de Belisario eran
acertadas y de inmediato se pusieron a ejecutar su plan. Or-
denó a Aretas que marchara con sus tropas a Asiria y envió
con ellos a mil doscientos soldados, la mayoría escuderos[153]
suyos, bajo el mando de dos lanceros de su guardia[154], Tra-
jano y Juan el Glotón, ambos expertos en materia de guerra.
16 Les encargó que obedecieran a Aretas en todo y al propio
Aretas le ordenó saquear lo que se le pusiera delante y vol-
ver para informarles de cuál era la potencia militar de los
17 asirios. Pues bien, las tropas de Aretas cruzaron el río Tigris
18 y llegaron a Asiria. Allí encontraron una buena región, que
no había sufrido devastaciones durante largo tiempo y que no
estaba vigilada, saquearon en una rápida incursión muchos
lugares de aquella zona y se apoderaron de grandes rique-
19 zas. Mientras tanto Belisario capturó a algunos persas y

---

[152] El jefe de los sarracenos: cf. I 17, 47.

[153] Cf. I 24, 40, y n. 215.

[154] Los que componían la guardia personal de los altos cargos militares: cf. I 9, 13; 15, 4; 18, 6; etc.

se enteró por ellos de que los que defendían la plaza estaban
absolutamente faltos de provisiones. Y es que éstos, al con- 20
trario de lo que ocurre en Daras y Nísibis, no tienen por
costumbre depositar los alimentos para el año en almacenes
públicos y, al echárseles encima de improviso el ejército
enemigo, no pudieron anticiparse a introducir en la ciudad
los víveres necesarios. Por otra parte, como habían sido mu- 21
chos los que se habían refugiado de repente en la fortaleza,
se veían agobiados, como era de esperar, por la escasez de
provisiones. Cuando Belisario lo supo, envió a Jorge, un 22
hombre de lo más prudente con quien compartía sus secre-
tos, para tantear a los que estaban en el interior, por si podía
tomar la plaza mediante algún tipo de capitulación. Jorge, a 23
base de consejos y de muchas palabras halagüeñas, los con-
venció para que, tras recibir las garantías referentes a su sal-
vación, se rindieran ellos y entregaran su fortaleza a los ro-
manos. Así fue como Belisario tomó Sisauranón. A todos 24
los habitantes que eran cristianos y romanos de origen los
dejó libres sin hacerles ningún daño, pero a los persas
los mandó a Bizancio con Blescames y derribó todo el re-
cinto amurallado de aquella fortaleza. Y, no mucho después, 25
el emperador envió a estos persas y a Blescames a luchar
contra los godos de Italia. Así se desarrollaron los aconte-
cimientos relativos al fuerte de Sisauranón.

Pero Aretas, recelando de que los romanos le arrebata- 26
ran el botín, no quería ya regresar al campamento. Así pues, 27
mandó a algunos de su séquito con la supuesta misión de
explorar el terreno, pero les ordenó en secreto que volvieran
cuanto antes y les anunciaran que un gran ejército enemigo
estaba ya para cruzar el río. Por este motivo les aconsejó a 28
Trajano y a Juan regresar a territorio romano cogiendo por
un camino distinto. Y, en efecto, no volvieron junto a Beli- 29
sario, sino que tomaron la margen derecha del río Eufrates

hasta llegar a la ciudad de Teodosiópolis[155] que está a orillas
30 del río Aborras. Belisario y el ejército romano, como no sa-
bían nada acerca de estas tropas, estaban alarmados y en un
continuo sobresalto por el miedo y las insoportables y exce-
31 sivas sospechas de peligro. Y después de haber pasado mucho
tiempo en aquel asedio, ocurrió que a muchos soldados les
entró allí una fiebre de muy mal cariz, pues la zona de Me-
32 sopotamia sometida a los persas es extremadamente árida. Y
como a eso no estaban acostumbrados los romanos (y mu-
cho menos los que venían de Tracia) y allí su vida transcu-
rría en un lugar de una aridez fuera de lo normal y en unas
tiendas sofocantes[156] durante el verano, enfermaron con tal
gravedad que la tercera parte del ejército estaba postrada y
33 medio muerta. Así que todo el ejército tenía prisa por alejar-
se de allí y regresar cuanto antes a su tierra, y más que nadie
los comandantes de las tropas del Líbano, Recitango y Teoc-
tisto, al ver que también había pasado ya para los sarracenos
34 el tiempo de las ofrendas[157]. Era, pues, un continuo venir el
suyo a presencia de Belisario para pedirle que los dejara
marchar, alegando que habían entregado el Líbano y Siria
en manos de Alamundaro, mientras ellos se encontraban allí
detenidos sin ninguna razón.

35 Por este motivo, Belisario convocó a todos los oficiales
36 y presentó la cuestión a debate, y allí Juan, el hijo de Nice-
tas, fue el primero que se levantó para decir esto: «Excelen-
tísimo Belisario, en fortuna y valor creo que nunca ha habi-
37 do un general que pueda compararse contigo. Y esta misma
opinión no sólo es la que predomina entre los romanos sino
38 también entre todos los bárbaros. Sin embargo, esta buena

[155] Distinta de la mencionada en I 10, 18 (y cf. *ibid.*, n. 82): cf. II 5, 2.
[156] Cf. TUCÍDIDES, II 52, 2.
[157] Cf. II 16, 17 s.

fama la seguirás manteniendo, más consolidada aún, si eres capaz de llevarnos sanos y salvos a tierra romana; y al menos, lo que es ahora, nuestras esperanzas no son muy halagüeñas. Hazme el favor, en relación con ese ejército considera lo siguiente. Los sarracenos y nuestros mejores gue- 39
rreros cruzaron el río Tigris y un día, no sé cuál[158], de los pasados llegaron a encontrarse en tal situación que no pudieron ni siquiera enviarnos a un mensajero. Por su parte, Recitango y Teoctisto se marcharán, como seguramente ves, con el presentimiento de que el ejército de Alamundaro ya está casi en medio de Fenicia saqueando aquellas tierras. Y 40
entre las tropas que nos quedan son tantos los enfermos, que quienes van a cuidar de ellos y van a llevarlos a territorio romano son muchos menos en número. Estando así las co- 41
sas, si a alguna fuerza hostil le da por salirnos al encuentro mientras permanecemos aquí o durante la retirada, nadie podría ir a comunicarles a los romanos de Daras el desastre que nos ha caído encima. Y, desde luego, de seguir avan- 42
zando creo que no podemos ni hablar. De modo que, mientras todavía nos queda alguna esperanza, convendrá que planeemos y pongamos por obra nuestro regreso. Pues cuando 43
uno se halla en peligro, y especialmente en uno como éste, es una gran necedad no preocuparse de la propia salvación sino de maquinar contra el enemigo.» Éstas fueron las pala- 44
bras de Juan. Todos los demás las aprobaron y, alborotándose, a gritos exigían efectuar cuanto antes la retirada. Ante 45
esto, Belisario montó primero a los enfermos en los carros y, detrás de ellos, marchó él guiando al ejército. Tan pronto 46
como llegaron a territorio romano, se enteró de todo lo que había hecho Aretas, pero no tuvo posibilidad de imponerle

[158] *Hopóstēn* es corrección de HAURY (*hópōs tēn* codd.): cf. *Procopiana II*, Progr. Múnich, 1893, 21.

ningún castigo porque no volvió a verlo nunca. De esta manera, pues, terminó la invasión romana.

47 A Cosroes, después de haberse apoderado de Petra, se le informó de que Belisario había invadido el territorio persa, del combate cerca de la ciudad de Nísibis, de la conquista de la fortaleza de Sisauranón y de todas las operaciones del
48 ejército de Aretas tras haber cruzado el río Tigris. Él, entonces, instaló de inmediato una guarnición en Petra y con el resto de su ejército y con los cautivos romanos partió hacia
49 los dominios persas. Esto fue lo que sucedió en la segunda invasión de Cosroes. En cuanto a Belisario, llegó a Bizancio acudiendo a la llamada del emperador y allí pasó el invierno.

20 Al inicio de la primavera Cosroes, el hijo de Cabades vino a invadir por tercera vez[159] con un gran ejército el territorio romano, manteniendo a su derecha el río Eufrates.
2 Cándido[160], el sacerdote de Sergiópolis, cuando se enteró de que el ejército medo se encontraba ya muy cerca, temió por su propia vida y por su ciudad, puesto que no había cumplido en el plazo estipulado el acuerdo que firmó con Cosroes. Entonces, se presentó en el campamento enemigo y le pidió
3 a Cosroes que no se enojara con él por esta razón; que en ningún momento había tenido dinero y que, por eso, ni siquiera había pretendido al principio liberar a los habitantes de Sura y que, a pesar de haberle suplicado muchas veces al
4 emperador Justiniano que les ayudara, todo fue en vano. Pero Cosroes lo puso bajo vigilancia y, después de torturarlo con la mayor crueldad, le reclamó el pago del doble de la
5 suma, tal como se había estipulado. Cándido le suplicó que enviara algunos hombres a Sergiópolis para coger todos los

[159] En el año 542.
[160] Cf. II 5, 31.

tesoros guardados en el santuario que allí había. Y cuando 6
Cosroes lo hizo así, Cándido mandó con ellos a algunos de
su séquito. Pues bien, los de Sergiópolis recibieron en la 7
ciudad a los emisarios de Cosroes y les dieron la mayor
parte de los tesoros, asegurándoles que ya no les quedaba
nada. Pero Cosroes dijo que no era bastante y exigió la en- 8
trega de otro tanto más. Envió, entonces, a algunos hombres 9
con la excusa de rebuscar minuciosamente todas las rique-
zas que había en la ciudad, pero con el objetivo real de apo-
derarse de la plaza. Pero, como no estaba predestinado[161] 10
que Sergiópolis fuera tomada por los persas, un sarraceno
llamado Ambro que, aun siendo cristiano, servía bajo las ór-
denes de Alamundaro, se acercó de noche a la muralla de la
ciudad y, después de contárselo todo, les aconsejó que de
ningún modo recibieran a los persas en la ciudad. De mane- 11
ra que los emisarios de Cosroes regresaron ante él sin haber
conseguido nada y el rey, hirviendo de cólera, empezó a
planear la conquista de la ciudad. Así pues, mandó un ejér- 12
cito de seis mil hombres con orden de ponerle cerco y efec-
tuar ataques contra el recinto amurallado. Llegaron allí, en- 13
tonces, estas fuerzas y comenzaron sus operaciones. Los de
Sergiópolis, al principio, se defendían con bravura, pero
luego fueron desfalleciendo y, asustados ante el peligro, pre-
tendían ya entregarles la ciudad a los enemigos, pues coin- 14
cidió que no había más de doscientos soldados en la plaza.
Pero, de nuevo, se acercó Ambro de noche al recinto y les
aseguró que los persas en dos días levantarían el cerco por-
que no les quedaba ni una gota de agua. Por ello, los habi- 15
tantes no entraron en conversaciones con los enemigos y,
finalmente, los bárbaros, rendidos por la sed, salieron de allí
y volvieron junto a Cosroes. Cosroes, sin embargo, nunca

[161] Cf. II 8, 14, y n. 55.

16 soltó a Cándido. Y es que, según creo, él ya no debía seguir siendo sacerdote por haber despreciado sus juramentos[162]. Y así fue como se desarrollaron los acontecimientos.

17 Cuando llegó Cosroes a la región de Comagena, a la que llaman Eufratesia[163], no quiso dar la vuelta para saquear ni expugnar ninguna plaza, porque ya había tomado todas las que había encontrado a su paso hasta Siria, unas por conquista y otras por exacción, como se ha contado en anterio-
18 res capítulos. El propósito que tenía era conducir su ejército derecho hacia Palestina para saquear todo su tesoros y, especialmente, los de Jerusalén. Pues había oído que esta tierra era extraordinariamente buena y muy ricos sus habitantes.
19 Además, ningún romano, ni oficial ni soldado, tenía ninguna intención en absoluto de enfrentarse a los enemigos ni de impedirles el paso; al contrario, encastillándose en las fortificaciones cada cual como podía, creían que era bastante para protegerlas y salvarse ellos.

20 Justiniano, cuando se enteró de la irrupción de los persas, envió de nuevo contra ellos a Belisario y éste, montado en esos caballos que son propiedad del estado y que suelen recibir el nombre de «veredos»[164], habida cuenta de que no disponía de ningún ejército, llegó a galope tendido a Eufratesia. Coincidió, además, que Justo, el sobrino del emperador, junto con Buces y algunos otros se había refugiado en
21 Hierápolis. Y, al oír que Belisario no estaba muy lejos de
22 allí, le escribieron una carta, cuyo contenido era el siguiente: «Otra vez Cosroes, como seguro que ya sabes, ha salido a campaña contra los romanos, y con un ejército mucho mayor que el de antes. Adónde tiene intención de dirigirse,

---

162 Cf. II 5, 31.

163 Cf. I 17, 2, y n. 136.

164 *Veredus* es el término latino para el caballo de posta.

eso aún no está claro; pero lo que sí lo está es que hemos
oído que se halla muy cerca de aquí y que, sin causar daños
en ningún lugar, continúa avanzando sin descanso. Así que, 23
¡vamos!, ven cuanto antes a nuestro lado, si es que puedes
escapar a la vigilancia del campamento enemigo, para que
sigas estando sano y salvo para el emperador y nos ayudes a
conservar Hierápolis.» Éste era el contenido de la carta. Pe- 24
ro Belisario no dio por buenas sus palabras y llegó a un lu-
gar llamado Europo, que está a orillas del Eufrates. Desde 25
allí envió mensajeros a todas partes y fue reuniendo un ejér-
cito. Luego, asentó allí el campo y les respondió a los ofi-
ciales de Hierápolis del siguiente modo: «Si son otros hom-
bres contra los que ahora avanza Cosroes, pero no súbditos
romanos, este plan que habéis concebido está bien y es de lo
más seguro. Pues para quienes están tranquilos y libres de 26
problemas, es una gran insensatez correr un peligro innece-
sario. Pero si este bárbaro ha salido ahora de aquí para lan-
zarse contra algún otro territorio del emperador Justiniano, y
uno tan singularmente bueno como éste y que no cuenta con
ninguna guarnición militar, estad seguros de que, en todos
los aspectos, es mejor morir con valentía que salvarse sin
lucha, porque a esto, al menos, no sería justo llamarlo salva- 27
ción sino traición. Así que, ¡vamos!, venid lo más rápido
que podáis a Europo, donde, después de reunir un ejército
completo, tengo la esperanza de habérmelas con el enemigo
como Dios me lo permita.» Cuando los oficiales leyeron la 28
carta que se les entregó, cobraron ánimos y, tras dejar allí a
Justo con algunas tropas para guarnecer Hierápolis, los de-
más marcharon con el resto del ejército hacia Europo.

Cuando Cosroes supo que Belisario estaba acampado 21
con la totalidad de su ejército en Europo, decidió no seguir
avanzando más y envió a uno de los secretarios regios, lla-
mado Abandanes, un hombre con mucha fama de prudente,

a presencia de Belisario para que investigara con qué clase de general estaba tratando, aunque con la excusa de echarle en cara el que el emperador Justiniano no hubiera mandado ni un solo mensajero a los persas para concertar la paz con arreglo a los acuerdos. Al enterarse, Belisario hizo lo si-
2 guiente. Escogió seis mil hombres de buena estatura y bellísimo cuerpo y los mandó a cazar bastante lejos del campamento. Luego, les dio órdenes concretas a Diógenes, lancero de su guardia, y a Adolio, el hijo de Acacio y armenio de nacimiento, que siempre le había prestado sus servicios al emperador encargándose de mantener el silencio[165] en palacio («silenciarios» llaman los romanos a quienes cumplen esta función), pero que entonces era comandante de algunas fuerzas armenias. Pues bien, lo que les ordenó fue que cruzaran el río con un millar de jinetes y se pusieran a recorrer la orilla de aquel lado, dejándoles creer continuamente a los enemigos que, en el caso de que quisieran cruzar el Eufrates y tomar el camino de su tierra, no iban a permitírselo de ningún modo. Y así lo hicieron.

3 Belisario, cuando se informó de que el embajador ya estaba muy cerca, montó una tienda fabricada de tejido grueso, que suelen llamar pabellón[166], y allí se sentó, como en un lugar desierto, dando a entender que había llegado a
4 aquel sitio sin pertrechos de ningún tipo. Y a sus soldados los dispuso de la siguiente manera. A cada lado de la tienda había tracios e ilirios, detrás godos, a continuación hérulos y
5 tras éstos había vándalos y moros. Todos ellos cubrían una enorme extensión de la llanura, pues no permanecían quietos siempre en el mismo puesto, sino que estaban separados

[165] *Tà es tèn hēsychían:* se trata, como Procopio nos aclara, del oficial (con rango de senador) llamado *silentiarius* en el palacio de Constantinopla.

[166] *Papyleôna,* lat. *papilio,* «tienda de campaña».

unos de otros y andando de acá para allá, y miraban como de pasada y sin ninguna atención al embajador de Cosroes. Y ninguno de ellos llevaba manto ni nada sobre los hom- 6 bros, sino que iban paseando vestidos con túnicas de lino y calzas y, además, un cinturón. Cada uno tenía su fusta para 7 el caballo y, como armas, uno una espada, otro un hacha y otro arco y flechas sin ninguna protección. Todos daban la 8 impresión de estar ansiosos por ir de caza, despreocupados de cualquier otro asunto. Llegó, pues, Abandanes a presen- 9 cia de Belisario y le aseguró que el rey Cosroes consideraba indignante que el César (que así llaman los persas al emperador romano [167]) no le hubiera enviado embajadores, como se había convenido en los acuerdos, y que por eso Cosroes se había visto obligado a venir en armas contra el territorio romano. Belisario, sin sentir ningún miedo porque un núme- 10 ro tan grande de bárbaros estuviera allí acampado muy cerca, y sin inquietarse por sus palabras, le respondió con una sonrisa y con el semblante relajado, diciéndole: «La forma en que ha actuado Cosroes no es la acostumbrada entre el resto de los hombres. Pues todos los demás, en caso de que 11 surjan discrepancias con algunos de sus vecinos, primero envían una embajada y, de no obtener las oportunas explicaciones, entonces van a la guerra contra ellos. Él, por el 12 contrario, cuando ya está en medio de los romanos, ahora nos ofrece conversaciones de paz.» Y tras estas palabras, despidió al embajador.

Al llegar ante Cosroes, Abandanes le aconsejó que se 13 marchara cuanto antes. Pues le aseguró que se había encon- 14 trado con un general superior en valentía y sagacidad a todos los demás, y con unos soldados como él nunca había visto y cuya intachable conducta, por encima de todo, le ha-

[167] Cf. II 11, 35, y n. 89.

bía causado asombro. Y añadió que el peligro que iban a correr él y Belisario en el combate no estaría nivelado, sino que habría una diferencia: si él vencía, vencería al siervo del César[168], pero si era derrotado, lo que podría suceder, le acarrearía un gran ultraje al imperio y a la raza toda de los persas; por otra parte, los romanos, de ser vencidos, podrían salvarse fácilmente refugiándose en sus fortificaciones y en su propia tierra, pero, en caso contrario, ni siquiera un men-
15 sajero podría escapar a territorio persa. Cosroes se dejó persuadir por esta advertencia y estaba ya dispuesto a regresar
16 a los dominios persas, pero hallaba un gran obstáculo. En efecto, creía que los enemigos estaban vigilando por si cruzaban el río y, además, por el mismo camino que cogió y que estaba totalmente despoblado le era imposible retornar, porque se les habían ya agotado todas las provisiones que antes traían con ellos, cuando invadieron el territorio roma-
17 no. Al final, después de mucho pensar, le pareció que lo más conveniente era arriesgarse a una batalla, alcanzar la orilla de enfrente y hacer la retirada a través de una región
18 fértil y muy rica en todo. Belisario, por otro lado, tenía bien claro que ni siquiera cien mil hombres serían suficientes para impedir que Cosroes cruzara. El caso era que el río se podía cruzar en barcas por muchos sitios y, además, el ejército persa era lo bastante fuerte como para que unos pocos enemigos le hubieran cerrado el paso. Pero a las tropas de Diógenes y Adolio y a los otros mil jinetes les había ordenado al principio[169] que se quedaran allí recorriendo la ribera, para poner al bárbaro en un estado de inquietud y perpleji-
19 dad. Y ciertamente lo atemorizó, como ya he dicho, pero a Belisario también le asustó la idea de que aquél encontrara

[168] Cf. n. anterior.
[169] Cf. II 21, 2.

algún obstáculo para salir del territorio romano. A sus ojos 20
era muy importante expulsar de allí al ejército de Cosroes,
sin arriesgarse a luchar en niguna batalla contra tantos miles
de bárbaros y con unas tropas que eran muy escasas y que
estaban sencillamente aterrorizadas ante el ejército medo. Y,
por esta razón, le ordenó entonces a Diógenes y Adolio que
permanecieran quietos.

Así pues, Cosroes construyó un puente con gran rapidez 21
y cruzó de inmediato el río Eufrates con todo su ejército. Y 22
es que los persas cruzan cualquier río sin ningún esfuerzo,
porque cuando salen en expedición llevan en su equipo co-
mo unos ganchos de hierro con los que ajustan entre sí unas
largas vigas de madera y así improvisan una especie de puen-
te en seguida y donde les place. Tan pronto como estuvieron 23
en la margen opuesta, le envió a Belisario embajadores para
decirle que con la retirada del ejército medo le había hecho
un favor a los romanos y que ahora esperaba él, a su vez, a
sus embajadores, que debían presentarse en un plazo no
muy largo. Belisario, entonces, cruzó en persona el río Eu- 24
frates con todo el ejército romano e inmediatamente envió
emisarios a Cosroes. Cuando llegaron ante él, dieron su total 25
aprobación a la retirada que había efectuado y prometieron
que muy pronto le llegarían embajadores del emperador pa-
ra lograr que se cumplieran en la práctica los anteriores
acuerdos de paz. Le encarecieron, además, que en su viaje 26
de vuelta a través de tierra romana tratara a todos los habi-
tantes como amigos suyos que eran. Consintió él en hacerlo
así, siempre que para este pacto le entregaran en calidad de
rehén a alguna ilustre personalidad, con el fin de poder lle-
var a efecto los acuerdos. Regresaron, pues, los embajado- 27
res ante Belisario y le transmitieron las palabras de Cosroes.
Y el general, tras llegar a Edesa, escogió a Juan, hijo de Ba-
silio, el más distinguido de todos los de allí por su linaje y

riqueza, y contra su voluntad lo envió de inmediato como
28 rehén a Cosroes. Los romanos se deshacían en elogios de
Belisario y consideraban que por esta acción aquel hombre
había alcanzado más gloria que cuando trajo cautivos hasta
29 Bizancio a Gelimer[170] y a Vitigis[171]. Y es que, verdadera-
mente, era algo de suma importancia y merecía las mayores
alabanzas el que, cuando todos los romanos estaban llenos
de temor y ocultos en sus fortificaciones y Cosroes se en-
contraba con un enorme ejército en el centro del imperio
romano, un general con unos pocos soldados hubiera llega-
do de pronto a galope tendido desde Bizancio para asentar
el campo contra el rey de los persas y que Cosroes inespe-
radamente, ya fuera por miedo a la fortuna o al valor[172] de
ese hombre o incluso engañado por alguna estratagema, no
hubiera seguido avanzando sino que, de hecho, hubiera hui-
do, aunque a título de pretender la paz.

30 Pero, mientras, Cosroes, sin importarle los acuerdos fir-
mados, tomó la ciudad de Calinico[173] que estaba totalmente
indefensa. Y es que los romanos, al ver que sus murallas
estaban ruinosas y que eran muy fáciles de asaltar, iban de-
rrumbándolas por sectores y restaurándolas con nuevas edi-
31 ficaciones. Justo en aquel momento habían derribado una
parte del recinto pero no habían reconstruido aún el tramo
que faltaba, y, cuando se enteraron de que los enemigos es-
taban muy cerca, sacaron de allí sus pertenencias más valio-
sas y los ciudadanos ricos se refugiaron en otras fortifica-
ciones, mientras todo el resto de sus habitantes se quedaba
32 allí sin ninguna guarnición. Y lo que también sucedió fue
que se congregó en su interior un gran número de campesi-

---

170 En el 534: cf. IV 9, 1.

171 En el 540: cf. II 4, 13.

172 Cf. II 19, 36.

173 Cf. II 11, 28.

nos. Cosroes los redujo a todos a la esclavitud y destruyó la
ciudad entera. Y poco después, una vez que recibió a Juan 33
como rehén, se retiró a su patria. Los armenios que se ha- 34
bían pasado a Cosroes[174] recibieron garantías de los romanos y vinieron junto con Basaces a Bizancio. Y esto fue lo que les sucedió a los romanos en la tercera invasión de Cosroes. Belisario acudió a Bizancio a la llamada del emperador para ser enviado de nuevo a Italia, donde la causa romana se encontraba ya en una situación muy peligrosa.

Por este tiempo se declaró una epidemia de peste[175] que 22
estuvo a punto de acabar con toda la raza humana. Y lo cierto es que, para cualquier otra calamidad de las que manda el cielo, hasta podrían aventurar quizá, quienes se atrevan, alguna explicación de su causa, como a menudo suelen hacer los que tienen la habilidad de fantasear razones absolutamente incomprensibles para los demás mortales y fingir teorías peregrinas sobre los fenómenos naturales; y aunque saben que lo que dicen es una insensatez, se consideran sa-

---

[174] Cf. II 3, 31 ss.

[175] Empezó en Egipto (II 22, 6) y en su segundo año, en el 542, se extendió por Bizancio, donde precisamente se encontraba Procopio (II 22, 9). Hagen (*Die Pest im Altertum*, Jena, 1939) la identificó como peste bubónica. Sin duda, la narración de la peste de Atenas (Tucídides, II 47, 3 ss.) ha sido, en el vocabulario y las expresiones, el modelo de Procopio, como también lo fue para Diodoro, XIV 7 ss.; Dionisio de Halicarnaso, *Historia antigua de Roma* X 53; Tito Livio, XXV 26 ss.; o Lucrecio, VI 1090 ss. Remitiremos a algunos pasajes tucidídeos, aunque, como puede deducirse de la simple lectura, los síntomas y características de la enfermedad no eran totalmente los mismos en ambas epidemias (si bien algunos autores, entre ellos Ozanam, Hooker o Williams, han defendido que la epidemia de Atenas fue igualmente de peste bubónica, y no viruela, tifus, sarampión, escarlatina, o cualquiera de las demás enfermedades propuestas: cf. para esto último J. Alsina, «¿Un modelo literario de la descripción de la peste de Atenas?», *Emerita* 55 [1987], 1 ss., y n. 2).

tisfechos con engañar con sus embustes y convencer al pri-
2 mero que encuentran en su camino. Para este desastre, sin embargo, no hay manera de expresar con palabras un motivo ni de concebirlo mentalmente, salvo que nos remontemos
3 a la voluntad de Dios. Pues no afectó a un parte concreta de la tierra ni a cierto tipo de hombres, ni se redujo a una determinada estación del año, de donde pudiera haberse atinado con alguna conjetura acerca de sus causas, sino que se extendió por la tierra entera, se cebó en cualquier vida humana, por muy distintos que fueran unos hombres de otros,
4 sin perdonar ni naturalezas ni edades[176]. Y es que la diversidad de sitios donde habitaban y de maneras de vivir, o de condiciones naturales o de actividades que ejercían o de cualquier otra cosa en la que se diferencia un ser humano de otro, eso, sólo en el caso de esta enfermedad, no sirvió de nada.
5 A unos los atacó en verano, a otros en invierno y a otros en las otras estaciones del año. Así pues, que cada cual diga lo que piense al respecto, ya se trate de un charlatán o de un astrólogo[177]; en cuanto a mí, voy a referir dónde comenzó esta enfermedad y de qué modo exterminaba a los seres humanos.

6 Comenzó[178] entre los egipcios que habitaban en Pelusio[179]. Y tras aparecer, se propagó en dos direcciones: por un lado hacia Alejandría y el resto de Egipto; por el otro,

[176] Cf. TUCÍDIDES, II 51, 1 ss.

[177] En el original *kaì sophistès kaì meteōrológos* (que aquí, en sentido peyorativo, designa al astrólogo, aunque también es el término para el astrónomo).

[178] Cf. TUCÍDIDES, II 48, 1 *(érxato...)*. Acerca de estas líneas cf. la peculiar interpretación (sobre cierto trasfondo estoico) de G. SCARPAT, «Leggendo Procopio di Cesarea *(Bella* 2, 22, 6 ss.)», *Paideia* 44 (1989), 57-58.

[179] Ciudad costera del Bajo Egipto, en el extremo oriental del delta del Nilo.

llegó a la zona de Palestina que limita con Egipto, y desde allí se extendió por la tierra entera, siempre adelante en su camino y avanzando en las épocas que mejor le venían. Pa- 7
recía, en efecto, que se propagaba bajo condiciones específicas y que en cada país se detenía un tiempo fijo: a ningún hombre dejaba pasar su azote, sino que se expandía por todas partes hasta los confines del mundo, como con miedo a que se le escapara algún rincón de la tierra. Pues ni isla ni 8
cueva ni montaña que estuvieran habitadas se libraron del mal. Y si se dio el caso de que por algún sitio pasó de largo, sin atacar a los que allí vivían o afectándolos de alguna manera imprecisa, volvió, no obstante, más tarde a manifestarse de nuevo en ese lugar, pero sin afectar entonces en absoluto a los que habitaban en las cercanías, a los que precisamente había acometido antes con mayor virulencia, y no desapareció del sitio en cuestión hasta haberse cobrado la cantidad exacta y justa de víctimas, que coincidía plenamente con la de los muertos que antes se habían producido entre los que habitaban en sus alrededores. Comenzaba siempre esta en- 9
fermedad por las zonas costeras y, así, iba ya subiendo hacia las regiones del interior. Al segundo año, a mediados de la primavera, llegó a Bizancio, donde casualmente estaba yo residiendo en aquel entonces. Y ocurrió de la siguiente ma- 10
nera. Muchos vieron unas apariciones fantasmales con forma de seres humanos de diverso aspecto y todos los que se las encontraban creían que eran golpeados por ese hombre que les salía al paso en cualquier punto de su cuerpo. Y, nada más haber visto la aparición, al momento eran atacados por la enfermedad. Pues bien, al principio, los que se habían 11
encontrado a estas apariciones intentaban alejarlas de sí repitiendo los nombres más sagrados y conjurándolas de otros modos, como cada cual podía; sin embargo no conseguían absolutamente nada, porque muchísima gente, aun refugián-

12 dose en los templos, moría. Luego, hacían por no oír ni si-
quiera la llamada de sus amigos y los dejaban encerrados en
sus habitaciones, fingiendo, a pesar de sus golpes en las
puertas, que no escuchaban nada, por miedo, claro está, a
13 que el que los llamaba fuera uno de aquellos fantasmas. En
ciertos casos no fue así como sobrevino la peste, sino que
algunos tuvieron soñando una visión en la que les parecía
que estaban sufriendo el mismo trato por parte de uno que
se encontraba a su lado, o que oían una voz que les anun-
14 ciaba que estaban ya inscritos en la lista de los muertos. Pe-
ro lo que les sucedió a muchísimas personas fue que la en-
fermedad les entró, sin que, ni por una visión ni por un
ensueño, se enteraran de lo que después les iba a ocurrir.
15 Les acometía de la siguiente manera. Repentinamente les
daba fiebre, a unos cuando acababan de despertarse, a otros
mientras estaban paseando y a otros en medio de cualquier
16 otra actividad. Y el cuerpo ni cambiaba de color ni estaba
caliente[180], como cuando ataca la fiebre, ni tampoco se pro-
ducía ninguna inflamación, sino que la fiebre era tan tenue
desde que comenzaba hasta el atardecer que ni a los propios
enfermos ni al médico al tocarlos les daba la impresión de
17 que hubiera ningún peligro. Y, en efecto, ninguno de los que
habían contraído el mal creyó que fuera a morir de eso. Pero
a unos en el mismo día, a otros al siguiente y a otros no mu-
cho después le salía un tumor inguinal, no sólo en esa parte
del cuerpo que está bajo el abdomen y que se llama ingle,
sino también en la axila; y a algunos incluso junto a la oreja
y en diversos puntos del muslo[181].

18 Pues bien, hasta aquí a todos los afectados por la enfer-
medad les venía a pasar casi lo mismo. Pero, a partir de ahí,

---

[180] Cf. Tucídides, II 49, 5.

[181] Cf. *ibid.* II 49, 8.

no soy capaz de decir si la diferencia de síntomas radicaba
en la diversidad de constituciones físicas o en la voluntad de
Aquél que mandó ese mal. Unos entraban en coma profun- 19
do[182], otros en un delirio agudo y cada cual sufría los efec-
tos propios de la enfermedad. Pues los que entraban en co-
ma se olvidaban de todo lo que antes les había sido familiar
y parecía que siempre estaban durmiendo. Y si alguien se 20
ponía a cuidarlos, comían en medio de aquel estado en que
se encontraban, pero los que carecían de estos cuidados se-
guidamente morían por falta de alimentación. Sin embargo, 21
los que eran dominados por el delirio sufrían un terrible in-
somnio[183] y muchas alucinaciones: pensaban que venía gen-
te a matarlos y se hallaban inquietos y gritando como locos
se precipitaban a huir. Quienes los estaban atendiendo caían 22
rendidos de fatiga porque no descansaban y era la suya una
mortificación continua e irremediable. Por eso, todos se com- 23
padecían de ellos, más incluso que de los enfermos, y no
por ese peligro angustioso de estar siempre cerca de los
apestados (pues el caso era que ni médicos ni particulares
contraían este mal por contagio[184] de los enfermos o de los
fallecidos, porque muchos que constantemente estaban ente-
rrando o atendiendo a personas sin ninguna relación con
ellos resistían, contra lo que cabía esperar[185], prestando este
servicio, mientras que a muchos otros los atacaba inexplica-
blemente la enfermedad y morían en seguida), sino por el
gran sufrimiento que padecían. Y es que cuando se caían de 24
la cama y rodaban por el suelo, volvían a acostarlos de nue-
vo; y cuando se precipitaban ansiosos fuera de sus casas, los

---

[182] En el original, *kôma bathý*.

[183] Cf. Tucídides, II 49, 6.

[184] Ocurría lo contrario en el caso de la peste de Atenas: cf. Tucídides, II 47, 4.

[185] *Parà dóxan anteîchon:* cf. Tucídides, II 49, 6 *(anteîche parà dóxan)*.

25 forzaban a empujones y a rastras a regresar. En cuanto encontraban agua a su paso, querían meterse, y no ya tanto[186] por ganas de beber[187] (pues muchos se tiraban al mar), sino que la causa era mayormente aquella enfermedad mental.
26 También con la comida tenían muchas dificultades, dado que no era fácil para ellos tomar bocado. Muchos perecían por falta de alguien que los cuidara, ya fuera porque el hambre los consumía o porque se arrojaban desde algún lu-
27 gar elevado. Y a los que no entraban en coma ni sufrían aquel delirio, se les gangrenaba el tumor inguinal y morían
28 por no poder ya resistir los dolores. Podría suponerse que a todos los demás les pasaba lo mismo, pero, como no eran dueños de sí mismos, no podían de ningún modo experimentar el dolor, porque su enajenación mental los privaba de sensaciones.

29 Lo cierto es que algunos médicos, sin saber qué hacer por su desconocimiento de los síntomas y creyendo que la clave de la enfermedad se reducía a los tumores inguinales[188], decidieron examinar los cadáveres de los fallecidos. Y, después de abrir algunos tumores, descubrieron un tipo extraño de carbunco que se había generado en el interior.

30 Unos morían de inmediato; otros, después de muchos días. A algunos el cuerpo se les cubría de pústulas[189] negras tan grandes como una lenteja y no sobrevivían ni un solo
31 día, sino que todos morían en seguida. A muchos también

[186] El texto *(ou dḗ ouch hóson)* presenta problemas. HOESCHEL propuso *ou dḗ* para corregir la lectura de los mss. *(ou dé VG, ou dí P).* Haury conjeturaba *autôi.*

[187] Cf. TUCÍDIDES, II 52, 2.

[188] Cf. este uso del verbo *apokrínō* en TUCÍDIDES, II 49, 1.

[189] *Phlyktaínais... exḗnthei:* cf. TUCÍDIDES, II 49, 5 *(Phlyktaínais... exēnthēkós).*

les sobrevenía un vómito[190] espontáneo de sangre que acababa con ellos al momento. Puedo, de verdad, declarar esto: 32
los médicos más reputados predijeron que morirían muchos que, inesperadamente, sanaron poco después y aseguraron que se salvarían muchos que, sin embargo, iban a perecer muy pronto. De tal modo que no había ninguna causa de 33
esta enfermedad que pudiera ser comprendida por el razonamiento humano, pues en todos los casos la recuperación se producía la mayor parte de las veces de una forma impensada. Así, para unos los baños fueron beneficiosos y para otros muy perjudiciales. Muchos que no recibían cuida- 34
dos morían, pero muchos también se salvaban contra toda lógica[191]. Y, además, los mismos tratamientos surtían efectos distintos en aquéllos a quienes se los administraba. En resumen, los hombres no descubrieron ningún remedio para salvarse: ni para no sufrir el mal previniéndolo, ni para sobrevivir una vez que los hubiera atacado; al contrario, enfermaban sin ninguna causa justificada y el restablecimiento era igualmente espontáneo.

Y para las mujeres embarazadas que contraían la enfer- 35
medad, la muerte era algo previsible. Pues unas abortaban y morían, y otras, nada más dar a luz, fallecían junto con sus recién nacidos. Sin embargo, cuentan que tres de ellas so- 36
brevivieron al alumbramiento, a pesar de haber perdido a sus hijos, y que también ocurrió que el niñito de una que ya estaba muerta en el momento del parto, nació y quedó con vida.

Pues bien, en aquellos casos en que el tumor inguinal se 37
inflamaba aumentando de tamaño y supuraba, los pacientes salían de la enfermedad y se restablecían, porque evidente-

---

[190] Cf. TUCÍDIDES, II 49, 3.

[191] Cf. *ibid.* II 51, 2

mente la gravedad del carbunco remitía de esa forma y la
mayoría de las veces era señal de que se iba a recobrar la sa-
lud. Pero cuando el tumor conservaba su primer aspecto,
entonces era cuando sobrevenían los procesos malignos que
38 acabo de mencionar. En algunos casos también se desecaba
el muslo y, aunque el tumor se inflamara, no había nada de
39 supuración. A otros que sobrevivieron lo que les sucedió fue
que la lengua[192] no les quedó ilesa, y siguieron con vida pe-
ro balbuciendo o hablando con dificultad y de manera inin-
teligible.

23 Pues bien, la enfermedad estuvo cuatro meses infestando
Bizancio y durante tres de ellos se manifestó con especial
2 virulencia. Al principio morían en número un poco mayor
que el de costumbre, después las pérdidas fueron elevándo-
se progresivamente, para luego alcanzar una cantidad de
cinco mil víctimas al día, hasta llegar a diez mil o incluso
3 más. Así pues, primero, cada cual se ocupaba de enterrar a
los fallecidos de su propia casa, a los que venían a arrojar en
tumbas ajenas[193], o a escondidas o utilizando la violencia.
Posteriormente, la confusión fue total en todos los aspectos.
4 Y es que hubo esclavos que se quedaron sin dueños, y hom-
bres que en el pasado eran muy ricos se vieron privados de
la asistencia de sus siervos domésticos, por estar enfermos o
haber muerto; y muchas casas quedaron totalmente desha-
5 bitadas. De ahí que, en razón de esta misma escasez de seres
humanos, también sucedió que algunas personas ilustres per-
manecieron insepultas durante muchos días.

Al emperador le tocó, como era lógico, tomar medidas y
6 ocuparse del asunto. Y, así, distribuyó partidas de soldados
de palacio y sumas de dinero y le ordenó a Teodoro que se

[192] Cf. Tucídides, II 49, 2.
[193] Cf. *ibid.* II 52, 4.

encargara de ese cometido. Este oficial estaba al frente del
despacho de consultas imperiales: continuamente le notifi-
caba al emperador las peticiones que hacían los demandan-
tes y, a su vez, les comunicaba a éstos la voluntad de aquél.
«Refrendario»[194] llaman en latín los romanos al que ocupa
este cargo. Pues bien, quienes coincidía que aún no estaban 7
totalmente privados de servicio doméstico, ésos enterraban
a los miembros de su familia, cada uno a los suyos. Teodo- 8
ro, por su parte, con la entrega de dinero del tesoro imperial
e incluso gastando de su propio bolsillo, sepultaba los cuer-
pos de los desatendidos. Y cuando ya se llegó al extremo de 9
que todas las tumbas que antes había estaban llenas de ca-
dáveres, cavaron, uno tras otro, todos los rincones de la ciu-
dad y allí colocaban a los que iban muriendo, como cada
cual podía, y luego se alejaban. Pero, a la postre, los que
estaban cavando ya no podían dar abasto a la gran cantidad
de fallecidos, de modo que subieron a las torres del recinto
amurallado de Sicas[195] y allí, después de haber derribado sus 10
techos, se pusieron a arrojar los cuerpos desordenadamente
y a amontonarlos de cualquier manera; y cuando las torres
estuvieron, por así decirlo, llenas de cadáveres, las cubrie-
ron de nuevo con los techos. Y a partir de entonces corría 11
hasta la ciudad un aire pestilente[196] que atormentaba aún
más a sus habitantes, sobre todo cuando lo traía el viento al
soplar desde allí.

En aquellas fechas quedaron arrumbados todos los ritos 12
funerarios[197]. En efecto, los difuntos no eran llevados a en-
terrar con su cortejo, como de costumbre, ni con la música

---

194 Lat. *referendarius*.

195 Hoy el barrio de Gálata en Estambul.

196 *Pneûma dysôdes:* cf. TUCÍDIDES, II 49, 2 *(pneûma átopon kaì dysôdes*, pero referido al aliento de los enfermos).

197 Cf. TUCÍDIDES, II 52, 4.

fúnebre que era habitual, sino que bastaba con que uno portara en hombros al muerto hasta llegar a la zona costera de la ciudad donde lo arrojaba, para que, después de amontonarlos en barcas, se los llevaran a cualquier sitio que se les
13 ocurriera. También entonces los que antes habían sido partidarios de las facciones[198] dejaron a un lado su mutuo rencor y se ocuparon, en común, de los piadosos deberes para con los muertos: ellos en persona portaban los cadáveres de quie-
14 nes no eran allegados suyos y los enterraban. Es más, incluso aquéllos que con anterioridad disfrutaban entregándose a acciones viles y perversas, ésos desterraron de su vida diaria todo delito para practicar escrupulosamente la piedad[199], y no por haber aprendido de súbito lo que era la decencia ni
15 por haberse vuelto unos repentinos amantes de la virtud (porque todo lo que en los hombres está fijado por naturaleza o por una enseñanza muy prolongada en el tiempo es imposible que sea tan fácil de cambiar, a no ser que los inspire la bondad de Dios), sino porque en aquel entonces todos, por así decirlo, estaban espantados de lo que sucedía, convencidos de que iban a morir de un momento a otro, y era, lógicamente, una imperiosa necesidad la que los llevaba a apren-
16 der en el instante lo que era honradez. Lo cierto fue que, en cuanto se vieron libres de la enfermedad y sospecharon que ya estaban salvados y seguros, porque el mal se había trasladado a otros pueblos, se produjo de nuevo en ellos una inmediata mudanza de su voluntad[200] hacia lo peor y, aún más que antes, dieron muestra de lo voluble de su comportamiento, superándose a sí mismos en maldad y en cualquier

[198] Cf. I 24, 2, y n. 190.

[199] Curiosa diferencia con lo ocurrido en Atenas, según TUCÍDIDES, II 52, 3 *(es oligōrían etráponto kaì hierôn kaì hosíōn homoíōs).*

[200] *Anchístrophon... tḕn metabolḗn:* cf. TUCÍDIDES, II 53, 1 *(anchístrophon tḕn metabolḗn).*

otra clase de delito. Y es que uno podría asegurar, sin decir ninguna mentira, que esta enfermedad, por azar o por algún tipo de providencia, escogió para sí con todo esmero a los más perversos y los dejó libres. Pero esto sólo quedó demostrado algún tiempo después.

En esos días parecía que no era fácil ver a nadie por los 17
lugares públicos, al menos de Bizancio, sino que todos los que coincidía que estaban sanos permanecían en sus casa, cuidando a los enfermos o llorando a los muertos. Y si se 18
lograba encontrar a algún caminante, es que iba portando un cadáver. Cesaron todas las actividades y los artesanos abandonaron todas sus ocupaciones y los demás trabajos que cada cual tenía entre manos. Y, así, en una ciudad sencilla- 19
mente sobrada de toda clase de buenos productos, el hambre retozaba a rienda suelta. Por supuesto, tener bastante pan o cualquier otro alimento parecía una cosa difícil y extraordinaria, de tal manera que en el caso de algunos enfermos el trágico desenlace de su vida fue, manifiestamente, prematuro, debido a la falta de artículos de primera necesidad. En 20
resumen, era totalmente imposible ver a nadie en Bizancio vestido de clámide[201], en especial cuando vino ya a enfermar el emperador (pues también a él le salió un tumor en la ingle), y en la ciudad que tenía el poder sobre todo el imperio romano, todos permanecían tranquilamente en casa cubiertos con mantos en calidad de simples particulares. Pues 21
bien, en relación con la peste esto fue lo que sucedió en Bizancio y en el resto del mundo romano. También cayó sobre el territorio persa y sobre todos lo demás pueblos bárbaros.

---

[201] Es decir, el vestido más apropiado para los asuntos oficiales (en época clásica, particularmente, de militares y caballeros).

24 Coincidió, por otra parte, que Cosroes[202] había llegado de Asiria a un lugar llamado Adarbiganón, situado hacia el norte, desde donde pensaba invadir el territorio romano a
2 través de Persarmenia[203]. Allí se encuentra el gran templo del fuego, al que los persas veneran más que a los dioses. Ahí, por cierto, guardan los magos[204] el fuego inextinguible y, aparte de celebrar puntualmente sus ritos, consultan un oráculo que responde sobre las cuestiones más importantes. Éste es el fuego al que llamaban Hestia[205] y al que venera-
3 ban en tiempos pasados los romanos. Y fue allí donde un emisario que vino desde Bizancio a presencia de Cosroes, le anunció que los embajadores Constanciano y Sergio llega-
4 rían de inmediato para alcanzar un acuerdo. Estos hombres eran consumados oradores los dos e inteligentísimos: Constanciano, ilirio de nacimiento; Sergio, de la ciudad de Ede-
5 sa, la que está en Mesopotamia[206]. Y Cosroes se quedó allí tranquilamente esperándolos. Pero durante ese viaje enfermó Constanciano y, como pasó mucho tiempo, sucedió que
6 la epidemia de peste cayó sobre los persas. Por esta razón, Nábedes, que en aquel entonces tenía el mando de general en Persarmenia, envió, por mandato del rey, al sacerdote

---

[202] En el año 543.

[203] Cf. I 10, 1, y n. 75.

[204] Cf. I 3, 18 ss., y nn. 29 y 30. Los magos, en efecto, actuaron como transmisores de la religión mazdeísta de Zaratustra (Zoroastro en griego), para la que el fuego, en todas sus manifestaciones (desde el sol hasta el del hogar: cf. la nota siguiente sobre «Hestia»), es algo sagrado y primordial: «... como el intermediario que convierte las ofrendas en el humo que sirve de alimento a los Dioses» (F. Díez de Velasco, *Hombres, ritos, Dioses. Introducción a la Historia de las Religiones*, Madrid, 1995, pág. 305).

[205] La diosa del hogar y del fuego sagrado (la Vesta romana). El término avéstico del fuego sagrado es *Ātar*, que guarda cierta semejanza fonética con Hestia.

[206] Cf. I 17, 24.

cristiano de Dubio a presencia de Valeriano, el general de
Armenia, para quejarse de la tardanza de los embajadores y
promover con todo su empeño la paz con los romanos. Vino 7
el sacerdote con su hermano a Armenia y, cuando se topó
con Valeriano, le aseguró que, como cristiano que era, esta-
ba predispuesto a favorecer a los romanos y que el rey Cos-
roes se dejaba siempre convencer por él en cualquier asunto.
De tal modo que si los embajadores romanos marchaban
con él a tierra persa, no encontrarían ningún impedimento
para ajustar la paz como quisieran. Tales fueron las palabras 8
del sacerdote, pero su hermano se entrevistó a escondidas
con Valeriano y le dijo que Cosroes estaba en graves apu-
ros: que su hijo[207], en efecto, intentando usurpar[208] el poder
se había alzado contra él; que lo había atacado la enferme-
dad a él y a todo el ejército persa, y que por eso pretendía
entonces firmar un pacto con los romanos. Cuando lo escu- 9
chó Valeriano, despidió de inmediato al obispo prometién-
dole que, en breve, se presentarían sus embajadores ante
Cosroes y que él en persona le referiría al emperador Justi-
niano las palabras que había escuchado. Esto fue lo que al 10
instante movió al emperador a ordenarle a Valeriano, a Mar-
tino y al resto de los oficiales que invadieran cuanto antes el
territorio enemigo, pues sabía bien que nadie se pondría en
su camino. Les mandó que se reunieran en un mismo sitio 11
para, de ese modo, realizar la invasión sobre Persarmenia. Y
una vez que los oficiales recibieron su carta y la leyeron,
acudieron todos, junto con las tropas que les seguían, a con-
gregarse en el territorio de Armenia.

Cosroes había abandonado ya poco antes Adarbiganón 12
por miedo a la enfermedad y había partido hacia Asiria con

[207] Su hijo mayor, Anusazad, a quien derrotó finalmente.

[208] I 26, 5, y n. 231.

todo su ejército, donde la epidemia de peste aún no se había
extendido. Así pues, Valeriano acampó con las fuerzas bajo
su mando muy cerca de Teodosiópolis[209]. Iba en sus filas
13 Narsés con sus armenios y algunos hérulos. Martino, gene-
ral de Oriente, con Ildíger y Teoctisto llegó a la fortaleza de
Citarizón y, tras asentar el campo, se quedó allí. Dicha for-
taleza se halla a cuatro días de camino de Teodosiópolis.
Allí se presentó también no mucho después con Adolio y
14 algunos otros oficiales. Aquellas fuerzas las mandaba Isaac,
hermano de Narsés. Filemut y Bero con los herúlos que los
seguían los alcanzaron al llegar a la región de Corcianene,
15 no muy lejos del campamento de Martino. Justo, sobrino de
emperador, Peranio y Juan, el hijo de Nicetas, junto con
Domencíolo y Juan apodado el Glotón, acamparon cerca de
la fortaleza de Fisón, que se encuentra muy próxima a las
16 lindes de Martirópolis. Y así fue como acamparon los co-
mandantes romanos con sus tropas: el conjunto del ejército
17 sumaba treinta mil hombres. Pero ni todos ellos se reunieron
en un mismo lugar ni tampoco entraron en conversaciones
entre sí. Los generales, no obstante, enviándose unos a otros
algunos mensajeros de su séquito, iban informándose acerca
18 de la invasión. De repente, Pedro, sin comunicárselo a na-
die, comenzó a penetrar con los suyos de manera irreflexiva
en tierra enemiga y, nada más enterarse al otro día Filemut y
Bero, los jefes de los hérulos, lo siguieron de inmediato.
19 Cuando lo supieron Martino y Valeriano, se lanzaron tam-
20 bién rápidamente a la invasión. Y todos ellos, poco después,
vinieron a juntarse en territorio enemigo, a excepción de
Justo y los suyos, quienes, como he dicho, habían acampado
muy lejos del resto del ejército y, sólo cuando más tarde les
llegaron noticias de aquella invasión, se dieron prisa en pe-

[209] Cf. I 10, 18, y n. 82.

netrar también ellos en la zona del territorio enemigo que tenían enfrente, pero ya no pudieron unirse a los otros co-
mandantes. Todos los demás, en efecto, se encaminaron di- 21
rectamente a Dubio, pero sin efectuar saqueos ni causar ningún otro daño en el territorio persa.

Dubio, que es una comarca buena en general, pero parti- 25
cularmente por la templanza de su clima y la abundancia de agua, se halla a una distancia de ocho días de camino de Teo-
dosiópolis. Sus llanuras son apropiadas para correr caballos; 2
hay muchas aldeas sumamente pobladas y muy cerca unas de otras, y son muchos los comerciantes que están allí esta-
blecidos para sus negocios. Y es que desde la India y las 3
cercanas regiones de Iberia[210] y, prácticamente, de todos los pueblos de persia y de algunos romanos introducen mercan-
cías y allí las intercambian. Al sacerdote cristiano lo llaman 4
«católico»[211] en griego, porque él es el único que tiene auto-
ridad sobre toda aquella comarca. Y como a ciento veinte 5
estadios de Dubio, a mano derecha cuando uno viene desde el territorio romano, hay una montaña intransitable y especialmente abrupta y una aldea, asentada en un espacio estre-
chísimo por lo escabroso del terreno, llamada Anglón. Éste 6
fue el lugar adonde Nábedes, tan pronto como le llegaron noticias de la incursión enemiga, se retiró con todo su ejército y allí, confiado en la seguridad de la posición, se encas-
tilló. Dicha aldea se encuentra en el punto más extremo de 7
la montaña y en la escarpadura hay una sólida fortaleza que
recibe el mismo nombre que esa aldea. Así pues, Nábedes 8
bloqueó con piedras y carros las entradas a la aldea y, de
este modo, la hizo aún más inaccesible. Delante cavó una 9

---

[210] Cf. I 10, 1, y n. 76.

[211] *Katholikós*, «universal».

trinchera y allí situó a su ejército, después de emboscar a la
infantería en unas viejas chozas. Unos cuatro mil hombres
sumaba la totalidad del ejército persa.

10 Así se iba desarrollando su plan. Los romanos, por su
parte, llegaron a un lugar a un día de camino de Anglón y,
tras haber capturado a un enemigo que vino a espiar, se en-
teraron de dónde estaba entonces Nábedes: el espía les ase-
guró que se había retirado de Anglón con todo el ejército
11 medo. Al oírlo, Narsés se lo tomó muy a mal y se puso a
lanzarles improperios a los comandantes reprochándoles su
12 tardanza. Y lo mismo empezaron a hacer otros, insultándose
mutuamente, con lo que, desde ese momento, se despreocu-
paron de combates y peligros, y su único afán ya era devas-
13 tar aquella región. Y, en efecto, levantaron el campo y, sin
seguir a ningún general ni mantener ninguna formación, ini-
ciaron desordenadamente el avance, pues ni tenían contra-
seña entre ellos, como es costumbre en tales riesgos, ni iban
14 divididos en batallones. Marchaban los soldados mezclados
con las acémilas como si resueltamente fueran al saqueo de
15 grandes riquezas. Y cuando estuvieron cerca de Anglón, man-
daron espías que, al regreso, informaron de la disposición de
16 las fuerzas enemigas. Los generales, estupefactos por lo
inesperado del caso, consideraron que dar la vuelta con un
ejército tan numeroso como el suyo era una vergüenza y, en
una palabra, cosa de cobardes, de modo que formaron sus
tropas en tres divisiones y avanzaron derecho contra los ene-
17 migos. Pues bien, Pedro ocupaba el ala derecha, Valeriano
la izquierda y en el centro estaban situados los de Martino.
Y cuando llegaron muy cerca de los enemigos, se detuvie-
18 ron, guardando la formación aunque con cierto desorden. El
motivo era la escabrosidad de un terreno extraordinariamen-
te escarpado y el mismo hecho de entrar en combate tras
19 formarse de una manera precipitada. Hasta ese momento los

bárbaros se habían apiñado en un reducido espacio y permanecían quietos observando las fuerzas del enemigo, porque Nábedes les había ordenado que por nada del mundo comenzaran el ataque, pero que, si los enemigos se lanzaban contra ellos, se defendieran como pudiesen.

Fue Narsés el primero que junto con los hérulos y los 20
romanos que le seguían trabó batalla con los enemigos y,
tras carga abierta, puso en fuga a los persas que estaban
frente a él. Huían los bárbaros subiendo a la carrera hacia la 21
fortaleza, con lo que se provocaban a sí mismos gravísimos
daños por causa de la estrechez del lugar. Entonces el pro- 22
pio Narsés ordenó a sus hombres que hostigaran aún más a
los enemigos, y el resto de los romanos los secundó. Pero, 23
de repente, salieron de las chozas a través de aquellos pasos
estrechos los que, según se dijo, estaban emboscados y ma-
taron a algunos hérulos cayendo sobre ellos de improviso y
al propio Narsés le asestaron un golpe en la sien. Y fue su 24
hermano Isaac el que lo sacó, herido de muerte, de en medio
de los combatientes. Murió poco después, tras haber demos-
trado su valentía en esa batalla. A partir de ese instante, co- 25
mo cabía esperar, una gran confusión se adueñó del ejército
romano y Nábedes lanzó todas sus tropas contra los adver-
sarios. Y como disparaban en aquellos pasos estrechos so- 26
bre una enorme masa de enemigos, conseguían matar a mu-
chos y, principalmente, a los hérulos, que habían sido los
primeros junto con Narsés en caer sobre los enemigos y que
luchaban en su mayoría sin armas defensivas. Y es que los 27
hérulos no llevan ni casco ni coraza ni ninguna otra protec-
ción, salvo un escudo y un capote grueso que se ciñen antes
de entrar en combate. Y los esclavos hérulos hasta van sin 28
escudos a luchar y, sólo cuando se han mostrado valientes
en la guerra, sus amos les permiten que se cubran con escu-
dos en las batallas. Así es como proceden los hérulos.

29 Los romanos, como no podían soportar el empuje ene-
migo, huyeron todos a la carrera, sin pensar en resistir ni te-
30 ner en cuenta su honor ni ninguna otra consideración. Pero
los persas, sospechando que no habían vuelto así las espal-
das para huir vergonzosamente, sino que les estaban mon-
tando una emboscada, los persiguieron hasta el final de la
escarpa y luego regresaron, sin atreverse a presentarles bata-
lla en terreno llano, siendo como eran ellos unos pocos con-
31 tra muchos. Sin embargo, los romanos y, especialmente, to-
dos sus generales creían que los enemigos no dejaban de
perseguirlos, por lo que seguían huyendo sin perder ni un
instante: con sus fustas y a gritos aguijaban a sus caballos
que iban a galope, y a la vez, en medio del atropello y la
confusión, arrojaban al suelo las corazas y el resto de las
32 armas. Y es que no se atrevían a cerrar filas con los persas si
éstos les salían al paso, sino que sólo ponían sus esperanzas
de salvación en las patas de sus cabalgaduras y, en pocas
palabras, fue tal su huida que casi ninguno de los caballos
sobrevivió, pues en cuanto pararon de correr, cayeron muer-
33 tos de agotamiento. Para los romanos esta operación fue un
desastre como nunca habían sufrido. En efecto, muchos de
ellos murieron y todavía más fueron capturados por los ene-
34 migos. De sus armas y animales de carga se apoderaron los
persas y en tan gran cantidad que parecía que la nación per-
35 sa se había hecho más rica a raíz de este suceso. Adolio, por
su parte, mientras en esta retirada pasaba por el lado de una
fortaleza situada en Persarmenia, fue herido en la cabeza
por una piedra que le tiró uno de sus habitantes y allí mismo
murió. Las fuerzas de Justo y Peranio invadieron el territo-
rio cercano a Taraunón y, tras conseguir un pequeño botín,
regresaron de inmediato.

26 Al verano siguiente[212] Cosroes, el hijo de Cabades vino
a invadir por cuarta vez la tierra romana, conduciendo a su

[212] En el año 544.

ejército hacia Mesopotamia. Esta invasión la efectuó el tal 2
Cosroes no contra el emperador Justiniano, ni tampoco contra ningún hombre, sino contra el Dios único al que los cristianos veneran. Pues, cuando en la primera incursión se reti- 3
ró después de fracasar en la conquista de Edesa, tanto él como los magos quedaron muy abatidos, porque era el Dios de los cristianos el que los había derrotado[213]. Y fue para 4
desahogarse por lo que Cosroes profirió esta amenaza en su palacio: que a todos los habitantes de Edesa los traería como esclavos a tierra persa y que convertiría su ciudad en pastizal para el ganado. Y así, cuando con todo su ejército llegó 5
cerca de Edesa, mandó a un grupo de hunos que le seguían a la parte del recinto de la ciudad que dominaba sobre el circo, con orden de que, sin hacer ningún otro daño, se apoderaran de las muchas cabezas de ganado que coincidía que los pastores habían dejado allí a lo largo del muro, confiados como estaban en la seguridad de aquel lugar, porque era extraordinariamente escarpado, y convencidos de que los enemigos no se atreverían a aproximarse tanto a la muralla. Pues bien, los bárbaros empezaron ya a adueñarse del gana- 6
do y los pastores a intentar impedírselo con enorme valentía. Y, como un gran número de persas vino en ayuda de los 7
hunos, los bárbaros consiguieron llevarse de allí uno de los rebaños, pero soldados romanos y algunos de la población salieron al encuentro de los enemigos y, mientras se libraba el combate cuerpo a cuerpo, el rebaño volvió por sí mismo de nuevo junto a los pastores. Había un guerrero huno que lu- 8
chaba delante de todos los demás y que era el que más hostigaba a los romanos, pero un campesino le disparó con su 9
honda y vino a acertarle en la rodilla derecha y al instante, desde su montura, cayó de cabeza al suelo, lo que enardeció

[213] Cf. II 12, 26 y 31 ss.

10 aún más a los romanos. El combate, que comenzó al amane-
cer, no terminó hasta el mediodía, y unos y otros se separa-
ron convencidos de que eran ellos los que habían llevado la
11 mejor parte. Los romanos permanecieron dentro del recinto
y los bárbaros montaron sus tiendas a siete estadios de la
ciudad y allí acamparon todos juntos.

12 Entonces, Cosroes o tuvo en sueños esta visión o le vino
a la cabeza la idea de que, si después de dos intentos no lo-
13 graba conquistar Edesa, quedaría cubierto de deshonra. Y
por esa razón decidió venderles a los habitantes su retira-
14 da por una gran suma de dinero. Así pues, al día siguiente
Pablo, el intérprete, se acercó a la muralla y les dijo que de-
bían mandar a algunos nobles romanos a presencia de Cosroes.
15 Rápidamente escogieron ellos a cuatro de sus conciudada-
16 nos más ilustres y los enviaron. Al llegar al campamento
medo vino a su encuentro Zaberganes, como era voluntad
del rey, y tras atemorizarlos con sus continuas amenazas les
preguntó cuál de las dos elegían ellos, la vía de la paz o la
17 de la guerra. Y una vez que reconocieron que preferían la
paz a los peligros de la batalla, les dijo Zaberganes: «Pues
18 vais a tener que comprarla por mucho dinero.» Los embaja-
dores le aseguraron que le darían lo mismo que le habían
entregado antes, cuando vino contra ellos después de tomar
19 Antioquía[214]. Y Zaberganes, entre risas, los despidió acon-
sejándoles que recapacitaran sin dejar de pensar en su salva-
20 ción y que luego volvieran de nuevo a su presencia. Poco
después los llamó otra vez Cosroes y, una vez que estuvie-
ron ante él, les detalló todas las ciudades romanas que con
anterioridad había reducido a la esclavitud y el modo como
lo hizo, y los amenazó con que los persas se portarían de
una manera aún más terrible con los habitantes de Edesa, a

[214] Cf. II 12, 34.

menos que les dieran todo el dinero que tenían dentro de la fortificación. Y les repitió que sólo de esta forma su ejército se alejaría de allí. Al oírlo, los embajadores estuvieron de 21
acuerdo en comprarle la paz a Cosroes, si no les pedía un imposible. Le dijeron también que el final de un conflicto nunca estaba claro para nadie antes de librarse la batalla y 22
que una guerra no es algo en lo que los combatientes puedan ponerse de acuerdo. Y, entonces, Cosroes les ordenó furioso a los embajadores que se marcharan a toda prisa.

Al octavo día del asedio, se propuso levantar un montí- 23
culo[215] artificial para asaltar el recinto de la ciudad. Y, en efecto, cortó muchos árboles de las cercanías, sin quitarles ramas ni hojas, y los apiló formando un cuadrado delante de la muralla, donde no podían llegar los proyectiles lanzados desde la ciudad; sobre los troncos, sin más, acumuló un inmenso montón de tierra y echó encima una gran cantidad de piedras, pero no de las adecuadas para construir edificios, sino cortadas a lo que saliera, con la única preocupación de levantar el montículo rápidamente hasta una gran altura. Y 24
en medio de la tierra y las piedras colocó a trechos unas largas vigas para apuntalar la construcción y para que por ser tan alta no resultara endeble. Pero Pedro, el general romano 25
(que coincidía que se encontraba allí con Martino y Peranio), en un intento por obligar a retirarse a los que la estaban construyendo, mandó contra ellos a un grupo de hunos de los que le seguían. Los atacaron de improviso y mataron a 26
muchos y el que más bajas les causó fue uno de los lanceros de su escolta, llamado Árgec, que mató a veintisiete él solo. Sin embargo, desde ese momento, los bárbaros montaron 27
guardia rigurosa y ya nadie pudo sorprenderlos. Pero, cuan- 28
do los constructores de esta obra se adelantaban y quedaban

[215] Cf. I 7, 14, y n. 61; y , más abajo, II 26, 29, y n. 217.

dentro del alcance de los proyectiles, los romanos ya podían
rechazarlos de la más enérgica de las maneras disparándoles
desde el recinto con sus hondas y arcos. Y, ante esto, los
29 bárbaros idearon lo siguiente. Hicieron unos manteletes de
pieles de macho cabrío, a los que llaman «cilicios»[216], de
grosor y altura suficiente, los colgaron de unas largas vigas
y los pusieron delante de los que estaban construyendo la
«agesta»[217] (que así es como lo llamaban en latín los roma-
30 nos). Con esto, ya no podían alcanzarlos ni las flechas in-
cendiarias ni los demás proyectiles; todos chocaban contra
31 los manteletes y allí se quedaban. Entonces un gran temor se
adueñó de los romanos y, en medio del azoramiento general,
mandaron embajadores a Cosroes y a Estéfano con ellos, un
médico muy reputado entre los de aquella época, que una
vez curó de una enfermedad a Cabades, el hijo de Peroces, y
32 gracias a él vino a poseer grandes riquezas. Y cuando llegó
con los demás ante Cosroes, le dijo lo siguiente: «Que ser
humanitario es algo distintivo del buen rey, eso ya lo han
33 creído así todos desde muy antiguo. Pues bien, poderosísi-
mo rey, mientras sus obras sean muertes, batallas y esclavi-
zar ciudades, quizá pueda su majestad obtener otros títulos
34 pero no habrá manera de que se le considere "bueno". Y la
verdad es que, de todas las ciudades, Edesa es a la que me-
35 nos debería sucederle nada malo por su causa. Y es que de
ella soy oriundo yo, que, sin saber lo que en el futuro iba a
ocurrir, crié a su majestad y fui quien le aconsejó a su padre
que lo nombrara heredero del trono, de tal modo que me he
convertido en el máximo responsable para su majestad de su

[216] Lat. *cilicium*, prenda basta de pelo de cabra de Cilicia. Estos *pro-kalýmmata* tenían, por tanto, la misma función que las *vineae* del ejército romano.

[217] *Tēn ágestan* (lat. *aggestum, agger,* «terraplén»): cf., de nuevo, I 7, 14, y n. 61.

soberanía sobre los persas y para mi patria de sus actuales
desgracias. Y es que los hombres, la mayoría de las veces, 36
se achacan a sí mismos la culpa de muchos de los infortu-
nios que van a caerles encima. Pero, si le viene a la cabeza 37
algún recuerdo de aquella buena acción mía, no nos siga ha-
ciendo más daño y compénseme con este favor, a raíz del
cual, majestad, ya nadie podrá considerarlo el más cruel.»
Así habló Estéfano. Pero Cosroes le confesó que no se mar- 38
charía de allí mientras los romanos no le entregaran a Pedro
y Peranio[218], porque, siendo como eran sus esclavos here-
ditarios, se habían atrevido a luchar contra él. Y si a los ro- 39
manos no les agradaba hacerlo, se verían forzados a elegir
una de estas dos cosas: o pagarles a los persas quinientos
centenarios[219] de oro, o recibir dentro de su ciudad a algu-
nos de sus más allegados, quienes se encargarían de rebus-
car todo el dinero, tanto oro como plata, que allí hubiera y
se lo traerían a él, y les permitirían quedarse con lo demás.
Estas fueron las amenazantes palabras que les lanzó Cos- 40
roes, con la esperanza de que conquistaría Edesa sin ningún
esfuerzo. Los embajadores, dado que todo lo que les comu-
nicó les pareció imposible, indecisos y muy disgustados to-
maron el camino de la ciudad. Cuando estuvieron dentro del 41
recinto, comunicaron ellos a su vez las condiciones de Cos-
roes y la ciudad se llenó de gritos y lamentos.

Pues bien, la estructura del montículo alcanzaba ya una 42
gran altura e iba moviéndose hacia delante con gran apresu-
ramiento. Y los romanos, como no sabían qué hacer, man-
daron de nuevo sus embajadores a presencia de Cosroes.

---

218 Pedro había nacido en Arzanene, región de Armenia que había estado sometida a los persas (cf. II 15, 7); y Peranio era hijo de Gúrgenes, rey de Iberia (cf. I 12, 4 ss. y 11), que también estuvo bajo yugo persa (cf. I 12, 3).

219 Cf. I 22, 3 s.

43 Cuando llegaron al campamento enemigo y dijeron que ve-
nían a pedir lo mismo que antes, no obtuvieron ninguna res-
puesta en absoluto de los persas, sino que fueron expulsados
de allí entre insultos y en medio de un gran alboroto, y así
44 volvieron a la ciudad. Por tanto, al principio los romanos
intentaron sobrealzar la muralla que quedaba frente al mon-
tículo con una construcción supletoria, pero, como la obra
de los persas ya era mucho más alta incluso que ésta, desis-
tieron de ello y persuadieron a Martino para que arreglara
un acuerdo en los términos en que él prefiriese. En un lugar,
pues, muy próximo al campamento enemigo, entró en con-
45 versaciones con algunos comandantes persas, quienes lo en-
gañaron del todo diciéndole que su rey quería la paz, pero
que le era absolutamente imposible convencer al emperador
romano de que dejara a un lado su rivalidad con Cosroes y
46 concertara ya por fin la paz con él. Porque lo cierto era, se-
gún le argumentaban ellos, que Belisario, quien en poder y
dignidad estaba muy por encima de Martino, lo que ni si-
quiera él podía negar, había persuadido recientemente al rey
persa, cuando ya se encontraba en medio del territorio ro-
mano, para que se retirara de allí y regresara a los dominios
persas, prometiéndole que en breve vendrían a su presencia
desde Bizancio embajadores para ratificar sobre seguro la
paz; pero que él no había cumplido nada de lo acordado,
porque había sido incapaz de forzar al emperador Justiniano
a que mudara de decisión.

27 Entretanto los romanos hicieron lo siguiente. Cavaron
desde la ciudad un túnel bajo el terraplén[220] enemigo y or-
denaron a los zapadores que no abandonaran este trabajo

[220] Aquí *chôma:* cf., por ejemplo, Tucídides, II 75, 1 ss.; y para este pasaje de Procopio cf., en general, Tucídides, II 76, 1 ss. (que ya hemos citado en la n. 60 a Procopio, I 6, 12).

hasta que estuvieran debajo del centro mismo del montículo. Y es que, de ese modo, planeaban incendiar el terraplén[221].
Pero, cuando el túnel iba ya por el centro aproximadamente 2
del montículo, les llegó un ruido a los persas que se hallaban encima. Y, al comprender lo que pasaba, empezaron 3
también ellos a cavar desde arriba a ambos lados de la parte central, para coger en flagrante a los romanos que les estaban allí haciendo aquella jugada. Pero los romanos, al darse 4
cuenta, abandonaron la tarea y echaron tierra en aquel espacio hueco; luego, por debajo del extremo del terraplén que se encontraba más cercano a la muralla, fueron sacando maderos, piedras y tierra hasta formar como una especie de pequeño cuarto, y allí metieron troncos secos de árboles, de los que arden muy fácilmente, empapados de aceite de cedro con azufre y mucho betún. Y mientras iban preparando 5
todo esto, los oficiales persas en frecuentes entrevistas con Martino mantuvieron con él conversaciones del estilo de las que he dicho, haciéndole creer que aceptarían sus propuestas de paz. Pero cuando ya estuvo concluido el montículo y 6
se iba acercando al recinto de la ciudad con una altura enorme, muy superior a la de las murallas, entonces despidieron a Martino, renunciando expresamente a cualquier acuerdo, y desde ese momento se dedicaron a la operaciones militares.

Los romanos, por tanto, les prendieron fuego de inmediato a los troncos de árboles que estaban preparados al efecto. El fuego quemó una parte del montículo, pero no tuvo fuerza para llegar a todos los sitios y los troncos quedaron completamente consumidos. Pero siguieron echando más troncos en el túnel, sin parar ni un instante. Y cuando ya el fue- 8
go prendía en todo el montículo, en la oscuridad de la noche se dejaba ver por arriba un humo que salía de todos los rin-

[221] Cf., por parte persa, una acción parecida en II 17, 23 s.

cones del terraplén. Los romanos, que aún no querían que los persas se dieran cuenta de lo que estaba pasando, idea-
9 ron lo siguiente. Llenaron de carbones encendidos unas pequeñas vasijas y arrojaban muchísimas de ellas junto con flechas incendiarias contra todos los puntos del montículo. Y los persas que estaban allí montando guardia iban de un lado a otro a toda prisa a apagarlas, pensando que el humo
10 salía de éstas. Pero como el estrago continuaba avanzando, los bárbaros acudían en gran número a ayudarlos y los romanos, disparándoles desde el recinto, mataban a muchos.
11 Allí llegó también Cosroes a eso del amanecer con la mayor parte de su ejército tras él y, tras subirse al terraplén, fue el
12 primero en darse cuenta del problema. Pues demostró que el origen del humo estaba debajo y no en lo que arrojaban los enemigos, y ordenó que todo el ejército acudiera rápidamen-
13 te en su auxilio. Los romanos, sobrados de ánimo, los insultaban, mientras algunos bárbaros echaban tierra y otros agua por donde aparecía el humo, con la esperanza de superar aquel peligro, aunque no eran capaces de conseguir ab-
14 solutamente nada. Y es que, por donde echaban la tierra, por ahí, como era lógico, se interceptaba el humo, pero en poco tiempo rompía por otro lugar, porque el fuego lo empujaba a forzar la salida por donde fuera. Y el agua, por donde más la derramaban, sólo valía para volver mucho más efectivos el betún y el azufre y para hacer que actuaran con todo su poder sobre la madera que había cerca, favoreciendo el continuo avance del fuego, porque al interior del montículo era imposible que llegara tanta agua como para que, por mucha
15 que fuese, lograra apagar la llama. A la caída de la tarde la humareda se hizo tan grande que podían verla los carre-
16 nos[222] y hasta algunos otros que habitaban más lejos. Subie-

[222] Cf. II 13, 7, y n. 109.

ron, entonces, persas y romanos en gran número a la parte más alta del terraplén y, tras el combate y la refriega que allí se entabló, vinieron a vencer los romanos. Y fue también en 17
ese momento cuando la llama apareció, elevándose resplandeciente por encima del montículo.

Cinco días después, al rayar el alba, se lanzaron a es- 18
condidas con sus escalas al asalto de un sector del recinto amurallado que recibe el nombre de «La Fortaleza». Y co- 19
mo los romanos que allí montaban guardia dormían apaciblemente, porque la noche estaba llegando a su fin, apoyaron en silencio sus escalas sobre el muro y ya iban subiendo cuando un campesino, que coincidió que era el único en 20
vela de todos los romanos, despertó a voces y gritos a todos los demás. Tras producirse una violenta pelea, los persas 21
fueron derrotados y se retiraron a su campamento abandonando allí las escalas, y los romanos con total libertad tiraron de ellas hacia arriba. Cosroes a eso del mediodía envió 22
una nutrida sección de su ejército contra la llamada «Puerta Grande» con orden de asaltarla. Pero les salieron al encuen- 23
tro no sólo los soldados romanos sino también los campesinos y algunos de la población, que vencieron rotundamente en combate a los bárbaros y los pusieron en fuga. Y mien- 24
tras los persas todavía estaban siendo perseguidos, Pablo el intérprete vino de parte de Cosroes y, situándose en medio de los romanos, les comunicó que Recinario había llegado de Bizancio para firmar la paz y, de este modo, se separaron las tropas de unos y otros. Recinario ya había llegado algu- 25
nos días antes al campamento bárbaro pero los persas no se 26
lo habían descubierto a los romanos, esperando impacientes, claro está, el éxito de su estratagema contra la muralla, con el fin de que, en caso de poder conquistar la ciudad, no pareciera en absoluto que estaban violando los pactos, y si eran derrotados, lo que precisamente había sucedido, admi-

tieran el hecho del acuerdo como una invitación de los ro-
27 manos. Cuando Recinario estuvo en el interior del recinto,
los persas exigieron que quienes fuesen a concertar la paz se
presentaran de inmediato ante Cosroes, pero los romanos les
dijeron que no mandarían sus embajadores hasta dos días
después, porque en aquel momento su general Martino se
hallaba indispuesto.

28 Pero Cosroes, sospechando que en aquella razón no ha-
bía sinceridad, se preparó para la batalla. Echó entonces so-
bre el montículo una gran cantidad de ladrillos y, a los dos
días, vino con todo su ejército a asaltar la muralla de la ciu-
29 dad. En cada puerta apostó algunos oficiales y una parte del
ejército y, tras rodear de esta manera todo el recinto, trajo
30 las escalas y las máquinas de guerra. Detrás formó a los sa-
rracenos con algunos persas, no con intención de que asalta-
ran la muralla, sino para que, una vez tomada la ciudad,
31 capturaran a los fugitivos como en una redada[223]. Con tal
propósito ordenó así Cosroes las filas de su ejército. La ba-
talla se inició muy temprano y, al principio, los persas fue-
32 ron superiores. Y es que estaban luchando muchos contra
muy pocos, porque la mayoría de los romanos no se había
enterado de lo que estaba pasando y se encontraban total-
33 mente desapercibidos. A medida que avanzaba el combate,
el tumulto y la confusión se adueñaban de la ciudad, y ya
todos, incluso las mujeres y los niños pequeños, se iban su-
34 biendo a la muralla. Los jóvenes se unían a los soldados pa-
ra rechazar lo más enérgicamente posible a los enemigos, y
muchos campesinos realizaron asombrosas hazañas contra
35 los bárbaros. Los niños, mujeres y ancianos recogían pie-
dras para los que estaban luchando y los ayudaban en otros
36 menesteres. Algunos también llenaban muchos calderos de

[223] Cf. II 9, 6, y n. 62.

aceite, los calentaban al fuego por todas partes de la muralla durante el suficiente tiempo y, con una especie de vasos libatorios, lo echaban hirviendo a más no poder sobre los enemigos, con lo que era aún mayor el daño sobre los que
estaban atacando el recinto. Y el caso fue que ya los persas 37
renunciaron y, después de arrojar las armas, vinieron a presencia del rey para decirle que no podían resistir más el
choque. Cosroes, preso de la ira e incitándolos con amena- 38
zas, los empujó a todos ellos contra el enemigo. Y en medio 39
de un clamor y de un gran tumulto fueron acercando las torres y las demás máquinas a la muralla e iban aplicando las escalas con el objetivo de conquistar la ciudad al primer
grito de guerra[224]. Pero, como los romanos disparaban sin 40
tregua y se defendían con todas sus fuerzas, los bárbaros volvieron las espaldas a escape, y mientras Cosroes se retiraba, los romanos se burlaban de él invitándolo a asaltar la
muralla. Sólo Azaretes con sus tropas seguía luchando alre- 41
dedor de las llamadas Puertas Soínas, en el lugar que recibe el nombre de Tripirgia[225].

Allí los romanos no eran capaces de contrarrestar sus 42
ataques y habían reculado, de modo que en el muro exterior, el que llaman antemural, los bárbaros ya habían abierto brecha[226] por muchos puntos y con el mayor de los ímpetus iban estrechándoles el cerco a los que se defendían desde la muralla grande. Y así fue hasta que llegó Peranio con una numerosa tropa de soldados y con algunos habitantes de
Edesa y, tras vencerlos en el combate, los expulsó de allí. El 43
asalto a la muralla, que se había iniciado muy temprano,

---

[224] Esta expresión ya la hemos visto con pequeñas variaciones *(autoboeì exaireîn* o *heleîn)* en II 9, 5 y 17, 4, y, como tantas otras, está tomada de Tucídides: cf. II 81, 4; III 113, 6.

[225] Las «Tres Torres».

[226] *Tò... teîchos... dielóntes:* cf., una vez más, Tucídides, II 75, 6.

terminó a la caída de la tarde. Unos y otros permanecieron
tranquilos aquella noche, los persas temiendo por sus empa-
lizadas y por sus propias vidas y los romanos recogiendo
piedras para llevarlas a las almenas y dejándolo todo bien
preparado para, por la mañana, hacer frente a los enemigos
44 cuando de nuevo se lanzaran contra el muro. Lo cierto fue
que, aquel día, ningún bárbaro atacó el recinto; pero, al si-
guiente, una sección del ejército, por orden de Cosroes, cayó
sobre las llamadas Puertas de Barlao: les salieron al encuen-
tro los romanos, y los persas, después de ser rotundamente
batidos en la batalla, se retiraron al poco tiempo a su cam-
45 pamento. Entonces, Pablo el intérprete persa se aproximó al
recinto y se puso a llamar a Martino con el fin de concertar
46 un tratado de paz. De esta forma entraron de nuevo en con-
versaciones Martino y los oficiales persas y llegaron a un
acuerdo. Cosroes recibió cinco centenarios[227] de los habitan-
tes de Edesa y les dejó por escrito la promesa de que no
causaría ningún daño más a los romanos. Luego, tras incen-
diar toda las empalizadas, regresó a su patria con la totali-
dad del ejército.

28 Por ese tiempo habían muerto dos generales romanos,
Justo, el primo del emperador, y Peranio, el ibero: aquél, víc-
tima de una enfermedad; éste, por un fractura que se le pro-
2 dujo durante una cacería al haberse caído del caballo. Por
esta razón, tras nombrar a otros dos para desempeñar sus
cargos, les dio sus despachos: fueron Marcelo, su propio so-
brino, al que apenas le apuntaba el bozo, y Constanciano, a
quien poco antes en compañía de Sergio se le había enviado
3 a presencia de Cosroes como embajador. Posteriormente, el
emperador Justiniano mandó de nuevo como embajadores a
Constanciano y Sergio ante Cosroes para concertar el acuer-

[227] Cf. I 22, 3 s.

do de paz. Lo encontraron en Asiria, en ese lugar donde hay 4
dos ciudades, Seleucia y Ctesifonte, fundadas por los mace-
donios[228] que, después de Alejandro, el hijo de Filipo, go-
bernaron sobre los persas y sobre los pueblos de aquella zo-
na. Las separa el río Tigris, pues no hay tierra entre ellas. 5
Allí dieron con Cosroes los embajadores y le reclamaron la 6
devolución a los romanos del territorio de Lácica y la con-
solidación de la paz con ellos sobre las más seguras condi-
ciones. Pero Cosroes vino a decirles que no era fácil que 7
llegaran a un acuerdo mutuo si antes no imponían una tre-
gua y así, visitándose asiduamente sin ningún temor, dirimían
sus diferencias a fin de establecer una paz para el futuro so-
bre sólidas bases. Añadió que, por este armisticio indefini- 8
do, el emperador romano debía pagarle dinero y enviarle a
un médico de nombre Tribuno, para que pasara con él un
tiempo previamente fijado. Y es que coincidía que el tal 9
médico lo había librado años atrás de una grave enfermedad
y desde entonces era muy amigo suyo y lo echaba muchísi-
mo de menos. Cuando Justiniano oyó esto, envió de inme- 10
diato a Tribuno con una suma de dinero de unos veinte cen-
tenarios[229]. De esta forma romanos y persas firmaron un 11
tratado de cinco años[230], cuando estaba transcurriendo el de-
cimonoveno desde que Justiniano había ocupado el trono
imperial.

Poco después, Aretas y Alamundaro, el jefe de los sa- 12
rracenos, entraron en guerra ellos solos, sin la ayuda de ro-

---

[228] Seleucia del Tigris, al igual que otras muchas ciudades, sí fue fundada por Seleuco I, uno de los diádocos de Alejandro Magno (cf. Zósimo, *Nueva Historia* III 23, 3); pero Ctesifonte, como tal fundación, se remonta a los partos Arsácidas (cf. I 5, 10, y n. 47), y posteriormente se convertiría en capital de los Sasánidas.

[229] Cf. I 22, 3 s.

[230] Era el año 545.

13 manos ni persas. Alamundaro, en una repentina incursión,
capturó a uno de los hijos de Aretas mientras estaba apa-
centando sus caballos y, de inmediato, se lo sacrificó a Afro-
dita, a raíz de lo cual se supo que Aretas no estaba traicio-
14 nando la causa romana en favor de los persas[231]. Más tarde,
ambos trabaron batalla con sus ejércitos al completo y, tras
vencer rotundamente los de Aretas, pusieron en fuga a los
enemigos y mataron a muchos de ellos. Y Aretas estuvo a
punto de capturar[232] vivos a dos de los hijos de Alamunda-
ro, pero al final no lo consiguió. Y así fue como se desarro-
llaron los acontecimientos relativos a los sarracenos.

15 Quedó evidente que Cosroes, el rey persa, había con-
certado la tregua con los romanos capciosamente, para co-
ger a los romanos en un renuncio con respecto a la paz y
16 causarles un daño irreparable. Y, en efecto, al tercer año de
la tregua maquinó lo siguiente. Había en Persia dos herma-
nos, Fabrizo e Isdigusnas, que habían desempeñado allí muy
altos cargos y que, además de la reputación de ser los más
malvados de todos los persas, tenían mucha fama por su
17 astucia y su gran perversidad. Pues bien, Cosroes decidió
tomar la ciudad de Daras por medio de una repentina incur-
sión y expulsar de Lácica a todos los colcos con el propósito
de establecer en su lugar colonos persas y escogió a estos
18 dos sujetos para que lo ayudaran en ambas tareas. Y es que
le pareció que sería algo providencial y de gran importancia
apropiarse de la tierra de Cólquide y mantenerla como una
posesión firme, considerándolo muy conveniente para el
19 imperio persa por muchas razones. Por una parte, se asegu-
raría para el futuro la región de Iberia, porque los iberos, en
caso de defección, ya no tendrían ningún territorio en el que

[231] Cf. II 19, 26 ss., y 46.

[232] *Par' olígon... êlthe... heleîn*: cf. la expresión en Polibio, II 55, 4.

ponerse a salvo. Pues, debido a que los miembros más des- 20
tacados de la nobleza de estos bárbaros, junto con su rey
Gúrgenes, ya habían visto la posibilidad de hacer defección,
como dije en anteriores capítulos[233], ni los persas les permi-
tían desde entonces que ellos mismos se proclamaran un
rey, ni los iberos estaban bajo dominio persa por propia vo-
luntad, sino que las sospechas y desconfianzas mutuas eran
grandes. Y estaba claro que los iberos lo llevaban muy a 21
mal y que en un plazo corto se sublevarían, con sólo que en
algún momento fueran capaces de aprovechar una oportuni-
dad. Por otro lado, el imperio persa quedaría ya para siem- 22
pre libre de las devastaciones de los hunos que habitaban
cerca de Lácica y fácilmente y sin ningún problema se los
podría mandar contra el imperio romano cuando al rey le
viniera en gana; pues, para él, Lácica no era más que un
baluarte contra los bárbaros que vivían en el Cáucaso. Pero, 23
por encima de cualquier otra cosa, Cosroes esperaba que el
dominio sobre Lácica les proporcionaría a los persas la si-
guiente ventaja: que, partiendo desde allí, podrían sin nin-
gún esfuerzo lanzarse con su infantería y con sus naves so-
bre aquellas regiones bañadas por el mar que llaman Euxino
y, así poner bajo su control a los capadocios y a sus vecinos,
los gálatas y bitinios, para luego en una rápida incursión
conquistar Bizancio, sin que nadie les obstruyera el paso.
Éstas eran las razones por las que Cosroes pretendía ane- 24
xionarse Lácica, pero no tenía la más mínima confianza en
los lazos. Pues, desde que los romanos se retiraron de Láci- 25
ca, sus gentes estaban muy cansadas de la dominación per-
sa. Y es que el carácter de los persas, más que el de ninguna
otra nación, es muy particular y son extremadamente rígidos

[233] Cf. I 12, 4 ss.

26 en su forma de vida. Sus leyes son draconianas[234] desde el punto de vista de cualquier hombre y sus imposiciones no hay manera de sobrellevarlas. Además, también sus notables diferencias con los lazos en su habitual modo de pensar y de vivir resultan muy llamativas, porque los lazos son cristianos, y lo son más que nadie, y todas las concepciones persas
27 sobre la divinidad son contrarias a las suyas. Aparte de esto, no hay sal[235] en ningún lugar de Lácica, ni tampoco se pro-
28 duce grano, ni vino, ni ninguna otra cosa buena. Todo lo importan en naves desde los puntos romanos de la costa y no les pagan en oro a los tratantes, sino en pieles, esclavos y en cualquier otra especie de la que allí dispongan en abundan-
29 cia. Y, como es lógico, desde que les impidieron este comercio, estaban siempre descontentos. Y como Cosroes se dio cuenta, puso todo su empeño en anticiparse sobre seguro
30 a cualquier sublevación contra él. Así, después de meditarlo, le pareció que sería lo más conveniente quitar de en medio cuanto antes a Gubaces, el rey de Lácica, y deportar de allí en masa a los lazos, para, de esta manera, establecer colonos persas y de algunas otras naciones en esa tierra.

31 Cosroes, tras haber planeado todo esto, mandó a Isdigusnas a Bizancio, en embajada oficial aparentemente, y envió con él a quinientos soldados persas escogidos por su valentía, ordenándoles que entraran en la ciudad de Daras y que se alojaran en muchas de sus casas; que ya de noche las incendiaran todas y que, mientras todos los romanos estuvieran bregando con el fuego, como cabía esperar, abrieran de inmediato las puertas para recibir en la ciudad al resto del
32 ejército persa. Previamente se le había dicho al comandante de la ciudad de Nísibis que escondiera por allí cerca un gran

[234] Literalmente, «inaccesibles» *(dysprósodoi)*.

[235] Cf. II 15, 11.

número de soldados y los tuviera listos para actuar. Y es que Cosroes pensó que de este modo ellos acabarían con todos los romanos sin ningún esfuerzo y, después de asegurarse la ocupación de la ciudad de Daras, la mantendrían bajo su poder. Pero uno que sabía bien lo que se estaba cociendo, 33
un romano que poco antes se había pasado como desertor a los persas, se lo contó todo a Jorge, que por entonces estaba residiendo allí. Del tal Jorge ya referí en anteriores capítulos[236] que a los persas que estaban siendo asediados en la fortaleza de Sisauranón los había logrado convencer para que se entregaran a los romanos. Pues bien, Jorge se encon- 34
tró con aquel embajador en la frontera entre romanos y persas y le dijo que lo que estaba pasando no se correspondía con lo propio de una embajada y que nunca se había alojado tan gran cantidad de persas en una ciudad romana. Y añadió 35
que tendría que haber dejado a todos los demás en la plaza de Amodio y haber entrado él con unos pocos hombres en la ciudad de Daras. El caso fue que Isdigusnas se enojó y que, 36
al parecer, se lo había tomado a mal, por el hecho de habérsele insultado indebidamente, a pesar de que marchaba en embajada a presencia del emperador de los romanos. Pero, 37
aun estando tan furioso, Jorge no le prestó ninguna atención y así conservó sana y salva su ciudad para los romanos, pues recibió a Isdigusnas en la ciudad acompañado sólo por veinte hombres.

Pues bien, tras fracasar la intentona, este bárbaro llegó a 38
Bizancio como si viniera en calidad de embajador, acompañado por su mujer y sus dos hijas (lo que le servía de pretexto para la tropa que lo escoltaba), pero, cuando se presentó ante el emperador, no pudo decir ni poco ni mucho acerca de ningún asunto importante, a pesar de que estuvo

---

[236] Cf. II 19, 2 ss.; 19, 23.

39 en territorio romano no menos de diez meses. Sin embargo, le entregó al emperador de parte del rey los regalos de costumbre y las cartas en las que Cosroes le encarecía al emperador Justiniano que le informara de si su salud seguía sien-
40 do inmejorable. Lo cierto fue que el emperador Justiniano trató a Isdigusnas con más amabilidad que a ningún otro embajador que conozcamos y le dispensó grandes honores.
41 Tanto fue así que, cuando lo invitaba a comer, hacía que Braducio, el intérprete que iba con él, se recostara a su lado en el lecho, cosa que nunca antes había ocurrido en ninguna
42 ocasión. Pues nadie había visto jamás que un intérprete se convirtiera en compañero de mesa[237] ni siquiera de un oficial de inferior graduación, y mucho menos de un monarca.
43 Pero es que incluso recibió y despidió a ese hombre con mayor magnificencia de la que correspondía a un embajador, a pesar de que, como ya he dicho, la embajada no tuvo
44 ninguna utilidad. Y, en efecto, si se hubieran calculado los gastos y los regalos que Isdigusnas se llevó consigo cuando partió de allí, se habría descubierto que sumaban más de diez centenarios[238] de oro. De modo que así acabó el plan de Cosroes contra la ciudad de Daras.

29 En cuanto a Lácica, lo primero que hizo fue mandar allí una gran cantidad de maderos de los que son apropiados para construir barcos, sin contarle a nadie el motivo por el que los mandaba, si bien la explicación oficial era que los enviaba con el propósito de montar máquinas de guerra en el
2 recinto amurallado de Petra. Luego escogió a trescientos buenos guerreros persas y los envió allí acaudillados por

---

[237] Recuérdese incluso que el término *homotrápezos*, «compañero de mesa», se utilizaba como título para ciertos cortesanos del rey persa: cf. JENOFONTE, *Ciropedia* VII 1, 30.

[238] Cf. I 22, 3 s.

Fabrizo, a quien poco antes mencioné[239] y a quien ordenó que acabara con Gubaces[240] lo más ocultamente posible, diciéndole también que, a partir de ese momento, él se encargaría de todo lo demás. Pues bien, después de haber trans- 3
portado esos maderos a Lácica, sucedió que de repente les cayó encima un rayo y quedaron reducidos a cenizas. Y al llegar Fabrizo con sus trescientos hombres a Lácica empezó a pensar en cómo cumplir las órdenes que Cosroes le había dado en relación con Gubaces. Y coincidió que uno de los 4
nobles colcos, llamado Farsanses se había peleado con Gubaces y había surgido una gran enemistad entre ellos, de modo que aquél no se atrevía en absoluto a presentarse ante el rey. Cuando se enteró Fabrizo, mandó venir a Farsanses y 5
en una conversación con él le reveló todo el plan y le preguntó cómo podía intentar aquella misión. Y lo que decidie- 6
ron, tras reflexionar en común sobre el asunto, fue que Fabrizo llegara a la ciudad de Petra y citara allí a Gubaces para anunciarle la decisión del rey acerca de lo que más les convenía a los lazos. Pero Farsanses, a escondidas, vino a ex- 7
plicarle a Gubaces lo que se estaba cociendo y él, por esta razón, no acudió a la llamada de Fabrizo, sino que ya abiertamente reparó en la idea de la defección. Fabrizo, entonces, 8
le encargó al resto de las tropas persas que pusieran todo su cuidado y emplearan todas sus fuerzas en guardar Petra y que se prepararan de la forma más segura posible contra una asedio. Él, por su parte, regresó a su patria con los trescientos hombres sin haber conseguido nada. Gubaces, tras in- 9
formar al emperador Justiniano de los acontecimientos, le rogó que les perdonara a los lazos lo que en el pasado habían hecho y que viniera a defenderlos con todo su ejército,

239 Cf. II 28, 16.
240 Cf. II 28, 30.

dado que estaban deseando librarse del yugo medo y que, por sí solos, los colcos eran incapaces de repeler el poderío militar de los persas.

10 Cuando lo oyó el emperador Justiniano, se alegró muchísimo y envió a siete mil hombres bajo el mando de Da-
11 gisteo y a mil tzanos en ayuda de los lazos[241]. Y una vez que llegaron a la tierra de Cólquide, acamparon junto con los lazos y Gubaces en los alrededores del recinto amuralla-
12 do de Petra y le pusieron cerco. Pero, como los persas que allí estaban se defendían desde el recinto de la más enérgica de las maneras, sucedió que el asedio vino a durar mucho tiempo, porque los persas contaban con suficientes víveres
13 en sus depósitos. Cosroes, muy intranquilo por todo esto, mandó contra ellos un gran ejército de caballería e infantería a las órdenes de Merméroes. Y cuando se enteró Gubaces, lo consultó con Dagisteo e hizo lo siguiente.

14 El río Boas pasa muy próximo a las fronteras de Tzánica, por entre las gentes armenias que habitan en las cercanías de Farangio. Primero, su curso avanza hacia la derecha a lo largo de un gran trayecto, su caudal es pequeño y resulta vadeable para cualquiera sin esfuerzo alguno, hasta llegar a un lugar a cuya derecha se encuentran las fronteras de Iberia y justo enfrente del cual terminan las montañas del
15 Cáucaso. Allí, entre otros muchos pueblos, habitan los alanos y abasgos, que son cristianos y, de antiguo, amigos de los romanos; y también los cecos y, tras ellos, los hunos que
16 se llaman sabiros[242]. Y cuando este río alcanza ese punto donde están los límites del Cáucaso y de Iberia, allí se le agregan otras aguas, se vuelve mucho más caudaloso y su

---

[241] Era el año 549.

[242] Cf. I 15, 1. Apolonio de Rodas, *Argonáuticas* II 395 y 1243, menciona a los *Sápeires* (cf. É. Delage, *La Géographie dans les Argonautiques d'Apollonios de Rhodes*, Burdeos-París, 1930, págs. 179 ss.).

curso toma entonces el nombre de Fasis[243] en vez de Boas, haciéndose navegable hasta el mar que llaman Euxino[244], donde precisamente está su desembocadura y donde, a ambos lados, se halla Lácica. Pero es todo el territorio de la de- 17
recha el que está poblado en una gran extensión por las gentes de allí, hasta las fronteras de Iberia. Y es que todas 18
las aldeas de los lazos se encuentran ahí, del lado de acá del río, y de antiguo hay ciudades fundadas en aquella región; entre ellas, Arqueópolis, que está fortificadísima, Sebastópolis, la fortaleza de Pitiunte, Escanda y Sarapanis junto a las mismas fronteras de Iberia. Además, hay allí dos ciudades importantísimas: Rodópolis y Moqueresis. A la izquier- 19
da del río, a un día de distancia para un buen andador[245], se extienden las fronteras de Lácica y resulta que es un territorio despoblado. Pegados a esta comarca habitan los romanos llamados «pónticos». Fue ésta la región de Lácica, que esta- 20
ba del todo deshabitada, donde fundó el emperador Justiniano en nuestro tiempo la ciudad de Petra. Allí, precisa- 21
mente, estableció Juan, el llamado Tzibo, su monopolio[246], como ya dije en anteriores capítulos, y con ello había sido culpable de la defección de los lazos. Si uno sale de Petra en 22
dirección al sur da con las fronteras romanas, y allí hay ciudades muy populosas: la que recibe el nombre de Riceo, Atenas y algunas otras hasta Trapezunte[247]. Pues bien, cuan- 23
do los lazos trajeron a Cosroes a su tierra[248], cruzaron el río

---

[243] Para el Fasis cf., por ejemplo, Apolonio de Rodas, *Argonáuticas* II 399 ss. Como anota Dewing *(ad loc.)*, parece que Procopio confunde dos ríos distintos.

[244] Esta expresión ya la hemos visto en I 12, 7; II 17, 3 y II 28, 23.

[245] Para la expresión, cf. I 19, 27, y n. 168.

[246] Cf. II 15, 10 s.

[247] Hoy Trebisonda.

[248] Cf. II 15, 31 ss.

Boas y llegaron a Petra manteniendo el Fasis a su derecha: la versión oficial fue que habían previsto la forma de no verse obligados a gastar mucho tiempo y esfuerzo en atravesar el río Fasis, pero la verdad era que no querían enseñarles
24 a los persas los lugares donde vivían. Lácica es, en efecto, un territorio de difícil tránsito, tanto por el lado de acá del
25 río Fasis como por el de allá. Y es que en ambas márgenes hay enormes riscos que forman allí unos pasos estrechos y larguísimos: «clisuras»[249] llaman a estos caminos los roma-
26 nos cuando hablan en griego. Pero, como en aquel tiempo Lácica no estaba vigilada, los persas, con los guías lazos, llegaron muy fácilmente a Petra.

27 Sin embargo, esta vez, Gubaces, después de enterase de la irrupción persa, le ordenó a Dagisteo que mandara tropas para custodiar de la forma más segura posible el paso estrecho que hay del lado de allá del río Fasis, y que de ningún modo levantara el cerco hasta que él pudiera capturar Petra
28 y a los persas que allí estaban. Él, mientras tanto, llegó con todo el ejército de los colcos a los límites de Lácica, para custodiar el paso estrecho de aquella zona con todos los re-
29 cursos a su alcance. Coincidía, por otra parte, que mucho antes se había procurado una alianza con alanos y sabiros[250], quienes por tres centenarios[251] habían acordado no sólo mantener el territorio de los lazos libre de devastaciones, sino incluso dejar Iberia tan despoblada que ni siquiera los persas tuvieran en el futuro la posibilidad de penetrar desde aquel lado. Y Gubaces prometió que el emperador les
30 pagaría ese dinero. Así pues, le informó a Justiniano del pacto y le rogó que les enviara a los bárbaros el dinero para

[249] Lat. *clausurae*.
[250] Cf. n. 242.
[251] Cf. I 22, 3 s.

darles a los lazos un consuelo en una situación tan adversa.
También vino a decirle que el fisco le debía el sueldo de 31
diez años porque, aun cuando estaba desempeñando en palacio el cargo de silenciario[252], no había cobrado nada, desde que Cosroes entró en la tierra de Cólquide. El emperador 32
Justiniano intentó satisfacer la demanda, pero le surgió cierta ocupación y no envió el dinero en el plazo fijado. Y esto era lo que Gubaces traía entre manos.

Pero Dagisteo, que era joven y absolutamente incapaz 33
de llevar adelante una guerra contra los medos, no estaba manejando la situación de la manera apropiada. En efecto, 34
cuando sin duda debía haber mandado el grueso del ejército hacia el paso estrecho y quizá hasta personarse él en aquella operación, sólo envió a unos cien hombres, como si aquello se tratara de algo secundario. Y aunque estaba asediando Petra con todo el ejército, no consiguió nada, a pesar de que los enemigos eran pocos. Pues aun siendo al principio no menos de mil quinientos, caían bajo los disparos de roma- 35
nos y lazos en el prolongado asalto de éstos a la muralla, mientras aquéllos demostraban una valentía superior a la de nadie que hayamos conocido; y, como eran muchos los que morían, quedaron reducidos a un número muy corto. Los 36
persas, entonces, desesperados y sin saber qué hacer, permanecían quietos; los romanos, por su parte, habían cavado una zanja a lo largo y cerca de un pequeño sector del muro y por allí se desplomó de inmediato el recinto. Pero ocurrió 37
que en ese lugar había una construcción que no estaba separada del recinto y que coincidía por entero con el trecho que se había caído, de tal modo que a los asediados les servía de 38
muralla y les proporcionaba no menor seguridad. Pero esto 39

[252] Cf. II 21, 2, y n. 165.

no les inquietaba en absoluto a los romanos, pues sabían
bien que, si hacían lo mismo en cualquier otro punto, toma-
rían muy fácilmente la ciudad, con lo que sus esperanzas
40 iban a más. Por ello, Dagisteo le informó al emperador de lo
que había sucedido y le pidió que le tuviera preparada la re-
compensa por aquella victoria, indicándole con qué debía
obsequiarlo el emperador a él y a su hermano, pues no mu-
41 cho después tomaría Petra. Y, en efecto, los romanos y los
tzanos dirigieron un asalto violentísimo a la muralla, pero,
contra lo que podía creerse, los persas resistieron, a pesar de
42 que quedaban vivos muy pocos. Y como los romanos no
conseguían nada con sus asaltos, volvieron a cavar de nuevo
una zanja. Y llegaron a tal extremo en esta operación que
los cimientos del muro ya no pisaban suelo firme, sino que,
en su mayor parte, se levantaban sobre un vacío, dispuestos,
43 como era de esperar, a caerse en cualquier momento. De he-
cho, si Dagisteo hubiera querido prenderle fuego de inme-
diato a los cimientos, pienso que la ciudad habría sido cap-
turada en ese mismo instante; pero lo cierto fue que, con las
esperanzas puestas en el emperador, iba demorándose y per-
diendo el tiempo y, de esa forma, permanecía quieto. Así
era como se desarrollaban las cosas en el campamento ro-
mano.

30 Merméroes, después de pasar las fronteras de Iberia con
la totalidad del ejército medo, seguía avanzando, mantenien-
do el río Fasis a su derecha. Y es que no quería de ninguna
manera atravesar el territorio de Lácica, no fuera a encontrar
2 allí a su paso algún obstáculo, porque lo apremiaba su deseo
de salvar la ciudad de Petra y a los persas que estaban den-
tro, aunque una parte del recinto se había desplomado de sú-
3 bito. En efecto, como he dicho, un sector se había quedado
suspendido en el aire y algunos hombres del ejército roma-
no, unos cincuenta voluntarios, habían entrado en la ciudad

y proclamaban a gritos ya vencedor glorioso[253] al empera-
dor Justiniano. Los guiaba un joven de origen armenio lla- 4
mado Juan, hijo de Tomás, y de sobrenombre Guces. El tal 5
Tomás, que había construido muchas de las fortalezas de
Lácica a las órdenes del emperador, mandaba las tropas allí
destinadas y el emperador lo consideraba una persona muy
sensata. Pues bien, Juan, cuando los persas trabaron com- 6
bate contra los suyos, resultó herido y de inmediato se retiró
al campamento con su séquito, dado que nadie del ejército
romano acudió en su ayuda. Entretanto, un persa llamado 7
Mirranes, que mandaba la guarnición de Petra, temiendo ya
por la ciudad, les encargó a todos los persas que vigilaran
con el mayor cuidado, mientras él se presentaba ante Da-
gisteo y le dirigía palabras lisonjeras y engañosas, prome-
tiéndole que, sin ningún problema, le entregaría la ciudad no
mucho después. De este modo pudo embaucarlo con el fin
de que el ejército romano no entrara inmediatamente en la
ciudad.

Cuando los soldados de Merméroes llegaron al paso es- 8
trecho, les salió allí al encuentro la patrulla romana, unos
cien hombres[254] que se defendían con bravura y rechazaban
a los enemigos en su intento de penetrar. Pero los persas no 9
retrocedían, sino que a los que caían muertos venían otros
constantemente a reemplazarlos y continuaban avanzando,
resueltos a forzar la entrada con toda su potencia militar.
Murieron más de mil persas y los romanos, agotados de tan- 10
to matar, retrocedieron ante el empuje de las tropas enemi-
gas y se salvaron subiendo a la carrera hacia las zonas más
altas de aquellos montes. En cuanto se enteró, Dagisteo le- 11
vantó de inmediato el cerco, sin darle ninguna orden al ejér-

---

253 Cf. II 8, 29, y n. 58.

254 Cf. II 29, 33 s.

cito, y se dirigió al río Fasis. Y todos los romanos, tras
12 abandonar sus cosas en el campamento, lo siguieron. Los
persas, cuando observaron lo que estaba ocurriendo, abrie-
ron las puertas y salieron con idea de acercarse a las tiendas
13 enemigas y apoderarse del campamento. Pero los tzanos (que
coincidía que no habían seguido a Dagisteo) acudieron allí a
defenderlo a todo correr y sin ningún esfuerzo pusieron en
14 fuga a los enemigos y mataron a muchos de ellos. Huyeron,
pues, los persas para volver al interior del recinto, y los tza-
nos, tras saquear el campamento romano, marcharon en di-
rección a Riceo. Desde ahí alcanzaron Atenas y regresaron a
su patria a través del territorio de Trapezunte[255].

15 Merméroes y el ejército medo llegaron allí ocho días
después de la retirada de Dagisteo. Y de toda la guarnición
persa se encontraron con que quedaban trescientos cincuen-
ta hombres heridos e incapacitados para combatir y sólo
ciento cincuenta ilesos, pues todos los demás habían muer-
16 to. Pero los cadáveres no los habían arrojado los supervi-
vientes fuera del recinto, sino que, a pesar del fétido olor
que los asfixiaba, resistían más allá de lo creíble para no
provocar el que los enemigos, por el hecho de ver sus nume-
17 rosísimas bajas, se lanzaran con más ardor aún al asedio. Y
Merméroes, burlándose, aseguraba que el estado romano no
merecía más que lágrimas y lamentos, porque había venido
a parar a una situación tal de debilidad que no habían podi-
do por ningún medio capturar a ciento cincuenta persas que
18 no contaban ni con murallas para defenderse. Eso sí, le me-
tía prisa su afán de reconstruir la parte de recinto que se ha-
bía derrumbado, pero como en aquel momento no tenía a su
disposición ni yeso ni ningún otro de los materiales de cons-
19 trucción precisos, ideó lo siguiente. Llenó de arena unos sa-

[255] Cf. II 29, 22.

cos de lino en los que los persas habían transportado sus
provisiones a la tierra de Cólquide, y los colocaron en el lu-
gar de las piedras, de tal modo que, estibados de esa mane-
ra, servían de muro. Escogió luego a tres mil de sus guerre- 20
ros y los dejó allí con víveres almacenados para no mucho
tiempo, ordenándoles que se encargaran de la reconstruc-
ción del recinto. Y él con todo el resto del ejército dio mar-
cha atrás.

Pero como, al retornar por el mismo camino, no tenía 21
forma de conseguir las cosas de primera necesidad, ya que
se había quedado en Petra todo lo que el ejército había traí-
do de Iberia, se propuso seguir otra ruta a través de las
montañas de aquella zona que, según sus informaciones,
estaba habitada, para que sus hombres pudieran, mediante el
saqueo, avituallarse. Durante esta marcha, uno de los nobles 22
de Lácica, llamado Fúbelis, les tendió una emboscada a
unos persas que estaban al vivac. Iban con él Dagisteo y dos
mil romanos, quienes, en rápida incursión, mataron a unos
cuantos persas que estaban apacentando sus caballos y, lle-
vándoselos como botín, se retiraron de momento. Y, así,
Merméroes partió de allí con el ejército medo.

Gubaces, al enterarse de lo que les había sucedido a los 23
romanos en Petra y en el paso estrecho, ni sintió temor ni
abandonó la vigilancia en aquel paso estrecho en que se en-
contraba, considerando que allí estaba la clave de sus espe-
ranzas. Pues sabía que, aun cuando los persas, tras arrollar a 24
los romanos en la parte de allá del río Fasis[256], habían podi-
do cruzar el paso y entrar en Petra, ni siquiera de ese modo
serían capaces de causarle ningún daño al territorio de los
lazos, porque no tenían ningún medio de cruzar el Fasis,
principalmente por el hecho de no disponer de naves. Y es 25

[256] Es decir, en la parte izquierda del río.

que este río es más profundo que ningún otro y su anchura
26 es enorme. Además, su corriente se mantiene tan fuerte que, cuando desemboca en el mar, continúa avanzando como tal río hasta una grandísima distancia, sin mezclar sus aguas con aquéllas. E incluso los que por allí navegan pueden co-
27 ger agua potable en mitad de alta mar. Por otra parte, los lazos han construido puestos de guardia todo a lo largo del lado de acá del río[257], para que, cuando los enemigos lo atraviesan en sus naves, no puedan desembarcar en la orilla.

28 En ese tiempo, el emperador Justiniano le envió a la nación de los sabiros la suma de dinero convenida[258] y, asimismo, había obsequiado a Gubaces y los lazos con otra can-
29 tidad. Coincidía también que, mucho antes, había enviado a Lácica otro gran ejército, que todavía no había llegado allí. Lo mandaba Recitango de Tracia, hombre sensato y experto guerrero. Y era así como iban desarrollándose los acontecimientos.

30 Por su parte, Merméroes penetró en las montañas, como ya he dicho[259], con mucha prisa por llenar Petra de las provisiones que allí se podían obtener. Pues no creía que todos los víveres que habían traído vinieran a ser suficientes para la guarnición de alrededor de tres mil hombres que había
31 dejado en la ciudad. Pero como lo que hallaban a su paso apenas bastaba para las necesidades de aquel ejército, compuesto de no menos de treinta mil soldados, y, en consecuencia, les era imposible enviar nada de consideración a Petra, discurrió, después de darle muchas vueltas, que lo mejor para ellos era que el grueso del ejército se retirara de la Cólquide y que sólo permanecieran allí unos pocos, quie-

[257] En la parte derecha.
[258] Cf. II 29, 29 ss.
[259] Cf. II 30, 21.

nes precisamente transportarían al puesto de guardia de Pe-
tra la mayor parte de las provisiones que hubieran encontra-
do y del resto, en cantidad suficiente, dispondrían ellos para
su propio sustento. Así pues, escogió a cinco mil hombres y 32
los dejó allí bajo el mando de Fabrizo y otros tres. Le pare- 33
ció, en efecto, que no era necesario que fueran más los que
se quedaran en aquel lugar, puesto que no había ningún ene-
migo en absoluto. Él, con las demás tropas, llegó a Persar-
menia y se detuvo allí, en una región próxima a Dubio.

Los cinco mil hombres, cuando ya estaban bastante cer- 34
ca de las fronteras de Lácica, acamparon todos juntos en la
ribera del río Fasis y desde allí recorrían en pequeños gru-
pos aquel territorio para saquearlo. En cuanto se enteró Gu- 35
baces, le envió un mensaje a Dagisteo para que viniera en su
ayuda aprisa, asegurándole que, de ese modo, podrían infli-
girles a los enemigos un gran golpe. Así lo hizo él y, mante- 36
niendo a su izquierda el río Fasis, avanzó hasta llegar al si-
tio donde estaban acampados los lazos en la orilla opuesta.
Coincidía que, por ese punto, el río Fasis era vadeable, cosa 37
que no sospechaban en absoluto ni romanos ni persas por su
desconocimiento de aquellos lugares. Sin embargo, los lazos
sí lo sabían y cruzaron de repente para unirse al ejército ro-
mano. Los persas, mientras tanto, escogieron a mil guerre-
ros de elite y los mandaron en avanzadilla, con el fin de que
nadie pudiera atacar el campamento y causar un estrago. Pe-
ro dos de ellos, que se habían adelantado para inspeccionar 38
el terreno, cayeron inesperadamente en manos de los ene-
migos y se lo contaron todo. Y, a raíz de esto, romanos y la- 39
zos se lanzaron de improviso sobre los mil persas, de los
que no pudo escapar ni uno sólo: a muchos los mataron y a
algunos los capturaron con vida, con objeto de que los hom-
bres de Gubaces y Dagisteo lograran enterarse del número
de soldados que formaban el ejército medo, de la distancia a

la que se encontraban y de cuál era la situación real en que
40 estaban aquellas tropas. Levantaron, pues, el campo y avan-
zaron contra ellos con la totalidad de su ejército, catorce mil
hombres, calculando el tiempo de modo que cayeran sobre
41 los persas cuando ya fuera noche cerrada. Los persas, en
efecto, como no los inquietaba la presencia de ningún ene-
migo, ya llevaban un buen rato durmiendo, pues creían que
el río no era vadeable y que aquellos mil soldados, sin topar
42 con ningún obstáculo a su paso, estaban muy lejos. Así, ro-
manos y lazos al rayar el alba cayeron de repente sobre
ellos: a unos los hallaron dormidos, a otros recién despiertos
43 y acostados indefensos en sus petates. Lo que sucedió, por
tanto, fue que ninguno pensó en luchar: a muchísimos de
ellos los cogieron y mataron; a algunos los capturaron los
enemigos, entre los que dio la casualidad que estaba un ofi-
cial; y unos pocos huyeron en la oscuridad y se salvaron.
44 Romanos y lazos se apoderaron del campamento y de todos
los estandartes, tomaron como botín muchas armas y gran-
des riquezas, así como una gran cantidad de caballos y mu-
45 los. Y, tras una larguísima persecución, llegaron hasta Ibe-
ria. Allí tropezaron también con algunos otros persas y
46 mataron a muchos de ellos. De esta manera los persas se re-
tiraron de Lácica. Romanos y lazos, después de encontrar
allí, entre otras muchas provisiones, harina en abundancia,
quemaron todo lo que los bárbaros habían traído de Iberia
47 con idea de transportarlo hasta Petra. Dejaron a un gran
número de guerreros lazos en el desfiladero para que ya los
persas no pudieran introducir provisiones en Petra, y regre-
48 saron con el resto del botín y con los cautivos. Acabó así el
cuarto año de la tregua entre romanos y persas, veintidós
después del ascenso de Justiniano al trono imperial[260].

[260] Era el año 549.

Un año antes, Juan de Capadocia había venido a Bizan- 49
cio acudiendo a la llamada del emperador. Pues por enton-
ces a la emperatriz Teodora[261] ya le había llegado el fin de
sus días. Sin embargo, no pudo recobrar ninguno de sus car- 50
gos y dignidades de antaño sino que continuó como sacer-
dote, aun desempeñando el ministerio contra su voluntad. Y
lo cierto era que muchas veces se había visto en sueños as-
cendiendo al trono imperial. Y es que a aquéllos cuya razón 51
no está asentada sobre los cimientos de una sólida naturale-
za, la divinidad suele presentarle, colgado de muy grandes y
muy altas esperanzas, todo aquello que entre los seres hu-
manos es de por sí apetecible. En cualquier caso, había adi- 52
vinos que estaban siempre profetizándole al tal Juan muchas
fantasías y, también, que estaba escrito que él se revistiera
del atuendo de Augusto[262]. Sucedió, entonces, que vivía en 53
Bizancio un sacerdote llamado Augusto, que custodiaba los
tesoros de la iglesia de Santa Sofía[263] y, en efecto, cuando 54
Juan recibió la tonsura y se le confirió, a la fuerza, el orden
sacerdotal, como no tenía ningún vestido digno de un sacer-
dote, los encargados de esta tarea lo obligaron a ponerse el
manto y la túnica del tal Augusto que estaba por allí cerca.
Y a esto, creo yo, quedó reducida[264] para él aquella predic-
ción.

[261] Teodora murió el 28 de junio del 548. Sobre la emperatriz, Juan de Capadocia y los acontecimientos que se desarrollaron, cf. I 25, 4 ss.; 25, 31 ss.

[262] Como «César» (cf. II 11, 35, y n. 89; y II 21, 9), «Augusto» se utilizó como título de los emperadores: cf. ambos, por ejemplo, en *Hechos de los Apóstoles* 25, 21.

[263] Cf. I 24, 9, y n. 198.

[264] Cf. II 22, 29, y n. 188.



⦿ Plazas sitiadas por los bizantinos. ⊙ Plazas sitiadas por los persas.

ÍNDICE DE NOMBRES*

* Se incluyen también gentilicios y otros términos de interés. A menudo se citan pasajes relacionados, aunque el nombre en cuestión no aparezca expresamente.

ÍNDICE GENERAL